CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por

Mons. CARLOS GIBIER

Obispo de Versalles

CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por Mons. CARLOS GIBIER, Obispo de Versalles

II

JESUCRISTO Y SU OBRA

VOLUMEN I

TRADUCCIÓN DE LA VIGÉSIMA EDICIÓN FRANCESA POR EL

DR. MODESTO H. VILLAESCUSA

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A

SUCESORES DE JUAN GIL

CORTES, 581 - BARCELONA

1926

NIHIL OBSTAT

El Censor,
AGUSTÍN MAS FOLCH, PBRO.

Barcelona, 16 de Junio de 1925

IMPRÍMASE

El Vicario General,
JUAN FLAQUER

Por mandato de Su Sria.
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scrio. Canc.

Tipografía de los editores

CONFERENCIA PRIMERA

El camino recorrido

SEÑORES:

Hace un año solamente que está instituída nuestra misa de los hombres, y ya puede decirse sin exageración que queda definitivamente fundada. Se ha conquistado un puesto de honor en la vida y en las costumbres de esta parroquia. Así, antes de entrar en el nuevo año, he pensado que sería interesante y útil echar una mirada sobre lo pasado para apreciar el camino recorrido. Veamos, aunque sea someramente, cuáles han sido, en esta institución, vuestra parte y la mía; pues, al comprobar los resultados obtenidos, nos comprometemos mutuamente a obtener mucho más en lo por venir.

I. ¿Qué he hecho yo, señores?

Ante todas cosas, ¿qué es lo que he querido hacer?

Esto es evidente, y salta a la vista; esto no es dudoso para nadie; he querido hacer tres cosas: agruparos, instruiros, santificaros.

Señores, todo nos divide en la sociedad: los años, la condición, las opiniones, el interés. He ahí, en una parroquia como la nuestra, catorce mil almas yuxtapuestas. Estas catorce mil almas se agitan entre la cuna y la tumba. ¡Cuántos matices desde el niño que nace hasta el anciano que se extingue pasando por la adolescencia, la juventud y la madurez! Los ricos se codean con los pobres, y uno se pregunta a veces cómo los que nada tienen, mil veces más numerosos que los que tienen, no los despojan de lo que tienen, y cómo los que tienen, por miedo o por orgullo, no pisotean a los que no tienen. Las opiniones abren igualmente abismos entre los hombres, y momentos hay de la vida en los cuales teme uno que los mil engranajes del inmenso mecanismo social van a arder y volar hechos mil trozos. Finalmente, tantos hombres, tantas voluntades, diferentes, opuestas, hostiles; tantos hombres, tantos intereses particulares que luchan por la vida y por la dominación. Señores, inquirid, investigad, y veréis que sólo existe un nivel para igualar a los hombres, el nivel religioso. Esta verdad no es más clara que el día, pero lo es tanto como él. La religión iguala a los hombres reduciéndolos al mismo origen, dirigiéndolos al mismo destino, haciendo que se arrodillen en la misma oración, saciando su sed con la misma verdad.

Señores, la *verdad* es el alimento necesario del alma humana. No solamente tenéis necesidad de ser agrupados, sino también de ser instruídos, de ver claro; precisamente este siglo muere de ignorancia religiosa. Esto es de tal modo verdad, que cuando os presentan la religión en su pura y sencilla belleza, se os aparece

llena de atractivos y delicado sabor. Salís a su encuentro, y esta noble desconocida halla en el hogar de vuestra alma la mejor acogida. ¿Qué os dije durante el año último? Os hablé de Dios y de su obra. Dios, su naturaleza, sus atributos; la obra de Dios, es decir, la creación material, el hombre, la familia, la sociedad. ¿Me engaño, por ventura? ¿He interpretado mal vuestra atención? No, no por cierto. A medida que estos grandes asuntos os eran presentados, vuestra inteligencia se apoderaba de ellos con avidez, y en ellos encontrabais alimento copioso, luz intensa, solidez para vuestras convicciones religiosas, el retorno a la fe perdida, o el vuelo hacia una fe más viva; y a pesar de las lagunas e insuficencia de una palabra que os llegaba siempre llena de buena voluntad, pero preparada con harta frecuencia demasiado deprisa, en medio de los agobios del ministerio parroquial, os decíais a vosotros mismos: "Es verdad, no había pensado en ello; lo había olvidado. Es verdad. Dios es admirable en su naturaleza, en sus atributos y en sus obras, y mi razón me dice que estoy obligado a adorarle, amarle y servirle." Y sobre esta base, elevándoos por encima de las preocupaciones vulgares de la vida cotidiana, llegabais a una esfera superior, volvíais a tener conciencia y posesión de vuestro bautismo, y dejabais que el Espíritu divino inflara vuestras velas y os pusiera a la obra eminentemente necesaria de vuestra santificación.

Señores, nuestro siglo no es solamente el siglo de la división y de la ignorancia religiosa, es también el siglo materializado, el siglo de la vida deprimida. La Edad Media dejó catedrales que acusan sus aspiraciones hacia el ideal de lo alto, hacia la vida espiritual; nosotros dejaremos especialmente maravillas industriales que

acusan nuestra propensión a la vida material. Bueno es explotar las fuerzas naturales, pero la virtud acaba donde el exceso comienza, y a fuerza de cultivar el lado material de la existencia, olvidamos demasiado la parte espiritual, la parte divina y melodiosa de nuestro ser. ¡Ah, qué útil es la intervención del domingo en un mundo que se inclina así hacia la materia! Llega el domingo, se para la máquina y el alma se pone en movimiento hacia lo infinito; se desliga, abre sus alas, se remonta, se purifica, se ilumina, se transforma, se diviniza. ¡Es la *santificación!* He ahí, señores, lo que me propuse al instituir, hace dos años, esta misa de los hombres; agruparos, instruiros, santificaros. ¿Verdad que es este un noble fin?

Hubiera querido hacerlo mejor, pero mi debilidad no ha servido suficientemente a mi buen deseo; si bien, por lo menos, este buen deseo, esta firme voluntad de haceros bien, no me ha faltado un solo instante. Me he presentado ante vosotros con las dos armas que todo apóstol lleva siempre en sus débiles manos, la *convicción* y el *desinterés.* El apóstol es un hombre de *convicción,* porque se propone una misión, porque realiza un mandato, porque repite la palabra que cae en su alma desde las profundidades de la eternidad y del corazón del mismo Dios. Esta palabra de Dios brilla como la llama en la boca del apóstol, y por débil que sea, siente al oirla que el rayo le hace estremecer, y que, al pasar por él, viene de más alto que él. El apóstol es el hombre del *desinterés;* es enviado, y no predica él mismo, sino que es el eco de la palabra de su Maestro, que repite como instrumento sonoro; y es poderoso porque no se halla en su palabra una personalidad capaz de ofuscar al auditorio al parecer que le dice: "¡De rodillas; soy tu señor!" No, el apóstol no es un señor,

es el servidor de los servidores de Dios; esto es lo que he querido ser ante vosotros. Os he pedido vuestras almas. ¿Para qué? ¿Para hacerlas vasallas de mi palabra, instrumento de dominio? No. Os he pedido vuestras almas para entregarlas a Dios. He ahí mi obra. ¿Y la vuestra, señores?

II. ¿Qué habéis hecho vosotros?

Ante todas cosas, habéis *venido.* Esto ya es algo en un siglo como el nuestro en que una *prensa* licenciosa e impía se abate como lluvia de fango sobre todo lo que, de cerca o de lejos, se refiere a Jesucristo; en un tiempo como el nuestro en que los *honores* y los éxitos no son de ordinario para los discípulos de Jesucristo; en un tiempo como el nuestro en que los *tímidos* son tan numerosos, aullando como los lobos, pregonando muy alto una impiedad que su conciencia desmiente por lo bajo, formando en las grandes muchedumbres; en un tiempo como el nuestro en que una *risa* burlona circula por la sociedad y la llena de sus ecos mortíferos; en un tiempo como el nuestro en que vemos que almas sinceramente buenas piden perdón a los hombres del crimen de pertenecer a Dios. Pero vosotros habéis venido aquí cada vez en mayor número.

Habéis *escuchado* la palabra de Dios, y habéis descubierto en ella una belleza, una novedad, una actualidad que no conocíais en ella. Algunos se han convencido hasta el punto de derramar lágrimas, y, lo que vale más todavía, algunos han encontrado de nuevo al pie de esta cátedra el fuego sagrado, recluído hacía ya mucho tiempo en el fondo de su corazón; algunos han encontrado aquí la luz, la conversión, la vuelta a Dios, y, si todos no han llegado a tanto, todos por lo menos,

viendo aparecer aquí la religión cristiana, han vuelto a encontrar en un rincón de su alma algo de la vieja fe, de su aroma evaporado, y al poner en sí mismos los jalones de una conversión futura, han exclamado: "¡He ahí la Verdad, el Bien y la Belleza!" Sí, señores, habéis venido, habéis escuchado, y con tal benevolencia y atención, que estoy conmovido y asombrado. Finalmente,

Habéis *orado,* y poniendo alas a vuestra oración habéis cantado ese hermoso *Lætatus sum,* que los hebreos cantaban en otros tiempos cuando alegres se encaminaban al templo de Jerusalén; habéis cantado ese magnífico *Credo,* que refiere, en estilo lapidario, con acentos firmes y sencillos, toda la historia religiosa del género humano. Sólo los católicos cantan su fe; nuestra fe, señores, no es una vaga fórmula intelectual, un teorema de geometría, tan fino como el papel en que se escribe; nuestra fe es luz y fuego al propio tiempo; ilumina y calienta; desciende de la inteligencia al corazón, y hace estremecer todo nuestro ser. Habéis cantado el *O salutaris.*

La majestad de un Dios hecho hombre por nosotros,
Ese órgano que se calla, ese piadoso silencio,
La unión invisible del cielo y de la tierra,
Todo inflama, engrandece y conmueve al hombre sensible.
Cree rebasar este mundo inaccesible,
En el que el serafín inmortal, en arpas de oro,
A los pies de Jehová canta el himno sin fin;
Entonces Dios se hace oir por todas partes;
Ocúltase a los sabios, revélase al tierno corazón,
Y menos se demuestra que se siente.

Habéis cantado ese hermoso *Magníficat,* que conserva, después de dieciocho siglos, todo el esplendor, todo el aroma que tenía cuando por primera vez brotó de los labios de María. He ahí, señores, lo que

habéis hecho: habéis venido, habéis escuchado, habéis orado.

Habéis dado también un *gran ejemplo.* Hay detrás de vosotros centenares de hombres que no se atreven todavía a seguiros; hay detrás de vosotros masas profundas que han olvidado el camino del templo; vosotros las ganaréis para Dios. Lo que gobierna al mundo, lo que todo lo vence aquí bajo, son las minorías tenaces, convencidas, imperturbables. Sedlo vosotros también; sed el grano de mostaza que se convierte en árbol gigantesco; sed la levadura que hace que toda la masa crezca, sed el aroma que embalsame la parroquia, sed la palanca que eleva el mundo de las almas, sed mensajeros del Evangelio, y la bendición de Dios Todopoderoso descienda sobre vosotros, sobre vuestras familias, sobre vuestro apostolado, a fin de que un día, admitidos en la ciudad eterna, volváis a encontrar en ella a los que os han precedido en la fe y os esperan en la recompensa.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

Ser discípulo de Jesucristo es una superioridad

SEÑORES:

Tengo este año la intención de hablaros de Jesucristo y de su obra, de hacer resplandecer ante vuestros ojos la figura divina del que llena todos los tiempos, y, si mi debilidad no defrauda mis esperanzas, tengo la ambición sagrada de hacer que le améis más y le sirváis con más fidelidad. Así, para alentaros a seguirme en esta nueva vía, quisiera mostraros, en algunas conferencias preliminares, por una parte, la superioridad y la nobleza del cristiano que conoce y sirve a Jesucristo, y, por otra, la negligencia culpable y la debilidad censurable del indiferente que no se precia ni de conocerle ni de amarle. Hablemos esta mañana de la gloria y de la superioridad que entraña el ser discípulo de Jesucristo, en elegirle como luz de la inteligencia y señor de la fe.

I. El cristiano desea la luz; esta es su primera superioridad sobre los indiferentes y los librepensadores.

De un extremo a otro de Francia se ha cubierto su suelo de escuelas, se han edificado palacios escolares. Bien está, y deseo que se aumente su número, que se multipliquen las lecciones de escritura, de lectura y de cálculo. Bien está, y deseo que el niño sea cada vez más dócil y el maestro más inteligente cada vez, a fin de que la luz penetre en todos los cerebros e ilumine más esplendorosamente todas las inteligencias. Bueno es, señores, saber leer, escribir y contar, conocer la historia y la geografía, la física y la química, la historia natural y las matemáticas, la música y el dibujo; pero ¿es esto suficiente? ¿es esto todo?

El librepensador dice: sí; el cristiano, más hombre de luz, dice: no. El librepensador se contenta con conocer la tierra y las cosas de este mundo; el cristiano quiere echar una ojeada sobre las cosas del más allá; no se contenta con sondear la tierra y profundizar sus misterios; quiere penetrar en el cielo y admirar sus bellezas; no contento con saber de qué elementos se compone su cuerpo, cómo se mueve, cómo digiere, cómo se gasta, quiere penetrar los secretos de su alma, de su pensamiento, de sus aspiraciones, de sus pesares; quiere esclarecer los misterios de su origen y de su fin, saber lo que era antes de nacer, el por qué vino a la tierra, lo que le espera después de la muerte.

Ridícula pretensión, dirán los librepensadores, con Littré, Augusto Comte y todos los positivistas, la de querer reconocer "un océano para el cual carecemos de barcos y velas", la de obstinarse en investigar a dónde

vamos y de dónde venimos, ya que jamás sabemos nada de esto.

Util preocupación, responde el cristiano, porque todas las generaciones humanas se nos aparecen en todos los puntos del espacio y del tiempo marchando en busca de una solución de estos problemas, o en reposo ante una solución aceptada; y, en último resultado, noble aspiración, ya que nos impulsa a no satisfacernos con una filosofía empírica, que se contenta con resultados, sin remontarse a las causas, ya que denota que, en materia de verdad, no nos contentamos con nada menos que con el sólido alimento de lo cierto, pues nos pone en compañía de los más grandes genios que aparecieron sobre la tierra, los cuales buscaron una solución a tan angustiosos problemas.

Inútiles cuidados, dirán los librepensadores, a los que mejor sería llamar librevividores: "Dinero, placer, honores; ¿es que tenemos necesidad de otra cosa? Mucha ciencia humana, descubrimientos, progresos que multipliquen el goce, que disminuyan las privaciones, que aminoren los esfuerzos; todo esto, sí, pero nada de ciencia divina, que engendra remordimientos, que detiene en el camino de los goces ilegítimos, que sin cesar tremola por encima de nuestras cabezas la bandera de los derechos de Dios, y proyecta ante nuestros ojos las sombras horripilantes de un más allá, en donde toda acción mala será condenada y vengada toda injusticia. Sepultemos en la noche del olvido tan perturbadoras cuestiones."

No, contesta el cristiano, pongamos en plena luz estas cuestiones primordiales. ¿Pues qué, yo, ser pensante, ser inteligente, he de vivir y morir como el animal que, a mi lado, come, bebe, duerme, trabaja y

muere, sin conocer ni la razón de su trabajo, ni el término ni el fin de su existencia? ¿Yo he de vivir al día, sin preguntarme jamás la razón de ser de esos dolores y de esas alegrías que ensombrecen mis días o iluminan mis noches? No, jamás llegaré a ese grado de abdicación y de degradación intelectual; quiero saber. Tal es, señores, la primera superioridad intelectual del cristiano sobre los ignorantes y los librepensadores, sobre los positivistas y los sensualistas. Eleva sus miradas y procura instruirse acerca de las cuestiones esenciales.

Pero hay otra ventaja: la elección entre las diversas respuestas que le da la incredulidad y le ofrece Jesucristo.

II. El cristiano posee la luz, y en esto consiste su segunda superioridad sobre los indiferentes y los librepensadores.

Decía Jesucristo: "Hombre, vienes de Dios y vuelves a Dios; la vida presente no es más que un paso durante el cual tendrás que soportar los asaltos del demonio y la tempestad de las pasiones, ambos instrumentos del mal; si resistes, si triunfas, te espera una recompensa espléndida, inmortal; si cedes, si desmayas, te acecha el castigo, inevitable, terrible. Ten buena voluntad, no te espantes de tu debilidad ni del poder de tus enemigos; durante el viaje, no quedarás abandonado a tus propias fuerzas, ni quedarás expuesto sin ayuda a la coalición del demonio y de las pasiones; no, el auxilio divino, el concurso de la gracia, lo tienes a tu disposición; llámalo, ofrécete a él, y te fortalecerá, te realzará, te llevará de grado en grado, de victoria en victoria, ha-

cia el triunfo definitivo, hacia el cielo. Vendrá la muerte; no la temas; no será un crepúsculo, sino una aurora: la aurora de la libertad, de la paz, de la dicha sin fin, de la vida sin duelo, sin tristeza, sin separación." Tal es la respuesta de Jesucristo.

El incrédulo decía: "Hombre, no procedes de Dios, no vuelves a Dios; no dependes de Dios, porque Dios no existe. Desciendes del animal, y éste de la planta, como ésta desciende del mineral, y el mineral de la nebulosa, y ésta de no sé dónde. Tu ley es el goce; goza, goza a cualquier precio, cueste lo que cueste: goza cuanto puedas, porque la vida es corta, y después de ella no hay nada; goza siempre, aun en detrimento de los demás, ya que nada tienes que temer, porque en el cielo no hay juez, ni verdugo en el infierno. Si el goce se te hace imposible, suprime tu vida, suicídate, tú eres tu único dueño." Tal era la respuesta de la incredulidad.

Entre estas dos respuestas, el cristiano eligió y optó por la primera, declarando que elegía a Jesús como luz de su inteligencia; y, señores, declaro que eso es dar pruebas de perspicacia y de sabiduría, porque la doctrina de Jesucristo es la única consoladora, la única digna, la única verdadera.

La única consoladora. Lo que hay de terrible para el hombre es que concibe la idea de felicidad, que aspira a ella con todas las ansias de su ser, pero jamás puede apoderarse de ella; que toda su vida es una sucesión no interrumpida de desilusiones, de desencantos, de decepciones, cuando no una sucesión no interrumpida de desgracias, de enfermedades, de padecimientos físicos y morales. Si por encima de esta vida, si más

allá de la muerte, no hay nada, ¿qué hay que hacer? Dejarse llevar, abandonarse a la desesperación, maldecir la suerte. Si, por lo contrario, por encima de nosotros hay un Padre que ve todos nuestros dolores; si hay un cielo en el que cada acción buena, en el que cada pena soportada, queda registrada y se convierte en motivo de la más alta recompensa; en el que cada lágrima, cada gota de sudor se cristaliza y se convierte en joyel de una corona inmortal, entonces, no solamente reanuda uno con ardor su empresa monótona y fatigosa; no solamente empuña uno resueltamente la copa que hallaba demasiado amarga, sino que, deslumbrado por las claridades entrevistas, reconfortado por las ondas fortificantes emanadas del celeste día, se lanza jovialmente al puesto del combate cotidiano, allí donde el deber le llama, y experimenta en su interior algo de ese sentimiento de felicidad de que hablaba San Pablo cuando escribía: "Reboso de alegría en todas mis tribulaciones." La doctrina de Jesús es la única consoladora.

Y también la única digna. Suprimir a Dios, es dejar huérfano al hombre; suprimir el cielo, es hacer del hombre un desesperado, o bien, señores, convertirlo en egoísta y en amante del goce material. "El que no adora nada está muy cerca de adorarse a sí mismo," ha dicho con gran exactitud uno de nuestros contemporáneos. Esto se comprende; quitar la esperanza del bien futuro, es matar la razón de ser del sacrificio y de la abnegación, es elevar a la categoría de un deber todos los goces y todos los egoísmos. Ahora bien, señores, ¿qué es lo que hay de grande, noble y admirable sino lo que ha costado lágrimas, sudores y sangre? ¿Qué

es lo que queda en pie a pesar de los asaltos del tiempo sino lo que lleva el sello del sacrificio y de la inmolación? ¿No son tanto más grandes las cosas, tanto más nobles, tanto más admirables, cuanto más sacrificios han costado, cuanto más abnegación han exigido? ¿Por qué estimáis más al soldado que valerosamente muere en el campo del honor, que al obrero que penosamente gana su jornal? Porque el soldado da todo lo que tiene, sin exceptuar la vida. ¿Por qué estimáis más al trabajador que, encorvado sobre su arado o sobre su herramienta de trabajo, padece y suda, que al desocupado que huelga y goza? Porque el trabajador da algo suyo, se inmola, se sacrifica. ¿Por qué admiráis a la Hermana de la caridad que, sin sombra de interés humano, consagra su juventud, su belleza, su vida al consuelo del infortunio y de la miseria, más que al elegante que, desdeñando al pobre y al hambriento, se encierra en su egoísmo y no piensa más que en sus placeres? Porque la Hermana de la caridad se da, se inmola, se sacrifica.

Pues bien, señores, el heroísmo, el deber, la abnegación, todas estas cosas que uno admira cuando uno no comete el crimen de suprimirlas, ninguna doctrina las predica con tanta claridad, con tanta insistencia, con tanta autoridad, como la doctrina cristiana; ninguna impulsa con tanta eficacia a ellas, como la doctrina predicada por Jesucristo, inmolado por sus hermanos, y llevada a todos los ámbitos del mundo por los mártires; ninguna arrastra con tanto entusiasmo por el cebo de inmortales salarios y sublimes recompensas. Una doctrina que vierte sobre las penas humanas bálsamos semejantes, y proyecta sobre el trabajo y la abnegación tales reflejos que los convierte en ama-

bles y deseables, merece, por lo menos, que se la clasifique entre las más hermosas concepciones del espíritu humano, y a sus partidarios entre los hombres más respetables. Pero hay más todavía: la doctrina de Jesucristo, la única fortificante, la única digna, es también

La única verdadera. Hay hombres que creen dar pruebas de inteligencia y de ciencia calificando de absurdos los dogmas cristianos. Confesad, señores, que, por lo menos, es esta una audacia que peca de temeraria. Porque, en último resultado, la revelación cristiana, la doctrina católica, no son novedades en el mundo de la filosofía y de la ciencia; la razón humana no se pone por primera vez en presencia de ellas, sino que hace siglos que está en contacto con ellas. Todas las imposibilidades y contradicciones aparentes que revelan, han sido señaladas, examinadas con el microscopio y discutidas a fondo. Genios tales como Agustín, Tomás de Aquino, Suarez, Bossuet, nada descubrieron en ellas que chocase a la razón, por lo que parece algo audaz afirmar la evidencia del absurdo. Si hay sabios incrédulos, otros muchos hay que creen, y parece que la ciencia como tal no toma partido alguno.

Superior a las investigaciones de la ciencia humana, que nada puede probar contra ella, la doctrina de Jesucristo recibió el testimonio de la ciencia en la persona de sabios verdaderos que libremente se hicieron sus discípulos, y por cierto, señores, que son en gran número, y sin duda alguna los más grandes, los más nobles, los más poderosos en la esfera del pensamiento. "La historia, la filosofía, la poesía y la elocuencia ¿no dieron a la realeza espiritual de Jesucristo por cortejo—dice Mons. Freppel—los príncipes del pensamiento?

La fe en Jesucristo y en sus misterios, ¿no fué la fe de Dante y de Tasso, de Corneille y de Racine, de Shakespeare y de Milton? La fe en Jesucristo y en sus misterios, ¿no fué la fe de Agustín y de Tomás de Aquino, de Bossuet y de Fenelón, de Descartes y de Malebranche? La fe en Jesucristo y en sus misterios, ¿no fué la fe de Galileo y de Euler, de Pascal y de Bacon, de Leibnitz y de Newton, de Ampère y de Pasteur?"

Escoltada por estos príncipes de la inteligencia, testigos vivientes de su verdad, la doctrina de Jesucristo nos ofrece todavía una prenda irrecusable de su verdad: ha formado santos y ha engendrado mártires. El golpe más terrible que podría recibir el cristianismo y la prueba más convincente de falsedad que pudiera alegarse contra él, consistiría en practicar todas las virtudes rechazando todos los dogmas. Ahora bien, señores, precisamente lo contrario es lo que observamos; allí donde la fe en Cristo disminuye, disminuye también la virtud, y el vacío que la partida de Jesucristo deja en el espíritu, con frecuencia lo llenan únicamente las ruinas del corazón. Esta es, señores, la prueba de las pruebas de la verdad de la doctrina de Jesucristo, la prueba que salta a los ojos, que cautiva a los más indiferentes, que debería iluminar a los más hostiles; ella engendra la virtud.

La única fortalecedora, la única digna, la única verdadera, la doctrina de Jesucristo, señores, merece la admiración y el amor de todos los espíritus sinceros y de todas las almas rectas. El cristiano que le ha entregado su espíritu, que no ha querido quedar en la incertidumbre acerca de las cuestiones más esenciales de la vida, y se ha hecho discípulo de Jesucristo, merece to-

dos los respetos y puede despreciar todas las injurias estúpidas y absurdas de la impiedad. No es ni un retrasado ni un retrógrado; es un hombre de luz, un hombre de progreso; está en posesión de la verdad.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

Ser discípulo de Jesucristo es una gloria

SEÑORES:

No contento con implorar de Jesucristo luces para su espíritu, pídele el cristiano ejemplos para la dirección de su vida. Ahora bien, ¿sabéis por qué camino conduce Jesucristo a los que le toman por guía? Pues los conduce por el camino de la libertad y el progreso, dos grandes vías, cuya belleza y hechizos se nos alaban con tanta frecuencia, y de las cuales parece que hay empeño en alejarnos siempre. Sí, señores, esto es precisamente lo que hace del cristiano un hombre nuevo, un hombre de su tiempo y de su siglo: en la escuela de Jesucristo se aprende a pisotear las dos cosas que impiden a un hombre ser libre y ser altivo, que le mantienen en los descarríos de lo pasado y de la rutina; el servilismo y la molicie. El servilismo, que humilla la cabeza ante todas las tiranías, aun las más injustas, aun las más inicuas; la molicie, que todo lo acepta,

que todo lo tolera, aun los atentados más funestos al alma y a la patria; en la escuela de Jesucristo aprende el cristiano a ser independiente y a ser fuerte, a quebrantar todas las cadenas y a encaminarse hacia todos los progresos. Veámoslo.

I. Jesús enseña a sus discípulos la libertad.

He aquí lo que escribió Victor Hugo: "El más hermoso árbol de la libertad fué plantado, hace ya dieciocho siglos, por Dios mismo en el Gólgota. El primer árbol de la libertad es esa cruz sobre la cual se ofreció Jesucristo por la libertad, la igualdad y la fraternidad del linaje humano." Desde entonces no ha cesado Jesucristo de predicar y dar a sus discípulos la libertad, y todos los que no han querido recibir sus enseñanzas, todos los que han rechazado sus ejemplos y despreciado su ayuda, han sido más o menos esclavos o tiranos. Entendedme bien, señores.

El hombre debe someterse, quiéralo o no, a un yugo, a una autoridad, a una ley; la cuestión consiste en elegir el menos tiránico, el más noble; yugo de Jesucristo, yugo de las pasiones, yugo del mundo; no hay salida, hay que pasar por una de esas horcas caudinas. El cristiano elige el yugo de Jesucristo, y a la vez encuentra la libertad, porque servir a Dios, es ser soberano; los otros han sucumbido, más o menos, bajo las humillantes cadenas de las pasiones del mundo.

La tiranía de las pasiones. Quienesquiera que seamos, señores, aun los más instruídos, aun los mejores, llevamos dentro de nosotros pasiones de voz potente, de llamamientos incesantes, de órdenes autoritarias: llamamiento al goce, llamamiento al placer, llamamien-

to al reposo. ¿Respondemos a esos llamamientos? ¿obedecemos a esas voces? Somos esclavos. La primera de las libertades es la de ser dueño de nosotros mismos. "La más elevada señoría—decía Leonardo de Vinci—es la de uno mismo." Ahora bien, no es dueño de sí mismo el que no sabe decir no a la pasión que le arrastra a la embriaguez; no, a la molicie que lo retiene en el reposo cuando hace ya mucho tiempo que debiera estar trabajando; no, a la voluptuosidad que lo solicita para gozar del placer prohibido; no, al capricho que, después de guiarlo aquí, lo arrastra acullá, en espera de llevarlo a otra parte, sin fijarlo jamás; no, a su lengua, que va a divulgar un secreto, o a lanzar una calumnia; no, a la codicia, que lo decide a aprovecharse de la buena fe o de la candidez de su prójimo. ¡Cuántos esclavos, gran Dios, cuántas cadenas!

La tiranía de las pasiones la siente también el discípulo de Jesucristo, pero, en vez de aceptarla, en vez de dejarse atar por ella de pies y manos, gime y se lamenta, sacude sus cadenas y lucha para desembarazarse de ellas. Cada día lucha contra alguno de sus defectos y desliga alguno de los lazos que paralizan la ascensión de su alma. Esto le cuesta mucho; continuamente ha de entregarse a ese trabajo de liberación. ¡Qué importa! Sólo a ese precio se conquista la libertad. A menudo pasará luchando toda su vida, y preciso será que llegue la muerte para librarle de ese lucha. ¡Qué importa! La eternidad le indemnizará. Quien posea esta libertad del alma, este dominio de las pasiones, nada tendrá que envidiar ni siquiera a los más poderosos, ni siquiera a los más déspotas, ya que posee la libertad que tal vez ni siquiera conocen ellos; dispone siempre de una libertad que le permite, aun cargado de ca-

denas, aun en la prisión, aun en las gradas del cadalso, a donde le ha llevado la tiranía, decirle: "Soy más libre que tú, porque no sabes mandar a tu odio, y yo sé mandar a mi dolor; te perdono."

Libre de sus pasiones, porque las combate, el cristiano es libre también del mundo, porque lo aprecia en su justo valor.

La tiranía del mundo. ¡Cuán pesadas son, señores, las cadenas con que liga el mundo los brazos del género humano! Tiranía de la moda, que nos obliga a aceptar, en nuestra vida social, vestidos que estimamos ridículos y prácticas que juzgamos contrarias a la salud y a la decencia. Tiranía del respeto humano, que nos hace temblar ante una sonrisa, que nos aparta de la iglesia el domingo y de la mesa de la comunión por Pascua, porque se balbucearía, dirigiéndose a nosotros, la palabra clerical, que retiene en nuestros labios la verdad por temor a la contradicción. Tiranía de los honores, de la cinta, del botón, de la placa, que obliga a encorvarse, plegarse, arrodillarse, arrastrarse... ¿ante quién, Dios mío? ante hombres que valen cien veces menos que nosotros, y que en el fondo del corazón se desprecian profundamente. "Una de las grandes plagas de nuestro tiempo—dice Guizot en sus *Memorias*—consiste en el hecho de que sean muy pocos los hombres que conserven suficiente firmeza de espíritu y de natural para pensar libremente y obrar como piensan. La independencia intelectual y moral de los individuos desaparece bajo el peso de los acontecimientos, en la muchedumbre de los clamores y deseos populares. Todos ceden a la pasión y se inclinan ante el mismo viento." Y García Moreno decía a su vez: "El gran mal de este siglo consiste en no saber decir no."

El cristiano sabe decir no al mundo. Persuadido de que vale más salvar su alma que ganar el universo, no conoce ni las simplezas, ni las capitulaciones que exige el mundo para la difusión de sus efímeros favores. Si estos favores vienen, los acepta; si es preciso rebajarse para obtenerlos, los desdeña, pues conoce la vanidad e inanidad de ellos. Para afirmar su fe, no se cuida de los sarcasmos de ciertos hombres viles, y, para entrar en la iglesia, no espera el permiso de los Judas que se acercan a las puertas de ella y vigilan sus idas y venidas. Sabe que la causa de Jesucristo es demasiado hermosa para ruborizarse de ella, su bandera demasiado gloriosa para ocultarla, y sus obras demasiado fecundas para no amarlas. El cristiano posee la libertad; este es el primer beneficio de Jesucristo a sus discípulos. Pero hay otro beneficio.

II. Jesucristo da a sus discípulos la fuerza.

Muchos hombres recibieron en el bautismo y en el catecismo las luces de Jesucristo; muchos hombres, en el día de su primera comunión, juraron a Jesucristo que le tomarían por modelo y por guía de su vida, y que, fundados en las enseñanzas recibidas y en los compromisos contraídos, se declaran cristianos, pero, por desgracia, los vemos tan poco iluminados, tan débiles, tan perezosos, tan mudos, mejor dicho, más débiles, más perezosos, más mudos, menos audaces que los impíos notorios, que no conocieron ni las lecciones, ni los ejemplos de Jesucristo, o han renegado ruidosamente de ellos y los han repudiado. ¿De qué proviene esto? ¿Tiene la culpa Jesucristo o la tiene el hombre? Evidentemente, la culpa es del hombre. Esto pro-

viene de que semejantes medios cristianos, después de elegir a Jesucristo por maestro y modelo, no le han pedido que fuera su sostén.

No son cristianos verdaderos los que se contentan con ver su nombre escrito en los registros de la iglesia, y, en la práctica de la vida, desprecian las más esenciales prescripciones.

El cristiano completo comprende las palabras de Jesús: "Pedid y recibiréis", y ora; "Yo soy el pan descendido del cielo; el que come mi carne, tendrá vida en sí mismo", y comulga; en la oración y en la comunión halla la fuerza necesaria para practicar las más difíciles virtudes y cumplir los más rudos deberes.

Ora. Sabe que Dios es señor de todo: de la vida como de la muerte, de la prosperidad como de la ruina, de la dicha como de la desgracia, y sabe que él es débil, que está sujeto a mil enfermedades y expuesto a mil peligros; sabe también que los enemigos que desean que se desvíe, son poderosos, que sus pasos hallarán preparadas muchas emboscadas, y se arroja en los brazos de Dios, y cada mañana y cada noche le expone sus necesidades y deseos: "Padre nuestro, que estás en los cielos, danos el pan de cada día, perdónanos nuestras deudas." Y se vuelve a María, su madre, su protectora, su reina: "Dios te salve, llena de gracia, ruega por mí, pobre pecador." Invocados estos sagrados nombres, repasa su fe tan sublime: "Creo en Dios, creador"; tan consoladores: "en Jesucristo, muerto por nuestros pecados"; tan terribles: "que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos"; enumera cada uno de estos deberes, tan claramente expuestos en los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y, viéndose infiel a ellos, se golpea el pecho y pide perdón: "Confieso a

Dios, me pesa de haberle ofendido"; finalmente, resuelto sinceramente a enmendarse, resume en tres actos la consigna de toda su vida de cristiano: "Creo, espero, amo." Ahora, puedes realzarte, oh cristiano, has invocado a Dios, y Dios no hace jamás el sordo a las plegarias de sus hijos: si estás abatido, te alentará; si tus deberes son difíciles, te ayudará; levántate; eres fuerte con la fuerza misma de Dios; eres grande con la grandeza misma de Dios. Cuando un hombre se arrodilla, señores, no se humilla, se eleva.

Un poeta pudo escribir:

> Sin preocuparme ya del divino paraíso,
> No quiero arrodillarme ante ningún señor,

pero otro, más grande que él por una inspiración, por la ciencia y por el genio, por adelantado le hace responder, de acuerdo con todos los siglos:

> El mar tiene su masa y el astro su esplendor;
> El hombre es el que ora, he ahí su grandeza.

Sí, señores, he ahí su grandeza, he ahí su fuerza.

> Oramos, he visto con frecuencia en mi dura carrera
> Que el aroma más potente es siempre la oración
> (H. DE BORNIER)

Marcha, pues, resueltamente por el mundo, hombre que oras, nada tienes que temer de tus enemigos; podrán atacar tu dicha eterna, no alterarán jamás la paz de tu alma fija en el Señor.

El cristiano ora, y por ello es grande; *comulga y es fuerte.* "Yo soy el pan de la vida", dijo Jesucristo; y, en efecto, señores, todo el que se acerca al banquete eucarístico con las disposiciones debidas, siente palpitar en él una vida nueva. En este régimen sagrado halla una salud moral, un vigor y una alegría que le hacen ligeras todas las cargas, y fáciles todos los deberes. Todavía le asalta la tentación, pero no le falta la fuerza necesaria para hacerle frente. "Aunque todo el mundo abjurase de Jesús—dice Ozanam,—hay en la inexplicable dulzura de una comunión tal poder de convicción, que me haría abrazar otra vez la cruz, y desafiar a todo el mundo." El pecado trata todavía de penetrar en el alma, pero la hostia y el pecado no pueden cohabitar en un mismo corazón; uno u otro deben ceder. "Fuera de la Eucaristía—escribía Sonís a un joven oficial,—no hay más que una alternativa de debilidad o de valor; creo que la verdadera fuerza, la fuerza indomable, es la herencia del cristiano, si Jesucristo permanece en él."

El cristiano sabe esto, y se aprovecha de la Eucaristía, y este paso, señores, lo engrandece todavía más, porque le une a Dios mismo; a Dios, es decir, a la santidad, a la nobleza, al poder, a la perfección. "No conozco nada tan propio para fortalecer al alma humana, para llenarla de santo respeto a ella misma, como este pensamiento: "Sirves de santuario a tu Creador." escribe Legouvé. Si la sola presencia de un ser amado basta a veces para evitarnos una falta, ¿qué será del alma cristiana que pueda decirse: "Mi Dios es mi huésped; está en mí?"—Hijo mío he visto rostros de moribundos iluminarse al recibir la hostia santa; he visto en la iglesia, al abandonar la sagrada mesa, rostros de jóvenes doncellas iluminarse con un rayo de fe; he visto a tu madre en medio de las convulsiones del dolor repentinamente apaciguado por la comunión, sonreír a sus propios padecimientos; tendría horror de mí mismo, si semejante recuerdo no me inspirase respeto."

"¡Ah!—exclamaba F. Coppée,—los modernos edu-

cadores no dirán jamás el bien que ha hecho y el mal que ha impedido, hace ya diecinueve siglos, ese delgado disco de pan puro, en el que palpita la vida eterna, y ocultarán siempre que, gracias a él, los antepasados poseyeron en los más difíciles tiempos la paz interior y la esperanza."

El cristiano lo sabe, por lo que, después de orar en su casa por la mañana y por la noche, va a la iglesia, oye misa en ella y en ella recibe al Dios de su primera comunión, y en estos dos actos, la oración y la comunión, encuentra, con la fuente de la fuerza, la grandeza y la dignidad.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

Ignorar a Jesucristo es culpable negligencia

SEÑORES:

Os he indicado las ventajas que hay en conocer y servir a Jesucristo; quisiera mostraros hoy y el próximo domingo cuán inexcusables son los que ignoran a Jesucristo o lo desdeñan; esto equivaldrá, señores, a excitaros a conocerle mejor y a mejor servirle. Comprobemos esta mañana que son numerosos los que no conocen a Jesucristo, y convenzámonos de que son inexcusables.

I. Los que no conocen a Jesucristo son numerosos.

En una de sus conferencias decía M. Gayraud: "Con frecuencia me complazco en hacer a mis adversarios librepensadores esta pregunta: ¿Qué pensáis que yo creo? Jamás saben responderme. Afirman que aceptamos cosas absurdas, pero son incapaces de formular lo que nos achacan." ¡Cuántos y cuántos comparten la

enseñanza de nuestros diputados librepensadores! ¡Cuántos hay, no digo ya entre los enemigos de la religión, sino entre los que se glorían de no combatirla, que se verían en un apuro, si un incrédulo les hiciese esta pregunta: ¿Quién es Jesucristo? Muchos no darían más que respuestas vagas y faltas de precisión. Es que, entre los hombres de este siglo, unos jamás supieron nada de Jesucristo, y otros olvidaron lo poco que supieron.

Unos jamás supieron nada de Jesucristo: Sí, señores, es un hecho doloroso, pero incontestable, que en el día de hoy, en nuestra tierra de Francia, en esta tierra que obispos y monjes roturaron, y de la cual ha podido decirse que les debe tanto como la colmena a las abejas, hállase un grupo de hombres, cada día más numeroso, que jamás oyó hablar oficialmente de Jesucristo, que jamás aprendió a conocerle.

Niños, crecieron lejos de El. Jamás corrió por su frente el agua santa del bautismo, jamás sus pequeñas manos se juntaron en el gesto sublime de la oración, jamás sus ojos infantiles contemplaron el pesebre del Divino Infante, jamás sus labios acariciaron la imagen de Jesús en la cruz, jamás, en una palabra, sonriöles en sus cunas el buen Jesús. Muchos podrían repetir estas palabras de Michelet: "La necesidad de cada día—terrible distracción—impidió a mis padres hacerme bautizar. Tenía ya diez años, y nadie me había acompañado a la iglesia, y tampoco después. Los sacerdotes con sus negras vestimentas casi me horrorizaban; eran para mí todo menos hombres."

Estudiantes, todo lo han estudiado excepto la doctrina de Jesucristo; todo lo han contemplado, excepto la divina figura. Las puras conmociones de la primera comunión, las ignoran; los relatos sucesivamente jovia-

les y terribles de su nacimiento y de su huída a Egipto, la historia de su infancia y de sus primeros años, su vida milagrosa, su enseñanza sublime, su muerte ignominiosa, pero libertadora... todo, todo lo ignoran. El pesebre como la cruz, carece de luz para ellos.

Hombres hechos, viven fuera de Jesucristo. Su enseñanza no ejerce influencia alguna sobre sus pensamientos, sus ejemplos ninguna acción sobre su conducta, sus emblemas y su culto ningún sentido entrañan para su espíritu. De Jesús lo ignoran todo, absolutamente todo; jamás aprendieron a conocerle.

Preguntad a uno de esos hombres, que han crecido así fuera de Jesucristo, que así lo han estudiado todo excepto El, que viven así fuera de El: "¿Quién es Jesucristo?", y os mirará con aire de asombro; es como si le preguntaseis a un salvaje del Africa central: "¿Qué es el radio?" Y al lado de los que nada saben,

La inmensa multitud de los que todo lo han olvidado. A los doce años, en la flor de la vida, se nos explicó el catecismo, se nos leyó y se nos explicó el santo Evangelio, en una palabra, se nos hizo conocer a Jesucristo.

Entonces le conocimos un poco. Su divina figura quizás nos agradó, embelesáronnos sus milagros, nos impresionó su muerte. Después nada. Jesús, apenas entrevisto, desapareció de nuestra vista. Como abandonamos el estudio de las ciencias y de la historia, dejamos de estudiar a Jesucristo; como cerramos la gramática y la aritmética, cerramos el Evangelio y el catecismo. ¿Qué digo? Muchas veces cerramos el Evangelio antes de cerrar la gramática, y padres tres veces culpables quizás murmuraron a nuestros oídos palabras como estas: "En materia de religión, ya sabes bastante."

Crecimos; llegaron los cuidados de la vida y entera-

mente nos absorbieron; llegaron también las pasiones, y se desarrollaron al sol de los años, absorbieron todo el amor de nuestros corazones, y la imagen de Jesús quedó borrada totalmente: Jesucristo descendió del pedestal en donde le habían colocado nuestras primeras adoraciones, y se borró su recuerdo, se disipó al soplo más fuerte de las pasiones, o enterrado bajo el polvo de nuestras múltiples preocupaciones.

Preguntad a uno de esos jóvenes que hace cinco o seis años dejaron de asistir al catecismo, quién es Jesucristo: lo ignora, lo ha olvidado todo.

Gran número de nuestros conciudadanos han olvidado a Jesucristo; cierto número no le conocieron jamás; esto es un hecho, un hecho doloroso, que explica muchos desfallecimientos, muchas negligencias. Pero este hecho, señores, si bien explica la indiferencia práctica de muchos, no podría legitimarla, porque, en definitiva, en nuestra civilización actual, creada en todos los elementos por los discípulos de Jesucristo, el Salvador no podría ser enteramente desconocido, completamente ignorado. Ocupa tal puesto en el mundo, que no puede ser más que desconocido.

Ahora bien, señores, en el desconocimiento hay siempre una parte de responsabilidad, una parte de culpabilidad. La ignorancia que hay de Jesucristo es profunda, y no tiene excusa.

II. Los que ignoran a Jesucristo son inexcusables.

Hay, señores, ignorancias que se explican y se excusan. La inteligencia del hombre no es universal, no puede abarcar todos los asuntos, ni profundizar todas las cuestiones. Verdad es, pero cuando se trata de Jesucristo, su divina persona se impone a nuestra atención

con tanta insistencia, y se propone a nuestro estudio con tanta facilidad, que somos inexcusables si no la conocemos. Se ha negado la existencia de Jesucristo, pero, como dice Lacordaire, "la historia subsiste, a pesar de la negación, como el corazón del hombre subsiste, a pesar del desorden de los sentidos, y Jesucristo permanece, bajo el abrigo de una posteridad sin ejemplo y de una necesidad sin contrapeso, en la cúspide de la historia." Sí, permanece, y permanece con tal evidencia, que puede decirse que es a la vez el personaje más imposible de ignorar y el más fácil de conocer.

El personaje más imposible de ignorar. Podemos ignorar los sabios de la antigüedad, Tales, Sócrates, Pitágoras, Platón; podemos ignorar también los conquistadores que agitaron o aplastaron a los pueblos, Alejandro, Darío, Aníbal; pero nadie puede ignorar a Jesucristo. No es uno de esos héroes cuya memoria se pierde en la noche de los tiempos, y cuyo nombre es apenas conocido de algunos iniciados. No, ningún hombre está más de relieve, ni es más evidente; ninguno ocupa con mayor dominio la escena del mundo. Es la gran figura de la historia.

Por todas partes se habla de El, se piensa en El. Tiene amigos, abnegados hasta el sacrificio y hasta la muerte; tiene mortales enemigos, encarnizados en su pérdida. ¿Qué es esta iglesia, señores, sino una afirmación de la supervivencia de Jesucristo? ¿Qué es esta asamblea sino una afirmación del interés que despierta el nombre de Jesucristo? ¿Qué es esta palabra que hago oir en su debilidad? Y esta sotana que visto, ¿qué es en su sencillez sino una afirmación de la supervivencia de Jesucristo?

Señores, hay en Francia sesenta mil iglesias, cincuenta mil predicadores, y al pie de sus cátedras millo-

nes de oyentes. ¿Es por ventura un ser ignorado el que así toma posesión del corazón de los hombres y excita hasta tal punto el interés? Salgamos de los templos. ¿Es que Jesucristo no ha dejado ninguna huella en lo exterior? Escuchad, señores, lo que escribía hace poco Augusto Cochin en su hermoso libro *Esperanzas cristianas*: "En el momento en que tantos y tantos afirman que la doctrina de Jesucristo toca a su fin, creyendo que se ha secado la fuente de la verdad, porque no vienen a beber en ella, he aquí que cada uno de los días de nuestra fugitiva existencia se cuenta aún a partir del día en que Jesucristo apareció en la tierra. Todo data de El. A cada salida del sol, nuestra edad y nuestro nacimiento son notados en el calendario por un número nuevo, y este número es el de los días desde los cuales habita entre nosotros. Cuando el recuerdo aniversario de los principales acontecimientos de su vida nos es ofrecido por el curso del tiempo, termina todo trabajo, se suspenden los plazos de la justicia; los hombres, los animales y la materia misma entran en reposo. Navidad y Pascua son, en todas las regiones, fechas solemnes del año, días de fiesta, de perdón, de regocijo universal. En vano la ciencia y la fuerza, uniendo sus manos, quitan de las leyes el nombre de Jesús, lo borran de los libros, lo rascan del frente de los monumentos. Trabajo perdido. En el rincón de los senderos floridos, en el fondo de la guardillas, en las tumbas silenciosas, dos palos en cruz hablan siempre de El... La tierra entera, poblada o recorrida por los discípulos vivientes de Cristo Jesús, ha recibido el nombre de los amigos, de las vírgenes, de los mártires que han dado, por servirle, su vida y su sangre. No hay uno de nosotros que no tenga uno de esos nombres mezclado con el nombre de su familia. La ciudades y las aldeas, los ar-

chipiélagos y los continentes, los navíos y las calles, los días y los hombres llevan así el mismo sello, y los ha tocado algo perteneciente a Jesucristo." En verdad, señores, podemos decir que, para ignorar a Jesucristo, se necesita, más que falta de atención, verdadera ceguera; no sólo es preciso no mirar en torno nuestro, sino cerrar los ojos y los oídos, porque todo habla de Jesucristo, todo muestra a Jesucristo.

La ignorancia no podría, pues, invocar la excusa del olvido en que yace la memoria de Jesucristo; pero ¿podría invocar más legítimamente la excusa de la dificultad de conocerle? No, señores, porque es

El personaje más fácil de conocer.

Jesucristo no vivió en la noche de los tiempos, sino *en pleno período histórico;* y si ha habido sabios que gravemente han discutido para saber si Jesucristo ha existido, veremos que no lo hicieron en nombre de la ciencia, sino en nombre de sus prejuicios y de sus pasiones y a despecho de todas las reglas de la crítica histórica. Así, a la hora presente, ningún hombre sensato se atrevería a formular esta pregunta: "¿Ha existido Jesucristo?" Jesucristo vivió en pleno período histórico; todos pueden, por tanto, conocerle; más todavía, los documentos que nos hablan de El son claros, y están al alcance de todos. Estos documentos son el Evangelio y el Catecismo. El Evangelio, ese libro que contiene la vida de Jesús referida por sus apóstoles o sus discípulos, se ha publicado en todos los tamaños y su precio es insignificante; todavía más, todos los sacerdotes se complacen en regalarlo a los que lo piden. El Catecismo, ese librito que nos pone al corriente de los más elevados problemas de la teología y de la filosofía, que nos da un resumen completo de la doctrina de Jesús, sólo cuesta unos cuantos céntimos. Más

CONFERENCIA QUINTA

Ser indiferente con relación a Jesucristo es una debilidad imperdonable

SEÑORES:

Cierto día, en una expansión de tristeza y amor, preguntó a sus discípulos el Salvador del mundo: "¿Creéis que cuando el Hijo del hombre vuelva a la tierra hallará todavía en ella la fe?"

Paréceme, señores, que oigo a este Divino Salvador pronunciar con voz severa y triste esas augustas palabras que encerraban para El tantos dolores, y para nosotros tantas lecciones, tan solemnes y terribles. ¿Pues qué, pensaría entonces el Señor, no encontraré en este mundo un recuerdo para tantos milagros, un arranque del corazón para tanta abnegación y tanto amor, una lágrima para tantos padecimientos y una muerte tan cruel?

Y Montalembert, recordando estas palabras del Divino Maestro, añadía:

"Si hubo una época de la historia del mundo que estuviera especialmente presente a la divina previsión de Jesucristo, fué ciertamente aquella en la cual languidece nuestra vida, época fúnebre y desalentadora, en que la fe aparece por todas partes muerta o moribunda, en que ese cemento sagrado cae por todas partes, y deja sin apoyo y sin belleza los fáciles edificios de los hombres."

Podemos repetir hoy esta queja melancólica del gran orador católico, y, por desgracia, con verdad cada día más angustiosa, porque, señores, la apatía religiosa, esta segunda causa de la indiferencia con relación a Jesucristo, hace sin cesar nuevos progresos y recluta crecientes adhesiones. Estudiemos hoy el fenómeno de la apatía y apreciémoslo; esto nos permitirá ponernos al abrigo de sus ataques, y nos preparará para el combate en dondequiera que la encontremos.

I. El fenómeno de la apatía.

La apatía religiosa entre nuestros contemporáneos, se manifiesta de dos modos: los unos no se cuidan de aumentar sus conocimientos religiosos; los otros no hacen nada para armonizar su vida y su fe.

Los unos conocen deficientemente a Jesucristo.

Encuéntranse hombres que no han olvidado enteramente el Evangelio, y en los cuales el conocimiento de Jesucristo no ha desaparecido en absoluto.

Saben que Jesucristo vivió hace diecinueve siglos, que nació en una pequeña aldea de Palestina, llamada Belén; que durante treinta años vivió humilde y oculto en Nazaret, que ejerció el oficio de carpintero; que durante tres años llevó una vida extraordinaria, predicando, curando, haciendo milagros, y aun resucitando

a los muertos; finalmente, que murió en una cruz, que resucitó, que subió al cielo. Sí, conocen más o menos bien todos estos hechos externos de la vida de Jesús, pero los conocen, y no llegarían a confundir Navidad con Pascua de Resurrección, ni la Ascensión con el Viernes Santo. Saben esto.

Pero la naturaleza de Jesucristo, la trascendencia de la enseñanza de Jesús, de sus ejemplos, de su muerte; la razón que determinó su aparición en el mundo, la transformación de que fué principio y aurora su venida, el lugar que ocupa esta personalidad sin par en el mundo de la inteligencia y en el mundo de la voluntad, su influencia sobre el individuo, la familia y la sociedad, todo esto lo ignoran. Conocen a Jesucristo muerto, ignoran a Jesucristo vivo entre nosotros; saben de El lo que puede saberse a los doce años.

A los que conocen por modo incompleto a Jesucristo, y no se cuidan de conocerle más, se unen

Los que sirven imperfectamente a Jesucristo, y no se cuidan de poner en armonía su fe y su vida. Encuéntranse hombres que conocen a Jesucristo, que han estudiado su vida, que han medido las proporciones de ese coloso divino, que están llenos de admiración por su persona, y de alabanzas por su obra, que saben que, fuera de la fe y de las enseñanzas del Evangelio, no hay más que incertidumbre en los espíritus y anarquía en las costumbres, y que de buen grado repetirían las palabras de Juan Jacobo Rousseau: "Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios." Han entregado a Jesús su espíritu, pero sustraen a su imperio su corazón, su conducta, la dirección de su vida. Alaban su obra, pero no reconocen sus derechos; le saludan como a un sabio, pero no le sirven como a un Dios; son sus admiradores, pero no sus servidores y amigos. De buen grado se proclamarán hombres de orden y de paz, se lamentarán del mal que se hace a Dios, a la Iglesia, a sus ministros, de las ruinas acumuladas por la ola creciente de la impiedad, recordarán la aurora de tiempos mejores, en que la religión era honrada y respetada, pero no procurarán ser ellos mismos cristianos completos, cristianos que llegan al tribunal de la penitencia y a la fracción del pan eucarístico.

Es esta, señores, una inmensa desgracia; en primer lugar, una inmensa desgracia para esos descuidados que se privan del consuelo y de la dicha que procuran la penitencia y la comunión; y luego, una inmensa desgracia para la causa del bien, que ellos no pueden servir más que imperfectamente, privados como están de la fuerza y del poder de persuasión que únicamente da la posesión de Jesús.

En cierta noche de su largo destierro, Napoleón, dirigiéndose al general Bertrand, le preguntó si podía decirle quién era Jesucristo. Bertrand lo ignoraba; había tenido mucho que hacer desde que vino al mundo para preocuparse de esta cuestión. "¡Cómo!—exclamó dolorosamente el Emperador.—¿Fuiste bautizado en la iglesia católica, y no puedes decirme a mí, en esta roca que me devora, quién era Jesucristo? Pues bien, yo te lo diré." Y abriendo el Evangelio, no con la mano, nos dice Lacordaire, sino con un corazón lleno de él, se puso a comparar a Jesucristo con él mismo y con los más grandes hombres de la historia; notó las diferencias características que ponen a Jesucristo por encima de todos los hombres, y tras un torrente de elocuencia, que ningún Padre de la Iglesia hubiera desdeñado, dijo: "Finalmente, yo me reconozco como hombre, y te digo que Jesucristo no era un hombre."

Jesucristo no es un hombre; esta afirmación condena a cuantos lo abandonan, a cuantos se alejan de El, a cuantos le rehusan el homenaje de su admiración y de su sumisión; condena a todos los apáticos.

II. La condenación de la apatía.

Jesucristo es, en la hora actual, un personaje combatido y un personaje necesario; la simple comprobación de estos dos hechos basta para juzgar y condenar la actitud de los apáticos.

Jesucristo es un personaje combatido, y ciertamente los que no se cuidan de ser sus amigos, favorecen la acción de sus enemigos. "Es una ilusión—dice con profunda verdad Brunetière,—es una ilusión creer que se triunfará con un vago liberalismo de la acción combinada del jacobinismo y la masonería. Ciegos son los que no ven que, consistiendo el programa de nuestros adversarios en descristianizar a Francia, al fingir nosotros que la lucha se ventila en otro terreno, abandonamos el campo de batalla y entregamos la patria atada de pies y manos." Nada tan verdadero, por lo que comprendo la indignación de uno de nuestros poetas, quien, después de describir los amargos sollozos y el desprecio profundo que excitaba en su alma el triunfo de los enemigos del Bien, añadía:

> ¡Oh, todo esto no es nada! Mas lo que me exaspera
> Es veros a vosotros, hombres honrados,
> Hacer próspero el mal con vuestra cobardía
> Y humillarse ante él sin abrir la boca.
>
> Es ver desertar de todas las batallas
> Aquellos de los cuales depende la victoria del bien;
> Es veros convertidos en cómplices eternos
> Del mal, honbres honrados, que nada odiáis.

Sí, señores, los que nada odian, los que nada aman, los que de nada se cuidan, son, quiéranlo o no, los cómplices de los enemigos de Jesucristo.

Decir en tiempo de paz: "Amo mi reposo, mi tranquilidad, mi comodidad; fuera de esto nada me interesa", esto ya es propio, señores, de un alma común, de un valor humilde; pero decirlo en la hora de las grandes luchas; decirlo cuando los más caros intereses, los afectos más profundos están en peligro; decirlo cuando se juega la suerte de la religión y de la patria; decirlo aun en el campo de batalla, es una cobardía; permanecer en la pelea con los brazos cruzados, espectadores impasibles y divertidos, cuando se podría ayudar al triunfo de la causa del bien, es un crimen y una deserción.

Cuando la tempestad asalta al navío y amenaza con sepultarlo bajo las olas, o estrellarlo contra los escollos, todo pasajero que no sepa sacrificarse y convertirse en marinero, es un estorbo. Nos encontramos, señores, en la hora de la tempestad, y esta primera comprobación condena la actitud de los apáticos y le priva de disculpa.

No quisieran abrazar partido alguno, y a pesar de ellos, tienen uno; el partido del mal.

En Argel, al principio de la conquista, cuando la Mitidja estaba todavía en poder de la terrible tribu de los hadjutes, que hacía una guerra sin cuartel, un destacamento de cuarenta soldados franceses fué cercado por los árabes. Alineados contra un muro, aquellos cuarenta hombres esperaban su suerte, cuando el jefe de la tropa indígena les hizo decir por un intérprete, que era un renegado, que si se hacían mahometanos, les prometía la vida. Entonces el oficial, dirigiéndose a sus hombres, les dijo sencillamente: "¿Qué pensáis de lo

todavía; previniendo que los hombres se dejarían absorber por las preocupaciones de aquí bajo, cegar por los cuidados corporales, y ensordecer por el barullo del mundo, instituyó Jesucristo una sociedad encargada de recordar a los hombres olvidadizos los deberes para con El, de pasear por el mundo entero la antorcha de su doctrina, de iluminar a los ciegos espirituales, y sacar de su sopor las almas abotagadas y paralizadas. Tales son los *sacerdotes*, los predicadores. Y así, desde hace diecinueve siglos, la palabra de Jesucristo es llevada de un extremo a otro de la tierra. Ni las dificultades de la empresa, ni la aridez de sus misterios detuvieron jamás a los misioneros del Evangelio; ni las amenazas, ni las persecuciones, ni la perspectiva de la muerte misma sellaron sobre sus labios la palabra de Dios. Fieles al mandato de su Maestro: "Id y enseñad a todas las naciones, predicad el Evangelio a toda criatura", recorren el universo. Dóciles a sus consejos: Lo que habéis oído en el secreto, proclamadlo sobre los tejados", han variado hasta lo indecible las formas de su enseñanza, y han multiplicado las ocasiones de difundir la palabra divina. Confiados en sus promesas: "No temáis a los que matan el cuerpo, pero que nada pueden contra el alma", continúan evangelizando cuando el silbido de las varas o la mofa de los sofistas eran la única respuesta a sus acentos inflamados. Siempre y en todas partes, la enseñanza de Jesucristo se ha propuesto con resolución y se ha difundido con abundancia, y sólo ignoran a Jesucristo los que no quieren conocerle.

Para conocer a Jesucristo, no faltan libros, ni faltan maestros, y en nuestro tiempo menos que en ningún otro. Son, pues, inexcusables, doblemente inexcusables los que ignoran a Jesucristo, por cuanto les bastaría abrir los ojos para contemplar la huella de sus pasos

aquí bajo, por cuanto les bastaría prestar el oído para sorprender las vibraciones de su palabra, y oir el sonido de su voz devuelto por los mil ecos de los púlpitos católicos.

Hace pocos días leía yo que el general Lamoricière, que había aceptado el mando del ejército del Papa, hablaba un día con Pío IX, y que en el curso de la conversación, habiéndole citado el Soberano Pontífice un texto de San Agustín, el general acabó la cita, y lo mismo hizo con otro texto de San Ireneo. Asombrado el Papa, preguntóle: "Pero, general, ¿en dónde habéis estudiado los Santos Padres?"—"En medio de los campos de batalla,—respondió Lamoricière.—No siempre se bate uno, y yo consagraba mis días de descanso a esa lectura, que siempre tuvo para mí los mayores atractivos." ¡Qué bello ejemplo, señores! La verdad religiosa ha sido siempre buscada ávidamente por todas las grandes almas. Venid, señores, a apagar vuestra sed en esta fuente que mana sin cesar; yo os prometo que en ella encotraréis verdaderos goces y nobles consolaciones.

Así sea.

que se nos propone?" Y todos, desde el primero al último, respondieron: "¡Yo no reniego de Jesucristo!" Algunos instantes después, cuarenta balas tiradas a boca de jarro, hacían caer con el rostro en tierra a aquellos cuarenta héroes, mártires de Francia y de Jesucristo.

Esta escena se renueva cada día, de un modo menos ostensible sin duda, pero igualmente trágico. La impiedad triunfante nos intima continuamente por la voz de sus adeptos—casi todos renegados—que escojamos entre Dios y Satanás, sin dejarnos la libertad soñada quizás por la indiferencia.

Jesucristo es un personaje combatido; ha sonado la hora de declararnos por El o contra El. Más todavía: *Jesucristo es un personaje necesario,* necesario a todo el que quiera vivir dignamente y salvar su alma, necesidad que todo el mundo, aun los sabios, aun los más sencillos, pueden tocar con el dedo. "Tomad—decía Sainte-Beuve—los más grandes modernos anticristianos, Federico, Laplace, Goethe; a todo el que haya desconocido enteramente a Jesucristo, miradle bien; en el espíritu o en el corazón le ha faltado alguna cosa." Vosotros no podéis hacer esa experiencia; pero, señores, hay una que podéis hacer, aquella de la cual José Autrán nos daba el resultado en estos términos:

¡Oh Cristo!
No soy de aquellos a quienes la angustia de la duda
Jamás alteró la inalterable fe,
Y con mucha frecuencia, por desgracia.—¡Ah, ten piedad de mí!
Camino como el ciego, con vacilante paso.
Pero *una prueba* brilla ante mis ojos:

Mujeres de casta frente, jóvenes, dulces ancianos,
Veo que te aman los corazones puros,
Veo bajo los brazos que tiendes hacia nosotros,
Que los más virtuosos están arrodillados,
Y que los criminales te blasfeman.

Sí, señores, os pregunto: ¿dónde están los más justos, dónde están los más puros, dónde están los más sobrios, dónde están los más caritativos, los más desinteresados, en una palabra, los más virtuosos? ¿No están entre los que conocen a Jesucristo, entre los que oran a Jesucristo, entre los que frecuentan a Jesucristo, entre los que reciben a Jesucristo? Decidme: ¿dónde están los más fuertes ante la adversidad y ante la muerte? ¿dónde están los que no se suicidan, los que no se desesperan, los que no blasfeman, los que no se rebelan? ¿dónde están los que entregan con serenidad su alma a Dios y recorren su camino doloroso, sacando de su propio dolor fuerzas para hacer bien a los demás? ¿dónde están? A los pies de Jesucristo, en la mesa de Jesucristo.

Los que lloráis, id a Dios, que también llora;
Los que padecéis, llegaos a El, puesto que cura;
Los que tembláis, acudid a El, porque sonríe;
Los que pasáis, venid a El, pues permanece.

Diecinueve siglos de beneficios, derramados por Jesucristo sobre todas las miserias, justifican esos conceptos inmortales. Desde que Jesucristo apareció sobre la tierra, la muchedumbre que llora y padece, gime y anda, se ha postrado ante El, y en El halla el consuelo y la paz, la alegría y la eternidad. Es este un hecho que podéis comprobar, que podéis experimentar cada día, un hecho que condena por siempre jamás a los que no se cuidan de conocer cada vez más y servir cada vez mejor a Jesucristo, único libertador de las almas.

Censuremos, señores, a los indiferentes que no se cuidan de conocer ni de servir a Jesucristo; condenémoslos, porque con frecuencia son inexcusables; pero sobre todo compadezcámoslos, porque, al mantenerse

apartados de Jesucristo, se privan de las santas alegrías y de las fuertes virtudes de que es El fuente única, fuente inagotable; compadezcámoslos y esforcémonos en ilustrarlos, en sacarlos de su sopor, convirtiéndonos con respecto a ellos en apóstoles y mensajeros de Jesucristo.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

Estado primitivo del género humano

SEÑORES:

Entramos hoy en el estudio de este importante asunto: Jesucristo y su obra, y no necesitaremos menos de dos años para explorarlo y profundizarlo. Es que Jesucristo llena todos los tiempos, y, para hablar de El, preciso es evocar todos los recuerdos de la historia. Hablemos hoy del estado primitivo del género humano; es nuestro punto de partida, y nos importa orientarnos bien al principio de nuestro viaje.

I. Contemplo al género humano que palpita ante mis ojos, y, ¿qué es lo que veo en él? Veo en él el dolor, la muerte, el mal. El hombre experimenta el gusto del mal, a veces la pasión del mal, siéntese inclinado al mal, no hace el bien más que con el sudor de su rostro, lacerándose el alma; diríase que es un náufrago arrastrado al abismo, que sólo puede salvarse remontando la corriente. Para hacer el mal, le basta dejarse llevar,

dejarse dirigir; para hacer el bien, trepa más que marcha, como dice Bossuet, y todos nosotros con él.

El hombre muere. Tiene una inteligencia viva, un corazón magnánimo, una salud floreciente, una belleza deslumbradora... Avanza en la vida, con la frente llena de serenidad, con el ojo lleno de luz, con el pecho lleno de vigor, pero llega un día en que la muerte le sorprende enteramente vivo, y le precipita, helado, desnudo, desconocido, en el polvo.

En el banquete de la vida, infeliz convidado,
Comparezco un día, y muero.

El hombre padece. ¿Habrá que demostrarlo? Todos los ecos repiten la voz de nuestros dolores, y la mayor parte de nuestras alegrías no son más que un medio extraño de adormecer nuestros padecimientos y ocultar nuestras lágrimas. Señores, no invento nada. Prestad atención a los gemidos del género humano, y oiréis que llegan hasta vosotros, procedentes de todas las edades y todas las convicciones, estas tres notas desgarradoras: el mal, la muerte, el dolor, y al punto salta a nuestro espíritu atento esta pregunta:

II. ¿Pudo Dios, sin perjudicar a su sabiduría y a su bondad crear al hombre en tal estado?—¿Pudo crearlo tal como hoy le vemos, bajo la triple dominación del mal, de la muerte y del dolor, con las sombras que obscurecen su inteligencia, con las vacilaciones de su voluntad, con las inclinaciones de su corazón, con la lúgubre necesidad de padecer y morir? Sí, señores, Dios hubiera podido crear el género humano en las condiciones de existencia que ofrece hoy en día al ojo del observador. Hubiera podido, sin perjudicar a su sabiduría y a su bondad, hacer del hombre un soldado, de la tierra un campo de batalla, de la vida humana un combate, pero reservándose el derecho de conceder el triunfo a la victoria, la recompensa al mérito, y a la virtud adquirida al precio del dolor, la corona de la inmortalidad.

Pero no se trata de lo que Dios hubiera podido hacer, sino de saber lo que hizo. Ahora bien, ¿creó al hombre tal como le vemos hoy en día? No; escuchad la espléndida historia que voy a relataros. Dícese que un predicador, queriendo confundir públicamente a los autores de una calumnia que se había difundido por toda una ciudad, exclamó de repente en presencia de un inmenso auditorio: "Os pongo a todos por testigos: daré mañana cien mil francos en presencia del magistrado de la ciudad al que me presente una sola prueba del agravio que se nos imputa." No tengo cien mil francos para prometer a nadie, pero al que me aporte una demostración breve y clara de la inanidad del relato que voy a haceros, le prometo leerla desde lo alto de esta cátedra.

III. ¿En qué estado creó Dios al género humano personificado y concentrado en nuestros primeros padres?

Nos encontramos en medio de las llanuras opulentas y embelesadoras de Armenia, en la hora en que la naturaleza juvenil no ha sido ajada todavía por el soplo del tiempo. Vasto y magnífico jardín, regado por cuatro ríos nacidos de la misma fuente, en cuyas riberas reunió Dios todas las bellezas capaces de elevar la inteligencia, todos los hechizos propios para conmover el corazón, todos los placeres aptos para lisonjear los sentidos, espera a su huéped y señor. ¡Hele ahí! Dios mismo lo lleva entre sus brazos, y lo deposita en ese

paraíso de delicias. Y allí se duerme con el sueño del éxtasis, y allí se despierta para contemplar a la que es hueso de sus huesos y carne de su carne y cantar el himno de su casto amor.

Prestadme toda vuestra atención, señores; ese hombre depositado en la tierra, no es una criatura vulgar, es el *hijo de Dios*. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que Dios, al crearlo, no se contenta con darle el ser, sino que le comunica su propia vida divina. Apelo a vuestros corazones de padres. ¿No consiste vuestra más cara y grande ambición en que vuestros hijos se parezcan a vosotros? Si pudierais darles de una vez vuestra experiencia, vuestra sabiduría, vuestro talento, vuestra virtud, como les habéis dado vuestra sangre, ¿vacilaríais en hacerlo? No. Vuestro amor suprimiría la lentitud del tiempo, y mañana, ahora mismo, os veríais revivir tales como sois en los que amáis. Ahora bien, Dios hizo lo que vosotros no podéis hacer. Por la misma efusión de un amor que, habiendo entrado en el camino de los dones, no quiso ya detenerse, Dios, en el instante mismo en que creaba al hombre, lo deificaba y revestía inmediatamente de un esplendor sobrenatural, reflejo de su propio esplendor. Al propio tiempo que le decía: "Soy tu creador, y tú eres mi obra", añadía: "Soy tu padre, y tú eres mi hijo; libremente, gratuitamente, te doy mi gracia, es decir, la efusión de mi propia vida divina en tu naturaleza." Así, enriquecidos y transfigurados, llevando en sí mismos las armonías de la naturaleza y las armonías de la gracia. Adán y Eva, dice Milton, recorrían las soledades embalsamadas del Edén, Adán, el más hermoso de los hombres que debían ser sus hijos, Eva, la más embelesadora de todas las que debían ser sus hijas.

Eran puros. ¡Qué hermoso se presenta nuestro primer padre, cuando se levanta en la mañana de la creación! La gracia, la nobleza, la majestad, la perfección de las formas que soñamos para las obras maestras del arte, nada son en comparación del armonioso conjunto de líneas, de contornos, de tonos, de movimientos que nos ofrece el *cuerpo* modelado por Dios y animado del soplo de vida que transpira por los poros de su carne inmaculada irradiando desde sus pies a su frente orlada de real diadema. Escuchad, señores, estas sencillas y adorables palabras de la Biblia: "Adán y su mujer estaban desnudos y no se avergonzaban; *erant uterque nudus et non erubescebant.* La carne no tenía a sus ojos más que los atractivos de la casta belleza de que Dios la había originalmente revestido. Ignoran las rebeliones y no sospechan los criminales placeres. Todo es santo para aquellos hijos de Dios, y su noble cuerpo queda como transfigurado y sumergido en los esplendores rivales de una belleza sin sombra y una pureza sin mancilla. *Su alma,* desprendida de los sentidos, dueña absoluta de los apetitos de la carne, remóntase libremente a Dios, e ignora esa tiranía de las pasiones, esa gravitación hacia la región de los bajos alicientes que constituyen nuestro tormento y nuestra desesperación. ¿Habéis visto gravitar una flor hacia el sol, del que aspira la luz y el calor vivificante? Apenas ha salido de la verde prisión en que esperaba el último llamamiento del astro querido de su vida, cuando se vuelve hacia él para recibir el beso de sus rayos, y enviarle, con la sonrisa de su corola que se entreabre, el incienso de su corazón embalsamado. Ser embelesador, ¡tú me revelas el misterio del origen del género humano! En aquella hora matinal, Dios, creador y padre, revestido de formas misteriosas cuya beldad eclipsa toda belleza creada, visita a nuestros pri-

meros padres, y los invita a las dulces confidencias, a las tiernas efusiones. Adán le pregunta; El le instruye. —Adán le ruega; El le escucha.—Adán le adora y le da gracias; El le bendice.—Adán se eleva a Dios, como la flor que gravita en torno del sol y se baña en su luz. Y las sombras conmovidas del paraíso terrenal se conmueven de admiración y de respeto al encuentro del Dios santo y de sus castos hijos. Son puros.

Son dichosos. ¿Cómo no serlo? Asociados a Dios y participando de su vida, comparten su realeza, se alimentan del glorioso alimento *de la Verdad, del Bien y de la Belleza.* No están condenados a la lentitud del estudio y de la experiencia. Todo lo que el hombre puede saber: leyes del universo, secretos de la naturaleza, principios del orden intelectual y moral, conclusiones inmediatas y remotas de estos principios, lo aprenden, en la medida en que les son necesarios, de Aquel que es el padre de la luz. Y del mismo modo que, inventado el telescopio, toma el ojo del hombre cuando no alcanza más, y lo transporta lejos, allá donde naturalmente no podía llegar, así obra Dios con nuestros primeros padres: toma su inteligencia finita, e, ingertándola en cierto modo en la suya, expone ante sus ojos los misterios de la vida y de su gobierno sobrenatural. Guiados así por Dios, exploran el vasto campo de la razón y de la revelación, con creciente curiosidad, que saborea los embelesos que procura al espíritu cada verdad descubierta, y con prudente moderación, que se detiene humilde y tranquila ante las riberas de lo desconocido. Son felices. ¿Cómo no serlo? Reinan sobre sí mismos al reinar *sobre las criaturas.* Adán es el rey del mundo, pero es un rey pacífico; mientras su grandeza impone, su inocencia atrae, y los animales se dejan sin temor conducir a sus pies. De

una ojeada, penetra su naturaleza, y a cada uno de ellos le da el nombre que le conviene, porque su lengua es rica y profunda. Habla, y todos los animales experimentan el hechizo de su voz, y contienen, por agradarle, sus sombrías o feroces pasiones. Finalmente, reina *sobre la tierra.* Con su mano inteligente e industriosa, debe corregir Adán las imperfecciones que Dios ha dejado deliberadamente en su obra; Adán está sometido a la santa ley del trabajo, pero de un trabajo desinteresado, ordenado por el deber, no por la necesidad; de un trabajo apacible que ejerce el cuerpo sin fatigarse; de un trabajo inteligente, que dirige las fuerzas conocidas de la naturaleza en vez de luchar contra fuerzas ignoradas; de un trabajo sabiamente ordenado, que nada quita a los piadosos esparcimientos de la vida espiritual y suprasensible. Nuestros primeros padres, desde el primer instante de su creación, quedaron sumergidos en la inocencia y la dicha; no conocían el mal ni el dolor. ¿Qué me resta por decir?

Eran inmortales. Los primeros héroes francos se preguntaban con terror en sus últimos momentos: "¿Quién es ese rey del cielo que hace morir así los reyes de la tierra?" En efecto, es la muerte el gran espanto del hombre; es a la vez horrible e inevitable. Pero no ocurría esto al nacer el hombre. Dueño de su cuerpo, que alimentaba con el fruto del árbol de la vida, no temiendo nada de la acción del tiempo, de los elementos, ni de la enfermedad, espera tranquilamente Adán la perpetua renovación de sus días. Todo puede pasar en torno suyo; él permanecerá hasta la hora en que plazca a Dios transportarle, en cuerpo y alma, del paraíso de delicias al paraíso de la gloria, y coronar sus fáciles victorias con un triunfo inmortal.

Así fueron colocados Adán y Eva en la tierra, en

el origen de las cosas. Hijos de Dios, llevaban en su frente la triple aureola de la inocencia, de la dicha y de la inmortalidad, y en sí mismos estaba concentrada toda la especie humana. He ahí, señores, el punto de partida del género humano y la historia de nuestros orígenes.

Quizás, señores, al terminar esta conferencia, os sintáis tentados a decirme: "Pero lo que acabáis de referirnos es un sueño." No, señores, no es un sueño; es una historia verdadera, es un hecho. Os he leído las primeras páginas de la Biblia, y, al decir del mismo Voltaire, hállase esta historia en la tradición de todos los pueblos. No tenemos el derecho de declarar falso el testimonio universal. Pero añadís: "Si el género humano fué creado en ese estado de santidad, de felicidad y de inmortalidad, ¿cómo se explica aquí bajo la presencia del mal, que todo lo inunda con sus fangosas oleadas, la presencia del dolor, que nos tortura, la presencia, en fin, de la muerte, que cosecha, una tras otra, todas las generaciones?

¿Cómo en plomo vil se ha trocado el oro puro?

"Y si tan magnífico es el prefacio del libro, ¿cómo se explica que sea tan lamentable el libro mismo?"

En efecto, hay aquí un problema que exige una explicación. Os la daré, estad tranquilos. Nuevos horizontes se abren a nuestra piadosa curiosidad. Entraremos con confianza en ellos, y, a medida que la luz se haga más abundante en nuestro espíritu, la fe, más vibrante todavía en nuestros labios, unirá, en la misma adoración y el mismo cántico, a Dios Padre, creador por su poder de cuanto existe, y a Jesucristo, su único Hijo, que todo lo ha reparado con su inmolación.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

La prueba

SEÑORES:

Cuando el hombre fué creado, cuando hizo su primera aparición en la tierra, orlaba su frente con la triple y resplandeciente aureola de la inocencia, de la dicha y de la inmortalidad. ¿Cómo, pues, explicar la presencia aquí bajo del mal, que todo lo inunda con sus fangosas oleadas, la presencia del dolor, que nos tortura, la presencia de la muerte, que cosecha, una tras otra, todas las generaciones? He ahí el problema ante el cual nos hemos detenido. Tratamos ahora de mirarlo de frente, de estudiarlo, de resolverlo. Sabéis lo que sobre este punto dice la religión. Nos dice que Dios, desde el origen, quiso probar al hombre, y que, dirigiéndose a nuestros primeros padres, les intimó esta prohibición: "Comeréis del fruto de todos los árboles del paraíso, pero no tocaréis el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el día en que co-

máis de él, moriréis." He ahí la prueba. Preciso será justificarla, lo cual no es difícil. Prestadme vuestra benévola atención.

I. ¿Podía Dios probar al hombre? ¿Por qué no?

Estaba en su *derecho*. Si os hubiera consultado a vosotros, ¿le hubierais aconsejado quizás otra cosa? El mejor de los mundos, un mundo en que la prevaricación no hubiera sido posible, y, en el hombre, una libertad restringida a la elección del bien: tal hubiera sido vuestro dictamen. Pero confesad que Dios, en su sabiduría, podía tener otro. Podía, sin violentar ninguno de sus atributos, conceder al hombre la libertad de optar entre el bien y el mal. Y si el primer hombre había de abusar de su libertad, inclinarse al mal y sucumbir en la prueba, no intentéis remontar la responsabilidad de ello hasta Dios. ¿Por ventura son culpables vuestros padres de haberos hecho instruir porque habéis abusado de vuestra instrucción? Los maestros de los pueblos ¿son culpables de haberlos civilizado porque los pueblos abusan de la civilización por modo inconcebible? Si legáis a vuestros hijos una riqueza honrada, que representa los sudores acumulados de toda vuestra vida, ¿seréis responsables de las locuras y crímenes que cometan con vuestros bienes vuestros herederos disipadores y pervertidos? Del propio modo, ¿puede culparse a Dios de que diera a nuestros primeros padres la vida, que es un bien, la inteligencia, que es un bien, la libertad, que es un bien, porque con todas estas cosas podrían prevaricar nuestros primeros padres? No; la responsabilidad de la falta no se remonta más allá de la libre voluntad de Adán y Eva. Inocente del pecado de ellos, Dios sólo es responsable

de la grandeza y de los magníficos privilegios concedidos. Estaba en su derecho. Dios podía probar al hombre, y diré más todavía, señores,

Dios *tenía necesidad* de probar al hombre. Estudiad, señores, vuestro corazón y adivinad, por medio del vuestro, el corazón de Dios. Tenéis amigos; ¿por qué medio los reconoceréis? Los reconoceréis mediante que su libre afecto, varias veces probado, os permanezca fiel, en tanto que os veáis cobardemente traicionados y abandonados por otros. Su mérito es, para vosotros, el mayor de los hechizos. Pues bien, quiso Dios experimentar el hechizo del mérito. No quiso que el hombre fuese un servidor ilustrado, ordenado, correcto, obligado fatalmente a la adoración y al bien, como un astro en su órbita, sin poder salir de ella. Desde el origen, contempló Dios la creación física, y esas esferas llenas de estrellas, que realizan pasivamente sus evoluciones, y esas olas, que sucesivamente se agitan y apaciguan, y esas flores y esos frutos, riqueza y adorno de la tierra, y todos esos animales, que pasan su vida inconsciente en las profundidades del mar, en las regiones del aire y en las trémulas selvas; y se dijo: "He ahí numerosos esclavos. Soy creador y dueño, y todos esos seres lo proclaman y se encorvan ante mí. Soy también padre, mas ¿en dónde están mis hijos?" Y dirigiéndose al hombre añadió: "Levántate, hijo mío. En este universo fatal, te he reservado la libre y gloriosa servidumbre del amor. Vendrás a mí libremente, subyugado por mis embelesos, no por mi poder." Dios, que sabe que merece el incienso de la libertad humana, quiso el libre homenaje de su criatura; quiso el mérito, y como no podía obtenerlo sino permitiendo el demérito, lo permitió. Y,

cosa maravillosa, al propio tiempo que trabajaba en su propia gloria, Dios, al probarnos,

Trabaja en *nuestra propia gloria*. Consideró más digno de El y más digno de nosotros que hubiese aquí bajo las luchas y triunfos de la virtud. Arriesgó Dios (si puedo hablar así, pues Dios no arriesga nada, pero empleo esta expresión para dar a conocer mejor mis pensamientos); arriesgó, pues, Dios, si puedo hablar así, con la libertad del hombre para el bien, la posibilidad del mal, a fin de que hubiese aquí bajo esa gran cosa, la virtud, es decir, la lucha, el padecimiento, el valor, la victoria. Vió Dios que éramos bastante nobles criaturas para esta noble prueba: "¿Queréis saber lo que vale un hombre?—dijo Lacordaire.—Ponedlo a prueba, y si no da el sonido del sacrificio, por hermosa que sea la púrpura que le cubra, volved la cabeza, y pasad de largo... no es un hombre." Dios, señores, quiso procurarnos la gloria exquisita de trabajar nosotros mismos en nuestra propia grandeza, y aportar un apoyo personal a nuestro valor originario por medio de una cooperación reflexiva y deliberada. En la prueba se revela el hombre. Hombres, ¿amáis la gloria? Vedla ahí. Dios hubiera podido remacharos al poste del deber, como una estatua sobre un pedestal, o como una estrella en su esfera, o como un río en sus riberas; pero os ha honrado más al dejaros libre curso. Porque, si no os desviáis de la línea recta, si os mostráis inllexibles en el bien, tendréis el mérito debido, y seréis artesanos de vuestra propia grandeza.

Dios quería probar al hombre.

II. ¿Podía Dios probar al hombre como lo hizo?

Es decir, por la prohibición y la amenaza que ya sabéis, cuando le dijo: "Comerás el fruto de todos los árboles del paraíso, pero no tocarás el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, pues si de él comieres, morirás."

¿Por qué no, señores? Ciertos espíritus se escandalizan y se mofan placenteramente de la manzana fatal convertida en mazana de condenación. Ponen en duda la letra del relato bíblico, y buscan bajo la corteza del árbol de la prueba, yo no sé qué pecado vergonzoso que no se atreven a nombrar. Ahorrémonos, señores, gastos de imaginación perfectamente inútiles, y reconozcamos con toda sencillez que Dios podía probar al hombre como lo hizo, es decir, escoger un signo que hablase a los sentidos, un árbol reservado, y en este signo, en este árbol, encarnar su autoridad divina.

¿Por ventura no es así como proceden los hombres? ¿Acaso no tenéis vosotros el poder y el hábito de escoger cosas nimias para convertirlas en expresión de vuestra voluntad más sagrada, en símbolo de las más grandes cosas?

Vosotros sois magistrados, yo soy sacerdote. El traje que vestimos no es nada en sí mismo, no tiene valor intrínseco alguno, pero cuando nos revestimos, vosotros de vuestra toga, y yo de mi sotana, tenemos conciencia de nuestras dignidades respectivas, y sabemos que en los pliegues de nuestros hábitos descansan los dos sillares más fuertes de la sociedad: la justicia y la religión. Cierto cardenal, cuando se sentía desalentado, tenía la costumbre de mirar su birreta, y decirle: "¡Querida birreta, a ti me encomiendo!" Bien sabéis que los objetos más humildes pueden convertirse en augustos sacramentos y resplandecer con toda la majestad que les conferimos. Pues bien, lo que hacéis vosotros, ¿no podría hacerlo Dios? Si vosotros

ponéis un reflejo de vuestra persona en un objeto cualquiera, ¿no podría Dios poner en un árbol del paraíso un reflejo de su dignidad?

Sois propietarios, tenéis un campo, una viña, y, para designar y proteger vuestro bien, plantáis un mojón, un poste, para indicar su límite. ¿Acaso os fijáis en la naturaleza, en la forma, en el color del poste o del mojón? Bien sean de madera, bien de piedra, ora redondos, ora cuadrados, ya blancos, ya negros, para nada os fijáis, y con razón, en estos pueriles detalles, porque nadie se engañará con relación a ellos, ya que en tan vulgares objetos, todo el mundo ve el derecho del propietario y la santa majestad de la ley. De un mojón o de un poste hacéis el símbolo de la propiedad, de la justicia y del derecho. Pues bien, lo que vosotros hacéis, ¿no pudo hacerlo Dios? Si vosotros podéis poner un reflejo de vuestra soberanía en un vulgar trozo de piedra o de madera, ¿no podía Dios, en el paraíso terrenal, poner sobre tal árbol designado por El un reflejo de su soberano poder? En aquellos tiempos primitivos, solamente Adán estaba en presencia de Dios, y Dios, hablando a su criatura, le dijo: "He ahí ese árbol; no lo toques." Y en el mismo instante, elevóse el árbol ante la faz del hombre como el símbolo de la soberanía divina.

Alzóse en medio del paraíso terrenal como nuestra bandera nacional que flota en la frontera y ostenta en sus pliegues la majestad de la patria. ¿Qué es una bandera? Es también un árbol, una rama de árbol con una tela de tres colores, tela vulgar, sin valor intrínseco, por cuanto sólo cuesta una pequeña suma, porque bastan unas cuantas gotas de agua para deslustrarla y algunas sacudidas del viento para rasgarla. Esto no obstante, las miradas de todo un ejército se dirigen hacia ese trapo ennegrecido, y en lo más fuerte de la lucha, si la bandera está en peligro, todos los brazos se levantan para defenderla, y millares de pechos vierten para salvarla torrentes de sangre generosa. ¿Habéis leído la historia de la batalla de Loigny? Habréis visto allí al general de Sonís, mutilado por los obuses, pasando solo, sobre la tierra desnuda, la noche glacial del 4 de Diciembre, con la cabeza apoyada en la silla de su caballo, sin exhalar otra queja que una plegaria por su patria. Y luego, al lado de este héroe, de este caballero sin miedo y sin tacha, habréis visto aparecer los zuavos de Charette; de los 300 que salieron de Villepión sólo quedaban 102; su bandera habia cambiado de mano cinco veces en la batalla. Una bandera no es más que un trozo de tela azul, blanco y rojo. Ponedla al frente de un ejército, y se convertirá en signo sagrado por el cual se combate y se muere. Quien le hace traición, es reo de muerte; quien la toca, provoca nuestra cólera y nos hace rugir de indignación. ¿Por qué? Porque es la imagen flotante de la patria muy amada; es nuestra libertad, nuestra soberanía, nuestra nacionalidad, nuestro honor. Bien veis ¡oh hombres! que sin cesar tomáis cosas sin valor para convertirlas en símbolos de las más grades cosas. ¿Por qué, pues, negar a Dios lo mismo que hacéis vosotros por modo tan habitual y legítimo? Y si vosotros condensáis, por decirlo así, toda la patria en la bandera, ¿por qué Dios, al principio, no había de poder condensar toda la religión en el árbol de la prueba? Pudo hacerlo, y nada hay en ello que pueda sorprender la razón más desconfiada.

En resumen, cuando Dios creó al hombre, dióle la libertad, pero no la independencia. Necesitábamos un precepto para hacernos saber que teníamos un dueño.

Este precepto debía hacerse visible en algo: la soberanía divina debía encarnarse en un signo, en un objeto visible, en un símbolo. Por lo cual, habiendo elegido Dios el árbol de la prueba, lo mostró a Adán y le dijo: "No lo toques. Si comes el fruto de este árbol, morirás." He ahí el principio de nuestra historia, y por hoy me limito a señalaros su conveniencia, su sencillez y su grandeza.

Pronto hará un año, señores. Durante este año, ¡cuántas veces hemos tropezado en nuestro camino con el árbol de la prueba! ¡Cuántas veces, en el fondo de nuestra conciencia, como en el paraíso terrenal, nos ha dicho Dios: "¡Cuidado! ¡No toques el fruto prohibido!" Y ¡cuántas veces, como nuestro primer padre, hemos sido débiles en la lucha! Humillémonos bajo la mano del Señor, y prometámosle en el nuevo año una fidelidad inquebrantable.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

El tentador

SEÑORES:

Podía Dios probar al hombre de la manera que ya sabéis. Examinemos ahora las circunstancias de la prueba. Pero ante todas cosas, en el preludio de ese antiguo y solemne drama, fijémonos en un personaje misterioso. El árbol de la prueba está en medio del paraíso. Eva lo contempla, y entre el fruto prohibido y la mujer, he ahí que aparece el tentador. "La serpiente—dice la Biblia—es el más astuto de todos los vivientes salidos de la mano del Señor." El espíritu maligno, el demonio, y el demonio en forma de serpiente; he ahí dos cosas que quizás os sorprendan, y quizás penséis que os invito a que hagamos juntos una excursión llena de aventuras por el reino de las quimeras. Señores, tened la paciencia de escucharme. Me dirijo a hombres serios, y esta mañana, como siempre, me propongo ofrecer a vuestra inteligencia, no

un alimento hueco y facticio, sino el puro pan de la verdad, de lo razonable y de lo cierto.

I. El demonio.

Un ser malhechor, un ser invisible. ¡Pero esto es doblemente imposible! Señores, no vayáis tan deprisa. Seguidme.

En el principio, creó Dios los *ángeles*, puros espíritus, naturalezas simples, incorruptibles como El, primeros espejos de su perfección, más elevados en el menor de sus actos que elevado es el acto del hombre sobre el instinto de las bestias, el instinto de las bestias sobre el movimiento de las plantas, el movimiento de las plantas sobre la gravitación imperceptible por virtud de la cual los más viles átomos de la materia se difunden y se mantienen unidos entre sí. ¡Admirable escala la del movimiento y de la vida! Abajo, cuerpos que tocan en las fronteras de la vida; arriba, espíritus que tocan en las riberas del océano infinito del ser y de la perfección; y entre estos dos extremos, el hombre cuya doble naturaleza participa igualmente de la materia y del espíritu. No me digáis, señores, que al hablaros de los ángeles me coloco en el terreno de lo quimérico y de lo imposible. "¡Oh Dios!—exclama aquí Bossuet, en su lengua pura como el cristal y resistente como el diamante,—¡oh Dios, quién duda que pudisteis hacer espíritus sin cuerpo? ¿Tiene alguien necesidad de un cuerpo para oir, para amar, para ser feliz? Vos, que sois un espíritu tan puro, ¿no sois inmaterial e incorpóreo? La inteligencia y el amor, ¿no son operaciones espirituales e inmortales que uno puede ejecutar sin estar unido a un cuerpo? ¿Quién duda, pues, que pudisteis crear inteligencias de esta especie?

Mas Vos nos habéis revelado lo que creasteis." Dios creó, pues, los ángeles, y por cuanto trata con reverencia cuanto creó, no quiso fijarlos en su dicha por un acto imprevisto, ni encadenarlos fatalmente a su vida. Dióles, como a nosotros, la libertad, para que se convirtieran, merced a una cooperación deliberada, en obreros de su propia grandeza y de su propia felicidad. Los ángeles fueron probados.

Cierto día, una espantosa tempestad se desencadenó a las puertas mismas de la beatitud eterna. Uno de los ángeles más hermosos, Lucifer, fué dominado por el orgullo y la envidia. Contemplándose a sí mismo, dejóse seducir por su belleza. "Subiré—dijo,—y seré semejante al Todopoderoso." Empezaba la larga e innumerable serie de esos orgullosos que sólo cuentan con sus propias fuerzas, que apelan sin cesar a su razón, y quieren prescindir de Dios. Lucifer no quería recibir más que de sí mismo su felicidad y su grandeza. Luego, viendo que el Verbo eterno tomaba la naturaleza humana y reclamaba las adoraciones de la naturaleza angélica, fué presa de mortal envidia contra nosotros, y se deshizo en murmullos. Rechazó las ofertas y exigencias de su Dios, y arrastró, en su revolución y reprobación, millares de espíritus celestiales. Preguntábase cierto día a un niño inteligente: "¿Quién hizo los ángeles?— Dios.—¿Quién hizo al demonio?—Dios hizo al ángel, el ángel se hizo a sí mismo demonio." En efecto, Dios, que es el bien por esencia, no puede producir más que a semejanza suya, por lo cual, al salir de sus manos, en la mañana de su vida, todos los ángeles eran puros, santos y felices. Sólo por haber abusado de su libertad, cierto número de ellos, con Lucifer a la cabeza, convirtiéronse en malhechores y malditos. Sí, en *malhechores*. El demonio quiere mal

a Dios, y porque Dios es invulnerable en sí mismo y en sus perfecciones, el demonio echa la culpa al hombre, hijo amadísimo de Dios.

¿Os extrañáis de la hostilidad del demonio contra el hombre? ¿Por ventura no es el malo enemigo de todo lo que se le parece? Tocamos aquí, señores, una de las leyes más profundas y trágicas de la vida humana. Cierto día, un campesino que no conocía a Arístides, que jamás le había visto, votó por el destierro del ilustre ateniense. "¿Qué mal te ha hecho ese hombre?"—le preguntó Arístides.—Ninguno—respondió el campesino;—no le conozco, pero me fastidia oir siempre llamarle el justo." ¿Lo habéis oído? El malo odia a la virtud antes que la virtud haya pensado en despreciarlo. Trata de sorprenderla, la observa y la persigue hasta que cae, y si no puede marchitarla y corromperla, se esfuerza en atormentarla. Señores, de ahí la historia antigua, de ahí la historia moderna, de ahí la historia de los hombres, de ahí la historia de los demonios. Y el malo, que os impulsa a la ocasión del pecado, únicamente por el placer de que os parezcáis a él, o que, incapaz de vencer vuestra virtud, se encarniza en vuestra persecución, ese malo no es más que instrumento y mensajero del espíritu malvado, cuyos asaltos permite Dios para dar más solemnidad a la prueba y más lustre al triunfo de la virtud. El demonio es un ser malhechor y envidioso, y su caída fué el prólogo del drama de nuestra degeneración.

Pero, repitámoslo, *¿es verdad todo eso*? ¿Por qué no? Los espíritus existen. Si los espíritus existen, ¿podemos negarles la libertad? Si son libres, ¿por qué no creer en su caída? Y si hay espíritus caídos, ¿por qué, con el permiso de Dios, no emplear contra nosotros su poder malhechor? Dudáis de esto, y decís: "No veo al demonio, luego no existe." Permitidme, señores, que os diga que no hay que confundir lo invisible con lo desconocido. Si sólo pudiéramos conocer lo visible, la ciencia humana se reduciría a muy pocas cosas. Un ser invisible puede ser conocido: 1.º Por una afirmación digna de fe; 2.º por las manifestaciones de su poder.

¿Dudáis de la existencia y poder de los demonios? Interrogad las *Escrituras,* en la que os dice el apóstol San Pablo: "Tenemos que luchar contra la carne y la sangre, y, además, contra los príncipes y las potencias, contra los reyes invisibles de este siglo tenebroso, contra los espíritus del mal esparcidos por el aire." Podría citaros cien o doscientos puntos de la Biblia en los cuales se trata de los demonios.

¿Dudáis de la Biblia? Interrogad a los *filósofos* más sensatos de la antigüedad, Platón y Aristóteles, quienes confirman la existencia y descubren el papel de los demonios en el mundo.

¿Dudáis de los filósofos? Interrogad a los pueblos.

Ante la tradición unánime de los pueblos, la sonrisa del incrédulo carece de valor. Pues bien, sobre la cuestión que dilucidamos, hay una tradición: el género humano ha creído en la existencia de seres maléficos, que poseen el genio del mal y del desorden. "Divinidades crueles, funestas y sin piedad, *diræ, infaustæ, immanesque deitates*; tales eran sus nombres. Las bacanales, las saturnales, las lupercales, las afrodisíacas; tales eran sus fiestas. El libertinaje, la orgía, los sacrificios humanos; tal era su culto. Las prácticas tenebrosas de la teurgia, de la magia, de los encantamientos, de los sortilegios; tales eran sus sacramentos. Estudiad las generaciones paganas, y las veréis maravilladas, temblorosas, prosternadas ante el espíritu del mal, que llegan a elevar hasta la dignidad de un principio. En

esto consistía el error. El demonio es una potencia, pero no un principio. Como quiera que sea, abrid la historia antigua, y comprobaréis en cada una de sus páginas la creencia que os indico.

¿Dudáis de la Sagrada Escritura, de los filósofos, de los pueblos antiguos? Interrogad a los misioneros, y os dirán que la dominación insolente de los demonios pesa todavía sobre inmensas regiones, y que muchas naciones infieles están embrutecidas, seducidas y como hechizadas por Satanás y sus representantes.

Entre nosotros, señores, en nuestros países, enteramente bañados por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo y marcados a cada paso con el signo de la redención, el poder exterior del demonio es en gran parte neutralizado y suprimido. ¿Es esto decir que no aparece jamás? No lo creáis. Hay de cuando en cuando entre nosotros apariciones del mal, apariciones tan monstruosas que toda la perversidad humana no basta para explicarlas; por lo que, en presencia de ciertos hombres que aman el mal por el mal, que quisieran despoblar el cielo y desencantar la tierra; en presencia de ciertas empresas sabiamente urdidas y hábilmente encaminadas para descristianizar la infancia y desmoralizar al pueblo; en presencia de ciertas blasfemias que desafían el poder de Dios y parecen repudiar su amor; en presencia de ciertos esfuerzos gigantescos de la impiedad para asfixiar la fe del universo... nos vemos obligados a confesar la existencia del demonio, por lo que nuestra razón, conmovida, indignada exclama: "¡Eso es satánico! ¡eso es diabólico!" Cierto revolucionario, empujando a un sacerdote para que subiera al cadalso, le decía: "Ve a asegurarte de que tu infierno no es más que una fábula inventada por tus compañeros para abusar del pueblo." A lo que contestó

el sacerdote: "Si nunca hubiera creído en el infierno, tú me harías creer en él." Señores, ¿dudáis de la existencia del demonio? Yo os aseguro que en ciertas horas de la historia su presencia es palpable, su acción visible, y su paso absolutamente fulminante y devastador.

Pero si estas manifestaciones del poder diabólico os parecieran inciertas y contestables, fácil me sería citaros otras auténticas y manifiestamente sobrenaturales. Por otra parte, sabed que el demonio no tiene interés alguno en multiplicar sus apariciones entre nosotros. En medio de un mundo que no quiere creer en Dios ni en el diablo, el demonio tiene el mayor interés en hacer el muerto. Porque, mostrándose, nos detiene en la pendiente del materialismo, nos revela el mundo de los espíritus, y el mundo de los espíritus atrae la inteligencia humana hacia el mundo de lo divino. Esto es lo ocurrido a un hombre que podría nombraros. Habíase entregado con pasión a las prácticas del espiritualismo, y allí donde otros hallan la ruina, encontró él excepcionalmente la salvación. La presencia del demonio le reveló la presencia de Dios, y hoy es uno de los mejores cristianos que conozco. Cesad, pues, de asombraros de la intervención del demonio en el drama de la caída original. Preséntase él, pero ¿bajo qué aspecto?

II. **"La Serpiente**—dice la Biblia—es el animal más astuto de todos los vivientes salidos de las manos del Señor." ¿Tomó en verdad el espíritu maligno la forma de la serpiente? ¿Por qué no? Esto no obstante, señores, no estáis obligados a creerlo. Si, a pesar de la autoridad y precisión de la letra, sólo queréis ver un símbolo en la aparición de la serpiente, libres sois de verlo, y en ese relato alegórico podéis reconocer la profunda habilidad del enemigo del género humano.

Busca rodeos, se hace pequeño, se arrastra, serpentea; es el procedimiento natural del malvado. Todo en él induce a la mentira: su rostro, su voz, su lenguaje. Engaña a los ojos, a los oídos, al corazón; es a la vez caricia y veneno. ¿Por ventura no habéis tropezado nunca con una serpiente semejante? Voy a enseñárosla, voy a mostrárosla con el dedo. Vedla en ese falso *amigo,* que se desliza en vuestros afectos para lisonjear vuestras inclinaciones, y obtener de vuestra debilidad una apostasía de la virtud. Vedla en ese *libro* corruptor de la fe y de las costumbres, que se desliza en vuestra biblioteca, que cae en manos de vuestro hijo y mata su inocencia. Vedla en ese *impío* delicado y correcto, que desliza gota a gota en vuestra alma el veneno del escepticismo, y aja con su aliento, hasta hacerla morir, la antigua religión que recibisteis de vuestros padres y debíais transmitir a vuestros hijos. Vedla en esos *corredores* del poder público, que se deslizan a los pies del pueblo, se captan su confianza con promesas de imposible cumplimiento, y se valen de sus robustos hombros para encaramarse a la cúspide, en donde los espera el triunfo y el placer. "Hay tantas serpientes—dice el P. Monsabré—en el origen de nuestras caídas individuales y sociales, que en manera alguna me parece extraño ver una de ellas en el principio de la caída de nuestros primeros padres." Comparto en absoluto su parecer, y al estudiar la historia humana, comprendo sin esfuerzo la intervención del tentador en el drama de la degeneración primitiva.

Señores, comienza un año nuevo. El espíritu maligno, como león devorador, vendrá a rondar en torno vuestro y a recorrer hábilmente vuestros senderos. "*Sobrii estote et vigilate;* sed sabios y velad", os dice el apóstol San Pedro; y aun añade: "*Cui resistite*

fortes in fide; resistid, y apoyad en la fe, en la gracia, en la oración, vuestros esfuerzos personales." Ya sabéis como un filósofo definió la vida: "Vivir es resistir"... Palabras profundas, señores. Haced de ellas la divisa de todo el año que va a empezar. Veis cómo la muchedumbre corre tras el placer, busca a cualquier precio el bienestar, adora el éxito. Oís resonar en vuestros oídos las cómodas máximas de que el siglo ha hecho su evangelio: gozad, enriqueceos, sed felices aquí bajo. Sentís en el fondo de vuestra alma una voz que os impulsa a seguir tales ejemplos, a aceptar máximas semejantes; es la voz del espíritu maléfico, cómplice de nuestra mala naturaleza. ¿Qué hacer? Preciso será plegar la vela en vez de abandonarla al viento que sopla. Preciso será erguirse como un dique en medio del torrente, que acabará por humillar sus aguas a vuestros pies, y pasar ante vosotros con respeto. ¡Perezca el mundo antes que el deber! ¡Vivir es resistir!

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

La caída

SEÑORES:

Empecé a relataros la historia de la caída de nuestros primeros padres, enseñada por Moisés en el capítulo tercero del Génesis. Podría aportaros, en confirmación del relato mosaico, el testimonio unánime de todos los pueblos, porque todos han referido a su manera el fatal acontecimiento de la caída primitiva, y casi siempre con la circunstancia más extraordinaria de la serpiente. Así, Humboldt nos muestra a los antiguos mejicanos representando el genio del mal en figura de serpiente conversando con la madre de los hombres, y poco más o menos se encuentra el mismo asunto en casi todas las mitologías. Pero el relato de Moisés se justifica suficientemente por sí mismo en virtud de su gran sencillez y por su evidente armonía con nuestra historia cotidiana. Estudiemos la caída primitiva a la luz de nuestras caídas individuales, y encontraremos en nues-

tra vida un reflejo conocible y viviente de la falta de nuestros primeros padres. La caída de Adán y Eva es la caída eterna y universal. Vais a verlo.

I. El tentador se dirige a la mujer,

No al hombre: primera circunstancia de la caída. Sabe que, abierta esta brecha, su victoria es segura. Pervertir a la mujer, es la táctica eterna del enemigo del género humano, porque, en efecto, esta ruina arrastra multitud de otras, o, mejor dicho, las arrastra a todas. Conocéis las palabras de Temístocles a sus amigos; mostrando con el dedo a su pequeño hijo, les decía: "Ese niño gobierna a Atenas, porque gobierna a su madre, y no ignoráis que su madre me gobierna a mí." La mujer gobierna a los que gobiernan el mundo; su influencia para el bien como para el mal, es inmensa.

Si la mujer es pura, irreprochable y abnegada; si comprende y llena su misión; si se dirige a la religión, que es su fuerza, su adorno y su gloria, todo puede salvarlo, el hombre, la familia, la sociedad. Si es hija, salva a su padre, a su madre, a sus hermanos; si es esposa, salva a su marido; si es madre, salva a sus hijos. "Los grandes hombres—dice Bossuet—se forman en las rodillas de su madre." Si es virgen consagrada al Señor, salva las almas. En el corazón de la mujer reposan los primeros tesoros necesarios: Dios, la ley moral, la justicia, la pureza, el honor.

Pero si la mujer falta a su misión, ¡ay del pobre género humano! ¿Quién turba la fe, la piedad, la paz del hogar de Abraham? Agar. ¿Quién expone al peligro a José y busca su perdición? La mujer de Putifar. ¿Quién humilla vergonzosamente a Sansón? Da-

lila. ¿Quién hace que David deje de ser David? Bethsabee. ¿Quién deshonra a Salomón? Las mujeres extranjeras. ¿Quién hace que Achab sea perjuro, impío y asesino? Jezabel. ¿Quién impulsa a Herodes a decapitar a Juan Bautista? Herodías. Sería fácil continuar. Padres de familia, con frecuencia se os habla de la educación de vuestros hijos, y con razón. ¡Está su virtud tan sacudida por vientos desencadenados y amenazada de tantos naufragios!... Permitidme que por un instante solicite vuestra atención sobre la formación moral y religiosa de vuestras hijas. Respiran el bienhechor aroma del hogar doméstico: ¡sean ellas tiernas y fuertes, intrépidas y puras, capaces de sosteneros en la hora de la tristeza y del peligro, de consolaros y salvaros! Poned a Dios en sus almas. Hay quien sólo piensa en poner en ellas la ciencia, el álgebra, la física, la literatura. Eso es demasiado, porque tanto valdría poner una bala de plomo en el cáliz de una flor, hecho para recibir el rocío del cielo. Pero esto no basta. Más que la ciencia humana, modelará la religión el alma de vuestras hijas, y las preparará para una gran misión. Satanás conocía muy bien su oficio de corruptor; por eso empieza por dirigirse a la mujer.

II. Despierta una idea de orgullo en el alma inocente de nuestra madre.

"¿Por qué os ha ordenado Dios que no comáis de todos los frutos del paraíso?" Procede por interrogación, pone en duda la autoridad de Dios. Eva hubiera debido replicar: "¿Por qué? No lo sé. No tienes derecho a preguntarme. El es mi Señor y mi Dios, y yo le obedezco. Vete, Satanás." Eva, en vez de rechazar al tentador, entra en conversación con él. "Podemos comer—dice—de todos los frutos de los árboles del jardín; pero en cuanto a los del árbol que está en medio de él, Dios nos ha prohibido que comamos de ellos, quizás por miedo a que muramos." Toda la caída está en la palabra *quizás*, sustituída a la firmeza de la palabra divina, y de ello se aprovecha el tentador.

"No—dice,—no moriréis. Sólo que Dios sabe que tan pronto como comáis de ese fruto, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal." Este golpe trastorna a la primera mujer, y despierta en ella todas las curiosidades y todos los deseos. ¡Ser más que una reina! ¡Ser una diosa! ¡Conocer el bien y el mal! Quizás me diréis, señores, que hay en todo esto una increíble extravagancia; en efecto, es la vuestra, ¡oh hijos de Eva! Las palabras del ángel caído han recorrido los siglos, suscitando por todas partes tempestades de orgullo, y todas las generaciones, la nuestra sobre todo, han sucumbido a la tentación diabólica. "Soy el amo del mundo—exclama el hombre de este siglo.—Montado en mi aeronave, me paseo por entre los astros del firmamento. He dotado de alas a mis proas aventureras, y he surcado el océano con la velocidad de las aves marinas. Enganché el fuego a mis carros, y mi carrera de Oriente a Occidente sólo dejó la huella de un relámpago. Dios creó las olas furiosas; yo las domo. Dios creó la tempestad; yo la dirijo. Dios creó las distancias; yo las borro. Tengo los elementos cautivos y temblorosos en un crisol. Cierto día, en las alturas del cielo, alguien exclamó: "¿Quién como Dios?" Yo me presento, con las pruebas en mis manos, para sostener la concurrencia, porque dueño del mundo es quien hace mover casi todos sus resortes."

"Si se analizara la atmósfera intelectual de nuestro siglo—dice Mons. Bougaud,—hallaríamos en ella por lo menos cuatro quintas partes de orgullo." En efecto, señores, considerad la faz del mundo, y contad, si podéis, la multitud de orgullos, que son como arroyos que nacen de las palabras del tentador. Orgullo de los *filósofos,* que se prevalecen sin cesar de su razón, que rechazan la asistencia y las revelaciones divinas, que no quieren recibir la virtud más que de sí mismos. Orgullo de los *sabios,* que se imaginan que van a sorprender todos los secretos del universo, a dirigir todas sus fuerzas, a someterlas a su voluntad, a sujetarlas a sus cálculos. Orgullo de los *políticos,* que ponen la fuerza en el puesto del derecho, y tratan de manejar las fronteras, las conciencias y los negocios públicos. Orgullo de los *pueblos* mismos, que salen de la honesta obscuridad de una vida laboriosa, y esperan convertirse en dueños de sus destinos. Orgullo de los *partidos,* que nada quieren olvidar de sus rencores, hombres que no quieren cejar en sus pretensiones, ricos que quieren superar a sus iguales, la cabaña celosa del palacio, hijos que se rebelan contra la autoridad paterna... Hijos de Eva, nos perdemos como se perdió nuestra primera madre.

III. Eva contempla el fruto.

"Vió ella que estaba bueno para comer, que era hermoso a la vista, que prometía sabrosas delectaciones." Ha querido hacerse grande, y su razón, ya rebelada contra Dios, no sabe resistir a los groseros apetitos. Alarga la mano y coge el fruto prohibido. Lo que el orgullo empezó, lo que continuó la sensualidad, acaba por la rebeldía.

Después, dice la Biblia, "la mujer dió de aquel fruto a su marido, y comió de él." Adán tuvo que elegir entre Dios y la esposa que Dios le había dado. La voz del deber fué menos escuchada que las promesas de Satanás, traducidas por las tiernas miradas y las dulces palabras de Eva. Adán no vió ni el fruto ni su belleza; sólo vió a su compañera, a su compañera caída, y cayó por no separarse de la que amaba. Sin duda que su benévolo afecto disminuyó la falta en la cual puso Eva más orgullo; pero al propio tiempo agravaba esta falta con todo el peso de su perfección y de su responsabilidad.

Detengámonos aquí, señores, y resumamos en pocas palabras el drama de la caída. Nuestros primeros padres tenían que elegir entre Dios y el fruto prohibido: en esto consistía la prueba. Prefirieron el fruto prohibido; en esto consistió su caída. Ahora bien, el fondo de la prueba es esencial y necesariamente el mismo, aunque la forma cambie con los tiempos. La prueba de los cristianos del siglo XVIII era distinta de la del siglo XVI, de la del tiempo de los mártires de Nerón. "Cada hombre—dice Mons. Bougaud—nace en medio de cierta tragedia, que es propia de su tiempo, y que oculta, en formas variables, la tragedia eterna." La tragedia eterna es la lucha entre el bien y el mal, entre Dios y Satanás. Sed, señores, en medio del mundo, apóstoles del bien y soldados de Dios. Oponed al mal una resistencia pacífica, pero resuelta. Imitad al gran papa León XIII; dejad que pase a vuestro corazón algo de su intrepidez y de su serenidad, y salvad, en unión de él, la libertad de vuestra fe, la libertad de vuestras almas, la seguridad de vuestras familias, el honor mismo de nuestra civilización cristiana. Dejad que llegue hasta nosotros la irradiación de esa gran figura de

León XIII, y, como hijos fieles de la Iglesia, procurad que se vea en vuestra actitud y en vuestros actos un reflejo de las virtudes que señalan el Pontificado a la admiración y reconocimiento de este siglo.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

El castigo

SEÑORES:

Termino hoy la historia de nuestros primeros padres. Esta historia es un verdadero drama. Hemos considerado la prueba, la tentación y la caída. Nos resta comprobar el desenlace, es decir, el castigo que siguió a la falta. Escuchadme... Dios, que es dueño y señor, dictó una prohibición. El vasallo no cumplió la condición impuesta por el soberano. En plena posesión de su libertad, y en la clara visión de su prevaricación, puso el hombre su voluntad por encima del mandamiento divino. Desobedeció. Padres de familia, cuando vuestros hijos os desobedezcan, no es vuestro ánimo absolverlos sin condición, ni sellar sus desórdenes con la abdicación y el silencio de vuestra autoridad paterna. No. Los reprendéis, los advertís, los castigáis. Eso hacéis, o, por lo menos, eso debéis hacer, si apreciáis debidamente los deberes de vuestra paternidad

y si no sois, como son hoy en día demasiados padres, prodigios de ceguera y prodigios de debilidad y resignación. Señores, el mal es un desorden, y todo desorden debe ser castigado. El primer hombre desobedeció. Contad conmigo las ruinas que siguieron a su rebelión. Perdió:

I. La amistad de Dios.

¡Apenas es nada esto!... Así como el padre ama más a su hijo que a su casa, campos y ganados, así Dios ama más al justo que a todas las criaturas juntas. Los cielos son magníficos, el universo es una obra maestra, la inteligencia humana produce maravillas; pero el esplendor de los cielos, la armonía del universo, la gloria del genio, el brillo de los hombres célebres, todo se desvanece ante el alma de un idiota, de un mendigo, de un hombre arruinado, que puede decir: "Estoy en gracia y amistad de Dios." Arrancad al mundo sus secretos, domad las fuerzas de la naturaleza, fundad grandes imperios, gobernad los pueblos, salvadlos de la muerte, anunciad lo por venir, haced milagros, poseed la ciencia, el genio, el poder, el renombre. Poseedlo todo, y no poseeréis nada, si no poseéis la gracia y amistad de Dios. ¿Tendré, señores, la suerte de que me comprendáis? El cuerpo, en ausencia del alma, no es más que una vil materia, sin respiración, sin calor, sin principio de conservación, sin movimiento, sin vida. Pero si el alma vuelve a él, al punto se pone en pie, respira a sus anchas las ondas de la atmósfera, siente circular por sus arterias sangre viva y generosa, repara las pérdidas de su substancia y las renueva, se agita, vive, su rostro real mira los cielos, toma parte en los actos sublimes del pensamiento y en los hono-

res de la virtud. Lo mismo ocurre con el alma humana: si posee la gracia y amistad de Dios, vive, resplandece de belleza; si pierde la gracia o amistad de Dios, muere, y cualesquiera que sean el vestido que la cubra y el esplendor de sus obras, no es más que una ruina. Cae del trono en el polvo; el templo es un montón de ruinas, y el que era hijo de Dios, pasa de la adopción a la maldición divina. Decía un rey de Castilla: "Temo más la maldición de una pobre mujer que un ejército de cien mil turcos." A la luz de estas palabras, procurad comprender lo que debe pesar sobre la cabeza de un hombre la maldición de Dios, lo que debe representar el castigo de Adán y Eva después de su pecado. Perdieron la amistad de Dios, y esto fué un despojo, una ruina sin ejemplo. Antes se complacían en presentarse ante el Señor; ahora se ocultan en medio de los árboles para evitar su presencia. "Adán, ¿dónde estás?—Señor,—responde Adán,—he oído tu voz en el jardín, y como estoy desnudo, heme sobrecogido de temor." A la manera como el favorito de un gran rey, degradado, en castigo de su rebelión, de sus privilegios y honores aristocráticos, no se atreve a parecer ante su señor, así Adán, despojado por su falta del vestido de hermosura sobrenatural y esplendor celeste de que le había adornado la bondad divina, se ruboriza ante la faz de Dios. Comprende que ya no es amado; tal es su primero y supremo castigo. Después, he aquí qué fuentes de amargura se abren repentinamente ante él. Pierde:

II. La armonía de su naturaleza.

"Los ojos de los culpables quedan abiertos, y reconociendo que están desnudos, se avergüenzan el uno

del otro, y se visten."—"Su espíritu—dice Bossuet,—que se ha rebelado contra Dios, no puede ya contener su cuerpo, que debía gobernar. He ahí la causa de su vergüenza, que hasta entonces no conocían." ¡Ah, señores, apreciad este segundo castigo de la caída! Adán ha perdido la armonía de su ser, está dislocado, herido en todas sus fibras, turbado en todas sus facultades. Siente vacilar aquella hermosa inteligencia que contemplaba sin sombras la Verdad y el Bien, aquel poder del libre albedrío, que mandaba soberanamente a los sentidos y a sus apetitos desordenados, aquel santo pudor que el impuro calor de la sangre jamás había alterado; siente nacer en él la inclinación al mal, la repugnancia por el bien, la guerra intestina entre la razón y las pasiones. No fué Dios quien hizo todo esto. Dios, que es santo, no infundió en Adán una naturaleza mal equilibrada, débil por el lado del bien, violentamente inclinada hacia el lado del mal. Por otra parte, ¿es que Dios, que ama el orden, hubiera podido hacer una obra contradictoria, inarmónica, cuyas partes lucharan entre sí? No, señores, Dios hizo al hombre recto, dice la Sagrada Escritura: *fecit Dominus hominem rectum.*

Si estudiáis las tradiciones de los pueblos, veréis que todos, remontando el curso de los siglos, llegan a un punto luminoso en el que ven que el hombre aparece en la tierra en un estado de inocencia y de justicia; de suerte que, tanto en la línea recta de la verdad como en la línea divergente del error, no hay más que un sólo testimonio. El hombre nació en la rectitud. ¿Cómo, pues, perdió su armonía? ¿Cómo se rompió su equilibrio? ¿Cómo fué sumido, a la manera de presa viviente, en una perturbación profunda, en un espantoso antagonismo entre la carne y el espíritu, entre la verdad y el error, entre el bien y el mal? ¿Cómo quedó sometido a esa gran ley que se revela a la vez en el santuario de vuestra conciencia y en el campo de batalla de vuestros miembros vivientes, la ley de la lucha, del combate perpetuo y doloroso del hombre consigo mismo? ¿Cómo es posible que las grandes corrientes de la vida humana vayan por sí mismas a la falsedad, al desorden, al abismo, casi como los ríos que, siguiendo su pendiente, se lanzan a la mar? Digamos una vez más que no es Dios quien ha producido semejante resultado, sino el hombre. Rebelóse Adán contra Dios, y todas las potencias corpóreas y espirituales castigaron su desobediencia con el ímpetu de su insurrección. Como perros rabiosos, invadieron las pasiones todos los senderos, y al perder la amistad de Dios, perdió el hombre la paz y armonía de su naturaleza. ¿Es esto todo? No, señores; queda todavía el castigo de su caída. Adán, por su pecado, perdió

III. Su soberanía sobre el mundo.

Dios dijo a Adán: "Porque comiste del fruto del árbol prohibido, la tierra será maldita para ti. Te producirá espinas y abrojos, y comerás el pan con el sudor de tu frente." ¿Lo habéis oído? Porque el hombre desconoció la soberanía divina, disminuyó su propia soberanía.

Momentos antes, sometía sin lucha y sin esfuerzo todas las criaturas; mas ahora parece que los animales leen en su frente el anatema de su pecado. Ya no tienen confianza en la autoridad de ese rebelde, por lo que, en vez de obedecer al primer llamamiento de su voz, huyen espantados cuando se acerca a ellos,

y ya no puede dominarlos más que al precio de mil estucias y trabajos.

Antes trabajaba, pero su robusta e infatigable constitución no sentía el peso del trabajo, e, impregnado de la bendición de Dios, no se atrevía la tierra a rehusar nada a su dueño y señor. Ahora se estrechan y se vuelven avaras las entrañas del suelo; preciso es que el hombre se encorve y las desgarre para arrancarles, con el sudor de su frente, el pan de cada día; preciso es que vigile para que la semilla, de la cual espera la vida, no quede ahogada por las plantas dañinas que se revuelven contra sus esfuerzos. Sólo es ya fecunda la tierra merced al rocío de nuestros sudores; lo que creemos que da, se lo arrancamos haciéndole violencia.

Nos ponemos en contacto con ella merced a nuestras destructoras herramientas y a nuestras callosas manos; abatimos las lujuriosas selvas, extirpamos las yerbas inútiles, expulsamos los pájaros dañinos, rebajamos las montañas, fertilizamos las llanuras, mullimos las tierras laborables, abonamos los campos, y a fuerza de actividad e industria, arrancamos al suelo un trozo de pan y una tumba. Pero ¡cuán precaria es nuestra soberanía! Si nos apartamos algunos pasos, si se debilita nuestra mano, si dejamos que se enmohezca el arado como la espada en la vaina, si no hacemos diariamente nuevas heridas a nuestra víctima, la víctima revivirá; la naturaleza salvaje se alzará victoriosa y volverá a posesionarse del suelo que le pertenecía; la espina triunfante elevará muy pronto sobre el trigo seco su corona de hojas y de flores; renacerá el bosque en toda su magnificencia; las bestias salvajes se instalarán en la cabaña abandonada del labrador; los pájaros reconstruirán sus nidos, cantarán de nuevo la derrota del hombre, y la tierra entera se regocijará

como el pueblo que ha expulsado a su tirano y ha logrado reconquistar por fin su libertad.

Así es como hemos perdido jardines sublimes: Africa, que era el granero del imperio romano; Grecia, de la que hicieron los antiguos un ramillete de granados y de adelfas; el Oriente, casi todo entero. Desde el momento en que se detiene nuestra laya, tan pronto como cesa de correr nuestro sudor, vuelve a cubrirse la tierra de abrojos, por entre los cuales se deslizan las serpientes , de desiertos y de estepas salvajes, en los que rugen las bestias feroces. Entendedme bien, señores: lo que constituye el castigo del pecado no es el trabajo, porque el trabajo es de institución divina, es anterior a la caída, es la ley primera de nuestra naturaleza industriosa, inventiva y ardiente; lo que constituye ese castigo es el trabajo forzado, el trabajo que nos fatiga y nos gasta, el trabajo que con frecuencia no consigue su fin, ni es recompensado. En una palabra, esa especie de trabajo del que dijo Dios: "Comerás el pan con el sudor de tu frente." En el estado de inocencia, humedecía ya sus labios el hombre en la copa del trabajo, copa deliciosa, llena de un licor embriagador, que reconfortaba sus miembros y renovaba la savia de su vida. Pero, desde el día en que se rebeló contra Dios, la naturaleza se rebeló contra él, y el trabajo fué para él un brebaje, en el que tuvo que saborear la amargura de sus sudores: *in sudore vultus tui vesceris pane!* Terminemos, señores, la trágica historia del castigo. El hombre perdió, en último lugar,

IV. La inmortalidad de su ser.

Dios dijo a Adán: "Comerás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra de

la cual has salido... Porque polvo eres, y en polvo te convertirás." He ahí la muerte, señores: el quebrantamiento de la unión inefable que constituye al hombre y la vuelta de nuestro cuerpo al polvo. Llega un día en que nuestro pobre cuerpo cae a tierra; ya no se le quiere entre los vivos; los que le amaron lo proscriben como un objeto malsano, se le oculta lejos de los suyos; su cabeza queda desollada, devastada su frente, despoblada su boca, devorados sus ojos; los hambrientos de la tumba hacen un festín de los trozos de su carne, y, como para burlarse de él, se enriquece la tierra a sus expensas con duplicada fecundidad. ¡Cuántas humillaciones! ¡Cuántos combates para llegar a esta catástrofe! El alma y el cuerpo, antes de abandonarse, entablan fiera lucha; el alma quiere continuar, pero el cuerpo la expulsa; el alma quiere partir, pero el cuerpo la retiene encadenada; gemidos, gritos ahogados, llantos, apretones furiosos y desesperados, espantosas sacudidas... pero, en fin de cuentas, quedamos vencidos. El alma se va, e, inclinados sobre nuestros despojos mortales, exclaman nuestros amigos: "¡Ya no existe!" Señores, ¿quién ha hecho esto? ¿Dios? En manera alguna. Es demasiado bueno para haber hecho una cosa tan dolorosa; es demasiado bello para haber hecho una cosa tan fea. Dios no hizo la muerte, dice la Sagrada Escritura. El pecado es el que la hizo. La muerte es el castigo del pecado. Por cuanto el hombre se separó de Dios, el alma y el cuerpo fueron condenados a separarse; y así como en una máquina, la rotura de un gran resorte origina la rotura de todos los demás, así también, en el hombre, la pérdida de la amistad de Dios produce todas las ruinas. Pecó Adán y fué castigado. Señores, somos hijos de Adán; encerraba él en sí toda la especie humana, y por ello su historia, de

tal modo está soldada a la nuestra, que al referiros lo que ocurrió hace ya sesenta siglos en la cuna del mundo, os he leído una página repleta de palpitante actualidad, en la cual se refleja nuestra vida cotidiana. ¿Por ventura no es esto verdad? ¿Qué os he dicho? Que nuestro primer padre, al perder la amistad de Dios, quedó sometido a la ley de la lucha, a la ley del padecimiento, a la ley de la muerte. Ahora bien, ¿es que ese triple yugo no pesa con exceso sobre vosotros y sobre mí? Continuad, señores, asistiendo a estas reuniones, y me atrevo a prometer a vuestras almas los castos goces de la luz creciente y de la verdad comprendida y sabrosa. Cada domingo tocaré en esta cátedra las fibras más íntimas de la naturaleza humana. Traed aquí a todos esos hombres que no conocen la verdad religiosa, que la han olvidado, que la desprecian. Vengan a admirar aquí el esplendor de lo que ignoran y a repudiar el falso prestigio de lo que adoran. Hay centenares de hombres que son vuestros hermanos, vuestros vecinos, vuestros servidores, vuestros amigos, que viven en las tinieblas; id a buscar esos viajeros extraviados y doloridos por los contratiempos de la vida; mostradles el camino del templo, y vengan a compartir con vosotros el consuelo de la oración en común y el beneficio de la verdad reconquistada.

Así sea.

CONFERENCIA UNDECIMA

La transmisión del pecado de Adán

SEÑORES:

Cayó Adán y caímos nosotros con él. Es esto un misterio, y ante este misterio se irrita la razón humana. En efecto, fácilmente concebís la caída personal de Adán, pero os subleva, a primera vista por lo menos, la repercusión de su caída en el género humano. Comprendéis fácilmente su falta, y aun su castigo, pero lo que os desconcierta es la responsabilidad de su raza, la transmisión del pecado de Adán a toda su posteridad. Señores, os he prometido la luz, y aquí también voy a poner de acuerdo vuestra fe y vuestra razón.

I. Veamos ante todo lo que nos enseña la religión. Habría deslealtad e injusticia en atribuirle una doctrina que no fuera la suya. La religión nos enseña que el pecado de Adán fué transmitido a todos sus descendientes. "¿Quién puede hacer puro lo que nació de

un germen impuro?"—exclama el viejo patriarca de Idumea, Job.—Y el rey David añade: "Fuí concebido en la iniquidad; sí, mi madre me concibió en pecado." "Todos mueren en Adán—dice el Apóstol,—porque todos pecamos en Adán. Por nuestra naturaleza somos hijos de cólera." "Quien nos engendra—agrega Bossuet en su estilo lapidario,—nos mata. Todos somos malditos en nuestro principio; nuestro nacimiento es echado a perder e infectado en su origen." Finalmente, la Iglesia afirma en sus Concilios que hay pecado en nosotros desde el instante mismo en que empezamos a vivir, esto es, que el pecado de Adán nos ha sido transmitido y es propio e inseparable de cada hombre.

¿Qué quiere decir todo esto, señores? ¿Somos cómplices del acto prevaricador de Adán? ¿Somos personalmente culpables de su falta? La voluntad de un solo hombre ¿pudo contener en sí la voluntad de todos los que debían nacer de él? Evidentemente que no. El acto prevaricador de Adán no rebasa su persona, nuestra voluntad no estaba comprendida en la de Adán, y nuestro sufragio universal no funcionó en manera alguna para autorizarle a pecar en lugar nuestro; no hemos cometido el pecado de Adán.

¿Cómo hubiera podido hacerlo, si yo no había nacido?

¡Atención, señores! Cierto padre, muy rico, y colocado en posición muy elevada, comete un crimen que acarrea la ruina de su fortuna y de su honor. El hijo que nace de este padre ¿es autor o cómplice del crimen paterno? No. A pesar de ello, sin haber cometido la falta de su padre, ¿es heredero de su indigencia y de su infamia? Sí. He ahí nuestra historia. Os he referido la trágica caída del padre del género humano;

por su desobediencia, rompió el pacto sagrado que le unía a Dios. Al perder la amistad de Dios, todo lo perdió: la armonía de su naturaleza, su imperio sobre el mundo, la inmortalidad de su ser. Del propio modo que en una máquina la rotura del gran resorte provoca la rotura de todos los demás, así también, en nuestro primer padre, por la pérdida de la gracia, todo quedó perturbado y trastornado. Por su acto prevaricador, apartóse Adán de Dios y quedó sumido en un estado de desorden. Ahora bien, nosotros somos hijos suyos, y ese estado de desorden se convierte en propio e inherente a toda criatura salida de su sangre. He ahí el pecado original. No se nos imputa ni transmite su acto, sino su estado, su despojo, su indigencia, su herida, su infamia. Al nacer, todos estamos en el estado de Adán después de su pecado. No os escandalicéis de esta doctrina; para comprenderla, basta aplicar a toda la raza humana la gran ley de herencia en virtud de la cual un ser transmite a su posterioridad todo lo que es y todo lo que posee. Vamos a verlo.

Entrad conmigo en las entrañas de la vida humana, y viendo funcionar a vuestra vista la gran herencia que gobierna al mundo, vais a tocar algo así como un reflejo y una demostración perentoria del pecado original.

II. ¿Qué es lo que el padre transmite a su hijo? Le transmite *sus bienes*. Pasan del padre a los hijos cuando la muerte arrebata al padre. El oro ganado por el padre, los árboles que plantó, la casa que edificó con su dinero, el campo que regó con sus sudores, la industria que montó... todo esto es transmisible, y va naturalmente del padre que muere a los hijos que le sobreviven. Si el padre es pobre, transmite su indigencia, de suerte que, en virtud de la ley de herencia, los unos nacen millonarios, los otros en un honesto bienestar, y muchos en la pobreza y en la privación. No hay que murmurar contra este orden establecido, ni intentar destruirlo. Existe, es indestructible, es querido por Dios, es necesario al mundo. Prosigamos.

III. ¿Qué es lo que el padre transmite a su hijo? además de su riqueza o su indigencia, le transmite *su gloria o su infamia*. Cualesquiera que sean vuestras teorías sobre la libertad individual, sobre la igualdad de los hombres entre sí, o sobre el valor de la iniciativa personal, jamás nos será indiferente ser hijos de tal padre o de tal otro, ser hijos de un hombre honrado o de un criminal, ser hijos de un desconocido, o de un padre consagrado por el genio o por la gloria. Si, en un momento dado, habéis encontrado una sonrisa, una mano amiga, una palabra afectuosa, una promesa consoladora, un favor cualquiera que establezcan vuestra vida sobre bases indestructibles, ¿a qué lo debéis sino a que sois hijos de tal o cual padre, a que pertenecéis a tal o cual familia? Por lo contrario, hombres perspicaces que me escucháis, vosotros que conocéis el mundo y que en él vivís, decidme: ¿por ventura no habéis visto en la frente de ciertos hijos el reflejo de las iniquidades paternas, y en la frente de ciertas familias bastardeadas y decaídas el estigma visible de un pecado antiguo que se palpa todavía, a pesar de la distancia? Es este un hecho contra el cual se puede protestar, pero que es tan claro como el día. En virtud de la ley de herencia, transmite el padre a su hijo su gloria o su infamia, y transmite a su posterioridad la degradación o la gloria de su paternidad. ¿Es esto

todo? ¡Ah, no, la ley de herencia va más lejos todavía!

IV. ¿Qué es lo que el padre da todavía a su hijo? Le transmite *su sangre.* Antes de caer en el polvo siembra la vieja encina en torno suyo, llenos de savia y de vigor, jóvenes y potentes vástagos. Así procede el hombre; muere, pero se ve sobrevivir en sus descendientes. El árbol desfallece bajo el peso de sus siglos penosos, y el hombre, menos afortunado, bajo el fardo de sus cortos y tormentosos años. Pero hace también dos partes de su substancia: deja que la una se abata en la tumba, y ve que la otra se eleva en la vida y marcha hacia lo por venir. Transmite su sangre, no una sangre cualquiera, vaga, indeterminada, sino la suya, pura o ajada, noble o vil, tal como la individualizó en sus venas, tal como la hicieron veinte o treinta años de esfuerzos generosos o miserables decaimientos. Atención, señores, a la gran ley de la herencia.

V. El padre transmite, con su sangre, *la salud o la enfermedad.* Cuando uno está enfermo y va a ver un médico, después de algunas indagaciones sobre vuestra propia constitución, os pregunta a menudo sobre vuestros padres y sobre vuestras madres. Si están muertos, ¿de qué enfermedades murieron? Si viven, ¿cuáles son sus enfermedades o sus dolores? Y aun a veces se remonta más arriba, a los abuelos, a los ascendientes, como para reconocer, en el curso de las generaciones fenecidas, el carácter de la sangre que lleváis en vuestras venas. Porque, como decía Dupuytren, "¡la sangre, la sangre... he ahí la gran cuestión!"... ¿Por qué, en nuestros jóvenes aldeanos, ese cuerpo sano, esos miembros robustos, ese verdor, ese rostro que tanto nos complacemos en mirar? ¿Por qué esa sangre pura y generosa que circula por sus venas? La recibieron de sus padres, que se levantan antes de la salida del sol para cultivar la tierra, y adquieren, en la sobriedad y el trabajo, una vitalidad siempre nueva. El padre transmite su sangre, y, con su sangre, el vigor o la enfermedad física. La ley de la herencia proyecta sus resultados aun en las últimas profundidades de nuestra naturaleza.

VI. Con su sangre, transmite también el padre *algo de su alma.* Sí, el hijo lleva en sí la huella de la parte moral de su padre, de sus cualidades, de sus defectos, de sus hábitos, de sus inclinaciones. Cuando, desde el seno de Dios, cae un alma en una criatura humana, halla en ésta, en los pliegues y repliegues preparados para recibirla, no sé qué circunvoluciones de la materia, en las cuales están ya trazados, en cierta medida, los lineamientos del espíritu. Explicad esto como podáis; es indudable. Los padres transmiten a sus hijos, con la imagen de su faz, algo de la semejanza de su alma, de su temperamento físico, algo de su temperamento moral. La sangre se carga de las faltas del alma, y, por una especie de desquite sublime, se carga también de los méritos y bellas acciones del alma. Encontramos a veces en el mundo hijos que tienen, desde la cuna, espantosos instintos para el mal; y cuando se busca en la raíz, encontramos a menudo en la sangre que recibieron la razón de su precoz perversidad.

Por lo contrario, ¿quién no ha visto jóvenes hermosos que llevan en sus venas sangre pura, sangre noble y viva, y en su fisonomía la prueba de que pertenecen

a una raza que se ha transfigurado en la virtud? Señores, la ley de la herencia es una ley formidable. He ahí un joven que ha estragado su cuerpo y su alma en la voluptuosidad. Todo está atrofiado en él; la inteligencia, la voluntad, la memoria, el corazón, el vigor físico, el vigor moral. Todas las noblezas y todas las energías de su naturaleza han sido dispersadas, arrojadas al viento, totalmente trastornadas. Convertido en esposo, aporta como dote secreto a su virginal compañera, y en herencia imprevista a sus hijos, las llagas del vicio que devoran sus huesos. Es padre; ¡qué desgracia para su posterioridad! Transmite a sus hijos una vida raquítica, vierte en sus venas y en sus almas un virus fatal. Inocula el mal en su propia sangre, y semejante depravación, siguiendo su curso, se transmite a varias generaciones para disminuir el honor de la vida, para ajar el rosado color de la carne humana, para comunicar a los biznietos las manchas y perversidades paternas. En virtud de la ley de herencia, el padre transmite su sangre con algo de su alma.

VII. Aceptáis, señores, esta ley de herencia, sabéis apreciarla tal cual es, y con razón. Mirad, sois padres, tenéis hijas para casar... ¡Ah, cuánto admiro vuestras indagaciones, vuestras preocupaciones, vuestras minuciosas investigaciones! No os contentáis con estudiar minuciosamente la conducta del que solicita vuestra alianza, su posición social, su fortuna, su honorabilidad, su vida personal. No. Escrutáis escrupulosamente las tinieblas de lo pasado, interrogáis a la sangre, a la familia, a los antepasados del que aspira a desposarse con vuestra vida, con vuestra fortuna, con vuestro honor. ¿Por qué esto? ¿Es que ese joven que se os acerca no es una persona absolutamente dis-

tinta de su padre, de sus antepasados? No. Teméis, y con razón, que las inclinaciones perversas de su padre, de su abuelo, se encuentren un día en sus hijos. Tenéis la convicción, y estáis en lo cierto, de que las inclinaciones perversas de un padre, de un abuelo *que ya no existe,* podrían encontrarse en un hijo *que todavía no existe.*

Atención, señores; nada distinto de esto se encuentra en la doctrina del pecado original, y con el dedo tocáis su transmisión.

Conclusión.—El pecado original es la ley de herencia obrando en toda su intensidad y aplicada a la posterioridad de Adán, es decir, a la totalidad del género humano. El engendrado se asemeja al engendrador. El padre transmite a sus descendientes la degradación como el privilegio de la paternidad; he ahí la ley de herencia.

Aplicad esta ley a nuestro primer padre, y tenéis el pecado original. Adán prevaricó. Pero Adán llevaba en sí toda la especie, toda la raza; como padre, poseía en sus venas toda la vida que debía difundirse por el globo. Cayó, y toda la raza cayó con él. Manchó su vida, y, por consiguiente, toda la vida que debía salir de él: es lo que ocurre con una fuente que se envenena; sus menores infiltraciones se encuentran a diez leguas de ella envenenadas. Hijos de Adán, aportamos al venir al mundo la indigencia y la infamia de nuestro primer padre. ¿Os asombráis de esta solidaridad del despojo y de la miseria de Adán y su posterioridad? No tenéis razón. Porque la ley de herencia funciona diariamente a vuestra vista. ¿Qué de extraño es que funcionase en su origen? Fué la ley del mundo actual. En verdad que el misterio del pecado original nada en-

traña que pueda sublevar la inteligencia humana, y yo saludo, en ese dogma, el encuentro de la razón y de la fe.

Así sea.

CONFERENCIA DUODECIMA

El pecado original en el hombre

SEÑORES:

Todos estábamos en Adán, y todos caímos con él. En virtud de la ley de herencia, se nos transmitió el pecado de nuestro primer padre. ¿Es esto verdad? En primer lugar, fijaos bien en que las *tradiciones* de todos los pueblos están unánimes sobre este punto. ¿Qué significan esos ritos de expiación que llenan todas las religiones, expiaciones por el agua, por el fuego, por la sangre? ¿Qué significan esos sacrificios multiplicados, renovados sin cesar, que encontráis por todas partes, sino que el género humano, que se sentía culpable, no sabía qué medio emplear para apaciguar al cielo irritado y suspender los castigos cuya justicia reconocía? En todas las religiones antiguas se vierte sangre. ¿Por qué? Porque se tiene la convicción de que la sangre está viciada, y, por consiguiente, que debe ser vertida, esparcida, despreciada, sacada de las venas del hombre,

en las que está en perpetuo deshonor, por las que no merece correr, en donde Dios no la ve circular más que con indignación. Testigo de esta creencia unánime de los pueblos, el mismo Voltaire vióse obligado a decir: "La caída del hombre degenerado es el fundamento de la teología de todas las naciones." Así, toda la antigüedad creyó en una degeneración primitiva, y esta doctrina, que flotaba obscura, incompleta y con frecuencia contradictoria, en la memoria de los pueblos, halló su plena confirmación en las enseñanzas del cristianismo. De suerte que, tanto en la línea recta de la verdad, como en la línea divergente del error, no hay más que un solo testimonio: el hombre degeneró, la sangre quedó viciada, Adán cayó, y toda su raza cayó con él. Escuchad. Además de los testimonios, puedo ofreceros otra cosa; hechos, hechos palpables, cotidianos, personales, de palpitante actualidad. ¿Negáis la prueba del pecado original en el hombre? Estáis en un error, porque ese pecado palpita en vuestras venas, en vuestra alma, en todo vuestro ser, y vais a verlo con vuestros ojos, y a tocarlo con vuestras manos.

1.º Señores, ¿por ventura no habéis penetrado jamás en uno de esos centros de los dolores humanos, en los que todas las enfermedades que afligen al hombre en su cuerpo se encuentran cara a cara y os dan la visión de un linaje humano herido desde la planta de los pies a la coronilla de la cabeza? Es que, al entrar en un hospital, ¿no habéis visitado nunca la sala de los gravísimos, o la de los crónicos, o la de los amputados, u otra de las porciones de ese reino del padecimiento? Pues bien, cuando habéis visto todas esas llagas vivas, todas esas marchiteces y, ¿por qué no decirlo? todas esas ignominias, de que es teatro, actor, y víctima el

cuerpo mismo, ¿es que no os habéis preguntado con dolorosa estupefacción: por qué todas esas heridas, todas esas angustias, todos esos oprobios de la vida? ¿Quién es ese ser extraño, asesino de su propia vida, ese ser que vuelve contra su alma todos los instintos de su cuerpo, e inflige a su cuerpo todas las degradaciones de su alma? Señores, cuando os acercáis al hombre, y comprobáis las múltiples y espantosas enfermedades que le torturan, os encontráis en presencia de un ser que se os aparece como presa de una perturbación profunda, y entonces, lógicamente, fatalmente, llegáis a estas conclusiones:

Que tantos misterios dolorosos casi ni pueden explicarse por el solo efecto de la naturaleza tal como Dios hubo de crearla;

Que la causa primera de todas las lesiones de la vida es una lesión primitiva y original que precede a todas las demás y las explica;

Que esta pobre naturaleza humana, tan espantosamente enferma, no ha llegado a este extremo más que por la prevaricación de su cabeza;

Finalmente, que el hombre lleva, aun en su carne, las terribles consecuencias de la caída que precipitó a su alma.

¿Negáis el pecado original? Vedle en los más profundos repliegues del cuerpo humano; vedlo en ese viajero tumbado en el camino de la vida, herido y sangrando, en ese moribundo cuyos padecimientos contristan vuestro corazón y desconciertan vuestra ciencia. Vedlo ahí, porque, en verdad, en ese hombre ajado, herido, falto de aliento, expirante, no puedo ver un ser colocado en su estado normal; leo en sus heridas la prueba trágica de su degeneración.

2.º Ahora entrad en el alma. "La naturaleza y las fa-

cultades del hombre—dijo Platón—fueron cambiadas y corrompidas en su cabeza desde su origen." Vais a verlo. Seréis como dioses; tal fué la fórmula de la primera rebelión del ángel y del hombre contra Dios; es el eco de esa fórmula que ha trastornado y trastorna todavía al mundo. Nacemos en el orgullo, y el orgullo dice a los pobres: seréis como los ricos; y a las clases medias: seréis como los nobles; y a las clases superiores: seréis como los reyes; y diariamente dice a todos: seréis como dioses. "Nuestro enemigo es nuestro amo"—dijo el fabulista.—"Quien me manda, me irrita—dijo Bossuet.—Sube, sube todavía, sube siempre, no te detengas jamás; he ahí el fondo de nuestra alma. "Preferiría ser el primero en una cabaña que el segundo en Roma"—decía César.—He ahí, señores, en toda su desnudez el orgullo humano; quiere el primer puesto, y, si tuviera tiempo, os lo mostraría en este siglo escalando las cumbres y triturándolo todo a su paso, invirtiendo los papeles, poniendo la ignorancia en el sitial de la ciencia, la incapacidad en el puesto del talento, la obscuridad en el lugar de la gloria, y reconstituyendo en provecho de la medianía todos los privilegios del mérito. Os lo mostraría gozando de la satisfacción de haber hundido a los que se elevaban naturalmente y de la de elevarse a sí mismo en los que carecen de gloria, de virtud, de talento. Os lo mostraré formando en nuestro siglo una casta más ambiciosa, más exclusiva, más incapaz que jamás lo fueron, en las naciones caídas, las castas hereditarias. No me echéis en cara estas quejas y comprobaciones. Porque amo a nuestro siglo, quisiera libertarlo del espíritu orgulloso que le obsesiona. Porque amo a vuestras almas, quiero, en el más profundo secreto de vuestros sentimientos y anhelos, investigar, descubrir, mostrar con el dedo la lepra del orgullo. ¿Negáis el pe-

cado original? Acabo de señalároslo. Vedlo ahí en los más profundos repliegues del alma humana, en ese instinto indesarraigable, nunca confesado, que nos impulsa a colocarnos por encima de todo; en ese hombre impaciente por el yugo que soporta y furioso de su inferioridad, que siempre quiere ser el primero, jamás el segundo. Porque, en fin, ¿es eso justo? ¿es eso posible? Lo justo es que el primer puesto lo ocupe el que tiene más talento, más virtud, más edad, más experiencia, más méritos de toda especie. Ahora bien, hay en el hombre un instinto secreto que le impulsa fuera de su esfera y por encima de su derecho, y que, para satisfacer ese instinto, emponzoña su vida, trastorna la sociedad, amontona ruinas en torno suyo; rompe todas las barreras, y la ley de Dios misma no es bastante fuerte para contener su rebelión y paralizar su vuelo. Evidentemente, un ser que obra así no está en su estado normal, y los descarríos de su alma no menos que las heridas de su cuerpo, comprueban su degeneración.

3.º Señores, pasemos a otra cosa. Estamos compuestos de cuerpo y alma; el orden consistiría en que el alma dominase al cuerpo, puesto que es más digna, y que el cuerpo le quedase sometido, por cuanto es de orden inferior. Por desgracia, no es así. Vivimos en la lucha, y con frecuencia ocurre que sale vencedor el que debiera ser esclavo.

Vivimos en la lucha. Esto es incontestable. Tenemos ante nosotros el bien, la belleza, el ideal arrobador de la virtud, y a su vista palpitamos de entusiasmo. Luego, a nuestro lado, por debajo de nosotros, hay un abismo tenebroso, objeto informe que nos causa horror, y que, esto no obstante, nos llama, nos solicita, nos

atrae, pero sin ocultarnos jamás el ideal sublime e inolvidable del bien. Yo comprendería la libertad entre el bien y el mal, los dos platillos iguales entre el alma y el cuerpo, pero no ocurre esto. Vivimos en la lucha, y, cosa extraña,

Quedamos debilitados del lado del bien. La carne lucha contra el espíritu, y la naturaleza viciada se inclina al mal, y en él se precipita sin el alma y a pesar del alma. Hace ya seis mil años que ese fenómeno desordenado se expone a la luz del sol, y todo el mundo lo comprueba casi en los mismos términos. *Eurípides,* entre los griegos, pone estas palabras en la boca de Fedro, pálido, conturbado, con los ojos enrojecidos por el insomnio: "Vemos el bien y hacemos el mal, conocemos la virtud y nos entregamos al vicio. La vida está sembrada de numerosos escollos, a los cuales nos arrastra peligrosa inclinación." Ovidio, entre los romanos, dice "*Video meliora proboque, deteriora sequor*: Veo el bien y lo aplaudo, pero hago el mal." *Racine,* en la Corte de Luis XIV, hace cantar a un coro de jovencitas los célebres versos:

> ¡Qué guerra tan cruel, Dios mío!
> Hallo dos hombres en mí.
> Lleno el uno de tu amor,
> Quiere que te sea fiel,
> Mientras que rebelde el otro
> Se revuelve contra ti.

Al oirlos, se vuelve Luis XIV hacia Madama de Maintenón y le dice: "¡He ahí dos hombres que conozco muy bien!" Y notad ahora que esta pretensión del cuerpo a la soberanía sobre el alma, y esta debilidad del alma de la parte del bien, las encontramos en todas partes, aun *en las almas más puras.* Se encuentra en ellas en estado de instinto, que las humilla, y de tentación,

que las hace más vigilantes, pero el caso es que existe en ellas. "Trabajo por comprenderme a mí mismo—dice San Pablo,—y no lo consigo. Hago el mal que odio. ¡Qué desgraciado soy! ¿Quién me libertará de este cuerpo mortal y de la miserable sangre viciada que corre por mis venas?" Si los santos conocieron este espantoso antagonismo entre la carne y el espíritu, antagonismo que el hombre palpa tanto más cuanto más trabaja en rehacer en sí mismo, mediante esfuerzos animosos, su roto equilibrio, ¿podríamos decir nosotros que somos extraños a él? No, jamás lo diremos. Señores, seremos sinceros, y confesaremos sencillamente, con toda la antigüedad pagana, con San Pablo, tan ilustre por la profundidad de su natural y la energía de su voluntad, con Luis XIV, que fué un gran culpable, pero que tuvo por lo menos el mérito de reconocer que los principios olvidados y la ley desconocida seguían siendo los principios y la ley contra los cuales no podía prevalecer el orgullo de su inteligencia y de su voluntad, confesaremos, repito, que hay dos hombres en nosotros; que viendo el bien, no lo hacemos, o que si lo hacemos, es con mucho trabajo, con esfuerzos, con el sudor de nuestra frente; que si nuestros aleteos son sublimes, quedan a menudo impotentes; que, abandonados a nosotros mismos, a nuestra inclinación natural, antes nos lanzamos al mal que al bien; que toda virtud en el hombre es una reacción contra el mal que existe en el hombre. Sí, señores, esta es la verdad: vivimos en la lucha y quedamos debilitados para el bien, y en vez de gravitar nuestro cuerpo en torno de nuestra alma y verse arrastrado con ella hacia los esplendores de la virtud, es nuestra pobre alma la que gravita en torno de nuestro cuerpo mortal y le sigue en sus criminales abatimientos.

Señores, ¿cómo explicarnos este misterio? ¿Comprendéis esto? Salió el hombre de las manos de Dios, brotó de su corazón, fuente inefable de toda pureza, y, abandonado a sí mismo, se encamina hacia el mal. ¡Cosa extraña! Evidentemente, la obra de Dios ha sido pervertida, echada a perder; alguien, torpe o culpable, tocó la obra del Gran Artista. Señor, no pudisteis sembrar sino excelente semilla en nuestra naturaleza humana. ¿Cómo se comprende, pues, que haya en ella cizaña? ¿a qué se debe que las hierbas dañinas crezcan tan fácilmente en las profundidades de nuestro ser, y amenacen con invadir las cumbres y ahogar nuestras mejores aspiraciones? Señor, nos disteis una sangre que debía transfigurarse y ennoblecerse al servicio del alma; ¿cómo es que hay en nuestras venas una sangre viciada que impone al alma su dominio usurpado e insolente? Señores, estudiad este misterio, examinad las grandezas y ruinas de vuestra naturaleza. "Contemplad ese edificio que sois vosotros mismos, y, como dice Bossuet, veréis en él huellas de una mano divina; pero la desigualdad de la obra os hará notar muy pronto que el pecado ha hecho en ella de las suyas." Comprobaréis que el hombre cayó, y palpando en vuestro cuerpo y en vuestra alma, y en las relaciones cotidianas de estas dos realidades, la presencia del pecado original, diréis con Pascal: "El nudo de nuestra condición tiene sus repliegues y *vueltas* en este abismo; de suerte que el hombre es más inconcebible sin este misterio, que este misterio es inconcebible al hombre." Y con el poeta:

> El hombre es un Dios caído que se acuerda del cielo.

Conclusión.—No podemos negar el pecado original; lo llevamos en nosotros, porque estamos metidos en lucha, y, arrastrados hacia el abismo, sólo podemos elevarnos hacia las cumbres del bien a condición de vencer todo obstáculo, es decir, de vencernos a nosotros mismos. Escuchad las hermosas palabras que escribía Bossuet a Luis XIV, ebrio de sus victorias: "Señor, no se habla más que de la hermosura de vuestras tropas y de lo que son capaces de hacer mandadas por un gran general. Pero entre tanto, yo pienso secretamente en mí mismo en una guerra más importante y en una victoria mucho más difícil que Dios os propone... ¿De qué os serviría, señor, salir victorioso y temido en lo exterior, si en lo interior quedabáis vencido y cautivo? Rogad, pues, a Dios que os liberte; así se lo pido sin cesar con todo mi corazón."

¿Qué decís, señores, de esta manera de hablar a los reyes de la tierra, aunque se llamen Luis XIV y hagan temblar a Europa? ¡Ah! sólo la religión puede decir así la verdad a los hombres, para recordarles lo que son y lo que deben ser. Yo no soy Bossuet, no tengo ante mí la Corte de Luis XIV, pero vosotros poseéis la naturaleza humana, soy sacerdote, y, en nombre de la religión, tengo el derecho y el deber de repetiros: estamos metidos en la lucha; ¿de qué nos serviría ser "altivos y temidos en lo exterior, si fuéramos en lo interior vencidos y cautivos? Roguemos, pues, a Dios que nos liberte, y que el poder de su gracia venga a reparar los desastres de nuestra degeneración."

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

El pecado original en la infancia y en la juventud

SEÑORES:

El pecado original es un dogma, porque Dios lo ha revelado; pero es también un hecho, porque la experiencia lo demuestra. Sí, por poco que queramos escuchar las palpitaciones de nuestra vida física y moral, palparemos en nuestro cuerpo, en nuestra alma y en las relaciones de ambos la prueba dolorosa y auténtica de una decadencia primitiva. Vamos a estudiar más profundamente todavía ese vasto asunto, y al comprobar la presencia del pecado original en nuestros hijos, os diré cosas en las cuales ciertamente no habéis pensado nunca, y que, a pesar de ello, son decisivas para la educación de vuestra posteridad. Decid a cualquiera la verdad sobre sus propios defectos, y ordinariamente os creerá; pero intentad decírsela sobre sus hijos, y ya no tendréis ni autoridad ni crédito. ¿Qué importa? Todos sois hombres capaces de escuchar la verdad,

y voy a decírosla con ese acento de sinceridad que siempre os agrada y del que no me separaré jamás.

I. El pecado original está en el niño.—La religión lo enseña, y las tradiciones universales vienen a confirmar la enseñanza de la religión. Señores, en todos los pueblos se ha tenido la convicción de que el hombre nace culpable, que esta culpabilidad reside en él desde la cuna, y es antecedente a toda acción, a toda falta personal. ¡Cosa extraña! Porque ¿hay algo aquí bajo que evoque más la idea de inocencia que el infante que acaba de nacer? ¡Es tan hermoso ese niño! ¡Es tan dulce su sonrisa! Lleva a su madre la alegría, ilumina la frente paternal, llena de rayos de sol el hogar doméstico; nada ha traicionado todavía, nada ha deshonrado. Al verlo descansar en su cunita de mimbre, diríase que es uno de esos lagos desconocidos, ocultos en las altas montañas, en los cuales se miran en silencio todos los esplendores del cielo. ¡No importa! Preciso es que sea purificado, y todas las naciones acogen su entrada en la vida con *ritos expiatorios*. Entre los romanos, la ceremonia se verificaba el noveno día para los niños, y el octavo para las niñas; tal día se llamaba *lustricus*, porque en él se hacía uso del agua lustral. Los egipcios, los persas, los griegos tenían ritos análogos, y se han notado en América en los mexicanos. En otros países se encendía un gran fuego, y se fingía el paso del niño por la llama como para purificarlo. ¡Desgraciado del niño que moría antes de semejantes purificaciones! Le quedaba prohibida la entrada en los Campos Elíseos; el mismo Virgilio, el dulce Virgilio, nos lo muestra a la entrada llorando y exhalando prolongados gemidos: *vagitus ingens!*... Decidme, ¿quién, pues, pudo establecer en el mundo, en toda la superficie de la tierra, costumbres tan

extrañas, tan opuestas a las inclinaciones y a las instituciones espontáneas del corazón, sino la creencia de que el hombre nace en el pecado? Los antiguos filósofos, al comprobar en el niño la presencia de un germen funesto, intentaron penetrar en este misterio, y declararon que semejante corrupción innata debía tener un origen anterior al nacimiento del hombre, en alguna vida primitiva de la cual no tenemos conciencia, por lo que sostenían que aportamos al venir a este mundo faltas cometidas por nosotros en otro mundo anterior. Es esto un error, pero un error que atestigua una creencia, la creencia en la culpabilidad, en la mancha, en la depravación del hombre desde su cuna.

Por otra parte, ¿tenemos acaso necesidad de hacer hablar aquí las tradiciones universales? ¿Por ventura no es decisiva la *experiencia?* He ahí vuestro hijo; de vuestros labios no ha respirado más que alientos celestiales, pero decidme: ¿no habéis notado en él, desde que comienza a hablar, aun antes de que tenga conciencia de sus actos, la inclinación al mal, a la rebelión, a la cólera, a la dominación injusta, al orgullo, a todo eso que podríamos llamar la germinación del pecado y el movimiento de la sangre viciada? Broussais, el materialista, habla aquí como San Agustín, el gran convertido, y M. Le Play, el gran economista moderno, hace eco a Santo Tomás, el gran teólogo del siglo XIII. "La más grosera de las nodrizas, como la más perspicaz de las madres—dice Le Play,—puede ver a cada instante que la propensión al mal es predominante en el niño." decís a veces: "Mis hijos no tienen defectos." ¡Padre feliz! En verdad, se creería, al oiros, que vuestros hijos quedaron exentos de la mancha original. Pero permitidme que os diga que no hay santo alguno que no haya tenido necesidad, en su juventud, de ser reprendido y

castigado en el seno de su familia; que no hay héroe alguno, ni grande hombre de ninguna especie, a quienes una fuerte reprimenda o una severa corrección no haya sido el principio del aprendizaje de su vida... y que los San Luis, los Agustines, los Basilios, los Jerónimos, las Teresas, los Javieres, no se convirtieron en prodigios de fuerza moral sino porque los unos fueron advertidos, y corregidos los otros. Señores, preciso es que sepáis esto desde el principio, y que tengáis la convicción de que en el niño, cualquiera que sea, no hay un solo instante que haya precedido a la corrupción.

El hombre nace degenerado; con inclinaciones a la verdad, con aspiraciones al bien, lo reconozco y lo proclamo; el hombre es grande aun en su caída, como un palacio desplomado sobre sí mismo, como un templo que guarda en sus ruinas algo de la majestad del Dios que lo habita; el hombre es grande en su ruina, pero el hombre está en ruinas. Vuestros hijos, tales como la naturaleza os los da, son bárbaros, y a vosotros os toca civilizarlos. Vuestros hijos nacen en el pecado original, por consiguiente, no trabajáis sobre seres íntegros, sino sobre degenerados; no sólo debéis fomentar sus buenas inclinaciones, sino reprimir sus perversos instintos. Atención, señores; con esto os indico el punto de partida de toda educación seria.

II. Es preciso combatir el pecado original en vuestros hijos.—El pecado está en ellos, no lo dudéis. Ahora bien, cuando un veneno está en las venas y no se le combate, o se le combate débilmente, se difunde, se insinúa en todas partes, roe los órganos, y muy pronto no hay remedio contra él. ¡Ah! toco aquí las realidades más apremiantes de la vida humana, no hablo para el aire, no invento una novela; refiero hechos. Si un niño no

nace en una familia que vierta gota a gota en él las enseñanzas del bien; si la ternura vigilante de una madre, si la severidad protectora de un padre no le preservan del lado del mal, no tardará en cometer las más vergonzosas faltas. Hele ahí arrojado en medio del mundo y de sus escándalos. ¿Pensáis que va a vivir en él como un cordero que duerme sin temor en un bosque poblado de bestias feroces? No; si no vigiláis, el pecado original, que dormita en su alma y en su carne, hará explosión, incendiará su adolescencia. Quizás digáis: es preciso que pase la juventud. Esto es un error, señores; pasarán los años, se blanquearán sus cabellos, se extinguirán los sentidos, todo perecerá en él, excepto esa lamentable debilidad que no supisteis combatir a tiempo.

Crecerá el mal con los años, ora oculto bajo un barniz de aparente moralidad, ora irrumpiendo al exterior. Al principio no será más que una inclinación, una pendiente, una propensión; después aparecerá la pasión, es decir, un movimiento tan violento, que apenas es posible resistir; será esa sed insaciable de goces sensuales, ese delirio de la voluptuosidad, que atormenta a la juventud sin satisfacerla, que la agota y corrompe, que le arrebata aun la misma sensibilidad, y que, tras locos desórdenes, que con tanta facilidad excusa el mundo, no deja en el fondo del alma ni una fibra, ni un pensamiento, ni un pesar para los recuerdos y para los amores de la familia. ¡Ah, desventurados los padres que ignoran estas cosas, o las desprecian! El pecado original, no combatido en el alma de sus hijos, se convertirá en un incendio que ningún poder humano podrá apagar. La sangre viciada, no contenida ni transformada en las venas de sus hijos, caerá un día sobre ellos como lluvia de dolores y quizás de vergüenzas.

Preciso es, pues, señores, reprimir; es vuestro derecho y vuestro deber. Preciso es que lo diga muy alto, porque, en este siglo, el principio de autoridad está indignamente desconocido y enervado, y en muchas familias contemporáneas, la abdicación de los padres sólo es comparable a la insolencia e insubordinación de los hijos. Preciso es reprimir. Toda sociedad digna de este nombre lleva en sí misma un poder coercitivo; lo mismo la Iglesia que el Estado, lo mismo la sociedad doméstica que todas las demás. El ejercicio de este poder debe ser más o menos considerable, según los tiempos y lugares.

Añado únicamente que está subordinado a un poder superior, el de la persuasión, el del mejoramiento moral por la razón y la caridad. El principal instrumento de la Iglesia no es el poder coercitivo. ¿Acaso se hacen creyentes sinceros, cristianos virtuosos única y principalmente por la represión? Por lo contrario, se hacen rebeldes e hipócritas. La religión se enseñorea de los hombres por la persuasión, no por la violencia. La suprema fuerza del Estado no es tampoco la fuerza material. ¿Por ventura se hacen ciudadanos con la represión y la fuerza? Pues bien, lo mismo ocurre en la familia. Hallábase en Roma Lamennais en 1828; León XII lo comprendió, lo adivinó: "He visto a Lamennais —dijo;—es una gran inteligencia, pero también un alma indomable; posee grandes tesoros, pero puede haber en él grandes tempestades; preciso es gobernarla con una mano oculta en el corazón." He ahí el método que hay que seguir. El padre que únicamente empuñe la vara de la disciplina, será tan impotente y culpable como el que la arroje en la molicie y no sepa nunca mandar y castigar. Hay un medio, el grande, el sabio medio que aleja los extremos; la fuerza oculta en la suavidad, la persuasión por la razón y el amor. Hablad, enseñad

con la palabra y el ejemplo. Desde la elevada región que habitáis, hacia la cual eleva el niño sin cesar sus ojos, haced que descienda ese poder de la verdad y de la virtud, que se impone a las facultades libres, al espíritu y al corazón. Sobre todo, llevad a Dios con vosotros, llene El de majestad la frente paterna, sea vuestra autoridad una emanación de la suya, resuene en vuestros labios su palabra, y exprésese su amor por vuestra boca. Sed verdaderamente a los ojos de vuestra familia la imagen de Dios, su mandatario, su embajador, su representado, su personificación visible, y curaréis en vuestros hijos las heridas del pecado original.

Señores, se ha fundado la escuela sin Dios; algo conozco que sería peor aún: la paternidad sin Dios. Pero esto no se logrará; han podido expulsar a Dios de la escuela, pero no se le expulsará de la familia, en la que ocupa su puesto necesario. El primer banco de la escuela es, para un niño, los brazos de su madre y las rodillas de su padre. Por lo menos, no falte Dios de allí, para transfigurar vuestro hogar y asegurar a vuestra posterioridad el beneficio de la virtud sin tacha, y a vosotros mismos el goce de una dicha sin sombras.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

El pecado original en la sociedad

SEÑORES:

Voy a hablaros todavía por la octava vez del pecado original. No os extrañéis. Hace cien años que se empeñan en permanecer en el error sobre esta cuestión tan formidable, y merced a esto, nos hemos visto afligidos por tan numerosas y crueles catástrofes. La sociedad moderna está en lo falso. Niega la caída primitiva, y no sintiendo la necesidad de una redención, rechaza al Redentor. Se parece a un enfermo que se cree sano, y camina hacia la tumba despreciando los remedios y los médicos. Quisiera hoy, señores, acabar de moldear en vuestras almas la convicción de que nacemos degenerados, por lo que procuraré mostraros la presencia del pecado original en la sociedad, después de haberlo señalado en el hombre y en el niño. Este asunto parece árido, pero es capital y de actualidad palpitante; de ello no tardaréis en convenceros. Comprobemos primeramente:

I. El falso punto de partida de la ciencia social desde hace cien años.

Escuchad estas palabras que valen un Potosí; son de M. Le Play, lo que equivale a decir que merecen la más profunda atención: "El más grave y más peligroso error del último siglo consiste en el falso principio de la perfección original. Según los adeptos de esta innovación, el hombre es llevado naturalmente al bien, y el mal debe imputarse únicamente a las instituciones, que cambian y contrarían las inclinaciones naturales del género humano." En efecto, señores, todo el siglo XVIII fué conmovido por una frase siniestra, que se convirtió en algo así como el evangelio abreviado de la escuela anticristiana. Dijo J. J. Rousseau: "El hombre nace bueno; la sociedad lo deprava." Y todos los ecos respondieron: "El hombre es fundamental y esencialmente bueno. Encamínase, por sí mismo, por su inclinación natural, a la verdad, a la justicia, a la beneficencia, a toda virtud. Si se aparta de ellas a veces, es que se la ha irritado con barreras estúpidas, con límites opresivos. Quitad la religión, el legislador, el juez, el policía, y no habrá vicios. En cuanto el hombre sea libre, será feliz y virtuoso."

Y así se hizo. Juzgad, señores, del árbol por sus frutos y de la doctrina por sus consecuencias. Supúsose que el hombre era bueno, y los nuevos sabios echaron abajo todas las barreras, la religión, la sociedad, la autoridad, la magistratura, la fuerza pública; proclamaron, no una libertad prudente, limitada, contenida por las leyes, responsable de sus abusos y de sus excesos, sino una libertad absoluta, ilimitada, de pensar y de obrar; un derecho anterior y superior a toda ley, a toda constitución, de hablar, escribir y asociarse. ¡Desdichadas las

sociedades, desdichados los legisladores que se apoyen en el falso principio de la perfección original! Como creen con incomprensible candidez que todas las almas son sanas, desatan todas las lenguas, arman todos los brazos, abaten todos los diques, aflojan todos los frenos, y luego se asombran de verse arrastrados a todas las catástrofes.

He aquí cómo las censura Bossuet, con toda la autoridad de su palabra: "No es lo mismo oponerse a un río, ni levantar diques en su curso para cortar el hilo de sus aguas, que elevar muelles en sus riberas para impedir que se desborde y sus aguas inunden la campiña; por lo contrario, es darle el medio de correr más suavemente por su cauce y seguir con más seguridad su curso natural."—"No equivale a perder su libertad asignarle límites aquí y allá para impedir que se extravie; es enderezarlo con más seguridad por la vía que debe seguir. Con semejantes precauciones no se le contraría; se le conduce." No olvidemos esto, señores. Negar el pecado original, es sentar un falso principio que desencadene en la sociedad formidables consecuencias, es derrocar todas las barreras proclamándolas inútiles y peligrosas, es preparar la explosión y el triunfo del mal, fingiendo no ver su presencia, ni creer en su integridad. ¿Cuál es, pues,

II. El verdadero punto de partida de la ciencia social?

Es el mal en el hombre. Escuchemos todavía a Le Play: "Desde las primeras edades de la historia, *la inclinación innata hacia el mal* está señalada por los fundadores de las grandes razas, por lo cual debe ser ante todas cosas proclamada por la ciencia social como rasgo distintivo de la naturaleza humana." Y en otra parte añade:

"Todos los maestros que formaron grandes hombres, sólo lo consiguieron reprimiendo con constante solicitud las viciosas inclinaciones de sus alumnos." Pongamos en esto la mayor atención. El hombre no nace bueno; nace degenerado por la falta del primer padre, nace inclinado al mal. La corrupción no está en las leyes, en las instituciones, en las formas sociales, en las cosas exteriores; sólo está en ellas accidentalmente y por vía de consecuencia. Decís: la sociedad es mala y mal concebida. Pues bien, rehacedla, y al cabo de ocho días la habrán corrompido de nuevo las pasiones humanas. Estas han corrompido las monarquías, las repúblicas, la libertad, la autoridad, la civilización, y corromperían a Dios, si Dios fuera corruptible. Lo repito, el mal no radica en la sociedad, sino en el hombre, o, mejor dicho, el mal está en el cuerpo social porque primeramente se encuentra en el fondo del corazón humano. Señores, Donoso Cortés dijo: "Es tan grande la fuerza vital de la verdad, que si estuvieseis en posesión de una verdad, de una sola verdad, esta verdad podría salvaros." Pues bien, la verdad que acabo de infundir en vuestros espíritus es una verdad príncipe, es la llave maestra del organismo social; con ella, todo puede reconstituirse y salvarse. El mal está en el hombre, irrumpe en la sociedad. Por consiguiente,

1.° *Hay que reprimir.* Hay que contener, por lo menos en cierta medida, las manifestaciones, los estrépitos, los extravíos del mal. Así lo dicta el buen sentido, la recta razón. En el fronstispicio de una prisión escribióse un día esta palabra: "Libertad." ¿Fué esto una ironía, una paradoja? No. Era una verdad. Si el robo, si el homicidio, si todos los crímenes fueran permitidos a los malos y quedaran impunes, seguiríase que los buenos

vivirían aquí bajo en perpetuo estado de temblor y servidumbre. La represión del mal garantiza la libertad del bien. Esta represión es necesaria; sin el poder coercitivo, no hay sociedad posible. Hay que reprimir todo atentado exterior contra la religión, la justicia y el honor, es decir, las acciones malas, los libros malos, las doctrinas malas. Sin duda, señores, que la sociedad no tiene poder alguno sobre el pensamiento, ni sobre la conciencia. Sólo Dios es el testigo, el juez y el dueño de las conciencias. Pero, sin atacar las conciencias, puede y debe gobernar la sociedad los actos exteriores. ¿Para qué tienen los soberanos la espada sino para prevenir, para tener a raya y castigar la impiedad que blasfema, la corrupción que mancha, la calumnia que ataca y corroe, para impedir la venta del veneno que mata las almas? Se dice: "En nombre de la libertad hay que dejar hacer y dejar pasar." Y yo respondo: "Sí y no. No hay que dejar hacer el mal ni dejar pasar el error. Hay que dejar hacer el bien y dejar pasar la verdad. ¡Oh virtud, con tanta frecuencia perseguida! ¡Oh verdad, con tanta frecuencia amordazada! El día en que os veáis libres de trabas, el día en que no excitéis sospechas injuriosas, ¡cuan rápido será vuestro curso, cuán gloriosas serán vuestras conquistas! "Conduciréis los pueblos por la vía del deber, y arrancados los pueblos a las seducciones del mal, encontrarán el honor y la seguridad." En resumen, señores, por cuanto el mal está en el hombre y el hombre irrumpe en la sociedad, el derecho y el deber de toda sociedad normal consiste en reprimirlo, y la fórmula verdadera de la ciencia social es la de García Moreno, el ilustre presidente de la república del Ecuador: "Libertad para todos y para todo, excepto para el mal y los malhechores." Pero ¿qué? ¿Por ventura es la represión la ley única y suprema de las sociedades? No. La represión

es necesaria, pero insuficiente. La represión detiene el mal en sus manifestaciones exteriores, pero no ataca sus fuentes, no lo alcanza, no lo ahoga en el alma humana, donde tiene su origen. ¿Qué hacer, pues?

2.º *Hay que cristianizar*. El virus está en el fondo del corazón; allí es donde hay que combatirlo, si no se quiere que salga a la superficie y haga irrupción en ella. Hay un contraveneno sublime, el cristianismo; mas por poco que se aleje o se paralice el remedio divino, reaparece la gangrena en su horrible fealdad, y la sangre viciada lo invade todo.

Sin duda, señores, que los pueblos modernos cultivan las letras, las ciencias y las artes. Pero, no lo olvidemos, esto no reemplaza la religión. En las ciencias, las letras y las artes, puede ver el sabio las decoraciones o algunas columnas del edificio, pero no es en ellas donde coloca el fundamento. Tenedlo muy presente, señores, las luces no son la virtud. Cuando falta la religión, a menudo no es la instrucción más que un nuevo instrumento de corrupción, por lo que contemplamos con espanto una mezcla descorazonante de ateísmo y de espiritualidad, de ciencia y de barbarie, de urbanidad en las palabras y depravación en los hechos; y aun a veces, échase de ver el más alto grado de la perfección en las ciencias con el último grado de la perversidad humana.

Intentar reemplazar la religión por la ciencia, es abandonar lo necesario para correr detrás de lo útil. El saber, por sí solo, jamás logrará atacar, y mucho menos curar, el mal que hay en las almas. Se necesita algo más.

Se necesita cristianizar. Señores, la religión cristiana es un freno moral que se apodera de las almas y las mantiene en la línea del deber. Si este freno moral se desdeña y se afloja, preciso será reemplazarlo por el freno material, de suerte que, si no se cristianiza a los hombres, hay que esclavizarlos, porque cuanto más disminuye la religión de un pueblo, más difícil se hace la libertad. Escuchad estas palabras del célebre publicista Montesquieu: "Cuanto menos reprimente es la religión, más represoras han de ser las leyes civiles." Y Tocqueville añade: "Si un pueblo quiere ser libre, preciso es que crea; si no quiere creer, tendrá que servir." Es decir, que la libertad, que en último resultado no es más que una disminución de coerción legal, exige un acrecentamiento correspondiente de freno moral voluntariamente aceptado. ¿Cuál es este freno moral? La religión. Si la religión desaparece, el más furioso desencadenamiento de todas las pasiones hará necesarios los más violentos medios de represión, porque serán los únicos eficaces. La tranquilidad sólo se hallará en la servidumbre, y las naciones irreligiosas acabarán por expiar en las cadenas su audaz rebelión contra Dios. Serán precisas leyes de hierro para encadenar los pueblos sin religión, y precisamente para los pueblos impíos se han hecho los tiranos.

¿Veis, señores, las consecuencias prácticas que salen de nuestros dogmas? Es un dogma que nacemos degenerados, y que el mal está en el hombre antes que en la sociedad; de esta gran verdad se deducen naturalmente estos dos axiomas de la ciencia social: 1.º Es necesario contener el mal en sus manifestaciones exteriores; hay que reprimir. 2.º Es necesario sobre todo cegar el mal en sus fuentes, es decir, en el alma humana... Hay que cristianizar al hombre y a la sociedad.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOQUINTA

Exención del pecado original en María

SEÑORES:

Os he hablado largamente del pecado original, de su transmisión, de sus consecuencias en el hombre, en la juventud, en la sociedad. Esto era necesario, porque este dogma de nuestra fe ha sido negado, desfigurado, desconocido de todas maneras, y porque todavía hoy proporciona a los adversarios de nuestras creencias una objeción mil veces repetida y mil veces refutada, pero otras mil rehecha.

No volveré sobre este importante asunto, pero antes de mostraros cómo Dios reparó la falta del primer hombre y realzó al género humano caído, quisiera haceros asistir, como por vía de ensayo, a un esbozo de la redención, explicándoos el privilegio de la Inmaculada Concepción con que fué favorecida la virgen María, y justificando a vuestros ojos la proclamación de este dogma.

I. El privilegio de la Inmaculada Concepción.

El privilegio de la Inmaculada Concepción de María se halla a la vez proclamado y precisado en la Bula *Ineffabilis Deus* de Pío IX. He aquí lo que en ella se lee: "La doctrina que afirma que la Bienaventurada Virgen María, desde el primer instante de su concepción, por una gracia y un privilegio muy singulares de Dios Todopoderoso, en virtud de los méritos de Cristo Jesús, salvador del género humano, fué *preservada* de toda mancha de la falta original, es una *doctrina revelada* por Dios, y, por consiguiente, debe ser *creída* firme y constantemente por todos los fieles." Entendamos bien, señores, el sentido de esta definición. Cuando fué proclamada, hizo correr mucha tinta y pronunciar muchas palabras; pues bien, muchos de los hombres que la atacaron, no lo hicieron más que porque no la entendieron.

En primer lugar, señores, no se trata en modo alguno de eximir a María de las reglas de la generación; desde este punto de vista, nació como todos los hijos de Adán, por las causas y de la manera como nacimos nosotros. San José no fué más que el padre *adoptivo* de Jesús; San Joaquin fué el padre *verdadero* de María. En el orden natural, su nacimiento nada tuvo de milagroso; lo que nosotros llamamos la Concepción Inmaculada de María, es un privilegio que se refiere tan sólo a su alma. Lo que la Iglesia quiere decir cuando proclama inmaculada a María, es simplemente esto: María, hija de Adán como nosotros, y, como nosotros, sometida, por misteriosa solidaridad, al contagio del pecado original, debía nacer muerta a la vida de la gracia, enemiga de Dios, sujeta a la servidumbre del pecado y del demonio; pero Dios, en el momento mismo en que creó su alma, la pre-

servó de toda mancha; al hacer una excepción con su madre, Jesús detuvo ante ella el torrente de iniquidad cuya agua fangosa mancha toda criatura mortal; entró así en la vida sana y pura, resplandeciente de gracia, inmaculada. El beneficio que Dios concede a cada uno de nosotros en el día del santo bautismo, lo concedió a María en el momento mismo de su concepción. Nosotros quedamos sometidos por más o menos tiempo al imperio del pecado según el cuidado o la negligencia que pongan nuestros padres en hacernos bautizar; María fué sustraída enteramente a dicho imperio, porque el acto mismo que la creaba, la creaba pura y libre; esto no fué, como para nosotros, una purificación después del nacimiento, ni, como para Juan Bautista, una purificación precedente al nacimiento, sino que fué una preservación pura y simple, una exención completa, una concepción sin la aparición del pecado original, una concepción inmaculada.

Este privilegio es único; fué concedido únicamente a la Santísima Virgen. San Juan Bautista fué también objeto de un favor especial de la bondad divina, por cuanto, antes de su nacimiento, fué *purificado* del pecado original en el vientre de su madre; pero este privilegio no puede compararse con el de María. San Juan fué *purificado,* purificado antes que los otros hombres por una intervención más pronta de la gracia, verdad es; pero purificado porque ya había sido manchado; en cambio, María fué *preservada,* esto es, jamás el soplo impuro del demonio tocó su alma virginal.

Este privilegio único fué concedido a María en virtud de los méritos de Cristo Jesús, por cuanto debía ser la madre de Dios.

María Antonieta, acusada por el tribunal revolucionario de crímenes relacionados con su hijo, no discutió; volviéndose a la concurrencia, lanzó este grito sublime: "Apelo a todas las madres." Señores, Jesucristo podía hacer a su madre tan bella y tan pura como quisiera; a los que pregunten por qué la inmaculada concepción, responderé: "Apelo a todos los hijos."

María es inmaculada, es decir, Dios preservó su alma, desde el primer instante de su concepción, del contagio del pecado original. He ahí el privilegio de María, que estaba reservado a Pío IX definir y proponer al mundo como un dogma de nuestra fe. Desde 1847, el nuevo papa, a petición de gran número de obispos, puso en estudio la definición de este dogma, y, a tal fin, instituyó un comité de veinte prelados y teólogos. El 2 de Febrero de 1849, publicada en Gaeta la célebre encíclica *Ubi primum* y ordenaba una investigación "por la cual—escribe Mons. Baunard,—como inclinado sobre el corazón de la catolicidad, parecía auscultar sus latidos a fin de hacer brotar de él un grito, un grito de fe y de amor, que no necesitase más que traducirse para dar al dogma su fórmula, a María su más puro homenaje, y al pueblo cristiano su mejor prueba de perdón y salvación." Finalmente, en 8 de Diciembre de 1854, en presencia de 200 obispos y de una multitud incontable de fieles reunidos en la Basílica Vaticana, cantado el Evangelio en griego y en latín, en el seno del más profundo silencio, leyó Pío IX el Decreto que definía la *Inmaculada Concepción.* Prodújose en todo el mundo cristiano un movimiento imponderable de entusiasmo sagrado y un cántico unánime de acción de gracias; y entre los enemigos de la Iglesia, una nueva explosión de sarcasmo y burlas estúpidas, de objeciones tan necias como anticuadas, que revelaban un profundo desconocimiento del privilegio de María, o una ignorancia absoluta de los sentimientos que todas las edades cristianas le habían consagrado.

Hemos explicado el privilegio de María Inmaculada; justifiquemos ahora la definición del dogma:

II. El dogma de la Inmaculada Concepción.

Al día siguiente de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, gritaron en todos los tonos que se había introducido un cambio en la enseñanza de la Iglesia, una novedad en la doctrina de Cristo; la objeción era vieja, la acusación falsa.

La objeción era vieja, tan vieja, señores, que mil quinientos años antes, un santo anciano, Vicente de Leríns, hubo ya de combatirla, y para resolverla, nos basta abrir una de sus obras.

He aquí lo que responde San Vicente de Leríns a los que acusan a la Iglesia del cambio de dogmas: "No, los dogmas no pueden *cambiar,* pero pueden *progresar.* Cambiar y progresar no son en modo alguno la misma cosa; cambiar es convertirse en otra cosa distinta de lo que uno era; progresar es desarrollarse permaneciendo el mismo."

He ahí, señores, una distinción de buen sentido. Ved un hombre de cuarenta años; comparadlo con lo que era a la edad de cinco años. ¿Diréis que es un hombre nuevo? Evidentemente que no. ¿Por qué? Porque, en realidad, no ha habido cambio de persona, sino desarrollo, progreso, pues continúa siendo siempre el mismo ser. Pues bien, esto ocurre con los dogmas que la Iglesia proclama sucesivamente en el curso de los siglos: no los inventa, no los crea totalmente, comprueba que están contenidos en su enseñanza, que proceden de la doctrina de Jesús y de la tradición; los precisa, los pone fuera de discusión, fuera de debate; he ahí lo que hace siempre la Iglesia, he ahí lo que hizo en particular con el dogma de la Inmaculada Concepción.

En efecto, la creencia en la Inmaculada Concepción no es nueva.

En el exordio de su primer *Sermón sobre la Concepción de la Santísima Virgen,* hizo Bossuet esta preciosa observación: "Hay ciertas proposiciones extrañas y difíciles que, para persuadir acerca de ellas, exigen que se empleen todos los esfuerzos del razonamiento y todas las invenciones de la retórica. Por lo contrario, hay otras que envían, desde el primer momento, cierto destello a las almas que hace que con frecuencia las amemos antes de conocerlas. Semejantes proposiciones no tienen necesidad de pruebas. Basta quitar tan sólo los obstáculos, y desarmar las objeciones, para que el espíritu las acepte por sí mismo con movimiento voluntario. Coloco en esta categoría la que hoy acabo de sentar. Decidme, cristianos: ¿quién no creerá que la Concepción de la Madre de Dios tuvo cierto privilegio extraordinario, que su Hijo todopoderoso quiso preservarla de esa pérdida común que corrompe todas nuestras facultades, que echa a perder hasta el fondo de nuestra alma, que lleva la muerte aun a las fuentes de nuestra vida? ¿Quién no daría de buen grado su consentimiento a una opinión tan plausible?"

Nada tan verdadero como estas observaciones, ni nada mejor confirmado por los hechos. Escuchad estos testimonios. San Andrés, hermano de San Pedro, pronunció, según la tradición, estas palabras: "Habiendo sido creado el primer hombre de una tierra sin tacha, era necesario que el hombre perfecto, el Hijo de Dios, naciese de una Virgen Inmaculada." Y San Efrén escribe: "Sólo María comparte con Eva el privilegio de la inocencia original."

San Agustín, al rechazar en nombre de la fe cristiana la impecabilidad absoluta que ciertos herejes atribuían a los santos, proclama: "Cuando se trata de pecado, jamás debe pronunciarse el nombre de María; es la única excepción."

El venerable Oger, abad cisterciense, casi contemporáneo de San Bernardo, afirma: "No hay nadie, ni grande ni pequeño, entre los hijos de los hombres, cualesquiera que sean la alteza de su santidad y la sublimidad de su gracia, que no haya sido concebido en pecado, a excepción de la Madre del Inmaculado, el cual, en vez de cometer el pecado, borra los pecados del mundo. Así, cuando se trata de pecado, no admito controversia alguna, ni contestación de ninguna especie con respecto a esta divina Madre."

He ahí, para llegar de un salto a los tiempos actuales, que 600 arzobispos y obispos responden a la consulta de Pío IX; solamente 4 muestran su oposición, no al dogma en sí mismo, sino a la oportunidad de su definición; pero todos, sin faltar uno, atestiguan que su pueblo cristiano cree en la Concepción de la Inmaculada de María, y cree en ella en virtud de testimonio nunca interrumpido de los antepasados. Ya lo veis, señores, ese dogma nuevamente proclamado es tan antiguo como el cristianismo; esa flor que la Iglesia acaba de unir a la corona de María, se abrió en un árbol que hunde sus raíces en la tierra regada con la sangre de los primeros mártires. No, la Iglesia del siglo XIX nada cambió de la doctrina cristiana; no, Pío IX no inventó un nuevo dogma, sino que precisó y proclamó una verdad que todos los Padres y autores eclesiásticos habían entrevisto y más o menos discernido. La justificación de este dogma está en la creencia de los siglos pasados.

Unamos, señores, nuestra voz a la de todos los santos,

a la de todos los doctores, a la de todos los grandes cristianos, y proclamemos a María Inmaculada.

Hagamos más, señores, roguémosle. En uno de sus discursos, refiere Mons. Mermillod que, en una jornada memorable de 1849, Pío IX, expulsado de Roma, refugiado en Gaeta, contemplaba desde una azotea las olas cambiantes del Mediterráneo, pensando en la tempestad que acababa de asaltar a la barquilla de Pedro. Estaba a su lado el cardenal Lambruschini. El veterano de las luchas de la Iglesia, comprendiendo la tristeza del Pontífice, tomó la palabra y le dijo: "Santísimo Padre, Vuestra Santidad solamente salvará al mundo proclamando el dogma de la Inmaculada Concepción. Esta definición doctrinal restablecerá el sentido de las verdades cristianas y apartará los espíritus de las vías del naturalismo, en las cuales se extravía." El Papa, señores, trajo la luz a nuestras almas; a nosotros nos toca conformar con nuestra fe nuestra conducta.

La barca de Pedro está más amenazada que nunca, y, con ella, más que nunca amenazadas nuestras almas. Invoquemos a María; "Madre de Dios para obtenerlo todo, es madre de los hombres para concederlo todo," decía Bossuet, y, con voz unánime, repitamos la plegaria aprendida en otro tiempo de los labios de nuestras madres naturales: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte."

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEXTA

El primer anuncio del Redentor

SEÑORES:

Todo hombre tiene su génesis; todo hombre, remontándose más o menos lejos en lo pasado, puede saludar en él a sus abuelos. Pero, consultando su historia, no se encuentra en ella de otro modo que en las gotas de una sangre fértil que sigue su pendiente sin saber a dónde va. Ninguno de nosotros fué esperado, deseado, amado, no diré desde el origen del mundo, pero ni siquiera desde un siglo antes de su nacimiento.

Pero hay un hombre, un hombre solo, que tuvo este privilegio; hay un hombre que preexistió durante cuarenta siglos, y que, antes de nacer, vivía ya en el pensamiento y en el corazón de los pueblos. Tal es el Redentor, tal es Jesucristo, cuya primera aparición sobre las ruinas del mundo degenerado, vamos a saludar en el día de hoy. Señores, no se trata de una historia vulgar, sino de una historia excepcional, única; y, notémoslo, de una histo-

ria que os interesa de cerca y os toca en lo más íntimo de vuestra personalidad. Si os hablase de los grandes hombres de la antigüedad, de Ciro, de Alejandro, de César y otros devastadores de imperios, de Sócrates, de Platón, de Cicerón y otros filósofos más o menos famosos; si intentara resucitar ante vuestros ojos esas fisonomías notables, podría interesaros e instruiros, pero, en el fondo, os dejaría frios e indiferentes. Porque, ¿qué os importa que Alejandro obtuviese tales victorias, o que Cicerón pronunciase tales discursos? ¿Qué influencia puede tener esto sobre la dirección de vuestras ideas, de vuestros proyectos, de vuestros afectos, de vuestras determinaciones? ¿Qué efecto puede producir en vuestra vida presente como en la de lo por venir? Pero, si os hablo de Jesucristo, de su preexistencia en lo pasado, de su historia y de su reinado dieciocho veces secular, evoca ante vosotros una figura que no os es indiferente, una figura que os mira y os dice: "Mira; soy tu redentor y seré tu juez. Soy el camino, la verdad y la vida. El que no ahorra conmigo, disipa, y el que no está conmigo, está contra mí. Si alguien se avergüenza de mí ante los hombres, yo me avergonzaré de él ante mi Padre celestial." Ya veis el interés mayor que hay en conocer este personaje único, a fin de que, conociéndole, le escuchemos, y, escuchándole, le sigamos por los caminos por los cuales quiere conducirnos. Atención, señores.

I. En la cuna del mundo, aparece el Redentor.

Acababa Adán de pecar, cuando vió marchitarse el hechizo de que Dios había revestido la naturaleza desde el primer día. Ya no llegaba el aire a su pecho tan

suave y tan puro como antes. Ya no llegaban, como jugando, los animales a reconocer su imperio, y empezaban a llenar las soledades del Edén con sus salvajes rugidos. El mismo hallábase perturbado. Las luminosas visiones que antes le embelesaban, se habían desvanecido, y en vez del virginal amor que llenaba su corazón, empezaban a agitarle las pasiones con sus vergonzosos embelesos. Su mismo cuerpo estaba ajado, y en su frente descolorida, en sus ojos húmedos por el llanto, podían leerse los estragos del pecado. Ruinas dentro y ruinas fuera. Jamás monarca alguno destronado vió con tanta angustia desmoronarse a sus pies los despojos de su grandeza.

¿Qué hará el Señor en medio de semejante infortunio? ¿Se retirará al cielo y dejará al hombre aniquilado en la tierra? No. El amor de Dios está desolado, si puedo hablar así, y sobre las ruinas del mundo caído, decreta la Encarnación. Ante los ojos del hombre pecador, hace resplandecer, como un rayo de consuelo, la frente del Redentor. Anuncia al demonio que, en adelante, queda entablada una lucha entre él y el hombre; que, en esta lucha, intervendrán un día una mujer y su hijo, y que, en un clamoroso triunfo, esta mujer y su hijo quebrantarán su cabeza. "Enemistades pondré entre ti y la mujer, y ésta quebrantará tu cabeza." He ahí, señores, el primer anuncio, vago, si se quiere, pero cierto ya e incontestable, de la redención futura. Un día nacerá de la mujer un hijo que aplastará la cabeza de la serpiente.

Adán lleva consigo esta promesa al salir del Paraíso terrenal, y toda su posteridad se consuela pensando que un día tendrá un Redentor, que descenderá de Adán y Eva, y será fruto bendito de la mujer. Este oráculo depositado en la cuna del género humano, es transportado a *Egipto,* en donde la mujer esperaba tomar el nombre o Isis; a *Grecia,* donde lleva el nombre de Io; a las *Indias,* en donde se llama Adita, es decir intacta; a las *Galias,* en donde su condición de origen es reverenciada por los druidas, y comprobada por inscripciones que parecen bíblicas, como aquella cerca de la cual se asienta la catedral de Chartres: *Virgini pariturœ!* La gran promesa que resonó en el origen del mundo, dejó ecos débiles, pero ciertos, en la historia de los pueblos.

Apenas hay necesidad de nombrar la mujer que debía quebrantar la cabeza de la serpiente. En la historia de Eva, nuestra primera madre, vemos dibujarse la figura virginal de María, la madre divina del Redentor. Admirad desde ahora, señores, la perfecta correspondencia entre la caída y la reparación. Bossuet se encargará de mostrárosla. Dice así:

"Un ángel de tinieblas interviene en nuestra caída. Dios predestina un ángel de luz que debía intervenir en nuestra reparación.

"El ángel de tinieblas habla a Eva, todavía virgen; el ángel de luz habla a María, que lo será siempre.

"Eva escucha al tentador, y le obedece; María escucha también al ángel de la salvación, y le obedece.

"La pérdida del género humano, que debía consumarse en Adán, comienza por Eva, y María comienza también nuestra liberación; en ésta tiene ella la misma parte que tuvo Eva en nuestra desgracia, como Jesucristo tiene la misma parte que tuvo Adán en nuestra pérdida.

"Todo lo que nos perdió se convierte en mejor; veo aparecer un nuevo Adán, una nueva Eva, un nuevo ángel.

"Hay también un nuevo árbol, el de la cruz, y un nuevo fruto en ese árbol, que destruirá todo el mal causado por el fruto prohibido.

"El orden de nuestra reparación queda trazado en el de nuestra caída, y todo lo que fué empleado en nuestra ruina, por un cambio admirable de la divina misericordia, se torna en nuestro favor."

Ya lo veis, señores; cuando digo que el Redentor fué anunciado cuatro mil años antes de su nacimiento, no digo ninguna exageración. No salgo de la verdad de la historia.

Pero, llegado aquí, quizás se dibuje en vuestro espíritu una objeción, o por lo menos un punto interrogante.

II. ¿Por qué esta larga espera de cuatro mil años?

1.° En primer lugar, *Dios lo quiso* así. Siempre libre de sus dones, lo fué particularmente en el mayor de todos. Por otra parte, tal es el método divino. El hombre se apresura. Dios no se apresura. Siembra un grano, pero se necesitarán cien años para que se convierta en una encina; sienta un principio, y ordena al tiempo que no deje salir sino poco a poco las consecuencias que entraña. Os parece que la redención debió seguir inmediatamente a la falta, y, en efecto, Dios la promete a Adán, y Adán se imagina que la verá antes de morir. Pero no fué así. Abraham recibirá de nuevo la seguridad de ella, y se estremecerá creyendo que su día ha llegado. David saludará su advenimiento, y extenderá, por decirlo así, sus brazos, para estrechar al que será a la vez su hijo y su Dios... Así es como se llegará a Jesucristo por períodos sucesivos.

¿Por qué?

2.° Para que el mundo sepa bien, y no lo olvide jamás, la necesidad que tiene de un Redentor. Dios dejó

que se desenvolvieran durante cuatro mil años los lamentables efectos del pecado original, a fin de enseñar a todas las generaciones aquello en lo cual se convertirían sin la intervención y la influencia de Jesucristo, que todo lo ha reparado. Señores, si un pueblo, si un país, si nuestra patria cristiana se viera alguna vez tentada de traicionar a Jesucristo, o de prohibirlo cobardemente, que mire en torno suyo y en la historia aquello en lo cual se convierten las naciones que no le han conocido. Sabéis cómo los espartanos educaban a sus hijos; inspirábanles el horror a la intemperancia y a la embriaguez mostrándoles el horrible espectáculo de los ilotas embrutecidos por el exceso de las bebidas. Así, a la vista del mundo pagano y de sus ignominias cuarenta veces seculares, comprende el mundo cristiano que todo se lo debe a Jesucristo, y de nuestro corazón brota el agradecimiento a Dios que nos ha salvado.

3.° ¿Quiere esto decir, señores, que todos los hombres que murieron antes de la venida del Redentor quedaron irremisiblemente perdidos? En manera alguna. Todos los justos, ya judíos, ya paganos, que observaron la ley natural, y conservaron la fe y la esperanza en el Redentor futuro, fueron, por decirlo así, cristianos de la víspera, como nosotros lo somos del día siguiente. Nosotros creemos en Jesucristo venido, y ellos creían en Jesucristo venidero, y quedaron justificados por su sangre derramada aún. ¡Admirable virtud la de la sangre reparadora, pues no solamente circula después de la cruz, sino que se remonta hasta Adán! Esto hizo decir a San Juan que el Cordero había sido inmolado desde el origen del mundo, es decir, que Dios que, desde lo alto de su eternidad, domina todas las diferencias de los tiempos, considerábale desde enton-

ces como inmolado, y hacía ya a los hombres la aplicación de sus méritos.

Antes de entrar en el estudio de los cuarenta siglos que precedieron a la Redención, era util exponer estas nociones preliminares.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEPTIMA

El Redentor profetizado

SEÑORES:

Jesucristo es ilustre. Todo el mundo conviene en ello, aun los que lo detestan, desprecian e injurian, porque se consideran aplastados por el peso de su colosal reputación. Jesucristo es ilustre, y, cosa extraña, en tanto que para los grandes personajes históricos, la fama no empieza más que durante su vida, para desvanecerse después de su muerte, Jesucristo es ilustre aun antes de su nacimiento. Cuando aparecía, hace ya diecinueve siglos, en Belén, en Nazaret, en Jerusalén, hacía ya mucho tiempo que todos los valles de lo pasado se comunicaban mutuamente, en ecos armoniosos no interrumpidos, la continuación de su historia y la fama de su nombre. Notad esto, señores; Jesucristo no fué introducido inopinadamente en el movimiento de las cosas humanas. Este gran árbol tiene raíces en lo pasado, este sol tiene una aurora, esta

existencia única tiene gérmenes depositados desde el principio, por mano divina, en el seno del género humano. He ahí el dramático espectáculo que voy a exponer ante vuestros ojos.

En primer lugar, es preciso que sepáis que Dios, con su dedo soberano, escribe la historia de lo por venir con infinitamente más seguridad que nosotros, pobres mortales, escribimos la historia de lo pasado. Ahora bien, ese Dios infalible e infinito en sabiduría, escogió hombres llamados profetas, y, abriéndoles la boca, puso en sus labios el glorioso anuncio de su Hijo. Configurados a la omnisciencia divina, de pie sobre cimas misteriosas, desde las cuales abarcaban todas las épocas, pudieron decir los profetas con más decisión y verdad que el poeta Schiller: "No soy el ciudadano del día que pasa, sino el ciudadano de los siglos venideros." Desde lejos vieron a Jesucristo; saludáronle, describiéronle, cantáronle. Escuchad, señores, pues vale la pena, escuchad los acentos que se elevan de los profundos valles de lo pasado, y que, muchos siglos antes, muestran a los más lejanos horizontes de lo por venir la majestuosa figura del Redentor.

1.° El padre del género humano, desde el momento de su caída, recibió la promesa de un libertador y la transmitió a sus hijos. Luego, vemos que esta promesa salta de generación en generación hasta *Abraham,* quien, separado del resto de los pueblos, sabe que lleva en su seno el germen del Mesías; hasta *Jacob,* quien, en su lecho de muerte, visitado por la luz profética, saluda al futuro Redentor en la tribu de Judá, el más grande de sus hijos; hasta *Moisés,* quien mira lo por venir, no para recrearse por adelantado con el vano espectáculo de los honores que acompañarían a su memoria, sino para contemplar y saludar en él la imagen de un legislador más grande que él, y para recomendar a su pueblo la obediencia: "El Señor, vuestro Dios, suscitará en vuestra nación y de entre vuestros hermanos otro profeta más grande que yo; a El deberéis escuchar." Después de Moisés, reposa el Espíritu divino, y apagadas las agitaciones del pueblo judío, *David* reúne las tribus bajo su cetro y da origen a una estirpe real. Canta David, acompañándose con su arpa, los himnos incomparables que, hace ya tres mil años, no se cansa jamás de repetir el hombre, y que preludian en la tierra las eternales armonías del cielo. Un santo estremecimiento conmueve las cuerdas de su lira. Canta a Dios en sus perfecciones y en la magnificencia de sus obras, en las maravillas de su providencia y en las riquezas de su misericordia, en los rigores de su justicia y en las suavidades de su amor. Canta al hombre en su bajeza y en su elevación, en su pequeñez y en su gloria, en su ruina y en su restauración, en su vida de un día y en sus esperanzas inmortales. Y canta sobre todo al Mediador entre Dios y el hombre, su pasión y su muerte, su resurrección y su triunfo, su imperio, en fin, entre las naciones, y su realeza, siempre combatida y siempre victoriosa. Leed los Salmos, señores, pues no solamente son una filosofía de primer orden y una poesia deslumbradora, sino algo más y mejor que todo esto, una explosión maravillosa del espíritu profético. La figura del Redentor se dibuja en ellos con esplendor incomparable.

2.° Después de David, sucédense sin interrupción los profetas y acaban el retrato empezado. Diríase que escriben por anticipado el Evangelio, de tal modo refieren con exactitud la historia del Mesías futuro. Ce-

lebra éste su generación eterna, aquél su nacimiento del seno de una virgen. *Miqueas* indica el lugar de su nacimiento; *Isaías,* en una poesía triste como un sollozo, refiere una por una las escenas de su pasión. Ningún motivo, ningún detalle, ningún resultado de ese drama sangriento fué ignorado de los siglos que lo prepararon, de tal suerte que todo judío piadoso e instruído en las sagradas letras podía seguir su calvario, antes que la cruz levantada de tierra ante la faz de las naciones sustentase en sus brazos benditos el fruto de nuestra salvación. La vida y la muerte del Redentor fueron profetizadas. *David* fija la fecha de su advenimiento. *Ageo* consuela, a la vuelta de su cautividad, a los ancianos de Israel, que lloran comparando el nuevo templo al que habían contemplado en su juventud; anúnciales que muy pronto los pies del Mesías pisarán su pavimento y le asegurarán así una gloria más envidiable que la del templo radiante de oro de Salomón. Finalmente, *Malaquías* tiende todavía más lejos su mirada, y ve altares que se erigen en todos los puntos del universo, una hostia sin mancha, que es inmolada del oriente al ocaso, y el pontífice de este nuevo sacrificio, que se adelanta, y, como un hombre suspenso y conmovido, cae de rodillas y exclama: "¡He ahí que viene!" *¡Ecce venit, dicit Dominus exercituum!"*

Cuatrocientos años habían de transcurrir aún desde Malaquías hasta el nacimiento del precursor, y durante esos cuatrocientos años, las voces inspiradas enmudecen. Dios acaba, mucho antes de la hora del advenimiento, el retrato anticipado del Mesías, a fin de que quedase bien probado que las profecías eran anteriores a su cumplimiento, y para que el mundo, por respeto a la majestad del Hijo de Dios, se recogiese en respetuosa expectación, y los judíos, difundidos por todas

las partes del mundo, tuviesen tiempo de sembrar en él sus esperanzas. Señores, admirad conmigo este testimonio ilustre de la profecía que brota de lo pasado sobre la figura de Jesucristo.

3.º De Adán a Malaquías, ¡qué cadena tan potente y no interrumpida, qué *magnífico conjunto!* Nada de precipitación, nada de repentino en los oráculos que preparan la llegada del Deseado de las naciones. Se despliegan majestuosamente en una escala de más de cuarenta siglos; y no es un sólo pintor el que traza el retrato del Redentor, sino una multitud, de todas condiciones, de todas las edades, a fin de que la idea de un concierto, de un acuerdo, no sea posible en modo alguno. Adán, a las puertas del Paraíso terrenal; Abraham, Isaac, Jacob, bajo la tienda de los patriarcas; Moisés, en el desierto; David, en el trono; Daniel, en el destierro; Jeremías, en las ruinas de Jerusalén; Ecequiel, Baruch, Amós, en medio de las naciones idólatras; Malaquías, frente a los obreros que construyen el templo; todos con los ojos fijos en el mismo personaje le contemplan, lo cantan, lo pintan y exclaman: Jesucristo... Jesucristo...

Testigo de este espectáculo, no salía Pascal de su asombro y admiración: "Si un solo hombre lo hubiera predicho—escribía,—tendría ya una fuerza infinita. Pero es una sucesión de hombres durante cuatro mil años que, constantemente y sin variación, predicen, uno después de otro, su advenimiento. Es un pueblo entero que lo anuncia y que subsiste para tributarle este homenaje." Termino, señores, mi pensamiento con una comparación. La pálida y temblorosa luz de un cirio ilumina muy mal las profundidades de una basílica, pero cuando millares de manos piadosas encienden a la

vez lo que la Iglesia llama la casta obra de las abejas, el templo, lleno de esplendor, nos revela todas las misteriosas bellezas de su arquitectura; tal es la historia del cristianismo iluminada por el haz resplandeciente de los oráculos mesiánicos.

4.º Los profetas anunciaron todo lo referente a Jesucristo, y la historia ha respondido con fidelidad al llamamiento de la profecía. La crítica descreída dirá lo que le parezca, pero este acuerdo es verdaderamente singular, y me parece que, si yo tuviera la desgracia de ser incrédulo, me daría mucho que pensar. Sabéis lo que Jesucristo les decía a los judíos. "Escudriñad las Escrituras... Ellas dan testimonio de mí." Pues bien, lo mismo digo yo a los incrédulos: "Interrogad al Antiguo Testamento, y comparad lo que anuncia con lo que leéis en el Evangelio: la concordancia con la profecía es perfecta. ¿Cómo os explicáis esta concordancia, esta armonía entre los oráculos y su cumplimiento? Los *unos* responden: "El azar es el que ha hecho eso." Pero confesaréis de buen grado, señores, que semejante respuesta carece de seriedad. El azar no es más que una palabra, por lo que es en verdad rídiculo atribuirle la dirección de la historia y la adaptación exacta de lo presente a lo pasado. *Otros* incrédulos salen del paso diciendo que Jesucristo conocía las profecías, que las había estudiado a fondo, y que ordenó su vida de conformidad con ellas. "¡Incrédulos, los más crédulos!" —exclama Pascal. En efecto, ¡es muy cómodo ordenar su vida y calcarla sobre las profecías claras y precisas! ¡Es muy cómodo elegir su país, su madre, su cuna, y aun la fecha de su nacimiento! ¡Es muy cómodo encontrar al final de su vida un Judas, que venda por treinta dineros, y se ahorque al punto por respeto a la

profecía! ¡Es muy cómodo tener a mano un Pilatos que le condene, un Herodes que le vista exactamente como lo habían anunciado los profetas! Y porque uno de ellos predijo látigos, salivazos y clavos, ¡es muy cómodo ordenar la muerte de tal manera que no se pierda una bofetada y se recojan todas las afrentas! Y cuando se ha muerto, y, antes de morir, se ha tenido el cuidado de hacer signos a los soldados para que echen suertes sobre las vestiduras, ¡es muy cómodo resucitar porque lo dijeron los profetas, y ser el Dios eterno de los siglos para no dejar mentir a los profetas!

¡Oh Dios mío, Dios de toda luz, Dios de los videntes y de los profetas! Vos, que purificasteis los labios de Isaías con un carbón encendido, tocad nuestros ojos, a fin de que vean la vanidad de toda la ciencia que se levanta contra Vos, y que de nuestros corazones agradecidos broten himnos de adoración, de gratitud y de amor.

Conclusión.—No hay la menor duda, señores. Durante cuatro mil años, fué profetizado y esperado el Redentor. Fué profetizado y esperado a las puertas del Edén y bajo las tiendas de Caldea, en las moradas de Egipto y a los pies del Sinaí, en Jerusalén y en Babilonia, en los dolores del destierro y en las alegrías del regreso.

Esperadle en el género humano, en la posterioridad de Sem, en la raza de Abraham, en la tribu de Judá, en la familia de David; todo esto fué predicho.

Esperadle en la hora en que el cetro salga de la casa de Judá; fué Jacob quien dió esta señal mil setecientos años antes del nacimiento del Redentor.

Esperadle en el segundo templo; Ageo fué quien lo reconoció allí quinientos años antes de su entrada.

Esperad su muerte el año 33 de nuestra era; Daniel fija la fecha quinientos setenta años antes de este acontecimiento.

Así, fué determinado el estado político de Judea, nombrada la familia del Mesías, señalada su presencia en el segundo templo, fijada la fecha de su muerte. ¡Qué concierto! ¡Ah, podemos sin temor cantar nuestro *Credo!* Cuarenta siglos nos dan su preludio, y en su lejana tumba, todos los profetas se levantan para saludar con nosotros al Hijo único de Dios, Jesucristo, nuestro amadísimo Redentor.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCTAVA

El Redentor figurado

SEÑORES:

No ignoráis que se ha suprimido del programa de enseñanza el estudio de la Historia Sagrada, del Antiguo Testamento, de suerte que hoy tropezáis con jovencitos de doce años y con bachilleres de dieciocho que saben bien o mal la historia de Ciro, de Alejandro, de César, de Meroveo, pero ignoran totalmente los hechos de Abraham, de Moisés, de David, de Salomón. Desde el punto de vista puramente científico, es esto una desdicha, porque os desafío a que comprendáis bien la historia moderna si no la estudiáis en sus raíces más auténticas y profundas. Mirad, hay una cuestión que, hace ya algunos años, apasiona los ánimos: la cuestión judía. ¿Es que el pueblo judío, que hace diecinueve siglos atraviesa el mundo con la marca del rayo en la frente y con miles de millones en las manos, no os parece asombroso? ¿Es que esa perpetui-

dad de un pueblo, siempre disperso y siempre sobreviviente, no es un problema que pide explicación? Pues bien, ¿cómo comprenderéis lo que es el pueblo judío en lo presente, si no sabéis lo que fué en lo pasado?

Recordemos esta mañana un poco de historia sagrada. Señores, no convenía que la sublime misión del Redentor fuera inaugurada por sorpresa. Cuando los reyes de la tierra hacen marchar ante ellos correos y heraldos, que se adelantan al majestuoso cortejo, el Rey del Cielo, Jesucristo, no podía presentarse sino después de haber advertido al mundo su venida. Envió, pues, delante de él un cortejo en el cual no pueden soñar las majestades de la tierra. Envió los profetas encargados de anunciar su advenimiento. Pero esto no era suficiente, y así, envió todo un pueblo, y en ese pueblo, una grave procesión de ilustres personajes encargados de figurar la incomparable grandeza de Aquel que venía tras sus pasos. Como el sol de la naturaleza es precedido de una aurora sonriente, cuya púrpura colora las nubes del cielo y las crestas de las montañas, el Sol de la Gracia, Jesucristo, fué precedido del pueblo judío, cuya historia es un reflejo anticipado del Redentor futuro. Estudiemos esto, señores; esto nada tiene de fantástico; es la realidad, es lo pasado iluminando lo presente, es la cuestión judía considerada según su aspecto y en la claridad más intensa.

1.º Desde el punto de vista nacional, el pueblo judío no merece el desprecio. De nuestros estudios literarios, casi exclusivamente paganos, sacamos, con un mediano conocimiento del pueblo judío, una débil estimación para él. Reservamos toda nuestra admiración y todas nuestras alabanzas para la Grecia docta y elegante, para Roma, patria de la fuerza disciplinada y del genio político, y nos parece que aquel pequeño pueblo perdido en medio de los grandes imperios de Oriente, y como envuelto en el glorioso polvo que levantan en torno de ellos, no merece más que un cuarto de hora de atención. Luego, en nuestro espíritu, el judío perjudica al israelita, y la maldición dieciocho veces secular que pesa sobre el judío, nos hace olvidar las glorias del antiguo Israel.

A pesar de esto, nos engañamos, y nos engañamos mucho. Aun considerando las cosas por el lado humano, Israel puede sostener sin desventaja la comparación con las razas más altivas de la antigüedad. ¿Quién fué más gran legislador que Moisés? ¿Quién fué más sencillo en la grandeza que los Jueces? ¿Quién fué más paciente y magnánimo que David? ¿Quién fué más sabio que Salomón? ¿Quién fué más piadoso que Ecequías? ¿Quién fué más santo que los profetas y más amado que ellos por su aliento poético? ¿Quién fué más valiente que los Macabeos? Ciertamente, Moisés, David, Zorobabel, Isaías, Jeremías, sostienen muy bien la comparación con Solón, Licurgo, César, Píndaro y Horacio.

Se elogia a toda hora el patriotismo de los griegos y de los romanos, patriotismo, dicho sea de pasada, áspero y feroz, sin entrañas, considerando como enemigo a todo extranjero; se elogian muy alto los nombres de Horacio Cocles, Muscio Scévola, Régulo, Pero ¿es que los nombres de Josué, de Judit, del anciano Eleazar, no son coronados de una aureola más pura y más resplandeciente? ¿Es que ese puñado de israelitas, guardando durante mil quinientos años, con la perseverancia de un patriotismo indomable, y defendiendo, con una valentía que nada pudo abatir, el rincón de tierra que Dios le asignó, no ofrece un espectáculo conmove-

dor y heroico entre todos? ¿Por ventura apareció jamás bajo el sol de la historia una raza más magnánima que la de los Macabeos, riñendo combates gigantescos para salvar la patria y la religión, y cuyo nombre se convirtió para los pueblos oprimidos por otros más fuertes, en sinómino de valor y de derecho? Desde el punto de vista simplemente humano y nacional, el pueblo judío es el más admirable de los pueblos antiguos.

2.º Desde el punto de vista religioso, es muy diferente. Recordáis la escena del diluvio y del arca. En aquel entonces, el cielo estaba obscuro, grandes nubes lívidas sombreaban la tierra, y las aguas lo habían engullido todo. Dios dijo a Noé, segundo padre del género humano: "He aquí que la tierra está llena de iniquidades. Entra en el arca, y lleva contigo todo lo necesario para conservar y renovar el género humano." Y a medida que los vientos aumentaban en violencia, y crecían más las olas, el arca flotaba por encima de ellas. Las aguas se rompían en espuma sobre los flancos, y la tempestad se cernía sobre la cubierta. El arca subía siempre, tranquila, serena, llevando dentro de ella al linaje humano, la semilla de lo por venir, hasta el día en que el mundo, mejorado por el inmenso cataclismo, levantara de nuevo los altares y mostrara con relación a Dios un corazón más joven y más puro. He ahí la imagen del pueblo judío en la antigüedad. ¡Ah, qué inmenso diluvio de errores y de corrupción cubre al mundo antiguo! El *verdadero Dios* era desconocido en todas partes; los astros lo habían suplantado, los ídolos habían invadido sus altares, y los pueblos más cultos, griegos y romanos, habían caído de rodillas ante las vanas imágenes de las divinidades escandalosas que, para justificarse, inventaron sus pasiones. Volveré sobre este punto; básteme decir hoy que, con la idea de Dios, se habían obscurecido todas las ideas, y que los viejos siglos del paganismo nos ofrecen un espectáculo que espanta la imaginación y aflige el corazón. Pero en ese diluvio universal sobrenada un pueblo, pequeño en apariencia, encerrado en estrechas fronteras, entre el Eufrates y el Líbano, pero grande en realidad, grande por las ideas, grande por su legislación religiosa, moral y civil: tal es el pueblo judío. Contempladle: durante mil cuatrocientos años, en medio de las fluctuaciones del espíritu humano, a pesar de la ola creciente de errores y corrupciones que domina en todas partes, prosigue su marcha uniforme y tranquila, conservando en su majestuosa inmutabilidad las más elevadas y puras ideas sobre Dios, sobre la naturaleza, sobre el hombre, sobre la familia, sobre la sociedad.

Pero no solamente conserva el pueblo judío la verdad, sino que es también depositario de la promesa del Mesías. Pueblo de tradición, conoce lo pasado, la historia del mundo, el origen del mal; y pueblo de expectación, conoce lo por venir, la venida futura del libertador, su tribu, su familia, su naturaleza, su nombre, sus virtudes, sus trabajos, sus dolores, su muerte, su poder, su triunfo, su reino; más de trescientos años antes de que sonara la hora bendita de la Redención, **sabe** el pueblo judío a qué atenerse sobre los siglos futuros. Pueblo conservador, lleva en su alma el tesoro de las verdades primeras, y en sus costados, hasta el día marcado por el dedo de Dios, la carne del Verbo; pueblo precursor, anuncia, precede, prepara, figura a Aquel que ha de venir. He ahí, señores, la nota del pueblo judío, su índole, su signo glorioso en medio de

las edades. Es grande desde el punto de vista nacional y religioso.

Es grande

3.° Desde el punto de vista cristiano. Refleja de antemano la figura de Jesucristo; a la letra, es un pueblo figurativo. Dios lo suscita como un fundamento, como un pedestal, como una reducción, como un ensayo de la obra más grande que ha de llevar a término en el curso del tiempo, como una tela providencialmente preparada, sobre la cual traza las primeras líneas del Redentor futuro. Hace que resplandezca en lo pasado como una elocuente y profética imagen de lo por venir. Del mismo modo que un pintor que, habiendo visto fulgurar en sus sueños una figura arrobadora, procura, con imperfectos esbozos, reproducir de ella ora un rasgo, ora un boceto, hasta que, por fin, seguro de sí mismo y movido por la inspiración, la fija en la tela en su total y luminosa belleza, así Dios, antes de presentar al mundo esa sublime obra maestra que se llama Jesucristo, quiso trazar un primer dibujo de ella en los personajes ilustres y en la vida religiosa del antiguo Israel. Todo es figura en la historia hebrea. El justo *Abel*, primera víctima del odio celoso de su hermano, es Jesucristo, el gran Justo inmolado por sus hermanos los judíos, porque Dios puso en él todas sus complacencias. *Noé*, constructor del arca, salvador del género humano, es Jesucristo, fundador de la Iglesia, abierta a todos los que quieren escapar del diluvio de iniquidades que sumerge al mundo. *Melquisedech*, que aparece en las lejanías de la historia, sin padre, sin madre, sin abuelos, teniendo en sus manos el pan y el vino del sacrificio, es Jesucristo, el sacerdote eterno, cuya ge-

neración se pierde en el seno de Dios, que sustituye las hostias sangrientas con pan y vino misteriosos, transformados en su carne y en su sangre. *Abraham*, padre de una raza innumerable, es Jesucristo, tronco divino de la familia cristiana. *Isaac*, que escala el monte Moria, cargado con la leña del sacrificio, es Jesucristo que sube al Calvario, encorvado bajo el haz de su cruz. *José*, traicionado, vendido por sus hermanos, salvador de un pueblo extraño, es Jesucristo, traicionado y vendido por los hombres, que debían hallar en su sangre su salvación. *Moisés*, salvado de las aguas, legislador de la nación santa, libertador de los hebreos, es Jesucristo, el divino infante, al que una madre virgen preserva de los furores de un rey celoso, el autor de la Nueva Alianza, el libertador del linaje humano, el legislador incomparable e inmortal. *Aarón*, jefe del sacerdocio; *Sansón*, triunfante en la muerte; *David*, elevado de la abyección al esplendor supremo; *Salomón*, rey de la paz, elevando a Dios el único templo en que quería ser adorado; *Jonás*, encerrado tres días en el vientre de la ballena; los *profetas* martirizados a causa del testimonio que de El dieron... todo es Jesucristo anunciado, figurado, esbozado. Jesucristo refleja su rostro sobre el rostro de todos los grandes personajes bíblicos, y la sombra de su fisonomía se cierne sobre las menores ceremonias de la antigua ley. Tras la *serpiente* de bronce, que cura a los que la miran, veo aparecer la cruz. En el *maná*, que desciende del cielo, saludo la divina Eucaristía. El *fuego perpetuo* alimentado noche y día en el altar por los sacerdotes, me representa el amor perpetuo que consume el Corazón de Jesús en nuestros tabernáculos y ante el trono de Dios. Finalmente, ¿qué es lo que veo en el templo de Jerusalén? La sangre de los machos cabríos y de los toros corre por todas par-

tes, inunda el pavimento, enrojece el altar, es asper- geada sobre el pueblo. ¿Qué significa esto? ¿Es que Dios se complace en la carnicería? ¿Es que la sangre de los animales puede lavar las manchas del mundo? Evidentemente que no. Todo esto no es más que una figura. Esto quiere decir que la sangre de un Dios debe correr un día y reconciliar la tierra con el cielo. Y las víctimas que se inmolan, el altar regado con su sangre, el fuego que las consume, la carne que se distribuye al pueblo, es Jesucristo y su cruz, su sangre, su amor, las larguezas que hace de su carne adorable.

Señores, algunos de vosotros han viajado sin duda por países montañosos. Imaginaos que os encontráis sentados sobre una cumbre en medio de una noche profunda. Llega el día; sus primeros resplandores invaden el horizonte, y las cimas y los picos inmensos salen de sus sombras como gigantes de sus tumbas. Luego, de repente, muestra el sol su faz radiante sobre una cima lejana que acaba de escalar. Los rayos lo iluminan todo. Las montañas, las rocas, las nieves perpetuas, los torrentes, la sombría senda, los valles fértiles reciben la luz al mismo tiempo; el más arrobador espectáculo se despliega a nuestros ojos. Señores, he ahí la historia religiosa del pueblo judío. Jesucristo es quien la explica y la ilumina, quien nos revela sus admirables proporciones y sus incomparables bellezas.

Mas al propio tiempo que Jesucristo explica la historia del pueblo judío en la antigüedad, la explica también desde hace dieciocho siglos. Contemplad ese pueblo extraño. Cierto día, en la cumbre del Gólgota, clavando al Redentor en la cruz, exclama: "¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" ¡Oh judío, no en vano has hecho esta petición! Tu deseo se ha cumplido. Tienes en tus manos millones de millones, pero

la sangre de Jesucristo cae sobre ti. Estás marcado con sello más terrible que el de Caín; sobre tu frente, una mano de hierro escribió: *¡Deicida!* Sí, señores, Jesucristo es quien explica las glorias de Israel antiguo y los destinos de la judería moderna.

¡De rodillas ante ese divino Maestro, cuyo trono en lo pasado reposa en un pedestal cuarenta veces secular, y, con los profetas que lo anuncian, con el pueblo que lo prepara y lo figura, cantemos a nuestro amadísimo Redentor!

Así sea.

CONFERENCIA DECIMANONA

El pueblo judío predicando al Redentor

SEÑORES:

"No bastaba—dice Pascal—que hubiese profecías; era preciso también que estas profecías se difundiesen por todo el mundo." Pues bien, ¿quién fué el encargado de la misión de difundir por todo el mundo el anuncio del Redentor? ¿Quién? El pueblo judío. Esparta formaba guerreros; Roma, conquistadores; Cartago, comerciantes y navegantes; pero Jerusalén fué colocada en medio de las naciones como una antorcha para iluminar la figura del Mesías futuro, como un faro sin cesar encendido, que encamina a Jesucristo la marcha incierta del antiguo mundo. Estudiemos esto, señores; recordemos esta mañana, en torno de la cuestión judía, algo de historia y un poco de geografía. Sois hombres serios, y no os importa conceder un cuarto de hora de atención a un estudio tan interesante.

I. Señores, conocemos primeramente la vocación de

un pueblo *por su nacimiento*. Fijaos en Francia: cuando nació, el mundo estaba en pleno desorden, repartido entre las viejas razas romanas, que descendían por la corrupción a la decadencia, y las jóvenes razas bárbaras, que llegaban ardientes, salvajes, con el espíritu lleno de errores, el corazón indómito, lleno de orgullo, y ensangrentadas las manos. En aquellos momentos aparece Francia. Nace en un campo de batalla, como convenía a un soldado; nace de un acto de fe, de una mirada elevada al cielo, como convenía a un apóstol, y con sólo verla salir altiva y creyente de las llanuras de Tolbiac y de la catedral de Reims, podíase, en su origen, presentir sus destinos. Su cuna profetizaba su historia. Contemplo la formación del pueblo judío. Dura *cuatrocientos años, desde Abraham a Moisés,* y durante este período, Dios lo pasea por el mundo.

En la persona de sus tres primeros padres, Abraham, Isaac y Jacob, va sucesivamente de Caldea a Palestina, y de Palestina a Egipto. Aquí, en aquel viejo santuario de las más antiguas tradiciones, hogar naciente de todos los errores, se sienta José en los escalones del trono, y Moisés obliga a los sacerdotes egipcios a conocer el poder de Dios, cuyo enviado y representante es. ¿Quién podrá negar la luz que semejantes hombres debieron proyectar y las verdades que hubieron de dejar en los misterios del antiguo Egipto? Más tarde, estos relámpagos de la verdad ilustraron a los filósofos griegos, y, en nuestros días, descubre la ciencia, bajo el polvo de los jeroglíficos, testimonios irrecusables en favor de la Biblia. El pueblo judío, en formación, viaja de Asia a Africa por espacio de cuatro siglos. Evidentemente, este pueblo no está hecho para la guerra, ni para el comercio, ni para las letras y las artes; tiene una misión más elevada y más extensa: es una antorcha en las manos

divinas; es un misionero y un embajador. Depositario de la promesa del Mesías, debe llevarla a todas partes y hacer que resplandezca en medio de las naciones.

Moisés oyó los gemidos de sus hermanos cautivos en Egipto, y los conduce fuera de aquel país en número de seiscientos mil, sin contar las mujeres, los viejos y los niños. Durante cuarenta años, los pasea por el desierto, en donde los forma para la vida religiosa y política. Muere, y Josué, tomando la dirección del pueblo, llega a la Tierra Prometida, en medio de cien naciones enemigas, fijas en el terreno que ocupan por una larga posesión y una constante prosperidad.

Triunfa de todos, y reparte entre las tribus los despojos de los vencidos. El pueblo judío está formado y queda instalado. Veámosle hundir las raíces de su nacionalidad en el suelo de Palestina.

II. Señores, se reconoce la vocación de un pueblo por *su situación geográfica.* Contemplad a Francia. El griego Estrabón, después de examinarla, lanzó un grito de admiración, y declaró que bastaba verla para creer en la providencia de los dioses y presagiar al pueblo afortunado que la habitara los más espléndidos destinos. Colocada, de una parte, en el centro y como en el corazón de Europa, apoyada en todos los grandes pueblos, y, al propio tiempo, separada de ellos y protegida contra ellos por la doble barrera de sus montañas y de sus mares; y, de otra parte, abierta al Mediterráneo y al Océano, y, por lo mismo, dando la mano al mundo entero, Francia recibió de Dios una posición única, que le permite ser dueña de sí misma, y llevar a todas partes la luz de la civilización cristiana. Su situación geográfica explica y facilita su papel histórico. Ahora considerad *al pueblo judío en la tierra prometida,* en la que

Josué acaba de instalarlo. Esta tierra está colocada entre Oriente y Occidente, en las orillas de ese Mediterráneo que baña todas las riberas famosas, en la vecindad de Tiro, Sidón, Menfis, Alejandría, en la ruta que seguirán los conquistadores, Nabucodonosor, Ciro, Jerjes, Alejandro, Pompeyo, Augusto. Posición maravillosa, no escogida al azar, sino prevista y preordenada, designada por la mano delicada y paternal de Dios, y perfectamente adaptada a la misión de Israel. Allí, en efecto, durante *quinientos años,* de Josué a Salomón, vemos al pueblo judío sin cesar en contacto con las naciones, y proyectando sobre ellas la luz de sus creencias, de sus promesas y de sus esperanzas.

Los ejércitos de David se hacen respetar desde el Nilo al Eufrates. Las flotas de Salomón recorren el mar hasta el país de Ofir, que se cree era España. Se casa con la hija del Faraón; es visitado por la reina de Etiopía; el rey de Tiro, Hiram, le proporciona madera de cedro y cincuenta mil obreros para construir el templo que Salomón dedica solemnemente, y en el que todos los días se canta la gloria del verdadero Dios y la próxima venida del Redentor. ¿Veis ya apuntar y afirmarse el designio de Dios? Divisa en el centro del mundo, entre el Oriente y el Occidente, un rincón de tierra único, colocado en la confluencia de todas las naciones, en el camino necesario de todas las grandes expediciones militares, políticas y comerciales, y en ese rincón de tierra coloca al pueblo judío, como una antorcha para todos los pueblos: *lumen ad revelationem gentium.*

Y ahora, pasad y volver a pasar, pueblos de la tierra. Marchad tras vuestras ambiciones, dramas y tragedias sangrientas. Surcad el mundo en todos los sentidos. No iréis a parte alguna sin que en ella encontréis el hogar de la vida y de la luz divina, sin chocar a cada

paso con ese pueblo extraño, indesarraigable, que lleva en su seno el deseo ardiente del Redentor, y en sus labios la promesa vibrante de Aquel que debe venir.

Pero, de Salomón a Jesucristo, deben transcurrir aún mil años. ¿Es que no se obscurecerá en medio del mundo la noción del Redentor? No, señores; el pueblo judío permanece en pie, agitado durante diez siglos por revoluciones y catástrofes prodigiosas; continuará su misión, y difundirá entre los gentiles el aroma de sus creencias, de sus promesas, de sus esperanzas.

III. Señores, se reconoce la vocación de un pueblo *en los acontecimientos de su historia.* Ved a Francia. Considerada en su cuna y en su situación geográfica, se nos aparece ya como el soldado de Dios y el apóstol de la civilización cristiana. Pero ¡cuánto más se revela esta vocación de la nación francesa en el curso de los largos siglos de su historia! Recorred la galería de los grandes personajes desde Clodoveo a Napoleón, y la serie de los grandes acontecimientos desde la batalla de Tolbiac hasta la revolución... Estudiad nuestras costumbres, nuestras instituciones, nuestras leyes, nuestros reveses, nuestras conquistas, los monumentos de nuestra lengua y los relámpagos de nuestra espada, y confesaréis que el valor y la fe constituyen todo nuestro genio, toda nuestra historia, toda nuestra vocación. Nación santa, raza sagrada, hija primogénita de la Iglesia, Francia marchó a la cabeza de las naciones; hace ya catorce siglos que sirve a Jesucristo en medio del mundo, y el día en que abandone este glorioso servicio, traicionará su historia y su misión. Ahora considerad al pueblo judío arrojado en medio de las naciones, *o como vecino, o como soldado, o como esclavo.* ¿Qué es lo que hace?

Pueblos diversos son sucesivamente absorbidos por los grandes imperios, y en éstos pierden sus ideas, sus leyes, su nacionalidad, su nombre. Mas el pueblo judío no se deja absorber; aun corroído por discordias intestinas, o reducido a esclavitud en tierra extraña, permanece fiel a sí mismo y a su misión, y los conflictos, los desastres, los trastornos que lo afligen y dispersan a los cuatro vientos, tienen por objeto mezclar los hijos de Israel con las naciones paganas, y por resultado, iluminar los vagos deseos y rehacer las tradiciones desfiguradas del género humano. El pueblo judío es una antorcha que ilumina lo por venir y anuncia al Redentor. Preciso es, pues, que sea sacudido por revoluciones y catástrofes que le obliguen a resplandecer en todas partes. Durante mil años le veo en relación con Egipto, con Nínive, con Babilonia, con los persas, con los griegos, con los romanos.

Arruinada Jerusalén, el anciano Jeremías va a llorar a las orillas del Nilo con sus compañeros de infortunio y a igualar las lamentaciones con los dolores.

Jonás predica en Nínive; Salmanasar conduce allí las tribus cautivas, y los reyes de Asiria contemplan con admiración las virtudes de los Tobías.

Ecequiel y Daniel profetizan en Babilonia, y en las orillas de ríos extranjeros, los hijos de Sión explayan sus infortunios y esperanzas.

Ciro devuelve su patria a los judíos. Asuero se casa con la bella Ester, y los persas se ponen en contacto con el pueblo de Dios.

Alejandro se detiene, penetrado de respeto, ante la majestad del gran sacerdote Jaddo, y va al templo de Jerusalén a adorar a Jehová. Uno de sus sucesores hace traducir al griego los libros santos, y, como la lengua griega era la lengua del mundo sabio, los libros santos pudieron ser leídos por todo el universo.

Finalmente, Roma hace un tratado de alianza con los Macabeos. Los hijos de Jacob tienen su barrio aun en el centro de Roma, van a todas partes, y llevan con ellos sus oráculos. Los gentiles pueden conocerlos, despertar sus recuerdos, corregir sus tradiciones y unirse a la esperanza del Libertador.

Conclusión.

El pueblo judío tuvo por misión anunciar al Redentor futuro; de aquí que gastara los pueblos de Canaán, Egipto y Asiria sobre su cuerpo mutilado, y viera caer en torno suyo el imperio de los persas y el imperio de los griegos. Permanece en pie como un faro poderoso para iluminar el océano de las edades; y después de dieciocho siglos continúa indestructible bajo la mancha de sangre con la que fué marcado en el Gólgota. En su ruina es todavía el testigo de Dios. Da testimonio de la autenticidad e integridad de las Escrituras, que ya no comprende, pero que, ello no obstante, estrecha convulsivamente contra su corazón en su interminable carrera. Pueblos, ¡no le detengáis! ¡Instruíos, por lo contrario, en la luz de su pasado y de su presente! Comprended que Israel fué grande mientras fué fiel a su vocación, y que sus desgracias comenzaron el día en que hizo traición a su misión. ¡Oh Francia, entiende esta lección, tan acomodada a tus necesidades! Tú también tienes en el mundo moderno una vocación; comenzó el día en que Clodoveo exclamaba al oir el relato de la crucifixión del Calvario: "¡Ah si yo hubiera estado allí con mis francos!"

Desde tu origen, tu misión se caracteriza; tú serás el soldado de Dios, el apóstol de Jesucristo, la hija primogénita de la Iglesia.

En la Edad Media, ¿qué hizo Francia? Llevó a cabo las Cruzadas, escribió la *Suma* de Santo Tomás, edificó hermosas catedrales.

En el Renacimiento, ¿qué hizo Francia? Salvada por Juana de Arco en el siglo XV, salva la fe en el siguiente siglo. La defección era universal; sus instituciones eran más batidas y sacudidas por los vientos de la tierra que sus costas por las tempestades de los cuatro mares que la rodean. A pesar de ello, impone a Enrique IV la obligación de ser católico para merecer el honor de reinar sobre ella.

En los tiempos modernos.—¿Qué hace Francia? Vacila. Hay abajo almas que han sido desheredadas de la fe, y cuya ceguedad y padecimientos son explotados, y después, todas las partes honestas e inteligentes se conmueven y se acercan a Jesucristo. ¡Oh Francia, tú eres el soldado de Dios, el apóstol, el misionero de Jesucristo, la hija primogénita de la Iglesia! A causa de esto, has sido llamada, con amor mezclado de temor, la gran nación. Ten cuidado; si pierdes la fe, lo perderás todo. Te verás, no solamente sin corona, sino sin raíces. Te vuelves y revuelves como un enfermo, y buscas la piedra en la cual puedas asentar el edificio de lo por venir.

Esta piedra es Jesucristo. Jesucristo es la piedra fundamental de la sociedad francesa. ¡Jesucristo, señores! Sea este nombre la consigna que una a todos los hombres de bien. Si Francia es fiel a Jesucristo, volverá a ser, y continuará siendo siempre, la raza escogida, y en el surco luminoso de los siglos que están por venir, trazará al mundo el camino del celo, del honor, del desinterés, de la verdadera civilización.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMA

Los paganos esperando al Redentor

SEÑORES:

No se conspira sino contra los poderes establecidos. El que se siente atormentado por el deseo de la suprema grandeza, deja pasar sin maldecirlo al obrero con quien se codea en la calle, y reserva sus imprecaciones para las vidas afortunadas que dominan la suya.

Cuanto más firme es un trono, más violenta se muestra en torno suyo la tempestad de las ambiciones. No me extrañan, pues, las blasfemias y amenazas del impío contra la realeza de Jesucristo. Su trono es sólido, se asienta en lo pasado sobre un pedestal cuarenta veces secular, y el vigor de los golpes que recibe en la hora presente, muestra su indestructible vitalidad. Ya hemos hecho hablar en favor de Jesucristo al pueblo judío, el cual se nos aparece en la antigüedad como profeta, figura y misionero anticipado del Redentor futuro. Entremos ahora en un otro orden de ideas, y pre-

guntemos al mundo pagano. El viejo patriarca Jacob, en su lecho de muerte, volviéndose a su hijo Judá, dirigióle estas memorables palabras: "Ni el cetro ni la jefatura de su raza saldrá de Judá, hasta que venga el que debe ser enviado, el cual será la expectación de las naciones, *et ipse erit exspectatio gentium.*" ¿Es esto verdad? ¿Fué esperado el Redentor por todas las naciones de la antigüedad? Sí, señores.

I. Pongo primeramente por testigo la voz de la sangre.

Cuando leáis la historia de los pueblos antiguos, no os contentéis con seguir las huellas de sus actos profanos, antes bien, estudiad sus actos sagrados, pues constituyen la parte más interesante de su vida.

Ahora bien, en todas partes y en todos los siglos, vemos que los pueblos esperan una redención por el sacrificio. En todas partes y en todos los siglos, corrió la sangre sobre los altares. Y no solamente corre la sangre de las bestias, sino la sangre de los hombres, la sangre de los niños, la sangre de las jóvenes vírgenes, la sangre más pura y querida del género humano. Y no solamente corre en las ciudades cultas, sino en los bosques salvajes, en los templos y en las casas, en los dólmenes de la Galia y en los templos de Roma; y este hecho de los sacrificios sangrientos es tan universal, y está tan invenciblemente mezclado a la vida del género humano, que los conquistadores del Nuevo Mundo encontraron en él pueblos célebres entre todas las naciones de la tierra por sus religiosas carnicerías.

Este hecho religioso del sacrificio expiatorio practicado por todos los pueblos, desconcierta todas las interpretaciones de la sabiduría humana; sólo puede dársele una interpretación plausible.

Hela aquí:

"Desde la cuna del mundo, el hombre, con su pecado, ofendió la infinita majestad de Dios. Este pecado exigía una expiación, pero, como la distancia es infinita entre el Creador y la criatura, el hombre pecador era incapaz de proporcionar una expiación equivalente a la ofensa. Dios decretó entonces que la expiación del pecado se haría por la inmolación de una sola víctima sustituída al género humano prevaricador. Por uno solo la caída; por uno solo la redención: tal fué el decreto divino promulgado desde el origen. El padre del género humano recibió la confidencia de esto cuando, encorvado por el peso de la maldición divina, sentía que la desesperación invadía su alma. Consolado por la promesa del Redentor, transmitióla a su infortunada descendencia, y dedicóse en todas partes a buscar una víctima para pagar su deuda y rescatar su pecado."

He ahí, señores, la explicación de los sacrificios sangrientos que llenan la historia de todos los pueblos.

Pero lo que prevalece en estos dramas religiosos, con mucha frecuencia trágicos y criminales, es la idea de la caída y de la rehabilitación, la idea de una falta cometida y de una expiación para repararla; es el recuerdo de una gran ruina y la esperanza de una gran reparación, el recuerdo de una gran falta y la esperanza de una gran expiación. Los sacrificios antiguos eran un llamamiento al Redentor prometido. Los judíos lo sabían; las naciones paganas lo habían olvidado; pero, ¿qué importa? Sin tener conciencia de ello, atestiguaban la necesidad y el deseo de una víctima cuyo valor infinito apaciguase la justicia divina, y la sangre que corre por todos los altares de la antigüedad, no es otra cosa que una elocuente y profética imagen de la sangre divina que corrió en el Calvario.

Por otra parte, las tradiciones de los pueblos explican sus hábitos religiosos. Interroguemos las tradiciones universales.

¿Fué esperado el Redentor por todas las naciones paganas? Sí, señores.

II. Pongo por testigo la voz de los pueblos.

Hay naciones, en las cuales se resume la vida del género humano, que ocuparon el primer puesto por su influencia y su cultura: el Oriente, Grecia y Roma.

En primer lugar, el Oriente. En las orillas de sus grandes ríos, al pie de sus altas montañas, en la superficie de sus vastas llanuras, en el fondo de sus profundos valles, estableciéronse primeramente las familias humanas, y cuando digo el Oriente, me refiero a la India, a Persia, a Egipto, a China. Ahora bien, aun en estos imperios rodeados de silencio y de misterio, que permanecen extraños al resto del mundo, el conocimiento del Mesías penetró, y su expectación llenó los corazones de esperanza. Los *indos* esperan un Salvador, un ser santísimo, que libertará la tierra del poder del mal; nacerá en la morada de un pastor, ofrecerá un sacrificio y hará nacer en todas partes la justicia. Los *persos* saben que tendrá por madre una virgen sin mancilla. Los *chinos* le llaman el hombre de Occidente, el verdadero santo. Los *egipcios* saludan de lejos en su mitología al hijo de la mujer que debe extinguir la savia de la serpiente Tifón y procurar a los hombres la dicha y la paz.

Pero el Oriente no es más que una fase del linaje humano en la antigüedad. Llegó un día en que, desde las orillas del Tigris y del Eufrates, descendió la cultura a las llanuras de Maratón y a las riberas del Eu-

rotas; Esparta y Atenas convirtiéronse en señoras del mundo, y Grecia difundió por todas partes sus ideas y su armonioso idioma. Pero Grecia ¿esperó al Redentor? Sí, ciertamente, por entre las ficciones inventadas por su genio, en la leyenda de Pandora, cuya caja misteriosa conserva el recuerdo de los bienes que perdió la esperanza de encontrarlos un día; en el martirio de Prometeo, que quiso ser igual a los dioses, y al cual solamente un Dios puede libertar, vemos apuntar la idea mesiánica. En Grecia, como en Oriente, esta idea mesiánica es confusa, está alterada, corrompida; es una tradición entregada al capricho del hombre, a la triple injuria del tiempo, de la ignorancia y de las pasiones, pero ¿qué importan las imágenes que la envuelven y obscurecen? Con un poco de atención, es fácil ver sus rayos inciertos y rotos atravesar las religiones paganas y reflejar la figura del Redentor prometido y esperado. Ahora dejemos atrás el Oriente y Grecia, y demos algunos pasos hacia Occidente.

Henos en las orillas del Tíber, en Roma. Cuando tropezamos con el pueblo romano, nos detenemos, como ante las columnas famosas que señalaban los límites del viejo mundo. El Oriente es la más elevada potencia religiosa; Grecia la más elevada potencia intelectual; Roma la más elevada potencia social de la antigüedad. Pues bien, como Grecia y como Oriente, Roma espera a alguien; espera un dominador supremo, un monarca universal; sus sibilas lo anuncian, y el poeta nacional Virgilio, haciéndose eco de las tradiciones populares, canta su próximo advenimiento. En su IV égloga, celebra Virgilio una nueva era, que va a abrirse para el género humano, gracias al nacimiento de un niño al que llama vástago del cielo, un descendiente de los dioses:

Deum soboles magnum Jovis incrementum!

Sin duda que Virgilio aplica la idea mesiánica a un príncipe de su tiempo, pero a menos de acusarle de inexplicable énfasis, hay que reconocer que no despliega semejante magnificencia de lenguaje sino porque presiente acontecimientos considerables. Por la solemnidad y grandiosidad de su estilo, conviértese en testigo de los recuerdos y esperanzas del pueblo romano.

Tres incrédulos del siglo XVIII, entre ellos Voltaire, reconocen que no hay pueblo alguno que no haya tenido en expectativa un libertador, y que el punto del globo en que era esperado, podría llamarse el polo de la esperanza de todas las naciones.

Notemos esto, señores, pues es sobrado significativo: todas las naciones antiguas se inclinaron hacia el rincón de la tierra en que Jesucristo debía nacer, hacia *Judea*. Todo el Oriente, la India, la China, Persia, Egipto, esperaban un libertador de la parte de Occidente, y sabido es que Jerusalén está al Occidente de dichos países. Pero si nos volvemos del lado del Occidente, se nos ofrece el mismo espectáculo, la misma expectación, con la diferencia capital de que aquí, en las Galias, en la Gran Bretaña, en Italia, en Roma, se tienen fijos los ojos en Oriente. Los galos, nuestros padres, esperaban un Salvador que debía nacer de una virgen, y se prosternaban por adelantado ante esta virgen que debía dar a luz, y le elevaba altares en Chartres, en Chalóns-sur-Marne, en Autún, en Dijón.

Los pueblos mismos escandinavos celebraban, en su religión informe, al Libertador, y esculpían en la roca viva y en los monumentos la figura del Dios que debía aplastar a la serpiente. He ahí, señores, la actitud del mundo antiguo. Todo el Oriente vuelto hacia el Occi-

dente, y todo el Occidente hacia el Oriente, y colocada entre Oriente y Occidente, Judea se nos aparece manifiestamente como el polo de la esperanza de todas las naciones. Interrogad a todos los pueblos; se consideran culpables, y gimen; y a sus lamentos, que despiertan todos los ecos del viejo mundo, se mezcla una palabra de esperanza y de expectación: "¡Sé que mi Redentor vive... Le veré! ¡Esta esperanza reposa en mi seno!" El cántico de Job es cántico de todo el linaje humano. Pongo de ello por testigo la voz de la sangre y la voz de los pueblos, la voz de los sacrificios y la voz de las tradiciones populares.

III. Pongo por testigo la voz de los sabios y de los filósofos.

Hay espíritus escogidos que se ciernen por encima del vulgo, y no toleran que los principios se eleven hasta ellos. ¿Qué pensaron de la venida de un libertador? Señores, sobre el asunto que tratamos, la sabiduría de los filósofos se armoniza con la tradición popular.

Quinientos años antes de Jesucristo, *Confucio*, el gran legislador chino, se expresaba así: "Yo, Confucio, he oído decir que, en las regiones occidentales, se elevará un hombre santo, que producirá un océano de acciones meritorias. Será enviado del cielo, y tendrá todo poder sobre la tierra." Y Mencio, discípulo de Confucio, añade: "Los pueblos lo esperan, como las plantas agotadas esperan el rocío."

Me traslado a Grecia, despierto los ecos dormidos de la Academia y del siglo de Pericles, y escucho estas memorables palabras que *Platón* pone en los labios de su maestro Sócrates: "Esperamos que un enviado del

cielo venga a instruirnos en nuestros deberes para con Dios y para con los hombres, y esperamos de su bondad divina que no esté lejano este día."

Llego a Roma, y saludo en *Cicerón* la grandeza del ciudadano, el poder del orador, la soberanía del genio. Pues bien, el mismo Cicerón se asombra y se turba ante ese monarca universal predicho por los oráculos, y se pregunta a qué hombre, a qué tiempo puede referirse esta profecía, *in quem hominem, in quod tempus*. Escuchad a *Tácito*, esta palabra grave y juiciosa que se atreve a elogiar la virtud en el reinado del vicio coronado: "El Oriente—dice—va a prevalecer, y de Judea saldrán los que han de gobernar el universo." A su vez, el adulador de los Césares habla como los censores, *Suetonio* como Tácito, y podría decirse que copian, el uno tras el otro, el mismo texto: "Todo el Oriente —dice Suetonio—está lleno de la antigua y constante opinión de que Judea saldrán los que gobernarán el universo."

Ya lo veis, señores; Roma y Grecia, Grecia y el Oriente, los sacrificios, las tradiciones, los testimonios, la voz de la sangre, la voz de los pueblos, la voz de los sabios y de los filósofos, se unen para proclamar que todas las naciones esperaban un libertador, y que el antiguo mundo era un mundo de esperanza, un mundo de deseo.

Conclusión.—¿Cómo explicar este acuerdo unánime, esta expectación universal?

Ya os lo he dicho: durante mil años, de Salomón a Jesucristo, estuvieron los judíos mezclados con las naciones, como vecinos, como aliados, como cautivos, y difundieron por las tierras de su destierro el aroma de sus creencias y de sus esperanzas; y durante los siglos

de silenciosa espera que preceden a la Redención, los hijos de Israel, dispersos por todas partes, siembran por todas partes la idea del Mesías.

Por otra parte, esta idea del Redentor tiene en el mundo antiguo raíces profundas por un concepto muy distinto. Sabéis que la esperanza de un libertador cayó del cielo al propio tiempo que la maldición que condenaba a la mujer a partos dolorosos. Las diversas ramas de la familia humana llevaron consigo, en su dispersión, esta promesa hecha desde el origen del género humano caído; y esta revelación primordial, prolongándose de eco en eco, resonó así bajo la tienda de los patriarcas, como en las lecciones paganas del mundo civilizado y en las tradiciones del mundo bárbaro.

Toda la antigüedad lleva, pues, en su alma el recuerdo de una inmensa falta y la esperanza de un inmenso perdón; llama a un libertador, se encamina a Jesucristo. Si careciéramos de fe, bastaría este solo hecho para dárnosla. Si el trono de Jesucristo nos parece frágil en este siglo en que tantos tronos son conmovidos, bástenos recordar que el trono de Jesucristo, apoyado en los cuarenta siglos del antiguo mundo, soportará sin ceder las infantiles tempestades de la hora presente. Jesucristo era ayer, es hoy, y será mañana y siempre.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOPRIMERA

Preparación del mundo para la venida del Redentor

1.º SUCESIÓN DE LOS CUATRO IMPERIOS Y ENCAMINAMIENTO A LA UNIDAD MATERIAL.

SEÑORES:

Costumbre es de Dios ir mostrando poco a poco sus designios, obrar por grado y con orden, y trazar el bosquejo de su obra, antes que mostrar la perfección de ella. La aurora precede al sol, y la bellota necesita larguísimos años para llegar a ser una gran encina. Del mismo modo, el Redentor no apareció súbitamente en la escena de este mundo, sino que, durante cuatro mil años, lo esperaron los pueblos. Durante cuatro mil años, preparóle Dios su puesto en medio de la historia. No olvidéis jamás esto, señores; el Redentor Jesucristo es el gran asunto de Dios y del hombre, y, a riesgo de asombraros y deslumbraros, afirmo, y voy

a demostrarlo, que todos los acontecimientos de la antigüedad van encaminados al Redentor y son una preparación providencial para el reinado de Jesucristo. Atención, señores, vamos a elevarnos algo más. No tengáis miedo de las cumbres; en ellas se encuentra la frescura, y en ellas se goza de la luz y de la vida.

I. La historia es un monumento cuyo arquitecto es Dios.

Se trabaja activamente en la terminación de nuestra hermosa iglesia, y ante la cantera enteramente sembrada de piedras blancas, se detienen los transeuntes, miran y discuten. Ven materiales sin desbastar, piedras duras y piedras blandas, bloques redondos, cuadrados, triangulares, y les parece difícil atribuir a cada piedra el lugar que le corresponde en el conjunto del monumento. Los mismos brazos, aplicados exclusivamente a su trabajo de detalle, casi no piensan en otra cosa. Cada uno de ellos talla su piedra, le da vueltas, la fija, y no se pregunta cuál será la fisonomía general del edificio. Como los soldados lanzados a lo más fuerte de la batalla, no sabrían explicaros el plan del general, así los obreros que edifican nuestra iglesia, no podrían explicaros su bella ordenación y magnífica arquitectura. Se les dice simplemente: Haced esto, y lo hacen; tallad esta piedra, y la tallan. Pero por medio de estos obreros, que van, que vienen, que se agitan, pasa el arquitecto, o el aparejador; éste conoce el plan, ve el detalle y el conjunto; une todos los esfuerzos, los coordina, los lleva a feliz término, y día llegará en que, elevándose el templo, por fin, en su majestuosa belleza, admire todo el mundo sus proporciones y comprenda su estructura. Señores, he ahí la historia humana. Los pueblos que la hacen, ignoran su ley; construyen un edificio sin conocer su unidad y armonía. Pero, en medio de ellos, hay alguien que lo ve todo y lo dirige todo, que es el arquitecto y el aparejador; tal es Dios. En el primer término de la historia, el hombre se agita en sus pasiones; no veis más que ambiciones que chocan entre sí, tronos que se elevan o que caen, poderes efímeros que se suceden en sangrientas tragedias. Pero mirad con más atención esa cantera tan movediza y en apariencia tan confusa. Dios está detrás de ella, Dios está en todas partes de ella; domina sus agitaciones, ordena sus movimientos, se sirve de los individuos y de los pueblos para la ejecución de sus eternos designios. *Esto es lo cierto*. Hay una providencia, luego hay un gobierno divino. Hay un gobierno divino; luego todas las cosas, esas grandes existencias colectivas que se llaman pueblos, lo mismo que las más pequeñas existencias individuales, son impulsadas por la mano de Dios hacia un fin. Sin duda que las pasiones que agitan el mundo, las guerras que lo devastan, los errores que lo deshonran, las revoluciones que lo trastornan y cambian su faz, parece que frustran el plan divino y desafían su dirección. Pero, en definitiva, están a su servicio y ejecutan sus órdenes. Dios jamás es vencido; jamás se detiene cansado y desalentado, como un obrero que no ha sabido proporcionar la empresa a sus fuerzas, y ha perdido el hilo de su obra. Siempre triunfa su pensamiento; todo se hace según el pensamiento, aun lo que se hace contra él. La historia es un edificio; Dios es un arquitecto; El conduce todos los acontecimientos hacia la plena realización de su idea. Ahora bien, ¿cuál es la idea de Dios, cuál su gran empresa aquí bajo? El Redentor, Jesucristo.

II. Jesucristo es el centro de la historia.

Es la clave, la piedra central, a la que afluyen todas las líneas del monumento. Hay hombres que dicen: "Jesucristo es un personaje como otro cualquiera. Usurpa los homenajes y adoraciones del género humano. Vamos a borrar su nombre de todos los libros, su imagen de todos los monumentos, su recuerdo de todas las memorias. Vamos a cavar una fosa, y a sepultarlo en ella, y a arrojar sobre su cabeza la última paletada de tierra." Señores, esto es fácil de decir, pero es irrealizable porque es absurdo. Jesucristo entró en la historia; no hay medio de hacerle salir de ella. Jesucristo tomó su puesto en la historia, y su puesto no es importante como el de un gran conquistador o un gran filósofo, sino capital, central, único. Jesucristo es la piedra angular de la historia. Todo depende de El, y sin El nada se sostiene. Se yergue como un punto culminante en el curso de los siglos, y todos los consejos de Dios, todos los acontecimientos del mundo giran en torno de este sagrado eje. Desde su aparición en la tierra, muéstrase de pie, en toda la hermosura de una juventud, que nada puede ajar. Pero antes de su aparición, ¿es que el movimiento de los asuntos humanos dependía de El? ¿Es que la historia se dirigía y orientaba ya hacia El? Sí, señores.

Jesucristo: veinte siglos proceden de El, y cuarenta siglos conducen a El. Los acontecimientos del género humano no son materiales informes, amontonados los unos sobre los otros sin orden ni concierto; Dios no abandonó el mundo antiguo a los caprichos del acaso, o al juego desordenado de las pasiones. No, del mismo modo que un arquitecto, después de excavar los fundamentos de un edificio, acumula en ellos materiales,

bloques sólidos y resistentes, que parecen inútiles y arrojados al azar, pero que en realidad son necesarios y apropiados a la carga del monumento, así Dios, en el antiguo mundo, subordinó los acontecimientos secundarios al acontecimiento capital de los siglos, que es Jesucristo; de suerte que las cuatro grandes monarquías que ocuparon sucesivamente la escena de la historia, y que vemos sumergidas en los mudos abismos de lo pasado, trabajaron, sin sospecharlo, en la preparación y acabamiento del gran teatro cuyo centro debía ocupar Jesucristo.

Transportado por Dios a la cima de la profecía, entrevió Daniel, desde la cumbre, la unidad, el conjunto, el desarrollo de la historia del mundo. Ora distinguía *cuatro animales* feroces, que provenían de los puntos extremos del horizonte, para unirlo todo triturándolo todo, ora *cuatro vientos* terribles, que se elevaban del mar y nivelaban el espacio inmenso, ora una *estatua* colosal, compuesta de cuatro metales, contra la que chocaba una piedrecita, la cual se convertía en una montaña que llenaba toda la tierra. Y Dios encargaba a sus profetas que anunciaran al mundo que aquellos cuatro animales, aquellos cuatro vientos, aquellos cuatro metales, eran cuatro monarquías que iban a sucederse y reducir el universo a una vasta unidad material y política; preparación y símbolo de la gran unidad religiosa, de la cual sería Jesucristo a la vez principio y vida. Dejadme, señores, desarrollar ante vuestros ojos este magnífico espectáculo. Jesucristo es centro y clave de la historia. Todo el mundo antiguo se encamina hacia El.

III. Los grandes imperios que se suceden en la antigüedad son un encaminamiento hacia el Redentor.

¿Cómo es esto? Al triturar los pueblos, los mezclan.

Primeramente el imperio *asirio*, con sus dos capitales, asentadas como dos reinas en las riberas del Tigris y del Eufrates, Nínive y Babilonia, cuyos despojos, transportados a París y Londres, provocan hoy, por su masa, una especie de estupor. Durante mil quinientos años, someten bajo su cetro de hierro a todos los pueblos del Asia central, y comienzan la obra de la unidad del mundo. Pero, por fin, los embriaga su poder: Baltasar destina a sus sacrílegas orgías los vasos sagrados del templo; muere con la copa en los labios, y Babilonia cae con él al golpe de la justicia divina. Ciro, predicho y nombrado doscientos años antes por Isaías, llega, por fin, e inaugura un segundo imperio.

El imperio *persa* dura doscientos cincuenta años. Grande es la misión de los persas, pues dan un paso hacia Occidente al precipitar sobre Grecia sus innumerables falanges. Fracasa Darío en Maratón; diez mil griegos hacen retroceder a cien mil persas. Jerjes reanuda la misma empresa e inunda a Grecia con dos millones de hombres. Es destruída su armada en Salamina por Temístocles; su ejército vese detenido por Leónidas en las Termópilas, y deshecho en Platea por Arístides. Los persas no acabaron la grandiosa obra de la unidad del mundo, pero la prepararon al conducir el Asia sobre Europa y al mezclar en luchas sangrientas el Oriente y el Occidente. Aparece Alejandro.

Comienza el tercer imperio, el de los *griegos*. Grecia se levanta en el antiguo mundo llevando en sus manos la espada y la lira, los dos instrumentos de la unidad.

La espada, tan brillante ya en las manos de Temístocles y Leónidas, se hace flamante e irresistible en las de Alejandro. Quebranta éste el poder oriental, reduce a todos los pueblos, la tierra se calla en su presencia, pero muere a los treinta y dos años, y lo que la espada comenzó lo acabó la *lira*. La lengua griega convirtióse en lengua universal; lengua armoniosa, inmortal, que nosotros los católicos guardaremos para el mundo, y que algunos de vosotros, señores, han oído sin duda estos días de labios de nuestros jóvenes griegos del Seminario de La Chapelle. Esta lengua fué la que, en el antiguo mundo, irradió sobre Asia, Europa y Africa, y unió por primera vez al género humano bajo el imperio, no de la violencia, sino de la paz, por medio de la inteligencia y de la belleza. La unidad del mundo estaba hecha; para acabarla, llama Dios a

Roma, el cuarto imperio, que va a acometer la gran empresa de la preparación evangélica. Durante setecientos años, Roma reduce, uno tras otro, todos los pueblos; primeramente los de Italia, luego los de España, Galia, Africa, Asia; los tritura, los mezcla, los une bajo su cetro y bajo su ley. Con la espada en una mano y el código en la otra, avanza merced al prestigio de la fuerza y al prestigio del derecho, del poder, de la razón, y completa y consuma la unidad política y material del mundo.

Conclusión.—Ahora, ¡oh Redentor, oh Jesucristo, apareced! El mundo está preparado para recibiros. Todos los pueblos desmoronados son como estratificaciones sucesivas, sobre las cuales se apoya la universal dominación del pueblo-rey. Cayeron las barreras de las nacionalidades; grandes vías abiertas por generales y procónsules parten de Roma, y llegan

hasta las extremidades del Imperio. Todos los pueblos hablan el mismo lenguaje. ¡Apareced! Las vías reales que recorrían las legiones llevarán ahora a vuestros apóstoles, y cuando éstos prediquen vuestro Evangelio de un extremo a otro del Imperio, los pueblos los entenderán. ¡Apareced, oh Jesucristo! Entrad en la historia; cuarenta siglos os han preparado vuestro puesto. Todas las líneas de lo pasado convergen en vuestra real persona; sois el centro de los designios de Dios y de los movimientos del linaje humano, y, vueltos hacia vuestro rostro con toda la antigüedad que os contempla y os espera, saludamos vuestra divina realeza, que tiene como suyas las preparaciones de lo pasado, los homenajes de lo presente y las certidumbres de lo por venir.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEGUNDA

Preparación del mundo a la venida del Redentor

2.° Estado moral del mundo y necesidad de un Redentor.

Señores:

El Redentor es el personaje central de la historia. Todo el mundo antiguo va a Jesucristo, y en El se apoya como las bóvedas de una iglesia se unen en la clave. Al sucederse los grandes imperios prepararon poco a poco, en el curso de cuarenta siglos, la unidad material de los pueblos, unidad que debía facilitar la difusión del Evangelio.

Pero al mismo tiempo que se operaba este gran suceso bajo la mirada de Dios, producíase en las costumbres privadas y públicas una espantosa descomposición, y el mundo, terminando la experiencia de su debilidad y de la profundidad de su caída, comprendía la necesidad absoluta de un Salvador. Permitidme, señores,

que os presente, en resumen, el cuadro de las degradaciones del mundo antiguo.

Ciertamente, París, Londres, Viena, Berlín, no son ciudades de austeridad puritana. La inmoralidad, como una marea sube siempre, y los más ardientes partidarios de la libertad se ven obligados a gritar contra el escándalo y a denunciar los excesos crecientes de la licencia y de la pornografía. Pero, por grande que sea el mal, se eclipsa ante las ignominias desbordantes de los viejos siglos paganos. Vais a verlo. No lo diré todo; el tiempo me falta, vuestros oídos quedarían escandalizados, y este púlpito no lo soportaría. A pesar de ello, diré lo suficiente para llevar a vuestros espíritus y a vuestros labios esta conclusión: el género humano tenía necesidad de un Redentor; Jesucristo era necesario al mundo.

1.º Contemplad el mundo antiguo. *Las almas estaban degeneradas;* veíanse sumergidas en perpetua noche. La revelación primitiva había sido alterada, y, en vez de las verdades augustas que habían iluminado su infancia, "el hombre—dice Bossuet—llega a creer fábulas propias para divertir a niños." Ya no sabe ni lo que es, ni de dónde procede, ni a dónde va.

La naturaleza nada le dice ya, y aquel rayo de belleza que Dios había puesto en la frente de las criaturas para atraer hacia sí el corazón de ellas embelesándolas, vuelve hacia las criaturas mismas sus adoraciones.

La conciencia misma se turba, y en las escuelas más famosas, queda reducido el hombre a preguntarse si debe inmolarse a la virtud, o dormirse en la voluptuosidad. La revelación, la naturaleza, la razón, todos los astros quedan extinguidos; las almas están sumergidas en el lodo; el corazón vese degradado al propio tiempo

que la inteligencia, no conoce ya el verdadero amor, y sólo persigue la sombra de las infames voluptuosidades. Se elevan altares a la impudicia; ¿qué digo? Tiene sus sacerdotisas; sólo en el templo de Venus de Corinto contábanse mil.

Los crímenes contra la naturaleza ni son castigados por la ley, ni condenados por la opinión. Los teatros estaban convertidos en escuela de lubricidad; los papeles de las actrices son tan infames, que las mujeres perdidas que se encargaban de ellos, enrojecían de vergüenza, y sentían que el sudor bañaba su frente. Todo eran tinieblas y lodo. ¿Pensáis que exagero? Abrid la puerta del hogar pagano; la vida de un pueblo se revela y se acusa en las costumbres del hogar doméstico.

2.º Contemplad el mundo antiguo. **La familia está degenerada,** tres veces insultada en los que la constituyen. El padre está transformado en tirano, la mujer, olvidada, traicionada, deshonrada, maltratada, repudiada, vendida según los caprichos de su amo, sin respeto para su dignidad de madre. ¿Y el hijo? El padre lo toma en sus brazos cuando acaba de nacer, y lo examina como si fuera un animal. Suerte de él si aparece sano, pero desgraciado de él si alguna enfermedad prematura se revela en su pobre cuerpecito. El espartano lo degollará en nombre de Licurgo, y el romano lo enviará a que se pudra al Velabro, a fin de libertar de él a la república. Nada de servidores, sino de rebaños de esclavos embrutecidos, cuya vida está en manos del dueño, el cual, en un momento de malhumor o de embriaguez, puede hacer que los muelan a palos, o enviarlos a las gemonias, o sumergirlos en los viveros. ¿Pensáis que exagero? Del hogar doméstico, pasad a las calles de Roma o de Atenas, al ágora, al foro,

3.° Contemplad el mundo antiguo. **La sociedad está degenerada.** A su cabeza hay *locos* que quieren hacerse adorar, o monstruos que juegan con la vida de los hombres. Abajo hay *grandes,* que imitan las ignominias reales, que oprimen las provincias y beben en sus orgías el sudor y la sangre de los pueblos; hay *mujeres,* jovencitas, que dejan extinguirse en ellas los sentimientos más delicados del alma humana, la piedad, la bondad, el pudor, las cuales, para divertirse, van a ver cómo en los teatros se expone la lujuria, o cómo en los circos corre la sangre de los hombres. La *guerra* sin derecho de gentes, entregando a los vencedores naciones enteras y legitimando con relación a ellas todas las barbaries: el incendio, la destrucción de ciudades, la devastación de los campos transformados en desiertos, la matanza de los niños, la violación de las mujeres, la carnicería de los prisioneros, la esclavitud de los reyes, arrastrados con la cadena al cuello, tras el carro del triunfador.

El *pueblo* ávido de combates sangrientos, convertidos para él en partidas de placer. *Arriba,* los *reyes* pidiendo incienso y ordenando el culto para sus estatuas; abajo, *miserables criaturas* que no conocían la menor alegría, ni las de la familia, ni las de la amistad, ni las de la libertad. ¡Oh hombres orgullosos de vuestra cultura, preciso es que sepáis a quién se le debe este honor! Antes de Jesucristo, las tres cuartas partes de la población eran esclavos de algunos patricios favorecidos de la fortuna. ¿Cuál era la suerte de los esclavos?

Eran tratados como animales. Cuando se mataba al esclavo de otro, se pagaba a su dueño una indemnización, como si se le hubiera muerto su caballo o su buey, El dueño tenía sobre su esclavo un derecho ilimitado, el derecho de vida o muerte. Conocéis estos versos

famosos: "*Sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas.* Lo quiero, lo ordeno, mi voluntad es la ley." ¿Quién dijo esto? ¿Qué déspota imperioso lo dijo? ¿Quién? Una mujer romana. Había ordenado que crucificaran a su esclavo; preguntóle su esposo qué crimen había cometido. "¿Qué es lo que ha hecho?—preguntó desdeñosamente la matrona.—Lo quiero, lo ordeno, mi voluntad es la ley."

Los esclavos encargados de velar a la puerta de la casa, eran encadenados en su sitio. Si estaban enfermos, eran arrojados a una isla desierta y recomendados irónicamente a Esculapio, dios de la medicina. Si un dueño era asesinado, se inmolaba a todos los esclavos que se hallaban suficientemente cerca de él para oir sus gritos, y un día envió el Senado trescientos esclavos a la muerte por este solo motivo. ¿Los *pobres*? Eran objeto del desprecio público, y emperador hubo que los arrojó al mar para desembarazarse de ellos. ¿Pensáis que exagero, señores? No. Me limito a relatar, y no lo digo todo. Bastará añadir que, para poner el colmo a todas estas vergüenzas, los mismos templos se sumergieron en la noche y en el lodo, con las almas, con la familia, con la sociedad.

4.° Contemplad el mundo antiguo. **La religión está degenerada.** Sacerdotes avaros e impúdicos, que explotan al pueblo, o lo corrompen; que, en vez de dirigirles en los templos exhortaciones a la virtud y consolaciones en sus amarguras, les ofrecen en los altares la imagen del desorden y la glorificación de sus vicios; he ahí el sacerdocio antiguo.

El verdadero Dios era suplantado por los ídolos. Los pueblos más cultos, los que nos han dejado de sus hazañas y de sus obras maestras los más auténticos mo-

numentos, aquellos de los cuales se alaba, con terquedad rayana en manía, la gloria, el genio, las virtudes, las instituciones, esto es, los griegos y los romanos, cayeron de rodillas ante las vanas imágenes de las divinidades mentirosas que inventaron sus pasiones para justificarse.

Los vicios eran excusados, adorados, deificados. Tantos dioses como execrables pasiones hay en las entrañas del hombre; por todas partes impurezas benditas, orgías santas, horrores sagrados, que la lengua se niega a nombrar.

Por todas partes el sacrificio humano. El hombre encarnizado contra su semejante, e inmolándolo sin piedad para saciar con la sangre más noble y más pura a los dioses funestos cuya protección espera. Grecia sacrificando sus enemigos a Baco, comedor de carne, y Roma más de una vez deshonrada por hecatombes que hubieran horrorizado a los bárbaros. *En resumen,* señores, el mundo antiguo produce verdadero horror. El mal había penetrado en las costumbres generales, en las almas, en las familias, en la sociedad, en la sangre de las naciones, y se desarrollaba sin trabas merced al triple patronato de la opinión, de la realeza y de la misma religión.

5.º Pero **los sabios, los literatos, los filósofos,** ¿estaban exentos del contagio general? En manera alguna. Cierto que conocen todavía la ley natural, pero la ultrajan con tanto impudor como los otros hombres. Testigo la infamia de Sodoma, convertida entre los griegos en vergüenza nacional, alabada por Platón en su tratado *De las leyes,* excusada por Cicerón y cantada por Virgilio; testigo el suicidio que se complacía en enseñar la escuela estoica, y lo erigía en principio; testigo el degüello público de gladiadores ordenado por Julio César, por Tito, por Trajano, por el mismo Constantino antes de su conversión. Señores, los sabios, los literatos, los filósofos, no valían mucho más que la sociedad cuyos maestros y guías eran; y esta sociedad, llena de infamia y de crueldad, parecíase a un mar de lodo mezclado de sangre. Cuando se penetra en ella con la mirada, toda la antigüedad, desde los pies a la cabeza, desde las clases más incultas a las más ilustradas, es inaceptable, es insoportable; de tal modo se nos presenta cubierta de llagas y manchas.

Más todavía: en aquel abismo de iniquidad, *el mismo pueblo judío* inyecta sus prevaricaciones. Murmura, se lamenta, olvida las promesas, desprecia las amenazas de Dios, mezcla su sangre con la sangre extraña, deserta del templo, corre a los bosques sagrados, sacrifica en los lugares elevados, inmola sus hijos ante crueles divinidades, imita las infamias de las naciones, y después de llorar a sus santos reyes, se arroja en brazos de monstruos malditos por los profetas y repudiados por la ley. Quisiéramos poder reposar en él nuestra mirada entristecida, y consolarnos, contemplándole, del espantoso espectáculo que ofrece el género humano; pero, por desgracia, el pueblo judío colma la medida, y vese arrastrado con los otros por las olas crecientes de la corrupción.

Conclusión.—¿Qué decís, señores, del estado del mundo antiguo? ¿No os parece que la experiencia es suficiente, que el hombre sacó todas las consecuencias de la falta primitiva, y que llegó al extremo de la terrible lógica del mal? ¿No os parece que se apuró la copa del error y del vicio? En efecto, hacía tantos siglos que el hombre bebía en la copa del vicio, que era ya

presa del hastío. "Ya no puede más—dice Bossuet;—se aburre, padece, está herido."—"Lo que nos atormenta—añade Séneca,—no es la tempestad, sino las náuseas: *non tempestate, sed nausea vexor.*"

Llegado a semejante extremo, el género humano, desconsolado, ora se dirige a la filosofía para saber si tiene una doctrina consoladora, ora al sacerdote egipcio para saber si los misterios de Isis no son menos vacíos que los de Adonis o de Ceres, ora al mismo mágico para saber si sus sortilegios no tienen alguna virtud divina. ¡Vana esperanza! Por otra parte, de la tierra todo falta, y el género humano, volviéndose del lado del cielo, llama un redentor. Va a venir, señores; los tiempos de la preparación han terminado: "El cielo va a visitar a la tierra, y toda carne verá la virtud de Dios. *Et videbit emnis caro salutare Dei!*"

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOTERCERA

Belleza de los Evangelios

SEÑORES:

Durante cuarenta siglos, fué anunciado, figurado, preparado el Redentor. El mundo judío y el mundo pagano lo esperan, lo llaman, lo contemplan. Está a punto de aparecer, y ahora vamos a contemplar su fisonomía, a pesar sus palabras, a comprobar sus actos, a asistir a su primero y último suspiro, a interrogar a su cuna y a su tumba, en una palabra, a leer y estudiar su vida. Ahora bien, las fuentes principales de la vida de Jesucristo son cuatro memorias muy cortas, de un centenar de páginas cada una, conocidas con el nombre popular de Evangelios, y atribuídas a cuatro autores diferentes: San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan. Detengámonos un momento ante estos libros venerables para estudiar sucesivamente su valor histórico y su belleza íntima.

La belleza de los Evangelios es por sí sola una prue-

ba de su autenticidad. Lo bello es esplendor de lo verdadero. El Evangelio es hermoso, singularmente hermoso; luego es verdadero, luego es divino, luego podemos sin temor ir a beber en esa fuente y llenarnos de la luz de ese sol.

1.° Antes de abrir el Evangelio, preguntemos a *los que lo han leído y estudiado*. Podría invocar en favor del Evangelio el testimonio de todos los papas, de todos los obispos, de todos los sacerdotes; pero, ante vosotros, seglares, prefiero hacer hablar a los seglares. Mirad, uno de los más grandes enemigos de la religión en el siglo XVIII, *J. J. Rousseau*, escribió un día que la luz brilló en su espíritu: "El Evangelio ofrece caracteres de verdad tan grandes, tan sorprendentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor quedaría tan asombrado como el héroe." Al principio de este siglo, un hombre, de cuya frente soberbia fué arrancada la corona por el rayo de cinco naciones, conversaba en el fondo de su destierro con los compañeros de sus victorias y de sus desgracias, y, refiriéndose con respeto al Evangelio, dijo *Napoleón*: "Es el libro por excelencia; no me canso de leerlo, y cada día con la misma delectación. En ninguna parte es posible encontrar esa serie de hermosos pensamientos, de excelentes máximas morales, que desfilan como los batallones de la milicia sagrada. Cuando el Evangelio se ha apoderado de nuestra inteligencia, cautiva nuestro corazón. La doctrina del Evangelio explica mejor que nada las tradiciones del mundo."

Escuchad ahora algunos contemporáneos. Un protestante, un gran hombre de Estado, *Guizot*, decía: "He leído y releído los sagrados libros; los he leído con muy diversas disposiciones de ánimo, ora estudiándolos como grandes monumentos históricos, ora admirándolos como sublimes obras poéticas; y siempre, al leerlos, me sentí sobrecogido de una impresión enteramente distinta de la que produce la curiosidad o la admiración. He experimentado siempre la impresión de un aliento que no procedía del hombre. Y cuanto más he leído los libros santos, mayor ha sido mi sorpresa de que los lectores serios no experimenten la misma impresión que yo, y desconozcan el carácter de inspiración divina, tan extraña a cualquier otro libro, tan palpitante en ellos."

Ya veis que los protestantes están aquí de acuerdo con los católicos, y A. Nicolás, ese hombre que en nuestro siglo ha escrutado tan profundamente todos los problemas fundamentales, y tan victoriosamente ha defendido al catolicismo, se expresa como Guizot. "Recuerdo—dice—que a la edad de dieciocho años, cuando yo empezaba mis ensayos, la lectura cotidiana del Evangelio producía en mi alma un efecto semejante al despuntar del día en una mañana de primavera; despertaba en mi alma mil armonías celestiales, y de sus páginas misteriosas se elevaba como un vapor que me embriagaba de unción y claridad." ¿Qué decís a esto, señores? ¿No os parece que el Evangelio ha de ser muy hermoso para arrancar semejantes testimonios a todos esos hombres inteligentes que, si bien colocados en puntos de vista tan diversos, se dan cita en la misma admiración?

Ahora, abramos el libro.

2.° Todo es hermoso en el Evangelio, el fondo y la forma. Los bellos pensamientos, las palabras sublimes, se oprimen las unas contra las otras, y se presentan de tal modo que arroban al propio tiempo al genio y al

pueblo, a Bossuet y al niño de aldea. Hay en él una *historia* escrita sin arte, o mejor dicho, con arte tan divino, que ya no es visible, semejante a esos vidrios cuya transparencia es tan límpida, que no se distinguen en sí mismos. Hay en el una *poesía* y una elocuencia originalísimas, parábolas a las cuales no se acercan las comparaciones rientes y patéticas de Homero y de Virgilio, *discursos* cuya majestad asombra, en los cuales la sencillez de la expresión hace resplandecer la grandeza del pensamiento, y en los cuales la palabra deja ver la verdad enteramente resplandeciente. ¿Qué es el Evangelio, señores? Es lo sublime sin interrupción.

En él se nos refiere la eterna generación del Verbo de Dios. ¡Es sublime!

El nacimiento de Jesucristo, su infancia, sus virtudes, sus milagros. ¡Es sublime!

Jesús habla a las muchedumbres reunidas en torno suyo; sus parábolas, sus preceptos, sus consejos, sus consuelos, superan en cien codos a todas las máximas de la antigua sabiduría. ¡Es sublime!

Sus gemidos y su llanto sobre la ciudad ingrata que le rechaza: "¡Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces he querido reunir tus hijos en torno mío, como la gallina a sus polluelos, y tú no lo has consentido!" ¡Esto es sublime!

Sus respuestas a los fariseos, en las cuales se revela una penetración sobrehumana. ¡Esto es sublime!

La multitud furiosa se precipita sobre El, pero su hora no ha llegado y "pasando por medio de ella, se fué...; *et transiens per mdium illorum ibat*". ¡Esto es sublime!

La pobre Magdalena, temblando y despreciada, quiebra a sus pies el vaso de sus aromas y de su corazón

arrepentido; la mira El con ojos compasivos, y exclama: "Muchos pecados le son perdonados porque ha amado mucho." ¡Esto es sublime!

Manda a la naturaleza, y dice a los leprosos. "¡Lo quiero, estáis curados!" Al ciego: "¡Mira y ve!" A los muertos: "¡Levántate y anda!" ¡Esto es sublime!

Caído en las manos de sus enemigos y cargado de imprecaciones y anatemas, se calla. ¡Esto es sublime!

Moribundo, se olvida de sí mismo, y su boca adorable pronuncia su testamento de amor: "¡Mujer, he ahí a tu hijo; hijo, he ahí a tu madre!" ¡Esto es sublime!

Horrorizada la naturaleza, se cubre de un velo y llora alrededor de su patíbulo. ¡Esto es sublime!

Tres días después por la mañana, el ángel aparta la piedra que cierra el sepulcro de Cristo. En vano las piadosas mujeres buscan al Divino Maestro. ¡Se ha levantado del sepulcro! Sencillamente, se ha levantado como un hombre que abandona su lecho. No está allí. *Surrexit, non est hic.* ¡Esto es el colmo de lo sublime!

Lo sublime está en el Evangelio como en su patria. Diríase que es, no un torrente que se precipita con estrépito, sino un río tranquilo, siempre lleno de sus aguas, siempre maravilloso en su majestad; y luego, en esta historia, superior a todos los dramas y a todas las epopeyas, se alza una figura única, excepcional, que es como la fuente de donde brotan los bellos pensamientos y las palabras sublimes.

3.º Pero más hermoso todavía que el fondo y la forma es el *héroe del Evangelio*. Hay en él un *natural* de una grandeza asombrosa, una *realidad* que supera y desespera al genio, un *corazón* en el cual la ternura

se une a la energía, la elevación a la profundidad, la serenidad absoluta a la perfecta santidad, una *fisonomía* que realiza, no ya el ideal de un pueblo, ni un siglo, sino el ideal de todo el género humano. En una palabra, Jesucristo llena el Evangelio. Pues bien, contemplad esa figura, y convendréis conmigo en que las páginas en que se expone y se refleja son páginas idealmente bellas. ¿Visteis jamás semejante conjunto de todas las virtudes en una sola y misma alma?

Siempre igual a sí mismo en la agitación de su vida pública, marcha con paso tranquilo hacia la hora profetizada de su muerte.

Humilde en el triunfo y bajo los cánticos del hosanna que saluda su paso, pero jamás sometido a ninguna otra grandeza que a la de su Padre celestial.

Bueno y complaciente como una madre, pero jamás débil.

Pródigo en el bien, pero jamás indiscreto en sus dones.

Tiernamente inclinado hacia los pecadores, pero siempre enemigo del pecado.

Celoso por el derecho y la ley, pero jamás intolerante con las personas.

Sencillo cuando toca en el cielo, pero jamás vulgar.

Grande en el aprobio, pero jamás altivo.

Digno en la persecución, pero jamás altanero.

Dulce como un cordero entre las manos de sus verdugos, pero jamás abatido.

Perdonando a los que lo inmolan, consolando a los que padecen en torno de su cadalso, olvidando sus dolores para asegurar la suerte de los que le aman.

Expirando en los brazos de Dios, a quien invoca, y convirtiéndose, desde aquel momento supremo, en el

prototipo que todos los sabios saludarán con respeto, aunque no se atrevan a prosternarse ante su divinidad.

Señores, os repetiré con J. J. Rousseau: "No es así como se inventa, y el Evangelio es tan hermoso, que el inventor sería tan asombroso como el héroe."

Notad esto, señores: el género humano, desde que vió esta figura única de Jesucristo, no ha podido olvidarla, ni puede concebir ni expresar lo ideal sin tomar de El algo. Las artes desesperan de alcanzarlo, pero le piden sus más elevadas inspiraciones, y en nuestro mundo moderno, las más grandes obras de la pintura, de la escultura, de la música y de las letras son composiciones religiosas; el que ignora a Jesucristo está completamente alejado de las elevadas regiones del arte, pues como dijo un célebre crítico de nuestro siglo, escéptico, pero hábil en discernir lo que eleva o rebaja el espíritu, *Sainte-Beuve*: "Desde que Jesucristo vino al mundo, un nuevo ideal se eleva ante los hombres. Examinad bien a los que desconocen a Jesucristo; veréis que, ora en la inteligencia, ora en el corazón, les falta alguna cosa." Ahora bien, el libro que nos conserva esta figura inimitable de Jesucristo, ¿sería un libro mentiroso? No, no puedo creerlo. Lo bello es esplendor de lo verdadero, y las bellezas del Evangelio proclaman su autoridad.

Conclusión.—Señores, todos los días, cuando haya cesado la agitación de los negocios y se haya apaciguado el frenesí de la vida pública, tomad el Evangelio. Tomad ese libro oculto entre los papeles de vuestro despacho, perdido en algún rincón de vuestra biblioteca. Abridlo por la página que queráis, y yo os aseguro que poco a poco os iréis conmoviendo hasta el fondo de vuestra alma, y llegaréis a esas profundi-

dades sagradas, de las que brotan las grandes luces y los torrentes de lágrimas que desvanecen a veces en una hora veinte años de dudas o de prevaricaciones. Sí; si tenéis *dudas,* os convenceréis de que se funden como la escarcha a los primeros rayos del sol; si vuestro espíritu se ve turbado por los *prejuicios,* os convenceréis de que se disipan como las nieblas al soplo de la brisa; si vuestro corazón está manchado, os convenceréis de que se purifica como el oro bajo la acción del fuego devorador. Veréis mejor y amaréis más. La fe y la caridad irradiarán de las páginas del Evangelio sobre la tierra estéril y fría de vuestro corazón, y poco a poco se verificará en vuestra alma un trabajo análogo al que en primavera se produce en la naturaleza, trabajo de germinación, trabajo de resurrección, trabajo de transformación. ¡Ah, la palabra de Dios depositada en el Evangelio! ¡Cuán grande es su poder! Señores, encontráronse en las tumbas de Egipto granos de trigo depositados en la mano de un muerto hace ya tres mil años; se arrojaron a la tierra, y ¡cosa maravillosa! germinaron y produjeron magníficas espigas. Sí, treinta siglos transcurridos sobre esta semilla oculta en las tinieblas de la tumba, no pudieron extinguir tan prodigiosa vitalidad.

Mas Dios, que puso en la naturaleza semejante poder vital, infundió en la palabra una energía mayor, y ahí está esta divina palabra en la tumba de los Evangelios, en ese magnífico sepulcro que llamamos las Sagradas Escrituras. Venid a alimentaros de ella, venid a recibirla, animada y viviente, de la boca del sacerdote, que recibió la misión de resucitarla gloriosa, y de ofrecerla palpitante a la hambrienta multitud.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOCUARTA

Valor histórico de los Evangelios

Señores:

Cierto día preguntaba yo a un excelente obrero si era verdad lo que me decía. "¡Como el Evangelio!"—me respondió.—¡Como el Evangelio! es decir, que el Evangelio era, en su opinión, el libro típico de la verdad. Hoy apenas se encuentra ya esta fe sencilla, por lo cual nos vemos obligados a demostrar lo que era la evidencia misma para las generaciones que nos precedieron. Señores, no todo es lamentable en esta posición que nos vemos obligados a tomar. Nuestros libros sagrados nada pierden en la comprobación científica; por lo contrario, su autoridad se acrece merced a todas las oposiciones de las cuales triunfan, como una fuente que brota más alto cuanto más se la comprime; como una antorcha encendida, que arde con llama más brillante cuanto más se la sacude y con más violencia la agitamos.

Hemos dicho que el Evangelio es hermoso, y su belleza proclama su autoridad. Demos hoy un paso más, y demostremos el valor histórico del Evangelio sobre bases indestructibles. Quisiera esta mañana vindicar el monumento más sólido de nuestras creencias, y, para lograrlo, interrogaré sucesivamente a los autores, a los guardianes y a los enemigos del Evangelio. Esto será quizás un poco árido, pero os aseguro que, para almas rectas como las vuestras, será decisivo y lleno de luz.

I. Empiezo por interrogar a los *autores* del Evangelio, es decir, a Mateo, Marcos, Lucas y Juan, y, al interrogarlos, al estudiarlos, noto cuatro puntos que son absolutamente decisivos en su favor, y aplastantes para sus contradictores:

1.° Estos cuatro escritores conocen a fondo la historia que escriben. San Mateo y San Juan vivieron en la intimidad de Jesucristo. San Marcos fué discípulo familiar del jefe de los Apóstoles, por consiguiente, pudo aprender de su maestro el relato de los hechos que constituyen su Evangelio. Sólo San Lucas parece que no conoció personalmente a Jesucristo, y de ello previene a sus lectores al principio de su libro. Esto no obstante, vivía en la misma época, por cuanto escribió su Evangelio antes que el de San Juan. Señores, abrid la historia, y difícilmente hallaréis uno solo de los hombres célebres del género humano que haya tenido la fortuna de ver escrita su vida por cuatro de sus contemporáneos, y que dos de ellos hayan vivido en su intimidad. Los evangelistas saben, pues, lo que dicen; refieren lo que vieron, oyeron y tocaron; es imposible acusar de ignorancia su testimonio. ¿Pero acaso

no mintieron? ¿Por ventura lo que nos dan como historia no será una novela o una fábula? No, señores.

2.° *Son sinceros.* Pongo de ello por testigos sus escritos, su vida, su muerte. *a*) En sus *escritos,* no hay el menor disimulo, la menor propensión al efecto; refieren sus defectos, su incredulidad, su cobardía, lo que podría perjudicar a su gloria y aun a la gloria de su Maestro, aun los desfallecimientos de Jesucristo en las proximidades de su muerte en el huerto de los Olivos. Lo dicen todo, y lo dicen sencillamente, sin orden ni preludios, sin precauciones oratorias, sin transiciones hábilmente dispuestas, sin imágenes, sin razonamientos, sin movimientos apasionados. Se condenan a la sequedad y a la desnudez, a fin de dejar que hablen los acontecimientos por sí mismos.

Luego, *b*) Observad su *vida.* Fueron santos, ¿y serviría su santidad de velo a su impostura? En manera alguna. La mentira no se cobija bajo la misma tienda en que se dan cita las virtudes heroicas y sublimes. Si semejantes hombres nos engañasen, nadie tendría aquí bajo derecho a ser creído.

Finalmente, *c*) *Murieron,* con su sangre sellaron la verdad de su testimonio. Juan fué sumergido en aceite hirviendo; Egipto contempló el suplicio de Marcos; Etiopía el de Mateo, y Lucas murió en Bitinia después de regar con su sangre y con sus lágrimas a Dalmacia, Macedonia y el Peloponeso. ¿Qué escritor dió su vida para confirmar la verdad de lo que escribió? No me citaréis uno solo. Por eso decía Pascal: "Creo en testimonios que se hacen degollar." Notad también esto: no hay más que un solo testimonio. Pero, en vez de un evangelista,

3.° Tenemos *cuatro que difieren y se ponen de acuerdo*. Si los Evangelistas hubiesen querido mentir, hubiesen evitado aun la apariencia de una contradicción, y la perfecta semejanza de sus relatos hubiese puesto de manifiesto su complot. Pero no. *a*) Sus plumas independientes se mueven al compás de sus recuerdos. San Mateo, el publicano, recuerda especialmente los discursos que anuncian la Nueva Ley; San Marcos, aleccionado por San Pedro, resume como un discípulo instruído por su maestro; San Lucas, que sobresale como escritor, nota mejor los tiempos, los lugares, las personas, el orden y sucesión de los acontecimientos; San Juan, el joven virgen y contemplativo, penetra mucho antes los secretos de Jesús, y recoge, reclinado sobre su pecho, el soplo de una inspiración mucho más elevada. De aquí, variantes considerables, detalles omitidos por éste y referidos por aquél, y aun a veces equivocaciones aparentes, que excluyen toda idea de un concierto previo entre los Evangelistas, y que demuestran admirablemente su sinceridad. *b*) Y cosa notable: estos cuatro hombres que escriben cada uno a su manera la misma historia, están de acuerdo en la substancia de los hechos, y se comprueban el uno por el otro. Aunque hay cuatro Evangelistas, no hay más que un solo Evangelio; aunque hay cuatro pintores, no hay más que un retrato. Tomad un versículo de cualquiera de los Evangelistas; al oirlo, toda la tierra se descubre y se inclina como ante una palabra inspirada y un retrato divino. Sí, las páginas evangélicas, tan diferentes de tono, de estilo, de genio, de punto de vista, nos ofrecen una sola y misma imagen de Jesucristo, y esta armonía insconsciente de los escritores sagrados, esta unidad tan íntima, entre plumas tan diversas, es uno de los más decisivos argumentos en favor del Evangelio. Pero no solamente los Evangelistas se esclarecen y comprueban mutuamente, sino que

4.° Están en *perfecto acuerdo con el ambiente histórico* y geográfico en que colocaron su relato. Todo lo que dicen de los lugares y de los hombres, del estado religioso, político, civil y social de Palestina en aquella época, de las monedas, de los usos, de las sectas judías, todo concuerda absolutamente con lo que sabemos de Judea, ya por los historiadores de la época, ya por los eruditos y los arquéologos de aquel siglo que visitaron la Tierra Santa, y en ella encontraron en todas partes, en los monumentos y en las ruinas, la confirmación de los Evangelios. Sí, los autores del Evangelio merecen ser creídos; saben lo que dicen, son sinceros, se comprueban mutuamente, y su relato nada en la plena verdad histórica. Ahora

II. Interroguemos a los **guardianes** del Evangelio. ¿Quiénes son? Son los primeros cristianos, es decir, los judíos o paganos convertidos, quienes, antes de abandonar la religión de sus padres, tuvieron que luchar contra ellos mismos y contra la opinión, y cuyo testimonio es tanto más irrecusable cuanto se refiere al origen mismo de las cosas. Estos cristianos no eran unos cristianos cualesquiera; se llamaban, Pablo de Tarso, Clemente de Roma, Ignacio, Justino, Atenágoras, Quadrato, Tertuliano, Minucio Félix, Arnobio, y tantos otros. Son grandes inteligencias, son almas heroicas; la mayor parte vertieron su sangre por Jesucristo. Ahora bien, compulsando sus escritos, hállase en ellos el Evangelio reproducido, copiado, citado, anotado, explicado; de suerte que, si el Evangelio hubiese pereci-

do en la Edad Media, se hubiera encontrado espigando en los Padres de los tres primeros siglos. Desde su origen, he ahí, pues, el Evangelio colocado bajo la triple guardia del genio, de la santidad y del martirio, en medio de un pueblo que lo lee, que lo lleva sobre su pecho, que lo coloca en sus tumbas como para embalsamar la sepultura de sus muertos. ¿Y este libro no sería auténtico?

Señores, quedo admirado cuando veo que hombres de gusto aspiran con delicia el aroma de antigüedad y de excelente literatura que se desprende de los cantos de Homero, de las estrofas de Horacio, de las *Bucólicas* de Virgilio, de los *Discursos* de Cicerón; que hay sabios que juran por Salustio, por Suetonio, por Tácito; que hay críticos enemigos que aceptan tan fácilmente la integridad de libros que nada protegió contra la arbitrariedad de los copistas, en tanto que se atreven a tomar, con relación al Evangelio, una actitud sospechosa y acusadora.

Dos vergeles hállanse colocados el uno junto al otro; éste abierto a todos los transeuntes, aquél rodeado de altos y fuertes muros, lleno de perros tan terribles como fieles, vigilados por hombres que jamás se entregan al sueño. Llega un extranjero, y jura que si se ha robado algo de ellos ha sido en el que estaba mejor guardado. Evidentemente ese extranjero es un bromista de mala ley. Pues bien, desde el origen, fué el Evangelio protegido, guardado por todo un pueblo. Veo en torno suyo santos que lo leen, doctores que lo explican, mártires que lo sellan con su sangre.

No, no hay en el mundo un libro que merezca mi confianza en la medida del Evangelio, porque no hay uno solo que haya sido mejor guardado, por lo que, de acuerdo con todos los viejos siglos cristianos, deposito en esas páginas sagradas el beso de mi fe y de mi gratitud. Voy a concluir, y, para poner por encima de todas las contradicciones el valor histórico de los Evangelios,

III. Interrogo a los **enemigos** del Evangelio. Señores, es esto maravilloso. Los enemigos del Evangelio van a proclamar su autoridad y a confirmar el testimonio de aquellos que fueron sus autores y guardianes.

1.° Los *judíos* se callan. Señores, si se me ocurriera la idea de escribir la historia de un héroe imaginario, de agrupar en torno suyo unos cuantos nombres, de unir a estos nombres los epítetos de cobardes, traidores, perjuros, ambiciosos, ingratos, ¡cuántas reclamaciones, cuántas acusaciones de difamación tendría que soportar! Mi vida no bastaría para purgar mi crimen. Pues bien, he ahí que los Evangelistas, en su relato, hacen recaer el crimen más infame sobre la cabeza de Pilatos, de Herodes, de Caifás, de sacerdotes y doctores, del pueblo entero. Evidentemente, una tempestad va a estallar en todos los ángulos de Judea, y a aplastar a los calumniadores, a convencerlos de su impostura. Hablad, pues, judíos; vengaos, vengad la ley, el templo, el pontificado, la realeza; vengad la verdad. Pero no, nada más que el silencio, es decir, la prueba más fuerte, la más solemne confesión de la sinceridad de los Evangelistas. ¡Oh Mateo, oh Lucas, oh Marcos, oh Juan, oí vuestra voz armoniosa! El silencio de los que podrían y deberían contradeciros, me conmueve y me convence más que todas las pruebas, y me atrevo a deciros lo que se dijo del mismo Dios: "*Silentium tibi laus;* el silencio es tu alabanza." Los judíos se callan.

2.º Los *herejes* no contradicen el valor histórico del Evangelio. Los herejes eran los librepensadores de los primeros siglos. Ahora bien, si los obispos del universo católico se reunieran y decretaran que era preciso añadir al Evangelio una palabra que no estuviera en él, mañana, y hasta la destruccion radical de prensas y editores, sería impreso ese nombre en bastardilla en todos los periódicos y en todas las obras de los librepensadores, que Dios tolera aquí bajo para martirio nuestro. ¿Pero es que los herejes de los primeros siglos hablaron del Evangelio como de un libro impostor y alterado? Jamás. Juliano el Apóstata habla de los cuatro Evangelistas, y les atribuye resueltamente sus libros. Celso buscó armas contra el cristianismo en el Evangelio, pero no combatió su autenticidad. Herejes tales como Taciano y Marción hicieron esfuerzos inauditos para corromper, en provecho de sus sectas, ciertos pasajes de los libros sagrados, con lo cual demuestran la elevada autoridad que estos libros tenían a sus ojos. ¿Qué queréis oir todavía en favor de los Evangelios?

3.º *Los escritores paganos.* Pues bien, he ahí a Tácito declarando que el nombre de cristiano viene de Cristo, y que Cristo fué condenado al suplicio reinando Tiberio, y gobernando a Judea Poncio Pilato. He ahí a Plinio, que consulta a Trajano acerca de los suplicios infligidos a los cristianos, y refiere que todo su crimen consiste en reunirse el último día de la semana para cantar las alabanzas de Cristo. He ahí el historiador Josefo, que habla dos o tres veces de Jesucristo en sus antigüedades judaicas. He ahí Lampidio, que nos dice que Alejandro Severo tributaba cada mañana culto privado al divino Crucificado, y que Adriano quería colocarlo

en el número de los dioses. Finalmente, he ahí los archivos del imperio romano, en donde se halla consignada la memoria del procurador Poncio Pilato sobre la vida y milagros de Jesucristo; y Justino y Tertuliano no vacilan, en sus apologías, de hacer un llamamiento a ese monumento que el mismo Tiberio no pudo leer sin experimentar cierta piadosa conmoción. No lo olvidéis, señores; Jesucristo nació en la hora más luminosa del mundo, cuando no podía producirse el menor ruido en la inmensidad del imperio sin que Roma lo oyese. Pues bien, es incontestable que Roma y el paganismo conocieron el relato de los Evangelistas.

Así, pues, el testimonio de los paganos, añadiéndose al de los herejes y al de los judíos, acaba el comienzo de las pruebas en favor del Evangelio.

Conclusión.—En resumen, los autores, guardianes y enemigos del Evangelio, testifican, por modos diversos, pero invenciblemente, el valor histórico y la irrefragable autoridad de este libro divino; y aquí es preciso decir con J. J. Rousseau, este enemigo declarado de la religión: "Los hechos de la vida de Sócrates, de los cuales nadie duda, son menos comprobados que los de la vida de Jesucristo." Vayamos, pues, sin temor al Evangelio, señores; éste, no sólo es el más hermoso, sino también el más auténtico y verdadero de todos los libros. Por otra parte, si no estuviéseis enteramente convencidos de la autoridad del Evangelio, os señalaría en su favor una prueba suprema: *su fecundidad.*

Quitad del corazón del hombre y del mundo las malas pasiones que la Iglesia condena, y haced reinar en él las virtudes cuyo precepto y ejemplo nos ofrece el Evangelio, y la tierra se convertirá en mansión de de-

licias, y veréis extinguirse las noventa y cinco centésimas partes de los males que la desolan.

Se dirá que esto es una utopia. Conformes, pero si el reinado absoluto del Evangelio sobre todos los corazones no se ha visto aún, ni probablemente se verá jamás, ¿a quién se debe, al Evangelio o a los hombres? ¿Habrá que hacer responsable de nuestra perversidad a ese libro divino?

Se dirá también que el Evangelio no lleva camino de volver a penetrar en las costumbres, en las leyes, en las instituciones, y que se ha expulsado de las escuelas, para desterrarlo por siempre jamás del mundo y cerrarle las puertas de lo por venir. Tanto peor. El mundo perecerá, o volverá al Evangelio; pero no tengáis miedo; el Evangelio ha enterrado ya muchos infolios hoy perdidos en el polvo, y sobrevivirá a todas las producciones más o menos adulteradas que traten de ocupar su puesto. Lo por venir le pertenece, y sus páginas inmortales se cernerán sobre todos los sistemas olvidados, como la luz del sol campea por encima de todos los diluvios. Sed apóstoles y discípulos del Evangelio. Practicadlo, propagadlo. En él están los secretos de la vida y de la muerte; en él se aprende a vivir bien y a morir santamente; en él está la verdad, en él está la salvación.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOQUINTA

Una primera mirada sobre Jesucristo

SEÑORES:

Unos cuatro mil años después de la creación del hombre, mil trescientos después de la unción de David, y seiscientos después de la cautividad de Babilonia, reinando en Roma el primer César, y el primer Herodes en Judea, en el siglo más esclarecido de la historia antigua, entre las cimas del Carmelo y del Tabor, entre las riberas del Jordán y del Mediterráneo, apareció un hombre. Su pobre madre recibió su primera sonrisa y secó su primera lágrima; humilde vivenda abrigó los años de su infancia, y el trabajo del obrero, al mojar de lágrimas su pan, regó su frente de sudor. Pero, después de treinta años de silencio y obscuridad, presentándose aquel hombre ante la tierra asombrada, le dirige estas extrañas palabras: "Soy la luz del mundo. Soy el principio y el fin. Soy el camino, la verdad y la vida." Predica, y las ciudades en masa, arrastra-

das por el hechizo todopoderoso de su palabra, le siguen al desierto. Obra, y las leyes de la naturaleza obedecen a su poder, y la muerte misma devuelve sus víctimas. Se muestra al mundo, y las virtudes más sublimes resplandecen en su persona. Finalmente, muere, y tanto poder, tanta doctrina, tanta grandeza, parece por un momento que no producen más que una cruz y una tumba. Pero, tres días después, se levanta viviente y glorioso de las entrañas de la tierra; su cruz se convierte en trono, su tumba se cambia en altar, y el mundo civilizado, con la frente hundida en el polvo, adora en silencio al niño de Belén, al hijo de María, a Jesús de Nazaret, al ajusticiado de la cruz, al resucitado del Calvario. Prodigio único de debilidad y de grandeza, este hombre produjo en el mundo una sensación cuyos estremecimientos experimenta todavía. En efecto, está tan lleno el mundo de su recuerdo, que lo mezcla a todos los demás, y cuando se le pregunta el nacimiento o la muerte de los imperios, tiene la costumbre de responder: "Tantos años después que Jesucristo apareció en mi seno." El paso de este mortal incomparable es un punto culminante en la historia, en el cual convergen las dos Sagradas Escrituras, y con él se relacionan todos los acontecimientos.

He aquí, señores, por lo menos, algo grande, prodigioso, algo que nunca se vió ni se verá en la tierra. Jamás hombre alguno cambió las herramientas de trabajo por el cetro del mundo; jamás hombre alguno pasó por una cuna y una cruz para subir a los altares; jamás hombre alguno partió de tan bajo para subir tan alto. Detengámonos, pues, ante esta incomparable figura, echemos sobre ella una primera mirada, y respondamos hoy a esa primera pregunta: ¿Quién es Jesucristo? Consultemos al Evangelio y la

teología, estas dos fuentes que no forman más que una, pues así como la ciencia del derecho se saca igualmente del código y de la jurisprudencia que aplica y explica el código, así la ciencia de la religión se saca del Evangelio y de la teología, que no es más que el comentario y como la eflorescencia del Evangelio.

1.° ¿Quién es Jesucristo? *Es el Hijo de Dios hecho hombre,* responde la teología. *Hay en Jesucristo dos naturalezas y una sola persona.*

Señores, las verdades de la fe están escritas en los repligues más íntimos de nuestra naturaleza, y, para comprender lo que es Jesucristo, basta que veamos lo que somos nosotros. Escuchad cómo respiramos; cerrad los oídos a todos los ruidos de fuera, y abridlos solamente a las trepidaciones íntimas de vuestro ser.

¿Qué somos? *Somos dos realidades substanciales en una sola persona.* Esto es maravilloso.

I. Hay en mí dos realidades substanciales: un cuerpo y un alma. Hay quien sostiene que yo no tengo más que un cuerpo; pero, manifiestamente, tengo un alma. Pienso, y de cualquier manera que vuelva y revuelva mi pensamiento, nada material encuentro en él. Mi pensamiento no es ni extenso, ni divisible, ni corruptible; es siempre espontáneo, pleno y perfectamente inmaterial. Ahora bien, allí donde hay un producto inmaterial, hay necesariamente un crisol productor que es inmaterial también. Soy, pues, un alma al propio tiempo que un cuerpo. Tengo un cuerpo, tengo un alma, los siento profundamente distintos e íntimamente unidos. Cosa misteriosa, pero incontestable.

II. Hay en mí dos realidades substanciales, pero una sola persona. Ahora bien, es un principio que cuando dos seres de un valor desigual están unidos, el más elevado gobierna y se apropia al menos elevado: *major pars trahit ad se minorem.* Mi cuerpo y mi alma están unidos; mi alma es más digna que mi cuerpo; luego en mi alma es en donde reside el centro del gobierno y de la responsabilidad; en ella reside el yo, la personalidad. Mis dos realidades sustanciales y todos los actos que emanan de ellas proceden de un solo y mismo individuo; soy dos en uno; con un cuerpo y un alma, no soy más que una sola persona.

Señores, penetrad en los abismos de vuestra naturaleza y en ellos hallaréis lo que encuentro en la mía: un cuerpo y un alma, dos realidades substanciales de las que resulta una individualidad única. Escuchad:

¿Quién es Jesucristo? *Dos naturalezas en una sola persona,* que es la persona del Hijo de Dios.

I. Del propio modo que hay en mí un cuerpo y un alma, profundamente distintos, pero armoniosamente unidos, así hay en Jesucristo dos naturalezas, la naturaleza divina y la naturaleza humana. Le contemplo. Es verdadero hombre. Tiene una inteligencia, una imaginación, una sensibilidad, una voluntad, un corazón, y también un cuerpo semejante a los nuestros, al propio tiempo que es Dios, verdadero Dios, plena y perfectamente Dios. ¡Oh hombre, no murmures contra este misterio, porque encierras en ti mismo un misterio casi tan profundo, y la coexistencia, la asociación de tu alma racional y de tu carne material, es una imagen, un esbozo de la misteriosa unión de la naturaleza humana y de la naturaleza divina en la persona de Jesucristo.

II. Y así como de la unión de nuestra alma con nuestro cuerpo resulta una sola individualidad, del propio modo, de la unión de la naturaleza humana y de la naturaleza divina resulta en Jesucristo una sola persona, que es la persona del Hijo de Dios. Tenéis un cuerpo y un alma; Jesucristo tiene un cuerpo, un alma y la divinidad. Y si, al contemplaros, proclamáis la unidad de la persona en la dualidad de la naturaleza substancial, ¿por qué os negaríais a reconocer en Jesucristo la unidad en la triplicidad de las naturalezas substanciales? Y si os parece que el misterio de nuestra personalidad es una cosa tan sencilla, ¿por qué habría de pareceros el misterio de la Encarnación una cosa tan absurda?

Señores, nosotros somos una Encarnación, y para compreder lo que es Jesucristo, basta que veamos lo que somos nosotros. Somos una sola persona en dos naturalezas substanciales; del propio modo, Jesucristo es el Hijo de Dios hecho hombre: tiene dos naturalezas y una sola persona. He ahí el lenguaje de la teología; he ahí también la enseñanza del Evangelio.

2.° ¿Quién es Jesucristo? *Es el hijo de Dios hecho hombre,* responde el Evangelio. *Jesucristo es Dios y hombre a la vez.* Eterno e hijo de un día, antes que Abraham e hijo de Abraham, llenando los cielos y envuelto en pañales, creador de su madre e hijo de su criatura, adorado por los ángeles y rechazado por los hombres, fuente de la vida y víctima de la muerte. He ahí todo el Evangelio: la aparición de la humanidad y de la divinidad en la persona adorable de Jesucristo.

Nace en un establo, en las ruinas del palacio de David, débil y endeble como el más miserable de los recién nacidos, más pobre que los más pobres: es el na-

cimiento del hombre. Pero los ejércitos celestiales cantan este nacimiento, los astros lo señalan, el oro, la mirra y el incienso son depositados al pie de la cuna: he ahí el advenimiento de un Dios.

Amenazado por la ambición desapoderada de Herodes, huye a aquella tierra de Egipto que sirvió de refugio a Jacob, su abuelo; era el *destierro* del hombre. Pero los falsos dioses tiemblan, y la estatua de Júpiter se rompe cuando El se aproxima: he ahí la *dote* de Dios.

Jesús crece en edad y en sabiduría, en el trabajo y en la obscuridad, como todos los otros hijos de Nazaret: era la educación progresiva del hombre. Pero va a celebrar la Pascua en Jerusalén, se mezcla con los doctores en el templo, y los deja asombrados con destellos incomparables de su palabra: he ahí la ciencia no aprendida de Dios.

Fué bautizado, como los pecadores, en el río Jordán, pero los cielos se abren y proclaman su filiación divina. Es tentado en el desierto como todos los hombres, pero con tres palabras como tres flechas aceradas, traspasa al tentador, lo pone en fuga, y se hace servir por los ángeles, como convenía a la majestad de un Dios. Es pobre, padece hambre y sed, pero alimenta las multitudes con cinco panes y algunos peces. No tiene una piedra en la cual pueda reposar su cabeza, y manda a los elementos; duerme, pero durante su sueño, impide que zozobre la barca, que se vaya a fondo; marcha, pero, ordenándolo El, el agua se mantiene firme debajo de sus pies; le abate la fatiga, y cura los enfermos; llora por la muerte de Lázaro y la ingratitud de Jerusalén, y seca las lágrimas de los desgraciados.

¿Veis ese condenado a muerte que cae rendido de fatiga bajo las varas de Petronio? ¡Es el Hijo del hombre! ¿Veis ese sublime transfigurado que irradia los esplendores del Tabor? ¡Es el Hijo de Dios!

¿Veis ese agonizante, abandonado de sus amigos, a los que no puede despertar de su sueño cuando va a morir por ellos? ¡Es el Hijo del hombre! ¿Veis ese profeta que anuncia que la hora del poder de las tinieblas ha llegado y que está cerca el que ha de venderlo? ¡Es el Hijo de Dios!

¿Veis esa víctima prosternada en el huerto de Getsemaní, que exclama: "¡Padre mío, aparta de mí este cáliz?" ¡Es el Hijo del hombre! ¿Veis ese sacrificador que se levanta y con una palabra aterra a sus enemigos antes de dejarse atar, para dejar bien sentado que es dueño de los mismos a los cuales va a entregarse? ¡Es el Hijo de Dios!

¿Veis ese condenado, llevado de tribunal en tribunal, interrogado, renegado y juzgado como un malhechor? ¡Es el Hijo del hombre! ¿Veis ese paciente que cura la oreja de Malco, que amenaza a Caifás, cuyo recuerdo inspira a Judas remordimientos desesperados, y cuya imagen, suspendida en todos los pretorios de la cristiandad, hará temblar hasta el fin a los jueces prevaricadores? ¡Es el Hijo de Dios!

Se le crucifica, pero la tierra tiembla bajo el peso de su cruz. Muere, pero el sol se obscurece. Se le deposita en la tumba, pero resucita por su propia virtud. Finalmente, durante más de un mes, sus discípulos, sus apóstoles, la muchedumbre, pueden verle, acercársele, oirle, meter la mano en sus heridas, para convencerse bien de la identidad del hombre; pero el día de la Ascensión, reúne a los suyos en el monte de los Olivos, y asciende al cielo en su presencia, para demostrarles que es Dios por siempre jamás impasible y glorioso.

Conclusión.—He ahí Jesucristo. ¿Es hombre? Sí, porque fué triturado en la debilidad. ¿Es Dios? Sí, porque se nos aparece llevando consigo los atributos divinos, la infinitud de la sabiduría, del poder y de la gloria. ¿Quién es Jesucristo? ¿Es el representante más ilustre del género humano, la más noble imagen en que pueda éste contemplarse? Sí, eso es. Pero es más que eso: Jesucristo es al propio tiempo hombre y Dios; es el Hombre-Dios.

Cierto día reunió Grecia a sus artistas para obtener de su genio una imagen digna de sus adoraciones. Fué elegido Fidias. Tomó su cincel, talló uno de sus mármoles famosos, que respiraban ya antes de tocarlo la mano del escultor, y puso en él la luz, el pensamiento, la gloria, el reposo, y cuando Grecia apartó el velo que cubría a Júpiter Olímpico, exclamó con voz seria y unánime: "¡He ahí Dios!" Atenas se engañaba. Atenas ponía en su mármol la divinidad, pero el mármol no podía recibirla. Más dichoso que Fidias, señores, os muestro la figura de Jesucristo, y os digo: ¡De rodillas, cristianos, de rodillas en la admiración y en la adoración! ¡He ahí el hombre, he ahí Dios, he ahí el Hombre-Dios!

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEXTA

El nacimiento de Jesucristo

Señores:

Hemos echado una ojeada sobre la incomparable figura de Jesucristo; vamos ahora a seguirle desde la cuna a la tumba. ¡La cuna! Sí, señores, siendo todo un Dios, quiso Jesucristo entrar en el mundo por la puerta humillante de la cuna, quiso nacer de una hija de Adán. ¿Qué digo? A no ver más que la superficie de las cosas, parece que su nacimiento es el naufragio de su majestad. Los cantos de alegría de todo un pueblo no vienen a saludar su entrada en el mundo. Nace pobre, y los pobres no tienen muchos amigos que vengan a felicitarlos y a decirles: "Regocijémonos, nos ha nacido un niño!" Su cuna no se halla colocada junto a un trono; un establo le sirve de palacio. Sin duda que os preguntaréis con espanto si, en tal rebajamiento, no zozobra la majestad de Dios. No, señores, no tengáis miedo. Reconoced y saludad conmigo las singularidades gloriosas del nacimiento de Jesucristo.

I. Su cuna es muy pequeña, pero es el centro del mundo.

¿Habéis visto elevarse el sol? Mucho tiempo antes que salga de las sombras, ilumínase el horizonte. Nubes blancas y rosadas flotan en las alturas. Muy pronto vivos rayos, juegos de luz enteramente espléndidos, anuncian la llegada del astro del día. Recorre lentamente la inmensidad del cielo irradiando en todas direcciones; y cuando se retira, deja en el horizonte bandas de púrpuras y de oro, y en la tierra efluvios de calor y fecundidad. Es esto tan hermoso, que uno puede preguntarse si esta luz de la aurora y del crepúsculo no es tan bella como la del sol a mediodía. Señores, he ahí la imagen debilitada de la entrada de Jesucristo en el mundo. Ondas de luz antes y ondas de luz después. Antes, patriarcas que lo anuncian, profetas que lo pintan, justos que lo figuran, conquistadores que lo preceden y le trazan su ruta, naciones que lo esperan, cuarenta siglos arrodillados ante su cuna. Después, mártires que mueren por El, doctores que se transfiguran a su luz, diecinueve siglos que apelan a El y salen de su cuna. ¿Por ventura es esto lo ordinario?

Aparece. Victorioso por tierra y por mar, César Augusto ha cerrado el templo de Jano, y quiere convertir el reposo de sus armas en provecho de su gloria ordenando contar las riquezas de sus provincias y el número de sus súbditos. Pero Dios tiene distintas miras que las suyas. "En aquellos días—dice San Lucas—publicó César Augusto sus edictos para empadronar el universo."

Este empadronamiento fué ordenado por un hombre, pero fué porque Dios lo quiso, para conducir su Hijo al sitio en que el profeta colocó su cuna, a fin de que su real genealogía fuese confirmada por actos públicos, y la realidad de su humanidad santa fuese oficialmente comprobada por las más grandes autoridades de la tierra. "¿Qué haces tú—exclama Bossuet,—qué haces tú, príncipe de este mundo, poniendo todo el universo en movimiento, a fin de obtener la lista de todos los súbditos de tu imperio? Quieres conocer su fuerza, sus tributos, los soldados futuros. y empiezas, por decirlo así, a enrolarlos. Esto, o algo semejante, es lo que te propones; pero Dios tiene otros designios, y tú los ejecutas, sin pensarlo, con tus miras humanas; su Hijo debe nacer en Belén... y he ahí que todo el universo se reúne para realizar esta profecía. Jesús, hijo de Dios, nace en la ciudad en que nació David. Su origen queda testificado por registros públicos; el imperio romano rinde testimonio a la real descendencia de Jesucristo, y César, que no piensa en ello, ejecuta la orden de Dios." Renán, en su infame novela titulada *la Vie de Jésus*, escribió: "Jesús nació en Nazaret." Esto es una mentira, un insulto a la religión y a la historia, porque el nacimiento de Jesús en Belén está inscrito, no solamente en el Evangelio, sino también en las estadísticas del imperio romano. Jesucristo aparece, y cuando José se presenta en Belén para hacer registrarlo allí, muy absorto hubiera quedado el oficial romano que tomó su nombre, si se le hubiera dicho que, desde aquel hijo, nacido de una madre pobre, en un gran camino, será preciso datar el fin del mundo antiguo y el año primero de la era moderna. Y, con todo, era esto una gran verdad; por pobre y oculta que esté, la cuna de Jesucristo es el punto de partida del mundo nuevo, el centro de las cosas. Belén, todo se apoya en ti; en ti todo acaba, en ti todo empieza.

Cesa la espectación, porque está realizada. Cesan los sacrificios, porque la verdadera víctima ha hecho su

aparición. Cesa el templo de Jerusalén, ya no tiene razón de ser. La misma Roma va a cesar; no tardará en irse, con sus horrores y sus infamias, que ya no volverán a verse allí donde haya brillado la luz del Evangelio.

Y el río de las edades, que acaba de detenerse ante el pesebre de Jesucristo, aparta su curso y se abre un nuevo lecho. En vano torturan la historia para apartar de ella a Jesucristo; no lo lograrán. Se ha encarnado en toda la civilización moderna. Si se le arranca de las creencias, vivirá en las costumbres. Si se le expulsa de sus templos, permanecerá en los corazones. Si se le destierra de las nacientes generaciones, subsistirá en nuestra historia, respirará en nuestra legislación, reinará en nuestros hábitos, palpitará en nuestras virtudes. Está en nosotros, está fuera de nosotros, y es imposible suprimirlo sin pasear el arado por un mundo modelado por su palabra, impregnado de sus recuerdos.

Quitad del seno del género humano esa débil cuna de Belén, con la serie de patriarcas, de profetas, de acontecimientos figurativos que la preceden, con el cortejo de los santos, de las virtudes, de las transformaciones sociales que la siguen, y abriréis una especie de laguna en la historia y en el mundo moral, ante la cual retrocederá espantada la razón. Por pequeña que sea, la cuna de Jesucristo es el centro del mundo; allí todo acaba, allí todo empieza, allí se encuentran y se enlazan lo pasado y lo por venir del género humano. Señores, esto es único, esto es divino. Por otra parte, ¿qué es lo que veo detrás de esa cuna? Una mujer, una madre, una virgen. Sed respetuosos, señores, y entended el sentido de lo que cantáis cada domingo: *Natus est Maria Virgine!* Jesucristo es el fruto de una madre virgen; segunda singularidad gloriosa de su nacimiento.

II. María es la madre de Jesucristo y es virgen.

Sí, señores, Jesucristo nace del seno de una virgen, en cuya frente, por exquisita delicadeza, pone las sublimes realidades de la maternidad con las ideales bellezas de la virginidad.

Jesucristo tiene una madre... Es María. Es tan verdadera madre como es posible serlo, ya que dió al fruto bendito de sus entrañas todo lo que las madres dan a sus hijos, ya que de su purísima substancia, la acción creadora del Espíritu Santo formó el cuerpo sagrado del Salvador y porque este cuerpo sagrado estuvo desde el primer instante de su existencia, personalmente unido a la divinidad, es María verdadera madre de Dios. Cierto día levantóse el impío Nestorio, y se atrevió a decir lo contrario. Al punto se produjo una sublevación en el mundo católico, celoso de la gloria de su madre. Reuniéronse los obispos en Efeso para defender la maternidad divina de María, y, arrojando flores ante su paso, exclamaba el pueblo: "Si alguien dice que María no es verdadera madre de Dios, sea condenado."

María es madre de Dios. Por consiguiente, no podéis asombraros de que todo el linaje humano cristiano la honre con un culto tan eminente que no pueda tener sobre él más que la adoración. Asombraos de que, en todos los siglos del cristianismo, y aun hoy en día, las letras, las artes, los monumentos, la oración rindan testimonio a esta excelsa madre. Asombraos de que María lanzase a los siglos futuros este oráculo que cantaréis luego: "Todas las generaciones de la tierra me llamarán bienaventurada." ¡Afrontar así lo por venir una jovencita de quince años!... Si esto no fuera divino, sería la más incalificable locura. Pero, señores, esto es di-

vino, porque el oráculo se ha realizado. En vano intenta la impiedad mancillar lo que no entiende y negar lo que le molesta; nosotros continuaremos uniendo en el mismo cántico al Hijo y a la Madre. *Natus est María Virgine!* Jesucristo tiene una madre; es María.

La madre de Jesucristo es virgen. ¡Es la virgen María! María era virgen cuando el Espíritu Santo, sustituyéndose a la ley natural que produce la vida humana, formó en su seno, por un acto creador, la carne sagrada del Salvador. Su hijo acaba de nacer, y ella es virgen todavía; conserva el privilegio de inocencia y pureza que puso bajo la guarda de Dios. Será virgen siempre, y el humilde José, su esposo, no fué más que el casto guardián de su virginal esposa y el padre nutricio del divino Infante. Apartad, señores, toda idea de un vulgar enlace entre María y José. "Son—dice Bossuet—dos virginidades que se unen para conservarse eternamente la una a la otra por una casta correspondencia de púdicos deseos." Verdad es que Jesucristo es llamado el primogénito de María; pero ese término judío y legal designa, en el lenguaje sagrado, el hijo único, como también el primer nacido de numerosa familia. Verdad es que el Evangelio nos habla de los hermanos y de las hermanas de Jesús; pero entre los hebreos se daba ese nombre a los próximos parientes. Dejad, pues, señores, que ladre desorientada la impiedad, y saludemos con la Iglesia la perpetua virginidad de María: "¡Oh Madre, después de vuestro alumbramiento, permanecisteis virgen sin mancilla: *Post partum, virgo inviolata permansisti!*"

María es virgen antes, durante y después del nacimiento de Jesucristo. Esto es y *esto debía ser.* Convenía que Dios diese por madre, a su purísimo y santísimo Hijo, una virgen libre de los dolores y marchitez

con que se paga, según la ley común, el honor de la maternidad. Por otra parte, en el mundo nuevo inaugurado por Jesucristo, la virginidad estaba llamada a ocupar un puesto más elevado y a coronarse de frutos exquisitos. Mirad el mundo católico; por todas partes vírgenes: vírgenes en el altar, para inmolar el cordero sin mancilla; vírgenes para arrebatar aun en las extremidades del mundo y criar para Jesucristo los pueblos infieles; vírgenes en la soledad, para apartar de la cabeza de los pueblos culpables los golpes de la justicia divina; vírgenes en la escuela, para dar a los hijos del pueblo madres según la gracia; vírgenes en las guardillas infectas donde se oculta la miseria; vírgenes en los hospitales, vírgenes en todas partes, en todas partes vírgenes. Esta misma semana, en el Senado, un hombre que no comparte nuestras ideas, decía: "Los Hermanos de las Escuelas Cristianas, los lazaristas, los jesuítas, las religiosas de todas las Ordenes, realizan allá bajo, en medio de las miserias orientales, su misión de sacrificio con la serenidad, la dulzura, el valor que todos vosotros les reconocéis."

¡Oh hombres, puesto que bendecís los beneficios del río, sabéis cuál es su fuente! ¿Sabéis de dónde nacen esos enjambres laboriosos y abnegados cuyos servicios confesáis? Todos proceden de esa maternidad virginal que os anuncio, de ese potente modelo de la Virgen Madre, cuya influencia debía manifestarse, y se manifiesta, en todas las edades cristianas. La inmensa y activa legión de las vírgenes apela a la Virgen María, en quien se unen, para realzarse mutuamente y mezclar sus rivales esplendores, el honor maternal y la integridad virginal.

Habéis visto cómo los árboles de vuestros jardines se cubren en primavera de flores blancas como la nie-

ve. ¡Qué hermosura la de sus ramas cargadas de esperanzas! Pues más hermosas son aún en el otoño, cuando se doblan al peso de sus dorados frutos. Pero hace ya mucho tiempo que la flor se marchitó, hace ya mucho tiempo que la flor cayó del árbol. La rama virginal de José, María, Madre de Jesucristo, lleva a la vez la flor y el fruto, el fruto perfecto y la flor siempre fresca.

Jesucristo nació de una madre siempre virgen, y su cuna es el centro del mundo. Añadid a esto que los ángeles cantan su entrada en el mundo, y que los pastores y los Magos le ofrecen sus adoraciones y presentes, y comprenderéis fácilmente que no es un niño vulgar aquel cuyo nacimiento se ve rodeado de prodigios semejantes. Detengámonos ante esa cuna divina, y respiremos, con los adoradores de Jesucristo, las primeras brisas del mundo nuevo.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEPTIMA

La vida oculta de Jesucristo

SEÑORES:

La vida de Jesucristo hasta los treinta años se resume en algunos acontecimientos muy sencillos: la circuncisión, la presentación en el templo, la huída a Egipto, su vuelta, su residencia en Nazaret, el viaje a Jerusalén a la edad de doce años, el crecimiento del divino Infante y su obediencia a María y a José, y finalmente, las tinieblas de su vida oculta. ¡*Treinta años en el silencio y la obscuridad!* ¡Treinta años de trabajo manual en un taller! ¡Qué espectáculo! ¡Qué lección! ¡Qué actualidad!

I. Qué espectáculo.

Traslademonos a aquella Palestina situada en las orillas de los mares, en el centro de todos los imperios, la cual, por largo tiempo cerrada, acababa de abrirse,

hace ya diecinueve siglos, al paso de centuriones y procuradores romanos. Contemplad aquella humilde aldea de Nazaret, en Galilea, en donde Jesucristo vivió treinta años, recorriendo todos sus senderos, descansando bajo todas sus sombras, abarcando con la mirada todos sus horizontes. Mientras que en lo exterior, y en el primer plano del mundo, se agitan los hombres y las cosas, las pasiones y los acontecimientos, allá, en Nazaret, en una humilde morada se desarrolla el drama augusto y soberano que va a cambiar la faz de la tierra. Todas las fuentes, señores, están ocultas, Jesucristo, la fuente de la Verdad, del Bien y de la Belleza, la fuente de la redención y la civilización, pasa inadvertido.

Crece y se hace grande, como crecen y se hacen grandes los hijos de los hombres. Tiene toda la gracia embelesadora y amable de la juventud, y, por tanto, nada de pueril en los rasgos de su semblante, ni en sus palabras, ni en sus actos. Su alma está llena de la divina sabiduría, pero sólo poco a poco manifiesta sus perfecciones ocultas, como el árbol joven que sólo poco a poco despliega sus botones, sus hojas y sus flores, antes de ofrecer sus frutos, como el sol, que, después de blanquear ligeramente el horizonte, lo hermosea con los colores crecientes de la aurora, antes de inundar el espacio con sus rayos victoriosos y mostrar su faz resplandeciente.

Pero ¿qué hace en la humilde mansión que le oculta a los ojos del mundo?

Obedece y trabaja. Es aprendiz. Lo que puede crear con una sola palabra, consiente en hacerlo progresivamente. Inspirador de todas las artes, parece que aprende su vulgar oficio. Sus manos delicadas se ajan, como las de los hijos del pobre pueblo, con el duro manejo

de las herramientas; y cuando ha adquirido la plenitud de la fuerza física, se inclina durante horas enteras sobre la vil madera, termina su jornada y gana el pan con el sudor de su frente. "¡Oh Dios—exclama Bossuet,—me siento sobrecogido... Jesús, hijo de un carpintero, y carpintero él mismo, conocido por este oficio, sin que se hable de ningún otro empleo, ni de ningún otro acto. No maneja ciertamente ningún célebre pincel; se complace en ejercer un oficio, más humilde y más necesario a la vida; no se vale de una pluma docta para escribir hermosos libros; se ocupa en ganar el sustento de la vida. Cumple, alaba y bendice la voluntad de Dios en su humillación."

Y añade Bossuet: "Regocíjense y consuélense los que viven de un arte mecánico; Jesucristo pertenece a su corporación." He ahí, señores, entre muchas otras, la enseñanza que se desprende de la vida oculta de Jesús.

Jesús es obrero,

II. ¡Qué lección!

Todavía hoy, después de diecinueve siglos de cristianismo, creemos con dificultad en la nobleza del trabajo manual. Nadie se avergüenza, por lo contrario, todos se enorgullecen de ser hombres de Estado, hombres de ciencia, hombres de letras, hombres de negocios; pero ser hombres del trabajo manual, trabajar con las manos una materia grosera, eso nos parece humillante, y aquellos a los cuales el nacimiento o la fortuna han libertado de esa fatalidad, dejan caer a veces sobre el obrero una mirada de altanera piedad.

Mas en la época en que Jesucristo vino al mundo, todo era muy distinto. El trabajo manual era objeto de

soberano desprecio, de universal reprobación. Escuchad señores, y os quedaréis asombrados. En la antigüedad, los obreros constituían una clase despreciada y rechazada; eran considerados y tratados como bestias de carga. Los genios más grandes de Grecia, *Platón y Aristóteles,* no vacilan en despreciar el trabajo manual y en proclamarlo indigno del hombre libre. Formados en su doctrina, los ciudadanos en posesión de su derecho, temían profanar sus manos perezosas al contacto de los instrumentos de trabajo, que abandonaban a los esclavos. En Roma se consideraba a los obreros manuales como bárbaros, y las profesiones mecánicas como una vergüenza, y bajo la pluma elegante de *Cicerón,* sorprende esta frase abominable, que parecía del todo natural a sus contemporáneos, y que traducía la opinión común de las personas muy elevadas: "Todos los artesanos son, por su profesión, gentes despreciables, y nada noble puede haber en una tienda o en un taller." Leed los escritos del culto Cicerón, y encontraréis esta infamia en su tratado de los *Deberes.* ¡Oh filósofos, he ahí lo que después de cuatro mil años, han logrado enseñar al mundo los esfuerzos de nuestra razón, y esto en el siglo más ilustrado de vuestra Roma y de vuestra Atenas! ¡Nada noble puede haber en una tienda o en un taller! He ahí por qué un obrero divino debía traer al género humano días nuevos, y una filosofía mejor que la vuestra. He ahí por qué Jesucristo debía pasar treinta años en un taller, en una tienda, trabajando con sus manos, ganando su vida con el sudor de su frente, rehabilitando con sus ejemplos el trabajo manual, y reduciendo a cenizas, si así puedo expresarme, bajo el fuego de su mirada y bajo la radiación de su vida humillada, las degradadas enseñanzas de la filosofía pagana.

Para devolver al trabajo manual la nobleza que había perdido, lo transfigura Jesucristo y lo diviniza en su persona, y durante treinta años, imprime en el magullamiento de su carne y en las arrugas de su frente este título de incomparable gloria: *Faber et fabri filius,* obrero e hijo de obrero."

Hijo de raza real en el templo, hijo de Dios en la eternidad, hubiera podido hacer valer, desde su nacimiento, los derechos de sus antepasados, transformar su cuna en trono soberbio, y aun atraer a sus infantiles pies los homenajes del mundo entero convencido de su grandeza. Hubiera podido aparecer a los ojos del mundo con el prestigio de la riqueza y de los honores; pero no hubiera servido como El lo entendía la gran causa del mundo obrero. Prefirió inclinarse hacia el pueblo para elevarlo hasta El, y no contento con hacerse hombre, quiso hacerse pueblo, a fin de que el pueblo, sabiendo su abatimiento, exclamase con júbilo: "El trabajo es la ley, el trabajo es la gloria del género humano. ¡Trabajemos; Dios es obrero!"

Señores, es este un gran acontecimiento. Es la reconstitución del mundo sobre nuevas bases, es la rehabilitación de las cuatro quintas partes del género humano. No vayáis a creer que los treinta años de Jesucristo en Nazaret son treinta años perdidos. Todas las noblezas del pueblo datan de allí, y los discursos más pomposos, las declamaciones más sonoras no valdrán jamás a la clase obrera el honor que recae sobre ella del hecho de la Encarnación y del ennoblecimiento del trabajo por el Hijo de Dios mismo. ¡Oh tú, obrero, mira a Nazaret! Más favorecido que los Apóstoles, cuyo ministerio sólo tres años ejerció Jesucristo, recibes, en tu vida laboriosa y humillada, el reflejo directo de treinta años de la vida del Salvador.

Amas ciertamente a tus hijos, objeto de tan tiernos cuidados y de tan apremiantes solicitudes, y porque no tienes donde cobijarle, con frecuencia expulsado en épocas fatales, te ves obligado a transportar a tus pequeños, alguno de ellos en la cuna todavía. Pues bien, mira a Nazaret; tu Dios, nacido en un establo y acostado en un pesebre, no tiene el derecho de reposar largo tiempo en tan miserable establo, y es transportado a Egipto para librarlo del furor de un rey celoso. Te ves condenado a trabajar durante largas horas una materia grosera y rebelde; te fatigas, padeces, te magullas, te hieres. Pues bien, mira a Nazaret. Tu Dios hizo lo mismo; se fatigó, padeció, se magulló, se hirió como tú. Ganas penosamente el pan que te comes y el de tu familia; te disputan el precio de tu trabajo; vives al día, entregado a la Providencia. Pues bien, mira a Nazaret. Tal es la vida de tu Dios. En presencia de las leyes divinas y humanas que pesan sobre tu vida laboriosa, de los accidentes que limitan o paralizan el ejercicio de tus fuerzas, de los patronos que te mandan, de los ricos cuyas exigencias te molestan, de las profesiones cuya superioridad honra el mundo, te sientes en un estado de continua *dependencia*. Pues bien, mira a Nazaret. Tu Dios, dueño del universo, quiso someterse a sus criaturas. Reprime el murmullo en tus labios y el odio en tu corazón, y acepta alegremente la suerte que un Dios comparte contigo. Sí, señores, el obrero puede trabajar sin descanso mientras sus miradas se fijen con fe y amor en la humilde y grosera imagen que le representa el taller de Nazaret; y la mujer más desheredada de los bienes de este mundo puede también sonreir en medio de sus lágrimas cuando distingue entre María y José la figura adorable del divino Obrero. Por desgracia, señores, en los momen-

tos en que evoco las lecciones de la vida laboriosa y oculta del Salvador,

III. ¡Qué actualidad tan opresora se yergue de repente ante mis ojos! ¿Será preciso que os muestre las llagas del mundo obrero? ¿Por qué no? Para curar el mal, preciso es conocerlo.

Mirad, pues, de frente esa formidable cuestión obrera, que se impone a nuestra época ansiosa y atormentada.

Señores, cuando el obrero es despojado de la religión, casi siempre se convierte en juguete de sus propias pasiones, en presa de la ambición, que excita su cólera y le impulsa a aventuras, al representarle con los más negros colores su vida oprimida, y al ver engañada con mentidas promesas su codicia. Sí, cuando el obrero se aparta de Jesucristo, su jefe, su modelo, su guardián, su amigo, se hace casi siempre miserable, hasta recordar, en plena civilización cristiana, la abyección de los siglos paganos. En vano disminuiréis sus horas de trabajo y duplicaréis su salario; si no lo hacéis económico, temperado, previsor, moral, para decirlo todo de una vez, aumentaréis sus goces de día en día, pero no lo curaréis. En París, los obreros que ganan diez o quince francos diarios, y aun más, no son tan independientes ni tan felices como los que ganan tres y cuatro francos, y, como los otros, van, por la desmoralización y la intemperancia, a la tisis, al raquitismo, a una muerte precoz, a la irremediable miseria. Se ha calculado que en París, más de un tercio de la paga de los obreros se consume en alcohol. Así, pues, es en absoluto evidente, en la cuestión obrera, que el bienestar está subordinado secundariamente al salario y a la medida del trabajo, y principalmente a la mora-

lidad. Los sufrimientos materiales no son con gran frecuencia más que efecto de las miserias del alma.

Preciso es, señores, que os fijéis bien en que, para curar el alma del pueblo, no hay treinta y seis medios, sino uno solo. Hay que meterlo en la hoguera del cristianismo y ponerlo en contacto con el divino Obrero de Nazaret. El obrero que ha de luchar contra sus pasiones y contra las asperezas de su estado social, necesita algo más que un manual de moral cívica. Necesita nuestro excelente y viejo catecismo, necesita nuestro santo e inmortal Evangelio. Para vencer a los dioses paganos, Baco y Venus, que esperan, en carne y hueso al obrero en un rincón de la calle, necesita conocer y amar al Hijo de Dios hecho hombre, que trabajó, padeció y vertió su sangre por él.

Sabedlo bien, señores, y proclamadlo muy alto en torno vuestro: "Jesucristo realzó y rehabilitó el linaje humano." Nada se hará sin El, nada valioso, nada duradero. Sed, pues, sus discípulos, sed sus apóstoles y arrastrad tras de vosotros, con vuestro ejemplo y vuestra palabra, esas masas profundas, que esperan, para sentarse en el festín del Evangelio, que les mostréis la ruta y le tendáis la mano.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOCTAVA

La palabra de Jesucristo

SEÑORES:

Jesucristo no ha pasado por la historia del género humano como un fantasma sin nombre y sin influencia. A la edad de treinta años, sale de las sombras silenciosas de Nazaret. Recibe el bautismo de San Juan en el Jordán, y se prepara a su misión con un ayuno de cuarenta días. Pasa luego a Galilea, donde hizo oir su primera predicación y resplandece su primer milagro. La vida pública sucede a la vida oculta. Vamos a estudiar sus palabras, sus obras y sus virtudes, y a saludar sobre su frente el signo de la divinidad.

¿Queréis saber lo que es un hombre? Escuchad lo que dice; pues lo quiera o no lo quiera, sin advertirlo o con propósito deliberado, su alma pasará tarde o temprano a su palabra. Escucho a Jesucristo y noto en su palabra tres caracteres que solamente a ella pertenecen, tres notas que suenan a divino: la autoridad, la universalidad, la fecundidad.

I. La autoridad.

Señores, hay en el mundo palabras que caen de lo alto. Un hombre toma la pluma o sube al *púlpito*; se llama Platón o Aristóteles, Santo Tomás o Bossuet, Aragó o Pasteur. Enseña las ciencias filosóficas, morales, naturales, de las cuales se dice intérprete; establece principios y expone hechos. Habla en nombre de la verdad. Un hombre está sentado en un *pretorio;* tiene en la mano la ley, pesa en una balanza inflexible los actos de los culpables, las deposiciones de los testigos, los argumentos del abogado; pronuncia sentencias; habla en nombre de la justicia y del derecho. Subamos más arriba. Estamos en un *campo de batalla.* Despliégase el estandarte nacional, el oriflama en Bouvines, el penecho blanco en Ivry, la bandera tricolor en Arcole y las Pirámides. El general no pronuncia más que una palabra, y logra prodigios. Kleber, queriendo salvar su ejército, cercado por fuerzas superiores dice a un jefe de batallón, al que quería mucho: "Ocuparás el desfiladero que ves al extremo de esta llanura; detendrás allí al enemigo durante dos horas; te dejarás matar, y salvarás al ejército."—"Sí, mi general."—contesta el comandante. Y marcha hacia el desfiladero, y se deja matar, y salva al ejército. Kleber hablaba en nombre de la patria. ¿En nombre de quién hablan los *soberanos?* Los unos en nombre de la voluntad nacional, a la que deben su nombramiento, los otros en nombre de sus antepasados, cuya raza y tradiciones continúan; y hablan ora en nombre de Aquel que reina en los cielos, de quien dependen todos los imperios, y al único a quien pertenece toda la gloria, toda la majestad, toda la independencia; ora en nombre de Dios y en nombre del

pueblo, como para apoyar su trono a la vez en la tierra y en el cielo. Subamos todavía más arriba, y escuchemos a los *fundadores de religión.* Hablan en nombre del cielo. Licurgo afirma que el oráculo de Delfos sancionó sus leyes; Numa dice que recibió las confidencias de la ninfa Egeria; Mahoma asegura que sustuvo un comercio íntimo con los inmortales, y que los ángeles pusieron en sus manos un pergamino azul para recibir el texto del Corán, y una pluma de diamante para escribirlo; Los Profetas de Israel están unánimes en declarar que su voz no es más que un eco de la gran voz de Jehová. Señores, si todos esos hombres, sabios, magistrados, soldados, príncipes, pontífices, no hubieran hablado más que en nombre propio, lo dicho por ellos sería ridículo, no sería más que un poco de ruido hecho por un poco de polvo; el viento del cielo se llevaría el polvo y el ruido se desvanecería en ese torbellino fatal que se lleva las palabras estériles y los hombres, más estériles todavía.

Pero no me equivoco, señores. Cierto día, en el reinado de Tiberio César, el año 29 de nuestra era, salió de repente un hombre del taller de un carpintero, al que creían su padre, y tomando un tono que la tierra oyó una sola vez, empieza, el único entre todos sus semejantes, a hablar, no en nombre de otro, sino en su propio nombre. Este es Jesucristo. Abre la boca, e inmediatamente se eleva por encima de todas las alturas; supera a todos los doctores, a todos los legisladores, a todos los profetas; afirma, con la autoridad de un Maestro supremo, que no hay por encima de él ninguna inspección, ni tolera ningún mentís.

No dice, como dicen los otros moralistas: Voy a mostraros el camino, sino que dice: "*El camino* soy yo." No dice, como dicen los otros sabios: Voy a enseñaros

la verdad, sino que dice: "*La verdad* soy yo." No dice, como dicen los legisladores, los conquistadores, los profetas: Hallaréis la vida en mis leyes, al abrigo de mi ejército, en el fondo de mis revelaciones, sino que dice: "La vida soy yo." No dice: Soy el enviado de Dios, sino que dice: "*Dios y yo somos uno; Ego et Pater unum sumus.*" Y, en efecto, dice Bossuet, "vémosle lleno de los secretos de Dios, sin que se muestre asombrado, sino que habla de ellos naturalmente, como nacido en esos secretos y en esa gloria." No dice: Sed justos, sed santos porque Dios lo quiere, sino que dice: "Sed justos, sed santos *por causa de mí*, y os prometo en cambio la vida eterna; porque yo, que os hablo, yo soy el principio y el fin, y fuera de mí no hay salvación." Señores, si un hombre se levanta en medio de sus semejantes y se atreve a decir: "Sed castos, en nombre mío," lo menos que le ocurrirá es que se le echen a reir. Pues bien, nadie se ha reído de las palabras de Jesucristo. Unos las han admirado, otros las han rechazado, varios las han maldecido, muchos las han amado; pero todos las han tomado en serio, y han dicho: "Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre; habla como si fuera dueño del poder." Verdad es, señores; hay en las palabras de Jesucristo un acento de autoridad sobrehumano; no es el eco, es el sonido mismo y la vibración de la divinidad. Pero al propio tiempo que la palabra de Jesucristo desciende de lo alto, se extiende a lo lejos.

II. La universalidad es su segundo carácter.

La palabra humana no alcanza *a todos los lugares*. Se detiene en una familia, en una asamblea, a lo más en un pueblo. La palabra de Sócrates cae en medio de un reducido número de amigos, la de Catón no traspasa las puertas del Senado romano. Fuera del ágora, ¿qué importa la voz de Demóstenes? Lejos del foro, ¿en qué se convierte la de Cicerón? Alejandro y César, cuando hablan, vense aprisionados por el triple límite de la nacionalidad, del territorio y de la raza, y el mismo Moisés, a pesar de ser enviado de Dios, no se dirige más que a una nación. Jesucristo, señores, *habla para todos los lugares*. Su palabra resuena en Judea, entre el Jordán y el lago de Tiberíades, pero vuelvo a encontrarla al punto en los labios de los judíos, de los griegos, de los romanos, de los asiáticos; penetra en Efeso, en Corinto, en Atenas, en Roma, en Idumea, en la Partiena, en España, en las Galias. Circula por todas partes, y entra en las convicciones del mundo, como en sus capitales, es decir, sin armas, porque está dotada de una fuerza que no teme los golpes, ni tiene necesidad de darlos.

Su *ubicuidad* prueba su divinidad.

La palabra humana no alcanza *a todos los tiempos*. Id a Grecia; ¿encontraréis allí el eco de los oráculos de Delfos? ¿Quién os iniciará, en Egipto, en los misterios de Isis? En Roma, las inscripciones de quinientos templos paganos que proclamaban la gloria de los dioses, sirven de epitafio a su culto. Todas las palabras de la antigüedad se han callado; todos los santuarios duermen en el silencio. ¿Qué digo, señores? Las palabras más vehementes, que resonaron como una tempestad al principio del siglo XIX, han muerto ya en todos los recuerdos. Volved a leer, si podéis, a Mirabeau, y os preguntaréis cómo es posible que su voz conmoviese al mundo. La palabra humana no se dirige más que a un tiempo. Pero la de Jesucristo, señores, se dirige a todos los tiempos. Esto es maravilloso. Leed la *Eneida*

de Virgilio, las *Odas* de Horacio o los *Anales* de Tácito, y en ellos encontraréis el reflejo del siglo de Augusto; leed las páginas brillantes de Pascal, de Racine, de Bossuet, y en ellas encontraréis el reflejo del siglo de Luis XIV. Pero escuchad a Jesucristo, y en vano buscaréis en su palabra el color o las ideas del siglo en que se pronunció. Ciérnese sobre el mundo, en una esfera tranquila y serena, por encima de todas las enseñanzas, de todas las literaturas, y se armoniza con todo gobierno sin aceptar sus excesos, con todos los pueblos sin adoptar su carácter, suficientemente elevada para que el polvo del tiempo no la empañe, suficientemente cerca de la tierra para que ninguna etapa del género humano evite su luz y su influencia. Mas al propio tiempo que se adapta a todas las épocas, *sobrevive a todos los ataques*.

Resistió a todas las sutilidades de los griegos, Arrio, Nertorio, Eutiques, a los arrebatados de Lutero, a las burlas de Voltaire, y, estad bien seguros de ello, la embriaguez científica de este siglo no la hará vacilar. Ya no son doce hombres que la recogen, son cuatrocientos millones de hombres que la adoran. Permanece inmutable en medio de los cambios y de la movilidad, indestructible en medio de las destrucciones y de las ruinas, siempre joven en medio de los filósofos que envejecen y pasan, siempre antigua en medio de las ciencias que nacen, siempre la misma en medio de los regímenes que se transforman, siempre viviente cuando se la declara abolida y olvidada, siempre victoriosa cuando se la condena, cuando se la destierra, cuando se la proscribe. Su *perennidad* prueba su divinidad.

La palabra humana *no alcanza a todas las almas*. Ora es vulgar, y los sabios la desprecian o la desdeñan, ora es sublime, y los simples no la comprenden. Es inaccesible a la muchedumbre, es decir, a las nueve décimas

partes del género humano. ¿Cómo hacer salir una palabra universal de los teoremas de Euclides o de los diálogos de Platón? Pero Jesucristo, señores, *se dirige a todos los hombres,* y todos los hombres le entienden. Su palabra cae a torrentes, como el sol, sobre las más altas cimas, y visita los más obscuros repliegues de los valles. Jesucristo es a la vez el orador más elevado y el más popular. Habla, y gracias a su misericordiosa bondad, el mundo ve un prodigio desconocido antes de El; los pobres son evangelizados; el pueblo queda vengado de los demasiados largos desprecios de la ciencia humana. Tuvo Moisés momentos soberbios y grandiosas imágenes; Platón embelesó a Grecia con sus rientes ficciones y su lengua armoniosa; Cicerón dió a su pensamiento formas amplias y magníficas dignas de éste. Pero jamás habló nadie como Jesucristo un lenguaje sublime y popular, en el que las más altas verdades se oculten bajo el velo de la parábola, o se condensen, en fórmulas breves y sencillas, los misterios de Dios y del alma, las leyes de la conciencia, los principios fundamentales de la familia y de la sociedad. La palabra de Jesucristo se dirige a todos los lugares, a todos los tiempos, a todos los hombres. Su *universalidad* prueba su divinidad. Viene de arriba, se difunde a lo lejos. Finalmente, no es un sonido estéril que afecta al oído; es una semilla fecunda que germina en los corazones.

III. La fecundidad es su tercer carácter.

Señores, en vano se torturará a la historia para hacerle decir lo que no es, y para hacerle callar lo que es. Una cosa es cierta y resplandeciente como el sol; la palabra de Jesucristo ha cambiado de lugar el eje del mundo. Cierto día dijo Dios al patriarca Job: "¿Has cogido en

tus manos para sacudirlos los dos polos de la tierra? *Numquid tennisti concutiens extrema terra?*" ¡Ah, Jesucristo ha hecho otra cosa! Cogió por sus dos extremos, no el mundo de los cuerpos, sino el mundo de los espíritus, y lo sacudió y reformó enteramente. Con su palabra poderosa y fecunda, cambió de lugar el eje y sacudió los polos del mundo intelectual, del mundo moral, del mundo social, del mundo religioso.

Pero lo prodigioso es que hizo todo esto sin violencia alguna. Para regenerar al mundo, no hay que trastornarlo, del propio modo que no basta labrar un campo para hacerlo fértil. Tanto la sociedad como el suelo, necesitan una semilla, un principio de vida. Jesucristo fué el sembrador. *Sembró su palabra en los corazones,* y en vez de dar a la sociedad una constitución, o leyes nuevas, puso en las profundidades de esta sociedad, es decir, en el alma humana, su divina palabra, principio de justicia y de amor que sin cesar la tiene atenta, que turba su egoísmo, que roe en sus raíces las iniquidades, y conseguirá, por su fuerza espiritual, las transformaciones de lo por venir, como ya ha conseguido las de lo pasado. Jesucristo dijo a sus apóstoles: "Id, y enseñad hasta el fin de los siglos." Ya lo oís, señores, Jesucristo se perpetúa.

Su palabra le sobrevive en los que le representan. *Vosotros vivís de esta palabra,* señores; aun los mismos que reniegan de ella, individuos o sociedades, si quieren mirar sinceramente al fondo de sus libertades, de sus costumbres, de sus progresos, reconocerán que todo en ello está embalsamado de ella, y que este embalsamamiento nos preserva de la espantosa corrupción en que cayeron los pueblos de la antigüedad. No, señores, no neguéis la fecundidad de la palabra de Jesucristo. Vosotros sois hijos de esta palabra, y vuestras mejores

glorias no son más que una cosecha de esta divina semilla.

Señores, la palabra de Jesucristo es manifiestamente divina; mas esto no obstante, los doctores de la mentira y de la iniquidad le hacen hoy, como sabéis, una oposición impía y desleal, y, no contentos con difundir a raudales en el seno de las sociedades perturbadas el veneno de sus errores y de sus escándalos, quisieran apoderarse de las generaciones que actualmente se educan y sustraerlas a la voz del divino Redentor. Vosotros, cristianos inteligentes y animosos, contrarrestad esa empresa sacrílega y satánica; armaos contra el error con reprobaciones enérgicas y vigorosos desprecios; expulsadlo del umbral de vuestra morada; amad la palabra de Jesucristo, sed sus más fieles oyentes, sus discípulos convencidos, sus apóstoles infatigables, y plegue a Dios que esa divina palabra, después de haber sido vuestra luz, vuestra fuerza, vuestro consuelo aquí bajo, os asegure allá arriba el descanso y la dicha eterna.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMONONA

La doctrina de Jesucristo

SEÑORES:

Jesucristo habló, y hay en su palabra un acento divino. Mas ¿qué digo? ¿Cuál es su doctrina?

I. La doctrina de Jesucristo es espléndida.

Señores, lo sabéis muy bien, en 1848, hubo en Francia una fuerte conmoción, y las buenas gentes que sólo viven para su puchero, y sólo adoran sus títulos de renta, tuvieron tanto miedo, que casi se tornaron prudentes. La tempestad les abrió los ojos, y Thiers escribió su famoso libro. *La propiedad.* Thiers no era un devoto, pero su gran inteligencia no podía dejar de apreciar el puesto que Jesucristo ocupa en el mundo, y de las cuatrocientas páginas de que consta el libro, dedicóle dos a la religión cristiana. Son cortas, pero significativas. "Esa potente religión, que se llama el cristianismo—dice—ejerce so-

bre el mundo un dominio continuo. El espíritu humano ha tenido más de una controversia con ella acerca de sus dogmas, pero ninguna sobre su moral. El paganismo no pudo resistir la primera mirada de Sócrates. La religión pagana como historia no era más que una falsa crónica, y como moral, un escándalo. Pero la que vino y dijo: No hay más que un Dios, que ha padecido por tí; la que le muestra sobre una cruz, subyuga a los hombres, respondiendo a su razón con la idea de la unidad de Dios, y conmoviendo su corazón con la deificación del dolor... Así, mientras que el paganismo no pudo resistir un momento el examen de la razón humana, el cristianismo dura después de poner Descartes el fundamento de la certeza, después de descubrir Galileo el movimiento de la tierra, después de demostrar Newton la atracción universal, después de arruinar los tronos Voltaire y Rousseau. Y todos los políticos prudentes, sin juzgar los dogmas, que sólo pueden ser juzgados por la fe, desean que dure." Ya lo oís, señores, para considerar como espléndida la moral de Jesucristo, basta tener buen sentido, y no tener los ojos inyectados de odio y de cólera. En efecto, os desafío a que halléis una mancha o una laguna en la doctrina práctica de Jesucristo. Leed al divino Platón, y os enrojeceréis de vergüenza al oir que os permite actos y afectos que una lengua honesta no puede designar. Escuchad a Jesucristo, y veréis que os trata con incomparable claridad y seguridad, las leyes que deben regir al individuo, a la familia y a la sociedad. Predica el amor de Dios y el amor de los hombres por Dios, sentimientos sagrados, de donde brotan como de su fuente todas las virtudes. Purifica y eleva la familia, recordando y estableciendo en adelante, sobre bases indestructibles, las grandes leyes primordiales de la unidad y de la indisolubilidad, úni-

cas que pueden asegurar la dignidad de la familia, la educación de los hijos, la elevación y dulzura del amor. Ve la sociedad dividida por espantosos prejuicios, por terribles odios, y con una sola frase aproxima a las clases, realza la pobreza, suprime la esclavitud, engendra todos los sacrificios: "*Omnes vos fratres estis!* ¡Todos sois hermanos!" Finalmente, para coronar esta legislación sublime, nos muestra en la cumbre de la sociedad el poder emanando de El mismo; lo consagra y lo modera haciendo de los príncipes sus primeros ministros y los representantes menos aún de su poder que de su bondad. La moral individual, la moral doméstica, la moral social brotan de los labios de Jesucristo como un río límpido que tiene su fuente más arriba de la tierra, en las profundidades mismas de la Divinidad.

Y notad, señores, que los preceptos morales de Jesucristo son inseparables de su doctrina especulativa, y que el divino Doctor supera en cien codos a todos los pensadores que le precedieron, y a todos los que le han seguido, no solamente por la perfección de su moral, sino también y sobre todo por la plenitud, elevación y seguridad de sus preceptos dogmáticos. Todas las cuestiones que atormentan al alma humana se reducen a tres: ¿Quién es Dios? ¿quién es el hombre? ¿cuál es la relación del uno al otro? Interrogad sobre esto a los filósofos antiguos. Balbucean, no saben qué decir. Un día Sócrates, que servía en el ejército de Atenas, salió al campo, y sentóse en un montículo, cerca del punto en que los soldados habían levantado su tienda. Allí, al salir el sol, sumergióse de repente en profunda meditación; descansó la cabeza entre sus manos, y la muchedumbre de los soldados pasó y volvió a pasar por delante de él sin lograr distraerle. ¿En qué pensaba? Se había formulado estas preguntas: "¿Qué es el bien? ¿qué es el

mal?" Y no consiguió resorverlas. Y, con todo, era Sócrates. La historia del pensamiento en el mundo antiguo se resume toda ella en la frase melancólica atribuída a Aristóteles en la hora de la muerte: "*Dubius vixi, incertus morior*. Viví en la duda y muero en la incertidumbre."

¿Y la filosofía contemporánea? Por desgracia, señores, cuando ella se separa de Jesucristo, suscita más problemas que puede resolver. "Nosotros los filósofos—decía Cousín, pocos días antes de su muerte—navegamos al acaso, sujetos al descarrío, expuestos al naufragio. La filosofía es un viaje de exploración, atrevido, aventurero, en busca de lo desconocido, en investigación de lo infinito, pero en el cual no sabemos con frecuencia dónde tomar tierra. Vosotros los cristianos tenéis la brújula, el mapa del país, las estrellas, el piloto, el puerto."

Nuestro piloto, señores, es Jesucristo; y ora nos descubra los secretos de la naturaleza divina, ora ilumine las últimas profundidades del alma humana, deshace sus contradicciones aparentes, y explica su grandeza y su bajeza; y cuando nos muestra las relaciones de Dios y del hombre y cómo puede el cielo relacionarse con la tierra, cómo lo infinito y lo finito pueden unirse sin confundirse, cómo Dios puede inclinarse hacia el hombre para elevarlo hasta El, repite a todos los espíritus pensadores lo que dijo un día a los judíos: "¿Quién de vosotros me convencerá de falta?" La doctrina dogmática de Jesucristo, señores, es tan invulnerable como su doctrina moral. Hay almas sombrías y difíciles que le acusan de *enseñar misterios*, y no quieren seguir a ese divino Piloto a pretexto de que sabe más que ellos y no les ha explicado todos los abismos de la verdad.

Mas una razón prudente no debe espantarse de las

partes obscuras de la doctrina de Jesucristo. ¿Pero es que más preclaras inteligencias no aceptaron con entusiasmo los misterios del Evangelio? ¿Es que Jesucristo no cuenta en su cortejo a todos los príncipes de la poesía: el Dante y el Tasso, Corneille y Racine, Lope de Vega y Calderón, Shakespeare y Milton; y a todos los príncipes de la ciencia: Galileo y Euler, Pascal y Bacon, Newton y Leibniz; y a todos los príncipes de la filosofía: San Agustín y Santo Tomás, Bossuet y Fenelón, Balmes, Descartes y Malabranche?

Añadid a esto, señores, que Jesucristo, al propio tiempo que aporta al mundo la luz que ilumina los espíritus y dirige las costumbres, indica con su dedo soberano las fuentes divinas en las cuales se alimentan la fe y la virtud. Establece, y recomienda a los hombres siete sacramentos, es decir, siete focos de vida sobrenatural destinados a hacernos capaces de vivir vida divina. Nada olvidó en su doctrina, ni las verdades que es preciso creer, ni los deberes que es preciso practicar, ni las fuentes de la gracia abiertas a nuestra debilidad, ni el fin último de la vida, ni el camino que conduce a este fin supremo: su doctrina es espléndida.

Por tanto, señores, vosotros que quizás oigáis en torno vuestro la palabra de la duda y de la incredulidad, no os dejéis conmover por los vientos que pasan, por las ignorancias que resuenan, por los gritos de ciertos hombres que ponen a menudo la paradoja del espíritu al servicio de los descarríos del corazón. Marchad con alegría y firmeza tras los pasos de tantos genios ilustres como doblegaron su inteligencia ante la doctrina de Jesucristo; hacedlo así, señores, pues esto es lo razonable, y aun añadiré que es también lo necesario. Porque la doctrina de Jesucristo no sólo es espléndida, es también vital.

II. La doctrina de Jesucristo es vital.

¿Qué quiere decir esto? Esto quiere decir que es la vida y da la vida.

La doctrina de Jesucristo *tiene la vida en sí misma.* Sólo hay dos cetros aquí bajo, la pluma y la espada: la pluma por la cual reina el espíritu; la espada por la cual reina la fuerza. Ahora bien, cuando Jesucristo depositó su doctrina en la tierra, no apeló para defenderla y propagarla ni al buril de Tácito, ni a la palabra de Cicerón, ni a la espada de César. La único que reclama es que los poetas, los oradores, los historiadores, los filósofos la respeten, y que los hombres de Estado le den la libertad. Entendedlo bien, señores, la doctrina de Jesucristo no tiene necesidad de la fuerza para imponerse a las almas. La fuerza es un medio innoble. Así, cuando los discípulos de Jesucristo le pidieron que hiciera caer fuego del cielo sobre una ciudad incrédula, es decir, emplear la fuerza para conducir las almas a la luz, Jesucristo les dijo: "Callaos, nada sabéis de eso." ¡Ah, sin duda, Jesucristo quiere que el hombre baje la cabeza, pero libremente, noblemente, como nuestro viejo rey franco cuando San Remigio le dijo; "¡Baja la cabeza, fiero sicambro, y adora lo que quemaste y quema lo que adoraste!" Admirable es que un bárbaro armado de su francisca, cubierto de su coraza, incline la cabeza ante un viejo desarmado; es la fuerza que se doblega ante el derecho, es el hecho a los pies del principio He ahí, señores, la grandeza, la elevación moral; he ahí precisamente el poder de la doctrina de Jesucristo. Tiene ella la vida en sí misma, es decir, una virtud íntima, espiritual, inmanente, que se apodera sin violencia de las almas, las encadena y las hace libres. Conducid,

señores, al pie de este púlpito hombres rectos, hombres que no tengan miedo de ver claro y de hallar la verdad; al cabo de seis meses o de un año, quedarán embebecidos de la doctrina de Jesucristo; serán cautivados por ella; llegará un día, un hermoso día, en que la luz iluminará su corazón y lo hará estremecerse. Esto se ha visto, esto se verá. La doctrina de Jesucristo no tiene necesidad de la elocuencia humana ni de la coacción material; obra por sí misma; es vital, contiene la vida.

Y la da. Los pueblos que vienen a ella encuentran, como las almas, la luz y la vida, y los pueblos que se apartan de ella caen, por este sólo hecho, en las tinieblas y en la muerte.

¿La doctrina de Jesucristo? ¿No es ella la que ha inclinado la frente soberbia de los que mandan ante los que obedecen? ¿No es ella la que ha aproximado, en las más nobles y suaves relaciones, los dos extremos, largo tiempo separados, de la sociedad? ¿No es ella la que ha suavizado esa dureza egoísta que despreciaba las lágrimas y dolores del pobre? ¿No es ella la que ha limado las cadenas del esclavo? ¿No es ella la que ha abierto en todas partes hospitales y asilos a la pobreza doliente y abandonada? ¿No es ella la que ha mecido en sus brazos y apretado contra su corazón a los huérfanos? ¿No es ella la que ha tocado con mano cariñosa todos los males, todas las llagas, todas las heridas? ¿No es ella la que ha dejado y deja caer todos los días torrentes de beneficios en los abismos de la miseria? ¿No es ella la que, hace ya diecinueve siglos, engendra las grandes almas y las grandes virtudes?

Y cuando la doctrina de Jesucristo desaparece de un pueblo, ¡que disminución, gran Dios, y a veces, que ruina total y definitiva! ¿En qué se ha convertido esa *Africa,* tan sabia y tan culta cuando la doctrina de Jesucristo se extendía sobre aquella tierra famosa e inspiraba el genio varonil de Tertuliano y Cipriano? ¡En un desierto! Y cuando Francia, en el siglo pasado, removía con la punta de su espada ese desierto, apenas pudo encontrar el sitio en que tanta fecundidad y tanta gloria estaban ocultas. Y si el Africa se eleva hoy en día, es porque la cruz de Jesucristo se eleva de nuevo al lado de la bandera francesa; es porque la doctrina de Jesucristo resuena allá bajo en nuestra lengua nacional.

¿En qué se ha convertido el *Oriente,* ese antiguo foco de luz cuando la doctrina de Jesucristo partía de su seno para irradiar por el mundo entero? En un campo de árabes y de tártaros que ya no levantan bajo los pies de sus caballos más que polvo y ruinas. Y el mismo Oriente no revivirá más que el día en que sea visitado de nuevo y reconquistado por la doctrina de Jesucristo.

Y nosotros los *franceses,* ¿a dónde iríamos, si dejásemos extinguir sobre nuestra cabeza y si ahogásemos bajo nuestras blasfemias o nuestra indiferencia la doctrina de Jesucristo? ¿A dónde iríamos, si esta doctrina vital dejase de inspirar nuestras almas, nuestras inteligencias, nuestras virtudes, nuestras empresas, nuestras letras, nuestras ciencias, nuestras artes. ¡Ah! hay hombres que se imaginan que Jesucristo no es necesario al mundo, y que la sociedad puede marchar sin esa fuerza motriz que se llama la religión cristiana; y por esto, con los ojos cerrados sobre los problemas que sacuden este siglo, continúan tranquilamente entregados a sus negocios y a sus placeres sin preocuparse de Jesucristo, quien dijo un día: "Soy la luz de este mundo. Soy el camino, la verdad y la vida." No, el campesino que se sentase en la orilla del río esperando que dejase de correr, no sería tan estúpido.

Vosotros, señores, sois más avisados, y viniendo cada domingo a cantar la doctrina de Jesucristo, confesáis juntos vuestra fe y vuestra inteligencia. No os apartéis de la escuela de Jesucristo; es el divino Maestro; tiene la vida y la comunica, la vida de la gracia aquí bajo y la vida de la gloria allá arriba.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMA

Las profecías de Jesucristo

SEÑORES:

Jesucristo habló, y en el acento de su voz, en la perfección de su doctrina, reconocemos la divinidad. ¿Es esto todo? No. Jesucristo no es solamente un doctor; es un profeta, y todos los secretos de lo por venir se descubren a sus ojos. Expliquemos bien, señores, este punto.

I. ¿Qué es hacer profecías?

El médico predice, por los síntomas que conoce su experiencia, las vicisitudes y resultados de una enfermedad. El astrónomo somete a cálculos la marcha regular de los astros, y anuncia sus diversas fases: aprisiona en líneas inflexibles el curso de ciertos metéoros, y determina la época precisa de su desaparición. Ese médico y ese astrónomo ¿son profetas? No; deducen antes

de tiempo una conclusión cierta de un principio infalible. Son sabios. Un hombre público, instruído por largos estudios históricos y profundas meditaciones, considerando el estado presente de un pueblo, le promete prosperidades o reveses, glorias u oprobios. Nos encontramos en el siglo XVIII; Luís XV olvida su nombre, su honor, su poder mismo en orgías dignas del Bajo Imperio; sus desórdenes coronados parece que invitan a la nobleza que rodea su trono a una corrupción universal; la incredulidad, compañera indulgente del vicio que desea vivir sin remordimientos, desciende de las cumbres de la sociedad hasta las entrañas del pueblo cristiano. Todo está dispuesto para la más espantosa de las revoluciones. Los sacerdotes de Dios hacen resonar desde los púlpitos predicciones amenazadoras, y las almas nobles esperan llenas de angustia la prueba horrible que los acontecimientos les preparan. O bien, nos encontramos en el siglo XIX, bajo el reinado de Napoleón III. Pío IX es abandonado como un cordero en medio de lobos, y voces graves, solemnes, suben hasta el poder y dicen: "¡Tened cuidado! ¡El que come carne de Papa, muere!" El gran obispo de Orleáns hizo tronar su voz como un clarín de alarma en los oídos de los jefes de la nación, y, en su folleto sobre el *Ateísmo y el peligro social,* anunció las negras calamidades que se abaten sobre los siglos impíos. Señores, ¿son profecías estas predicciones? En manera alguna. Son conjeturas y deducciones lógicas de orden puramente científico. Deducir antes de hora los efectos contenidos en las causas que deben producirlos, no es profetizar; es simplemente observar, reflexionar y concluir. Tal es la ciencia. ¿Qué es, pues, profetizar? Es anunciar cosas futuras que no podemos conocer por medio de las causas naturales. Levántase un hombre de repente en medio del pueblo, y anuncia un porvenir que no se relaciona con lo presente por ningún lazo lógico, acontecimientos que no existen más que en la presciencia divina, y son impenetrables a toda mirada humana; ese es un profeta. Pues bien, he ahí precisamente, señores, la actitud y fisonomía de Jesucristo. Se nos aparece como dueño de lo por venir y depositario de sus secretos.

II. Jesucristo profetiza.

Abrid el Evangelio y la historia, señores, confrontad lo que ha ocurrido con lo que Jesucristo había anunciado, y admirad cómo lo por venir ha verificado todas las predicciones de Jesucristo.

Hablando de sí mismo, dijo Jesucristo: "Subiré a Jerusalén, y allí seré entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas; me condenarán a muerte, me entregarán a los gentiles para que me insulten, me flagelen y me crucifiquen; después, al tercer día, resucitaré. Destruid ese templo y lo reedificaré en tres días. Como Jonás permaneció tres días en el vientre de la ballena, así el Hijo del hombre permanecerá tres días en el seno de la tierra." ¿Diréis que no es cosa difícil para un hombre predecir su muerte con los detalles que habrán de acompañarla y seguirla? Intentad hacer lo mismo; proponeos por adelantado trazar la ruta que os conducirá a la tumba, predecir únicamente lo que seréis dentro de un año, mañana mismo... Pues bien, señores, Jesucristo no temió que la muerte hiciese traición a su palabra. Predijo su propio destino.

Hablando de sus apóstoles, dijo Jesucristo: "En la hora del peligro me abandonarán; uno de los doce me hará traición. El que más me amaba, me negará tres veces. Ninguno me seguirá. Pero cuando haya difundido

mi Espíritu entre ellos, confesarán mi nombre con peligro de su vida y con el precio de su sangre entre los pueblos y ante los reyes." Pues bien, señores, ¿cumplieron los apóstoles lo que Jesucristo leía por adelantado en su corazón y en su vida? Sí, al pie de la letra; el acontecimiento ejecutó la profecía. El nombre de Judas ha atravesado los siglos como el símbolo de la traición y el sinónimo de la infamia. Cuando nombro a Simón Pedro, evoco ante vosotros el recuerdo de una gran falta seguida de un arrepentimiento no menos grande, Y si añado que, a partir del día de Pentecostés, como Jesucristo lo había predicho, los discípulos, antes tan cobardes y pusilanimes, confesaron su nombre ante los tribunales de la tierra, ¿qué es lo que os digo sino lo que la historia ha proclamado por mil bocas?

Cierto día, Jesucristo, dirigiéndose a Simón y a Andrés, que echaban sus redes en el mar de Galilea, les dijo: "Seguidme. Pescadores ignorantes y groseros, deshecho de una nación que es ella misma deshecho del mundo, dejad vuestras redes; venid, yo os haré pescadores de hombres." Y, por virtud de esta palabra profética y todopoderosa, empieza la pesca milagrosa para no terminar jamás. Pedro, a la primera redada de su palabra, convierte tres mil personas; a la segunda, cinco mil. Luego, caen ciudades y pueblos. Y en el día de hoy, la invisible red se extiende desde los hielos del polo a los candentes desiertos africanos, y el sucesor de Pedro, desde lo alto de la roca inconmovible en que se asienta su trono, no cesa de buscar, de descubrir, de pescar todavía, aun en los abismos más ignorados, esos hombres sin gobierno, sin patria, sin nombre, de los cuales no se cuida la política, pero que fueron prometidos, por modo tan familiar y tan grande, a las redes del divino pescador. Mas no solamente descubrió Jesucristo por adelantado la traición de Judas, la negación de San Pedro, las maravillas de la pesca apostólica, sino que

Hablando de Magdalena, la pecadora penitente, que derramaba, con sus lágrimas, preciosos aromas sobre los pies del Salvador, le promete la inmortalidad y la gloria: "En verdad os digo que, en todos los puntos en que sea predicado mi Evangelio, y lo será en el mundo entero, lo que ésta acaba de hacer será celebrado en memoria de ella." ¿Había alguna esperanza de que esta mujer fuese inmortal y se extendiese su gloria por el mundo entero? Evidentemente que no. Esto no obstante, así se verificó. El día en que estas palabras fueron pronunciadas, no existía París, pero Jesucristo veía ya esta ciudad famosa. Veía al más grande capitán de los tiempos modernos entrar, como Alejandro, en esta moderna Babilonia, conducir a ella los trofeos de sus conquistas y edificar, al lado de su trono, un templo dedicado a la gloria. Cae Napoleón antes de la dedicación del templo, cambia el destino de él, pero permanece la inscripción El templo será dedicado a la gloria, no a la gloria soñada por Napoleón, sino a la gloria predicha por Jesucristo, a la gloria de Magdalena, de suerte que las palabras proféticas de Jesucristo se ven verificadas, aun en nuestro siglo y en nuestra historia, por el pensamiento involuntario de un gran genio. Jesucristo no temió que lo por venir hiciese traición a su palabra. Predijo su propio destino, el destino de los Apóstoles y el destino de María Magdalena. ¿Es esto todo? No.

Hablando de su patria, dijo Jesucristo: "Jerusalén, tú que matas los profetas y lapidas a los que te son enviados, ¡cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la clueca reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no lo has querido! He aquí que será abandonada tu casa, todas las plagas caerán sobre ti, y de tu templo no que-

dará piedra sobre piedra. En verdad os lo digo, antes que pase esta generación, ocurrirá todo esto." ¿Es posible trazar con más claridad la historia de un pueblo y de un país? Pues bien, señores ¿es esto lo que ocurrió? Sí, y pongo por testigo al emperador Tito cercando la Ciudad santa, paseando las águilas romanas sobre las ruinas de Jerusalén y enarbolándolas en la cumbre de la montaña de Sión. Pongo por testigo al templo devorado por un incendio que nadie pudo contener. Pongo por testigo a Juliano el Apóstata intentando en vano, tres siglos después, desmentir a Jesucristo reedificando el templo. Se arrancaron los antiguos fundamentos del edificio; se trazaron fundaciones nuevas; judíos y paganos se unieron para hacer triunfar la empresa. Todo fué inútil. Enormes globos de fuego brotaron de la tierra entreabierta y envolvieron a los obreros en un torbellino de llamas y humo. Fué preciso abandonar la obra, y sólo quedó una demolición más completa del templo. ¿Dijo verdad Jesucristo? Preguntádselo a esa Jerusalén, hoy deshonrada por la dominación musulmana, vasta ruina cuyo aspecto melancólico aflige el corazón de los peregrinos. Preguntádselo a los restos mutilados de una *nación* puesta en el índice por todos los pueblos, y doblemente aplastada por el recuerdo de un crimen inconfesable y por la carga de sus vanas esperanzas. Preguntádselo a la colina devastada en que antes se elevaba el más hermoso y santo de los templos, y en donde hoy no se descubre más que la tierra árida y desnuda.

Repitamos una vez más que Jesucristo no temió que lo por venir hiciese traición a su palabra.

Predijo su propio destino, el destino de sus Apóstoles, el destino de su patria. Finalmente,

Hablando de su Iglesia, de la religión que traía al

mundo, dijo: "El Evangelio que anuncio será predicado en el mundo entero. Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos. El cielo y la tierra pasarán, pero no pasarán mis palabras."

Señores, toda palabra humana se detiene indecisa y temblorosa en los límites de un siglo o en las fronteras de un imperio, pero Jesucristo no teme lanzar a lo porvenir un resonante reto prediciendo su doctrina, su religión, su Evangelio, la doble conquista de la universalidad y de la inmortalidad. Medid el alcance de esta profecía, su intrepidez sobrehumana, su realización diecinueve veces secular.

Un hombre quiere conquistar. Elige generales ilustres, lanza proclamas seductoras. Inclinado sobre un mapa, señala las posiciones que hay que tomar y los imperios que hay que reducir. Con el pensamiento lanza escuadrones en direcciones favorables, marcha sobre el cuerpo de los pueblos que no quieren someterse, y cuando ha puesto un pie en el septentrión y otro en el mediodía, se contempla en los esplendores de su fortuna y de su ambición satisfecha. Todo conquistador elige medios en relación con su objeto. Mahoma no hubiera reunido veinte creyentes sin el concurso de la cimitarra y de la poligamia.

Sólo Jesucristo hace su conquista y prevé que la hará contra todas las ideas reunidas y todas las pasiones desencadenadas. No dice: "Desenvainaré la espada de los antiguos reyes de Judá, sus antepasados, para sostener una moral fácil, enseñanzas populares, o prejuicios nacionales.", sino que dice: "Seré pobre, despreciado, calumniado, flagelado..." ¿Y después? "Después, con el cuerpo ensangrentado y la cruz sobre los

hombros, me presentaré al siglo de Tiberio y de Nerón, y le diré "¡He ahí el hombre! Y este siglo me hará morir. ¿Y después? Después, tomaré por herederos doce pescadores, que hablarán, padecerán y morirán a su vez." ¿Y después? "Después suscitaré otros, que hablarán y morirán también; y con tal que, durante tres siglos, cuente con sangre para recrear los ocios de los Césares y con ejemplos admirables para oponerlos a la lujuria pagana, mi obra quedará terminada, y el mundo será mío."

Pero el mundo se rebeló, señores, y contra el reino de Jesucristo se lanzaron sucesivamente las persecuciones, las herejías, los bárbaros, Lutero, Calvino, Enrique VIII, y, finalmente, los filósofos en unión con los verdugos. El mundo se rebela hoy más que nunca, y la sociedad secularizada se imagina que va a desmentir la promesa de Jesucristo. No temáis, señores. La religión cristiana, tantas veces condenada, tantas veces moribunda, tantas veces sepultada en el pensamiento de los incrédulos, no lleva camino de sucumbir. Hace diecinueve siglos que Jesucristo garantizó su inmortalidad y su gloria diciendo: "Estoy contigo." Con esta promesa, señores, creedlo bien, la religión de Jesucristo os conducirá hasta el fin del mundo.

Jesucristo es profeta, no teme que lo por venir haga traición a su palabra, y, de hecho, las vicisitudes de lo por venir han respondido maravillosamente a su voz profética. Esto basta. Apoyaos en El. Cantad su divinidad: Aceptad su doctrina, observad sus preceptos, defended su nombre, acreditad su reino, y tomad por divisa las palabras de un gran cristiano de este siglo: "Vivir para servirle y morir para verle."

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOPRIMERA

Los milagros de Jesucristo

SEÑORES:

La grandeza de un hombre se mide por la altura de sus obras más que por la elevación de sus palabras. Así, pues, para conocer a Jesucristo, no basta oirle hablar, es preciso verle obrar. Aproximémonos a este divino Maestro. "Si no creéis en mis palabras, creed en mis obras." ¿Ha hecho Jesucristo obras que prueben y manifiesten la presencia misma de Dios en su persona, que demuestren su divinidad? Si, hizo milagros, es decir, obras de tal modo superiores al poder del hombre, de la naturaleza y de todo agente creado, que las más grandes como las mas pequeñas inteligencias vense obligados a decir: El dedo de Dios está aquí. Pero, en primer lugar,

I. ¿Son posibles los milagros?

¿Por qué no?

Todos los pueblos han creído en ellos. Esto ya es algo. La creencia en el milagro es tan antigua como el mundo, y tan universal como el género humano. En los paganos, llega hasta el exceso; en los incrédulos degenera en magia, en sortilegio. En el siglo XVIII vióse admirar apasionadamente a Mesmer y a Cagliostro, y acoger más impiedades supersticiosas que abjuraciones de prácticas cristianas. En nuestros días, veo presidir aún yo no se qué misterios y qué terror a las iniciaciones de las sociedades secretas. Interrogad los grandes maestres de la francmasonería espiritista; profundizad si podéis, esa nueva religión, y os convenceréis que la disposición del hombre a lo maravilloso es invencible, y que el género humano tiene necesidad inmensa y hambre inextinguible del milagro.

¿Dios puede hacer milagros, es decir, puede derogar las leyes establecidas por El? "Esta cuestión planteada con seriedad—dice Juan Jacobo Rousseau,—sería impía, si no fuera absurda. Tratar de castigar a quien la resolviese negativamente, sería hacerle demasiado honor, habría que encerrarlo." En efecto, señores, ¿es que Dios no es todopoderoso? ¿Es que la mano que ha iluminado el sol no podría retenerlo en el horizonte?

¿Es que la voz que ha dicho a las olas, al quebrarlas sobre un grano de arena: No pasaréis de aquí, no vayáis más lejos, no podría apaciguarlas? ¿Es que el pensamiento que se ha dicho a sí mismo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, no podría rehacerlo? En una palabra, Dios es creador; luego puede mover a su voluntad todos los seres. Es legislador; luego puede

modificar sus leyes, y, teniendo como tiene todas las cosas en su mano, lo mismo puede producir la regla que la excepción. Puede hacerlo sin dejar de ser inmutable, porque prevé y decreta las derogaciones al propio tiempo que establece las leyes.

¿Qué es la *naturaleza?* Un instrumento, y la característica de un instrumento, es la obediencia. El rayo obedeció el día en que Dios lo encerró en la nube. Obedece todavía cuando a El le place repelerlo en vez de dejar que dé su chispa, y viene a reposar en su mano diciéndole: ¡Heme aquí! La muerte obedeció el día en que Dios la estableció como potencia misteriosa para amenazar al hombre en todo momento y herirle cuando menos lo espera. Obedece todavía cuando place a Dios detenerla en el lecho del moribundo, o le ordena abandonar su presa en el fondo de una tumba. En vez de ser contrario a la naturaleza, el milagro no es más que la ejecución de esa ley general de la naturaleza en virtud de la cual todo ser creado está sometido en su existencia y en sus movimientos al supremo motor. En vez de ser contrario a la naturaleza, el milagro no hace otra cosa que afirmar sus condiciones y revelar sus leyes. En resumen, no repugna que Dios obre milagros, ni que el hombre crea en ellos, ni que se preste a ellos la naturaleza.

Todo esto es lógico, absolutamente lógico. ¿Cómo se comprende, pues, que haya masas de hombres que exclamen: "¡Atrás el milagro! ¡El milagro es imposible! ¡Atrás! ¡No lo queremos!" ¿Cómo se comprende esto? Voy a decíroslo. El milagro es el signo de Dios, de Dios revelador, censor de nuestra vida y legislador de nuestros actos. No queremos que Dios venga a ordenarnos, a esclarecer nuestra ignorancia, a corregir nuestros malos instintos, a reprimir nuestro orgullo y nuestras

rastreras inclinaciones. Dios nos molesta, y, a fin de negar su intervención, procuramos apartar el signo eminente, soberano, infalible que nos lo manifiesta. No es ciertamente el milagro el que nos atormenta y nos repugna, sino más bien Dios, a quien sería preciso recibir como su dueño, y cuyas numerosas y diversas pretensiones habría que soportar. El hombre, con sus pasiones, es capaz de todo, y si esta inocente verdad: dos y dos son cuatro, pudiera probar hoy que es preciso domar el orgullo de su razón, velar sobre los extravíos del corazón, ahogar con enérgicos apretones las insensatas rebeliones del apetito sensual, vivir piadosamente, sobriamente, justamente, castamente, antes de un mes, os lo aseguro, se habrían publicado centenares de volúmenes para demostrar que es imposible que dos y dos sean cuatro, que eso no está suficientemente comprobado, que eso es una sorpresa, una ilusión de la fantasía que nos lo hace creer, finalmente, que es el diablo quien lo ha dicho. Señores, desconfiemos de las astucias de nuestro corazón. No es, por lo general, en la luz y en las cumbres del alma humana donde nacen las objeciones contra la fe; vienen de ordinario del subsuelo de nuestra naturaleza. ¿Son posibles los milagros? Sí, dice la lógica.

II. ¿Hizo milagros Jesucristo?

Sí, responde la historia. Veámoslo.

Jesucristo ejerce sobre la naturaleza un poder *ilimitado*. Maneja como le place las fuerzas y leyes de la creación. En Caná cambia la substancia del agua en vino; en las riberas del lago de Tiberíades, obliga a la substancia del pan a multiplicarse en los labios de cinco mil hombres. Camina sobre las olas, manda a los vientos, calma a las tempestades. Detiene el curso de los elementos, suspende su marcha natural y regular, deroga las leyes de la enfermedad y de la salud, y la muerte misma, como si tratara de redirle homenaje, viene a testimoniar la acción ilimitada que ejerce sobre la materia. Devuelve a la viuda desesperada el hijo único que lloraba; al padre su hija; a sus amigos de Betania, su hermano Lázaro, sepultado hacía cuatro días e invadido por la corrupción de la tumba. ¿Y como obra estos actos prodigiosos? Con una palabra, con un gesto, con un signo de su voluntad.

Esto quiere decir que ejerce sobre la naturaleza un poder *directo, inmediato*. Dice al leproso: "¡Sé curado, lo quiero!" Y al paralítico: "¡Levántate; toma tu lecho y anda!" Y al centurión: "¡Ve, tu servidor está curado!" Y dice inclinándose sobre el ataúd de la viuda de Naím: "¡Joven, yo te lo mando, levántate!" Y a Lázaro: "¡Lázaro, ven fuera!" La ciencia pide un mes para curar una enfermedad por poco inveterada que sea; he ahí el hombre. Jesucristo dice a un paralítico de treinta años: "Levántate!" Y el paralítico se lleva su lecho con paso ligero; he ahí Dios. La ciencia no puede hacer otra cosa que imprimir sobre un cadáver un remedio fugitivo del movimiento merced a la acción galvánica, o retardar su disolución gracias a la acción de bandas y aromas; he ahí el hombre. Jesucristo dice a un muerto de cuatro días: "¡Sal de la tumba!" Y es obedecido; he ahí Dios. En resumen, la acción de Dios sobre la naturaleza es ilimitada e inmediata. Puede todo lo que quiere, y nada se coloca, ni como obstáculo, ni como medio, entre su poder y su voluntad. Pero este poder sobrehumano de Jesucristo,

¿Es bien auténtico? ¿Ha comparecido ante el gran día de la historia, o no es más que una leyenda equí-

voca e incierta? Señores, leed el Evangelio, el más hermoso, el más santo, el más inatacable de todos los libros, y ved como realizaba Jesucristo sus milagros. Jesucristo obra sus milagros a la vista y ante la expectación de todo un pueblo. No ante las miradas de algunos privilegiados, no en el retiro de una casa elegida, sino en las calles, en las plazas públicas, en medio de los campos, a la vista de sus apóstoles, de sus discípulos, ante la mirada ardiente y venenosa de los fariseos, ante cinco mil, ante diez mil hombres, ante todos los que querían verlo. No hay necesidad de ser físico, químico, académico, para comprobar un milagro. Renán, en una página inepta, pide, para la comprobación de un milagro, la presencia de una composición científica compuesta de veinte miembros del Instituto. ¡Un absurdo! Los cojos andan, los sordos oyen, los muertos resucitan. La viuda de Naím abraza a su hijo, Jairo se arroja en los de su hija, Marta y María quedan suspendidas del cuello de Lázaro... ¿Qué tiene que ver aquí la ciencia? ¿Qué necesidad tengo de los miembros del Instituto? Los niños, las mujeres, los obreros tienen ojos y oídos para comprobar el milagro y boca para proclamarlo. Jesucristo hizo milagros, y todas las imposibilidades físicas, metafísicas y científicas que se aleguen contra ellos, no significan absolutamente nada. Hízolos al sol de una publicidad deslumbradora, en plena luz histórica, y los que los contemplaron se dejaron matar para testificarlos. Y si lo negáis, estáis obligados a romper el Evangelio, es decir, el libro más sublime, más sagrado, más invulnerable de todos los libros. En nombre de la historia y en nombre de la razón os prohibo hacer semejante cosa.

III. ¿Prueban los milagros de Jesucristo su divinidad?

Sí, ciertamente, perentoriamente. A nosotros los mortales no nos es permitido poner la mano sobre las leyes de la creación; a fuerza de genio, podemos atravesar las tempestades, pero no calmarlas; no sabemos resucitar nuestros muertos, ni siquiera los más queridos; Jesucristo lo hizo, y ante esta explosión de la divinidad, todo hombre serio se prosterna y adora.

Para probar su divinidad, Jesucristo apela sin cesar a sus obras. "Si no creéis en mi palabra—dice—creed por lo menos en mis obras, porque las obras que yo hago dan testimonio de mí." El fin que asigna a sus obras, y a sus milagros, consiste en probar sin réplica la verdad fundamental de su doctrina, a saber: que es el hijo de Dios, Dios como su Padre.

Por otra parte, sólo con verle obrar se convence uno de que su poder milagroso le es *propio y personal.* Obra por sí mismo, en nombre suyo y por su propia cuenta, y mientras que ningún otro enviado divino podría comunicar a otro el poder que ha recibido, porque ese poder no es propio suyo, Jesucristo pudo comunicar a sus discípulos reunidos la prodigiosa virtud de que El estaba lleno. Pudo, pues, decirles: "Yo soy la fuente del milagro, y el que crea en mí, hará también las obras que yo hago, y hará otras mayores aún." Y, en efecto, Pedro invoca el nombre del Redentor, y cura un cojo en la puerta del Templo. Pronúncialo Pablo, y devuelve a la vida al joven muerto en su auditorio. Este nombre basta a San Martín para convertir muchedumbres, a San Agustín y a San Bonifacio para conducir a los pies de Jesucristo a Inglaterra y Alemania llenas de sus milagros, a Javier para renovar en el Japón y

en la India las curaciones y resurrecciones de Judea, y hasta el fin de los tiempos, el nombre del Redentor curará, salvará, resucitará, porque Jesucristo dijo para todos los tiempos y para todos los lugares: "El que crea en mí, hará las obras que yo hago, y las hará mayores aún."

Los milagros de Jesucristo prueban su divinidad, porque: 1.º El mismo lo dijo, y si nos engañara, seguiríase que Dios nos induciría en error y acreditaría la mentira con sus prodigios, cubriendo con su autoridad la más sacrílega usurpación, la más monstruosa impostura; 2.º Jesucristo hizo los milagros en su propio nombre, y, al comunicar a sus discípulos el poder de hacer milagros, demostró que era la fuente de aquél, que era igual a su Padre, que era Dios.

Algunas palabras para refutar una *objeción.* Hizo milagros, sí, señores; mas esto no obstante, *los escribas, los fariseos, los príncipes de los sacerdotes, de tal modo no se dejaron convencer por los prodigios de Jesucristo, que le acusaron y condenaron a muerte, y el pueblo mismo tomó parte en este crimen.*

¿Cómo puede ser esto?

El hombre, señores, queda siempre en libertad de aceptar o rechazar la verdad. En presencia de Jesucristo y de su poder de hacer milagros, resistieron los paganos, pero su vida fácil y enteramente voluptuosa los retenía cautivos. Los judíos resistieron, pero estaban ciegos por el prejuicio de un Mesías conquistador y dueño de la tierra, y soportan el dominio celoso de sus jefes, que tenían necesidad de engañarlos para mejor explotarlos. Los escribas, los fariseos, los príncipes de los sacerdotes, resistieron; pero su orgullo, más fuerte que la evidencia, les hizo temer la pérdida del prestigio y de la influencia de que ellos abusaban. Casi todos resistieron, pero casi todos obedecieron a la voz de la pasión. Sepámoslo, señores; esa es la historia de los judíos, y también la nuestra. Dios nos ilumina, pero no nos embrutece; al pedirnos nuestra fe, respeta nuestra libertad. En presencia de los milagros que testifican la divinidad de Jesucristo, el hombre todo entero sigue entregado a sus prejuicios, a sus debilidades, a sus dependencias, a sus temores y, sobre todo, a sus pasiones.

Si no se convence, acusadle solamente a él, no a las pruebas que se le ofrecen.

En efecto, señores, Jesucristo no es solamente la soberana verdad, a la cual debemos someternos sin la menor excusa; es también la *suprema santidad,* contra la cual conspiran y nos ciegan todas las debilidades y todas las malicias de nuestra naturaleza. Es una guerra a muerte entre El y nuestra naturaleza corrompida, y su crimen consiste en ser la verdad, en ser Dios. "No nos persuadirás—le decimos como el personaje de la comedia antigua,—aunque nos hayas convencido." No hay peor sordo que el que no quiere oir, y la verdad de este proverbio resplandece sobre todo en la demostración de las verdades religiosas. Cierto día, discutía conmigo un impío. Como hubiera admitido ya algunos principios, empujábale yo a reconocer una contradicción en su conducta, por lo que le dije con la mayor delicadeza del mundo: "Amigo mío, no es V. lógico." "¡Ah! —replicó él—Yo me burlo de su "lógica." Lo confieso: todos los argumentos que con tanto trabajo había logrado meter en su cabeza, cayeron ante semejante exabrupto, y aquel singular razonador pudo lisonjearse, en vista de mi silencio, de haberme vencido y haber vencido la causa por mí defendida.

Señores, vosotros sois lógicos, no tenéis miedo de llevar hasta el fin vuestra razón, por lo que, en pre-

sencia de Jesucristo y de su poder de hacer milagros, confesáis su divinidad. Con los elementos sometidos a su voz y con los siglos cristianos arrodillados ante su trono, decidle desde el fondo del corazón y con labios cada vez más convencidos y temblorosos: "*¡Tu est Christus, Filius Dei vivi!* ¡Tu eres Cristo, Hijo de Dios vivo!"

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEGUNDA

Las virtudes de Jesucristo

SEÑORES:

Hemos estudiado sucesivamente la palabra, la doctrina, las profecías, los milagros de Jesucristo. ¿Es esto todo? No. A todos los dones de una inteligencia superior, a una acción exterior todopoderosa, añádese una belleza moral incomparable, y Jesucristo cubre su palabra, y sus milagros con la santidad de su vida. ¿Cómo expresar, señores, las virtudes de Jesucristo? Sería preciso para ello contar con un sacerdote que fuera al propio tiempo un santo y un genio, y que en sus labios vibrara la palabra de Dios dictada por los ángeles. Pero por grande que sea mi insuficiencia, intentaré cantar en tres estrofas las virtudes de Jesucristo, y de ellas os indicaré sus principales notas, que son: la plenitud, la armonía, la serenidad.

I. La plenitud.

Es la primera nota de las virtudes de Jesucristo. El mundo ha visto grandes almas, almas tan desprendidas, tan puras, tan amables, tan heroicas, que parecen la encarnación de la virtud, y viéndolas pasar, creeríamos en cierto modo ver pasar al mismo Dios. Contemplad los patriarcas, los profetas, los pontífices de la antigua ley, los santos y santas de la ley nueva, y en la frente de esas gloriosas criaturas reconoceréis todos los matices, todas las radiaciones de la belleza moral, la fuerza, el ardor, la pureza, la dulzura, la humildad, la ternura, el sacrificio. Pues bien, en medio de todas esas resplandecientes imágenes de la virtud, colocad al mismo Jesucristo, y palidecerán como palidecen las estrellas cuando en medio de ellas se eleva el sol en su esplendor real.

Jesucristo es más grande que todo lo que le precedió, más grande que todo lo que siguió tras él. Juntad todos los *filósofos y legisladores* de la antigüedad. Jesucristo es superior a ellos por la admirable prudencia de sus discursos y de sus actos, por su profundo respecto de todos los derechos, por su delicado amor de la verdad, por su liberalidad en la difusión de los bienes que posee, por la fortaleza de su grande alma, a la que no desaniman ni desconciertan las astucias de la hipocresia, ni las resistencias de la pasión, ni las amenazas del odio. Juntad todos los amores, todos los *sacrificios* del mundo antiguo. Jesucristo es superior a ellos por la austeridad de su vida, por la magnanimidad de su desprecio de los bienes de la tierra, por su paciencia en los más inenarrables dolores, por la mansedumbre de su corazón, por su modestia, que quiere a cada instante tender

un velo sobre sus beneficios, por su humildad, que, después de haberle sepultado durante treinta años en las sombras de una vida pobre y laboriosa, le prosterna, finalmente, a los pies de sus discípulos. Juntad en el *pueblo judío* todas las inocencias, todas las virtudes de los patriarcas, todas las santidades que brillaron en los profetas; Jesucristo es superior a ellas por su religiosa veneración, por sus homenajes, por su anonadamiento ante la majestad divina, por el ardor de su celo, por su adorable pureza, a la que la sospecha no se atrevió jamás a desflorar, por su inmenso, tierno y generoso amor de Dios y de los hombres. He ahí diecinueve siglos que Jesucristo impera en el mundo, y millones de hombres que se esfuerzan en imitarle. En estas innumerables imitaciones, las hay que arroban al alma. He ahí *San Francisco de Sales;* ¡qué dulzura, qué amenidad, qué amabilidad! Pues bien, Jesucristo es mucho más amable que todo esto. He ahí *Santa Teresa de Jesús;* ¡qué elevación, qué ardor de celo y de perfección! Pues bien, Jesucristo es mucho más elevado que todo eso. He ahí las *vírgenes* más puras, Santa Inés, Santa Agata, Santa Rosa de Lima; ¡qué lirios tan perfumados en el jardín de la Iglesia! Pues bien, Jesucristo es mucho más puro que todo eso. He ahí los *mártires* más esforzados, más ardientes, San Lorenzo con sus parrillas, San Sebastián con su columna, Santa Catalina con su rueda; ¡qué fortaleza, que heroísmo! Pues bien, Jesucristo es mucho más heroico que todo eso. He ahí, San Luis, Santa Chantal, San Vicente de Paúl, y, en este siglo, Mons. Affre, atravesado de una bala homicida y pidiendo que su sangre sea la última que se vierta, y García Moreno exclamando bajo el acero de un asesino: "¡Dios no muere!", y el general Sonís, ese modelo tan acabado de cristiano

y de soldado; tomad a la vez todas las virtudes, todas las purezas, todos los amores, formad con todo ello un ramillete espléndido y perfumado, y no será todavía Jesucristo. Es más grande que todo lo que le precede, más grande que todo lo que le sigue.

Jesucristo es la plenitud de la belleza moral, es la eflorescencia de todas las virtudes, y cada una de sus virtudes alcanza el más alto grado de perfección. No solamente descubrió al mundo una moralidad ignorada, sino que fué a la vez ejemplar y revelador de ella, y si era preciso ser un Dios para revelarla. era preciso también serlo para ofrecer en sí mismo un ideal tan completo de ella. Mas al propio tiempo que Jesucristo reúne en su persona todas las virtudes, y las eleva a un nivel que nadie puede alcanzar, las ofrece en proporción tan perfecta y en medida tan justa, que todos pueden proponerse y deben procurar imitarlas.

II. La armonía.

Es la segunda nota de las virtudes de Jesucristo ¿En donde hallar aquí bajo la medida en la perfección, ese perfecto equilibrio, ese medio proverbial, en el cual consiste la virtud? Estos tienen la mirada del águila, pero les falta el corazón de la paloma; aquéllos están hechos para la acción, pero el defecto de la reflexión y del estudio los delata sin cesar. ¿Quién jamás supo armonizar la prudencia con el celo, la justicia con el valor, la fuerza con la suavidad? ¿En dónde podremos ver la firmeza sin rigidez, la humildad sin bajeza, la resignación sin abatimiento, la prudencia sin arrogancia, la caridad sin debilidad? Me mostraréis a Catón en su impasibilidad, pero mi sentimiento íntimo me dice: "Es una actitud fuerte, pero exagerada." Me

mostraréis a Simón Estilita en su columna, a San Francisco de Asis bajo los harapos de la pobreza, a San Luis Gonzaga en el fervor de su infancia inmaculada; pero mi conciencia me dice: "Todo eso es respetable, pero más propio para admirar que para imitar." Vemos por todas partes en el género humano ese defecto de ponderación, que consiste en no preservarse del mal sino arrojándose en la exageración del bien. Vemos por todas partes virtudes que degeneran en excesos, o que sólo se desarrollan y desenvuelven en detrimento los unas de las otras.

Mas en Jesucristo todas las virtudes, aun las más opuestas, o más contradictorias en apariencia, están armonizadas, medidas, equilibradas. Por ejemplo, ¿quién fué más austero que Jesucristo, y, ello no obstante, más tierno? ¿Quién tuvo en mayor grado que él el sentimiento de su gloria interior, y, ello no obstante, quién fué más humilde? ¿Quién conoció como El la miseria del hombre, y quién jamás amó al hombre como El? ¿Quién lo despreció menos? ¿Quién lo atendió más? En vista de esas proporciones tan perfectas en contrastes tan imprevistos, de esa fortaleza tan tierna, de esa majestad tan sencilla, de esa dignidad tan paciente, de esa santidad tan temperada, de esos matices inimitables que componen su índole moral, la razón vese obligada a exclamar: "¡He ahí Dios!"

Las virtudes de Jesucristo son como una selva de árboles gigantes, de esencias diversas, pero igualmente desarrolladas, de la misma magnificencia, que nos conducen, por entre oleadas de luz y de aromas hasta el palacio de la divinidad.

Pero al propio tiempo, semejante a esos edificios que disimulan su grandeza merced a la exactitud de sus proporciones, Jesucristo nos persuade que basta se-

guirle para alcanzarle; solicita nuestra imitación antes que desesperarla. ¿Quién es el hombre que no se siente atraído por una música armoniosa? Pues del mismo modo, son tan armoniosas las virtudes de Jesucristo, que arrebatan todas las almas.

El niño en las rodillas de su madre comienza a mostrarse prudente imitando a Jesucristo. Si la joven quiere conservar puro su corazón, lo modela en el corazón de Jesucristo. El pobre en su cabaña, si ve que la pobreza se le hace demasiado pesada, se arroja a los pies de Jesucristo y se hace un pobre bueno. El rico en su dorado salón, si experimenta la necesidad de cortar la embriaguez de las cosas humanas, contempla a Jesucristo, y aprende a ser un rico bueno. El salvaje en su bosque, el insular en medio del océano, las razas degeneradas, sólo se elevan a la luz por medio de Jesucristo, y sólo mirando a Jesucristo, recobran las sociedades enfermas la virtud, el honor y la seguridad. ¡Ah, Jesucristo no es una figura ordinaria! No es la figura de un judío, ni la figura de un griego, ni la figura de un romano, ni la figura de un antiguo, ni la figura de un moderno. Es la figura del hombre. *Ecce homo!* Pero de un hombre sobre el cual resplandece la divinidad. ¡Jesucristo es Dios! Lo prueba su belleza moral, tan completa y armoniosa, y, finalmente,

III. La serenidad.

Es la tercera nota de las virtudes de Jesucristo. M. de Maistre dijo: "No sé lo que es el corazón de un criminal; sólo conozco el corazón de un hombre honrado; es abominable." Así hablan todas las conciencias rectas; y aun los mismos santos, ante el ideal del bien, lamentan su impotencia. Sólo con grandes esfuerzos practican la

virtud, con el sudor en la frente, con la fatiga en los miembros, con el alma quebrantada. Vémoslos remontarse, crecer, comprimirse. Y nosotros, miserables mortales ¿nos atrevemos a decir que formamos bajo la misma enseña que los santos? No. Si somos sinceros, confesaremos que hay para todos nosotros una perpetua necesidad de vencer esforzándonos, o de ser vencidos siendo únicamente lo que somos. La virtud no brota de nuestro propio corazón, sino que la conquistamos con nuestro esfuerzo en una lucha incesante, y sólo apreciamos el honor de nuestra alma, si perdemos la serenidad de nuestra frente.

Pero hay un hombre, señores, que practicó la virtud sin elevarse ni descender como un mar alborotado, sino que realizó en su vida el ideal del bien, como un lago tranquilo, siempre igual a sí mismo, refleja en sus aguas el azul del cielo y la belleza de sus orillas. Hay un hombre que se elevó a las más altas cumbres de la santidad, sin conocer jamás ni el disgusto del pecado, ni el triste recuerdo de las faltas cometidas, ni las santas lágrimas del arrepentimiento, ni las firmes resoluciones del mejor obrar, ni las agitaciones de nuestra naturaleza corrompida. Hay un hombre que sacó del fondo de su propio ser, como una emanación de sí mismo, como una virtud inherente a su naturaleza, la abnegación, el sacrificio, la pureza, todos los esplendores de la moralidad.

Hay un hombre, el más sencillo, el más puro, el más perspicaz de todos, que se atrevió a decir: "¡Soy santo!... Sed santos como yo soy santo;" y que repitió numerosas veces la afirmación serena de su absoluta perfección. Hay un hombre que recorrió el camino de la vida rodeado de enemigos anhelosos de descubrir en su persona una palabra, un acto culpable o imperfecto,

sin poder lograrlo, en tanto que El, siempre puro y suave, siempre sereno, irradiando paz interior, respondía a todas sus asechanzas con estas palabras rebosantes de real santidad: "¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?"

Finalmente, hay un hombre que no perdió la serenidad ni siquiera en la hora de la muerte, y que, hace ya diecinueve siglos, tiene al género humano suspendido del hechizo de su vida inmaculada. Este hombre, sin semejante y sin rival, es Jesucristo. Pero lo que más impresión causa en Jesucristo, no es la maravillosa eflorescencia de todas las virtudes, ni el conjunto armonioso de su perfección, sino la serenidad de su alma sumergida en el ideal, sin que le cause el menor asombro, asentada en la cumbre de la belleza moral, como una reina en el trono que le procuró su nacimiento. Jesucristo es la plenitud, es la armonía, es la serenidad en la santidad.

Conclusión.—Dijo El: "*Qui ex vobis arguet me de peccato?*" Y al pronunciar estas palabras, una gran luz brota de su frente. Los santos se callan y adoran. Los fariseos se callan y se consumen de despecho. Diecinueve siglos se callan sin atreverse a balbucear un mentís. Y nosotros, señores, que venimos después de los santos, de los fariseos, de los siglos, nosotros, que hemos visto rebelarse contra Jesucristo todas los poderes, todos los espíritus, todas las astucias, todas las perspicacias humanas; nosotros, que hemos visto a Jesucristo tendido, por decirlo así, en tierra y rodeado de hombres que le cubrían el pecho como buitres aferrados a su presa; nosotros, que hemos asistido a ese largo trabajo de examen, de discusión apasionada, de contemplación ardiente; nosotros, que sabemos que ni el amor, ni el odio han podido descubrir mancha alguna en la belleza de nuestro Jesucristo, ¿qué debemos hacer sino arrojarnos a sus pies, para adorarle, para rogarle, para amarle, para glorificarle, para copiarle?

Hagámoslo así, señores; Jesucristo es más que un genio, más que un ángel, más que un héroe, más que un santo. Es el ideal viviente de la belleza moral; es la santidad increada; es Dios!

Decía Napoleón al general Bertrand: "General Bertrand, ¿no comprendéis que Jesucristo es Dios? Pues bien, me equivoqué al haceros general." Todos vosotros, señores, sabéis que es Dios, y con más decisión que nunca, haréis resonar hoy en vuestros labios el himno vibrante de vuestra fe y de vuestras adoraciones.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOTERCIA

La inteligencia de Jesucristo

SEÑORES:

Hasta aquí hemos estudiado a Jesucristo por fuera; le hemos oído hablar, le hemos visto obrar, y hemos reconocido, ya en su palabra, ya en sus actos, la presencia de la divinidad. Vamos a entrar ahora en las profundidades íntimas, en la persona misma del Salvador, y a estudiarlo por dentro. Hemos seguido el curso del río; visitemos ahora la fuente, es decir, la inteligencia, la voluntad, el corazón de Jesucristo. Las fuentes, señores, son venerables, ocultas. Recojámonos y comprobemos con admiración respetuosa y enternecida los dos caracteres augustos de la inteligencia de Jesucristo: su elevación y su irradiación.

I. La elevación de la inteligencia de Jesucristo.

1.º *Se armoniza con su situación.* Todo hombre debe tener la ciencia que conviene a su estado. Con los

imprudentes que se lanzan a todos los riesgos, en una carrera en que su ignorancia ha de fracasar, la opinión pública se muestra severa, aunque no tanto como debiera serlo; porque no es raro ver situaciones importantes pasivamente ocupadas por advenedizos en los cuales la opinión reemplaza a la ciencia. Es una desgracia que Dios permite para probar a sus justos y castigar a las sociedades que han merecido su cólera.

La ciencia de un hombre debe estar en relación con la posición social que ocupa; esto es razonable, esto es lo necesario; lo contrario sería un desorden. Así, pues, para tener idea de la inteligencia de Jesucristo, comprobad su situación; la medida de ésta os dará la medida de aquélla. Jesucristo es Dios y hombre a la vez; es el *Hombre-Dios;* por consiguiente, en su adorable persona concentra los esplendores unidos de la inteligencia divina y de la inteligencia humana. Jesucristo es *el rey de la creación;* por consiguiente, conoce El, mejor que los sabios, los poetas y los artistas, las evoluciones del mundo sideral, los secretos ocultos de las entrañas del globo y las exquisitas y delicadas bellezas de la naturaleza.

Jesucristo es la cabeza del género humano; por consiguiente, el inmenso drama de la historia, con sus tres actos, lo presente, lo pasado y lo por venir, se desenvuelven ante sus ojos, ve a fondo todas las almas, y las ve cada una de ellas en particular, con sus necesidades, sus deseos, sus tentaciones, sus faltas, sus peligros, y esto en toda la superficie de la tierra. Jesucristo es el eje sagrado de todas las cosas divinas y humanas; la grandeza de su misión es prueba de su inteligencia. Si queréis saber hasta que cimas se eleva, escuchad los acentos que se escapan de ella.

2.º *Se expresa por modo sublime.* Lo sublime es el

sonido que produce un alma grande. Abrís un libro: Platón, Bossuet; de repente una palabra viva, súbita, instantánea se apodera de vosotros y os hace estremecer; vuestra alma se eleva, vuestros pies no tocan en tierra, las lágrimas llenan vuestros ojos. Estáis en lo sublime. Pero ¡cuán raro, fugitivo y momentáneo es esto! Dice en alguna parte la Sagrada Escritura: "¿Conocéis el camino de la luz?" Podría preguntarse también: "¿Conocéis el camino de lo sublime?" Pues bien, Jesucristo no sube ese camino; está ya en él. Es su región, es su patria, es su atmósfera. "Vémosle lleno de los secretos de Dios—dice Bossuet,—pero no se muestra asombrado de ello. Habla de ello naturalmente, como nacido en ese secreto y en esa gloria." Es sublime cuando expone a nuestra vista el ideal: "Sed perfectos, como mi Padre celestial es perfecto." Es sublime en esa corta oración del *Padrenuestro,* que sobrevive en nuestra memoria y en nuestro corazón a todos los olvidos y a todas las ingratitudes, y resume las creencias, deberes y esperanzas del género humano, hijo de Dios. Es sublime cuando, desde lo alto de la montaña, pronuncia aquel discurso extraño y famoso de las beatitudes, que dió al mundo nueva orientación. Es sublime cuando tiende los brazos a todos los afligidos y los atrae hacia su corazón: "Venid a mí los que padecéis." Es sublime cuando abre ante el alma humana el campo ilimitado del amor fraternal: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, orad por los que os persiguen y os calumnian:" Es sublime cuando proclama la santa e inviolable libertad del alma: "No temáis a los que matan el cuerpo, pero que no pueden tocar el alma." Es sublime cuando agita ante nuestros corazones, rezagados y desfallecidos, la antorcha de los consejos, de la obediencia, de la pobreza, de la voluntaria castidad. Es sublime cada vez que

abre la boca, y si tenéis el puro y sincero amor de la belleza, oyendo las palabras que pronuncia a su paso, y el grito que lanza antes de expirar, convendréis en que lo sublime no es en modo alguno un relámpago pasajero de su gran inteligencia, sino su luz habitual y continua. Verdad es que de cuando en cuando la inteligencia de Jesucristo nos sorprende y desconcierta.

3.º *Se oculta en lo inaccesible.* Tanto mejor; no es inaccesible todo el que quiere serlo. Por alto que se remonte un espíritu, los otros espíritus pueden remontarse con él, o, por lo menos, detrás de él. Solamente a Jesucristo no es posible seguir. Elevóse al mundo de los misterios, y sabéis lo que ocurrió. Los espíritus más poderosos, Orígenes, Agustín, Tomás, Bossuet, Pascal, Newton miraron los misterios de Jesucristo, miraron con aquellos ojos potentes que habían descubierto las leyes del mundo moral y del mundo astronómico, y declararon que no los comprendían, pero que esos misterios, que no veían en sí mismos, hacían que lo vieran y comprendieran todo. Al propio tiempo, se elevaron otros hombres, los cuales intentaron demostrar que los misterios de Jesucristo eran opuestos a la razón, Celso, Porfirio y Juliano; Arrio, Nestorio y Eutiques; Lutero y Calvino, Voltaire y Rousseau... Y todos los días se elevaban por millares quienes intentaban probar lo absurdo de los misterios, de penetrarlos y echarlos por tierra. Y no lo consiguieron; de suerte que tras de diecinueve siglos de la más alta discusión que se haya visto nunca, subsisten esas fórmulas impenetrables a la razón, y, a pesar de todo, inquebrantables a todos los ataques del hombre. Veamos. ¿Por ventura creéis que, si los misterios de Jesucristo repugnaran a la razón humana, no haría ya mucho tiempo que habrían caído en el desprecio,

y con ellos el mismo cristianismo? Mas permanecen en pie, y su solidez unida a su impenetrabilidad demuestra la divinidad de su principio. La inteligencia de Jesucristo se mide por su situación; es divina y humana a la vez, y, ora se exprese por lo sublime, ora se oculte en lo inaccesible, supera en elevación todos los niveles que nuestro espíritu puede conocer y soñar.

En primer lugar, es como el sol, cuyo foco no vemos, ni podríamos tocar, pero que difunde sobre el mundo sus rayos bienhechores, luminosos y calientes. El sol irradia sobre el mundo de los cuerpos la luz y la vida en oleadas inagotables; pues bien, lo mismo hace la inteligencia de Jesucristo en el mundo de las almas; esto es lo que he llamado

II. La radiación de la inteligencia de Jesucristo.

Señores, todo hombre que abre la boca, que coge una pluma, no será más que un divertidor móvil, un alineador estéril de frases, si no se propone renovar los hombres y la sociedad. Si no tuviera la intención de haceros bien al hablaros, ¿qué sería sino un bronce sonoro, un címbalo resonante? Ahora bien, ¿qué es lo que quiso Jesucristo? ¿Fundar una escuela? No. Escogió sus discípulos de las últimas filas de la sociedad. ¿Adquirir la gloria? La desdeña. ¿Qué quiso, pues? Renovar las almas, engendrar la virtud, reformar el mundo, sacarlo del error, del mal, y conducirlo a Dios, iluminado, purificado, transfigurado. ¿Lo ha logrado? Sí, su inteligencia irradió sobre el mundo, y difundió

La luz, primeramente. ¡La inteligencia de Jesucristo! Ella es la que animó la elocuencia de San Pablo, la dialéctica de Orígenes, la erudición de Jerónimo, la sutilidad de San Agustín, la unción de San Ambrosio. Ella

puso la pluma en las manos de San León y de San Gregorio, como convirtió en lira armoniosa los labios de Crisóstomo. Ella pide a San Buenaventura prodigios de lenguaje para expresar el amor de Dios, y los obtiene, y ella hace escribir a Santo Tomás la enciclopedia de los conocimientos humanos. ¡La inteligencia de Jesucristo! A la luz de ella, San Carlos Borromeo funda escuelas en Italia, y San Francisco de Sales recoge en sus montañas de Saboya la lengua francesa, adulterada por las imitaciones paganas, y le da esa gracia amable, ese giro delicado, ese aire afectuoso, esa embelesante dulzura cuyo secreto no pertenece más que a la santidad. ¡La inteligencia de Jesucristo! Gracias a ella, Belarmino, Bossuet, Fenelón marchan a la cabeza del gran siglo, Bergier resiste a Rousseau en la edad siguiente, y los Maistre, Bonald, Balmes, Wiseman, Ravignán, Lacordaire, Monsabré asombran el nuestro, lo aferran a sus libros o lo suspenden de sus labios. Pero ese reflejo de la inteligencia de Jesucristo no resplandece únicamente en la frente del genio, sino que desciende al entendimiento más mediano, y lo ilumina sobre el origen de la naturaleza, el destino y los deberes del hombre, con una seguridad impropia de la sabiduría humana. Los pequeños, los pobres, los desgraciados, los desheredados de la ciencia profana, los servidores, los mendigos aprenden en la escuela de Jesucristo las grandes verdades que deben dominar y ordenar su vida; saben lo que son, de dónde vienen, a dónde van, lo que Dios les pide en este mundo, lo que les espera más allá de los límites de esta vida. Apartados de Jesucristo, los más grandes sabios gimen en la opresión de la duda, y los reto a que resuelvan los problemas que los atormentan. Enseñados por Jesucristo, los más sencillos espíritus viven, crecen y mueren en la paz y en la alegría de la certeza. Pero al

propio tiempo que la inteligencia de Jesucristo produce la luz, distribuye

La vida en las almas. La ciencia ha encontrado el medio de encerrar en el más pequeño volumen posible las altas energías medicinales y vivificantes de la naturaleza. Jesucristo hizo lo mismo. En cuatro palabras claras, distintas, repletas de vitalidad, encierra las leyes esenciales de las cosas, los principios fundamentales de la familia y de la sociedad, las causas y remedios de la decadencia de los pueblos, especialmente las leyes divinas y las leyes de la conciencia. Escuchad algunas de las palabras salidas de sus labios: *Dad al César lo que es del César;* aquí sienta la base y distinción de los poderes de donde nace la civilización moderna. *Nuestro Padre que está en los cielos;* aquí siembra la semilla de la fraternidad universal en la verdadera igualdad. *Bienaventurados los que lloran;* aquí seca torrentes de lágrimas. *Bienaventurados los pobres;* aquí suscita inagotables sacrificios. *El que quiera ser mi discípulo, tome su cruz;* aquí hace brotar cosechas de virtudes; de aquí proceden todos los apóstoles, todas las vírgenes, todos los mártires. ¿Sabéis la vitalidad que Dios ha depositado en la materia? Un grano de trigo, en cinco años, produce diez mil millones de granos de trigo. Pues lo mismo puede decirse del trigo divino que cae de los labios de Jesucristo. Todas sus palabras son fecundas, multiplican al céntuplo, siembran lo por venir, alimentan millares y millones de almas.

La inteligencia de Jesucristo irradia en el mundo y difunde la luz y la vida a torrentes inagotables. Y si ese sol divino viniera, por nuestras faltas, a extinguirse, caeríamos, para castigo nuestro, en la noche de las doctrinas bárbaras y de las costumbres más bárbaras aún.

Conclusión.—Duro os es a veces, señores, oiros acusar de obscurantismo y sentir sobre vosotros el peso de los soberbios desprecios de incredulidad. Consolaos, pues eso pasa muy pronto. En cambio, la inteligencia de Jesucristo permanecerá dueña del campo de batalla, y nuestro divino Salvador, que todo lo ve, sigue paso a paso los manejos de los impíos, y cuenta una por una las lágrimas humilladas de sus fieles. Cuando llegue el día de las últimas manifestaciones, pondrá al descubierto y castigará como lo merecen todas las iniquidades del espíritu humano: el prejuicio orgulloso, los estudios superficiales, los juicios precipitados, las imputaciones venenosas, las críticas desleales, las falsificaciones de doctrinas, las mentiras históricas. Entre tanto, señores, confiaos a la inteligencia de Jesucristo y buscad en ella la luz de vuestro espíritu, la antorcha de vuestras conciencias, el consuelo de vuestros corazones, la fortaleza de vuestras voluntades, el secreto de vuestros destinos, la regla de vuestra vida, la tranquilidad de vuestro último suspiro, la garantía de vuestro reposo eterno.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOCUARTA

La voluntad de Jesucristo

SEÑORES:

Hemos estudiado la inteligencia de Jesucristo; entremos ahora en su voluntad, y contemplemos todavía en ella con santo respeto fenómenos que superan infinitamente la naturaleza humana.

I. La voluntad de Jesucristo es impecable. Jamás cayó en falta, ni podría caer.

1.º *La voluntad de Jesucristo jamás cayó en falta.* Señores, ¡*qué hermoso es* el hombre recto, firme y resuelto, que no quiere más que lo que Dios quiere y que no se separa jamás de la línea del deber! Ni las falsas direcciones que toman en torno de él sus compañeros de ruta distraen su atención, ni los obstáculos que encuentra enfrían su valor, ni los frecuentes sacrificios que se impone cansan su generosidad. Diríase que es una estrella

en su esfera, o un río en su curso; y cuando se le ve pasar, prodúcese en el alma algo así como una saludable impresión de respeto. ¡Qué hermoso es, señores, pero *qué raro!* ¿En dónde se halla ese hombre de fuertes convicciones, de gran natural, de vida inmaculada? Por desgracia, aun en las pocas figuras resplandecientes que saludamos llenos de admiración, y a las que nuestra fácil moral libra fácilmente certificados de rectitud y de justicia, ¡cuántas contradicciones a la regla suprema, cuántos pasos en falso, cuántos yerros, cuántas caídas! Y si pudiéramos penetrar en las raíces de las acciones humanas, ¡cuántas imperfecciones, cuántas irregularidades allí donde todo parecía en orden!

Sólo hay un alma que pueda darnos el glorioso espectáculo de la rectitud perfecta. El alma de Jesucristo. Jesucristo jamás cayó en falta. No conoció ni las tinieblas que desfiguran a nuestros ojos las nociones del deber, ni las pasiones que atormentan y deshonran nuestra vida, ni las inconstancias que desconciertan a cada instante nuestras mejores resoluciones. Piensa, habla, obra, teniendo, siempre en igual medida, la prudencia, que recomienda, a ejemplo de la serpiente, y la sencillez, que alaba a ejemplo de la paloma. Igualmente alejado de la irreflexión y de la astucia, se mantiene en esa línea tan difícil y resbaladiza, que no se desvía ni por exceso de celo, ni por defecto de prudencia. Es la línea recta en su limpieza completa y en su suave inflexibilidad. Mirad. No recurre ni a la fuerza ni a la popularidad, ni a las mentidas promesas, ni a las astucias de la política, ni a las habilidades del discurso. Va recto. Jamás cayó en falta. ¿Es esto decir lo suficiente? No, señores,

II. La voluntad de Jesucristo no puede caer en falta.

Quizás encontréis aquí bajo algunos hombres de tal modo entregados al estudio y a la práctica del deber que no pueden traicionarlo sin hacerse execrable violencia, sacerdotes, magistrados, soldados, hombres públicos, simples ciudadanos, están ligados a la justicia y a la virtud por las gloriosas cadenas de una sagrada costumbre. Son los cautivos, los gloriosos cautivos de la Verdad y del Bien. Desplegad ante sus ojos los honores, las riquezas, los placeres; haced orar y gemir a sus pies los más legítimos y los más apremiates amores; prometedles el secreto de las culpables complacencias que les proponéis, y os responderán: "¡Dejadme, dejadme; no puedo! ¡Antes mil veces la muerte que una sola falta!" Sí, señores, en el seno de nuestro pobre género humano, en el polvo de los desfallecimientos universales, hallaréis algunas grandes almas libre y noblemente encadenadas al deber. Pero lo que os desafío a que encontréis aquí bajo, en una sola alma, es la radical impotencia del pecado, es la rectitud llevada a la impecabilidad, Todo hombre, por justo que sea, está sometido a las fluctuaciones de su libre albeldrío, y aun cuando no faltara jamás, podría siempre faltar.

Jesucristo no puede faltar. En su adorable persona, la voluntad humana se adhiere de tal modo a la voluntad divina, que las dos marchan al mismo paso, sin contradecirse ni separarse nunca. Es libre e impecable en su totalidad. No basta decir que la rectitud de su voluntad es incomparable; hay que decir que es sobrehumana y absolutamente divina.

Señores, os llevo muy arriba, ¿no es verdad? ¿Qué queréis? Estamos en el alma de Jesucristo. Seguidme

hasta el final, y los trabajos de nuestro viaje, los esfuerzos de vuestra atención, no quedarán sin recompensa.

III. La voluntad de Jesucristo es invencible.

¡Ah, qué débiles somos, señores! ¡Ah, cuánto más cortos, son nuestros brazos que nuestros deseos! ¡cuánta distancia hay de nuestro poder a nuestro deber! Desde los niños que se pegan en las calles, hasta los ambiciosos que se doblegan ante las gradas de un trono, todos estamos hambrientos de poder; mas, esto no obstante, no podemos casi nada. A cada instante somos vencidos por la naturaleza, que nos opone la barrera de sus leyes, por nuestros semejantes, que marchitan nuestra personalidad, por la muerte, que nos coge por el cuello y se burla de nuestras desesperadas resistencias.

¿Qué es el hombre sino un perpetuo luchador y un perpetuo vencido?

La voluntad de Jesucristo es invencible, y su fuerza, no menos que su rectitud, es divina. *Las leyes de la naturaleza,* manéjalas El como quiere. Dijo al ciego: "Ve"; al sordo: "Oye"; al cojo: "Marcha"; al paralítico: "Levántate"; al mar: "Cálmate"; al demonio: "Vete". Comprende uno que es el amo, acomete con intrepidez *las contradicciones de los hombres,* y ni las terquedades de sus discípulos, ni los lazos que le tendían los fariseos, ni la mala fe de los príncipes de los sacerdotes, pudieron jamás detener sus pasos, ni encadenar sus labios, ni desminuir su ternura, ni debilitar su valor, ni alterar su serenidad. Comprende uno que es el amo. Afronta *las angustias de la muerte,* como veremos, sin vacilar un punto; pasea su majestad de tribunal en tribunal; afirma más enérgicamente que nunca su divinidad; confunde a los jueces con sus res-

puestas, o con el silencio, más elocuente que todas las palabras; deja caer sobre sus verdugos un perdón supremo; después, con un grito, sacude a Jerusalén y al mundo entero, y muestra en su muerte como en su vida, que es el amo, y que su voluntad es igualmente invencible ante las leyes de la naturaleza, ante las contradicciones de los hombres, ante las angustias de la muerte.

Seguid escuchando, señores; he aquí algo más maravilloso todavía.

IV. La voluntad de Jesucristo es inmortal.

Sobrevive a su muerte, y su milagrosa supervivencia, unida a su poder y a su rectitud, testifica en Jesucristo la presencia de la divinidad. Vais a verlo.

¿Qué quiere Jesucristo? Quiere cambiar la faz del mundo religioso, moral, doméstico y social. Quiere someter todas las almas a la suya. He aquí la amplitud de su voluntad. Escuchad: "Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra; Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos." ¡Qué cuadro! Los pueblos se fatigan persiguiendo formas vacías, y nadas sonoros, sustituyendo una forma efímera a otra forma efímera, el gobierno de hoy al gobierno de ayer, el dueño de mañana al dueño de la víspera. Estos cambios de superficie y estos golpes teatrales de la vida externa hacen estremecer a los pueblos, y especialmente a los agitadores del pueblo, y el vértigo se les sube a la cabeza. Jesucristo quiere renovarlo todo de los pies a la cabeza; quiere remover el universo, crear un nuevo mundo, y, como decía Napoleón, "hacer de todas las almas un anexo de su persona." Quiere esto, ve todas las dificultades, y no se asusta de ellas. Bossuet, hablando del joven vencedor de Rocroi, dijo de él esta hermosa frase: "En la víspera de una gran batalla, muéstrase tranquilo; hallábase enteramente en su natural." Así Jesucristo: quiere conquistar el mundo, y su resolución es tranquila al propio tiempo que inflexible.

¿Lo consiguió? Sí, señores. Los filósofos lo esperan para combatirlo con la palabra; pero El no se preocupa de ellos, como si jamás hubiera habido ni jamás hubiera de haber filósofos en el mundo. Los políticos lo esperan con su espada en la mano, dispuestos a ahogar en la sangre de los suyos su idea y su institución; pero El nada teme de esos poderosos de la tierra, y para el triunfo de su obra, no les pide nada, absolutamente nada, ni siquiera la tolerancia ni el derecho de ciudadanía. Quiere, helo aquí todo, y cuenta con su querer, y está seguro de las cosas, del tiempo, de los hombres, y sobre todo, seguro de sí mismo, seguro de su indefectible vida y de sus inevitables triunfos. Arquímedes decía: "Dadme un punto de apoyo, y trasladaré el mundo." Jesucristo no quiso ningún punto de apoyo. Escogió doce artesanos pobres, groseros, sin genio, y lo que es más raro que trasladar el mundo, lo cambió, lo mejoró, lo transfiguró. Y, para que este acto tuviese un esplendor incontestable, no lo hizo en vida suya. En vida suya nada de esto hizo. Murió abandonado en una cruz. Pero entonces, como ya lo había dicho, cuando desapareció de la tierra y su obra pareció extinguida, entonces fué cuando demostró su fuerza con maravillas de ultratumba, y del fondo de aquel sepulcro, en el que se le creía enterrado para siempre, rea-

pareció de repente su hermosa obra, llena de vida infinita y de eterna fecundidad.

La voluntad de Jesucristo sobrevivió a su muerte. Hace ya diecinueve siglos que se va cumpliendo, y su inmortal vigor testifica su divino origen.

Conclusión.—*Obedeced, señores, la voluntad de Jesucristo.*

Ora nos conformemos con ella, ora la contradigamos, la voluntad de Jesucristo se impone; domina todos los códigos y todas las leyes; pueden discutirla y legislar contra ella, apartar de su obediencia un alma, una nación, un siglo; pero nada puede prescribir contra su derecho y su autoridad. Pasarán las leyes impías, pero la ley de Jesucristo prevalecerá siempre. Por otra parte, ¿es que no veis que es preciso hacer reinar a Jesucristo para establecer con seguridad la paz y el orden? ¿Es que no veis que las agitaciones malsanas deshonran y descomponen la sociedad, cuando Jesucristo no está en ella para dirigirla y vigilarla? ¿Es que no veis que, según la frase de un novelista nada sospechoso de misticismo, A. Dumas, es preciso elegir, es preciso estar o con Dios en el diluvio, o con el Hombre Dios en el arca? ¿Es que no veis que el debilitamiento del sentimiento religioso es la causa directa, rigurosa, matemática de la extensión de la criminalidad, del desbordamiento de las pasiones, y aun de la despoblación de la patria? Sí, señores, reducid a vuestros contemporáneos a la ley de Jesucristo si no queréis ver hundirse en un común naufragio la vida de las almas y la vida de los cuerpos. el honor de las familias y el porvenir de la patria. Reducid a vuestros contemporáneos a la ley de Jesucristo. *No hay deshonor en servir a Jesucristo.* Un no-

ble almirante, muerto en Mayo último, el almirante Dupetit-Thouars, tenía la costumbre de comulgar cada quince días de gran uniforme. Cierto día, aconsejábale timidamente uno de sus amigos que no se acercara a la sagrada mesa con el uniforme de gran almirante; pero él le respondió: "Es el vestido que me pongo siempre cuando me presento a mis superiores." Os dejo, señores, en compañía de esta hermosa frase; vale más que un discurso.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOQUINTA

El corazón de Jesucristo

SEÑORES:

Hay en el hombre un gran poder, el del corazón, y de tal modo pertenece este poder al fondo de la naturaleza humana, que decir de un hombre que no tiene corazón, es inferirle la mayor de todas las injurias; y decir de un hombre que tiene corazón, es tributarle una alabanza exquisita. Si, pues, queremos conocer a Jesucristo, hay que penetrar en su corazón. Venid conmigo, señores, venid a visitar el corazón de Jesús; hay en él aromas que embalsaman, llamas que abrasan, inmensidades que arrebatan.

I. El corazón de Jesús es purísimo.

Nuestros miserables corazones, señores, están siempre en peligro cuando se dejan llevar del atractivo de sus afectos. La carne traidora aprovecha sus inclina-

ciones para mezclar la suya, sustituyendo, al amor que vivifica, la voluptuosidad que emponzoña. Tratad de inquirir por qué tal juventud brillante no ha mantenido sus promesas, por qué tal voluntad se ha visto quebrantada, por qué tal vida queda sin influencia y ha sido como atacada en su germen y en su flor, y con mucha frecuencia descubriréis la pasión oculta y devorante, la Dalila a cuyos pies yace Sansón envilecido. Señores, no es posible negar que el mal reina en nosotros; circula por nuestra alma, viaja en nuestros miembros, invade nuestras potencias, provoca en nuestro seno enormes incendios, y los más rectos, los más justos, son precisamente los que lo sienten con más intensidad y los que más se quejan. Interrogo a los santos, y los sorprendo a todos en las angustias de la lucha, y los oígo lamentarse de ese desorden íntimo del cual fué San Pablo trágico intérprete cuando nos pinta el combate del espíritu y la ley de la carne. Ante los hombres, ante la galería, es fácil decir: "¡El cielo no es más puro que el fondo de mi corazón!" Ante Dios, los mismos santos no se han atrevido a librarse un certificado de inocencia, los corazones absolutamente puros no pueden encontrarse en el polvo de nuestro pobre género humano.

Pero es preciso, señores, que sepáis inmediatamente que el corazón de Jesucristo es aquí excepción de la regla. Jesucristo ha removido todos los cienos, ha visto a sus pies todas las decadencias, y jamás, no diré yo la sombra de una duda en una conciencia honrada, pero sí diré la sombra de un ultraje en una conciencia infame, ha subido hasta El. Todo se ha atacado: sus milagros, sus misterios, sus beneficios; se ha procurado demolerlo todo: sus palabras, sus instituciones, todo, menos su pureza. Hace diecinueve siglos que vemos a

Jesucristo, por decirlo así, tendido en tierra y rodeado de hombres que abren su pecho como buitres aferrados a una presa; han intentado descubrir en el corazón de Jesús un puesto flaco, una fibra manchada, para desmentir su divinidad y acallar nuestras adoraciones; pero nada han conseguido. El mismo Renán, espantado de sus propias blasfemias, exclamó: "Jesucristo jamás será superado; entre todos los hijos de los hombres, no se encontrará un nacido que sea más grande que Jesucristo." He ahí, señores, el corazón de Jesús: es un santuario inmaculado, jamás profanado por la duda, en tanto que muchas pecadoras despreciadas han encontrado en él un refugio en la hora de su arrepentimiento.

¡La pureza del corazón de Jesús!... Páreceme que tengo derecho a hablaros de ella. Padres de familia, ¿es que no tembláis por la inocencia de vuestros hijos? ¿Es que, al verlos bordear en este siglo tantos abismos, llevando en frágiles navíos el tesoro de su virtud, estáis completamente tranquilos? Pues bien, no hay treinta y seis medios de conservarlos puros, sino uno solo; sumergirlos en el corazón de Jesucristo. El hierro sumergido en el fuego, toma la naturaleza de este, y se hace como fuego; del propio modo, el corazón humano, puesto en contacto con el corazón de Jesucristo, respira todas sus aromas y se reviste de todo su esplendor. Refiérese que Mitridades arrojaba oro tras de sí para detener la persecución de los romanos; Jesucristo siembra algo mejor que oro en nuestras familias, siembra virtudes que les procuran la paz y el honor. Por otra parte, el corazón de Jesús no está frío y helado como un vaso de aromas; foco de la caridad divina,

II. El Corazòn de Jesucristo es ardentísimo, y su ternura, no menos que su pureza, supera los crímenes de nuestra naturaleza. Con frecuencia, el genio es sólo intelectual, absorbe la savia vital y nada deja caer en los abismos del corazón... Orgulloso de su grandeza, sucumbe a la tentación del desdén, sabe mandar, y no sabe amar. Pero Jesucristo es todo amor.

Escuchadle; es el *pastor*. Todas las almas son ovejas de su redil; las conoce a todas, las llama a todas por su nombre; elige sus pastos, las protege contra el enemigo; se inquieta por los ausentes, corre en su busca, las toma sobre sus hombros, para ahorrarles la fatiga del camino, y las conduce temblorosas al rebaño. Es *padre;* el género humano es su familia; comparte el pan con los que le son fieles, y concede a los pródigos perdones generosos y joviales regresos. Es *madre;* quisiera estrechar siempre a sus hijos contra su corazón, como la gallina temerosa a sus pollitos. Es *esposo;* promete a las almas vigilantes bodas misteriosas y alegrías eternales. Todas las debilidades le son amables. No toca sino con delicadas precauciones la caña rajada, a fin de no romperla, la mecha que humea, a fin de no extinguirla. El amor se desborda por todas las páginas del Evangelio, se pinta en todos los semblantes, respira en todas las sentencias, estalla en todos los gustos, y, de un extremo a otro de ese libro divino, todo es luz porque todo es amor. Pero sus palabras sólo imperfectamente revelan los tesoros de su corazón. Jesucristo no solamente habló; obró, padeció, murió.

Vedle en acción. Da su doctrina, su poder, su sangre, su vida. Oyese gemir a través de las sombras de una noche fría, bajo los muros abiertos de un establo, en un pesebre de animales, un niño apenas cubierto de pobres pañales. Una mujer tímida lleva furtivamente a

la tierra del destierro a su hijo, perseguido por la cólera de un rey celoso. El dueño del mundo gana el pan con el sudor de su frente; en el curso de su misión vive del pan de la caridad y no tiene donde reposar su cabeza; sombrías amenazas se dejan oir durante tres años, y responden a los beneficios del Hijo de David. El autor de la vida, agobiado de tristeza, aplastado por el miedo, oprimido por el disgusto, agoniza en una obscura gruta, en donde se le presentan, con nuestros pecados, todas las torturas de su dolorosa pasión. El justo es traicionado y abandonado de los suyos, entregado a sus enemigos, condenado contra toda ley, desgarrado a golpes, coronado de espinas, cubierto de oprobios, maldecido por el pueblo, clavado en una cruz. Y sobre la cima ensangrentada del Gólgota, oigo brotar del costado abierto del Salvador, este último grito: "¡Amor y perdón!"

Sí, señores, hay un hombre que, no sabiendo cómo demostrar su amor, fué toda su vida de dolor en dolor, de un establo a un taller, de un taller a una cruz, y que, al distinguir esta cruz, con sus clavos, sus espinas, sus ignominias, estremecióse complacido y tendióse en ella para morir. Hay un hombre que pasó su vida haciendo bien, y que, de bienhechor convertido en víctima, consumió su abnegación con el último aliento de su vida y con las últimas gotas de su sangre. Hay un hombre que, no contento con esta inmolación pasajera, soñó y halló el medio de renovar su sacrificio en todos los puntos del espacio y en todos los momentos de la duración. Hay un hombre que, habiendo prodigado así, durante toda su vida, y bajo todas las formas y hasta en esos divinos excesos, el amor a toda criatura, aun a las más desgraciadas, fué siempre inefablemente puro. Hay un hombre que reunió en sí mismo los aromas de la pureza más exquisita y los ardores de la más viva ternura. Este hombre sois vos, Jesús mío; vos, cuyo corazón hace ya diecinueve siglos que es glorificado por el hombre, y lo glorificará cada vez más, porque cuanto más penetre sus secretos, más se convencerá de que ningún corazón lo ha amado con tanta amplitud, con tanta profundidad, con tanta pureza, como el vuestro.

III. El corazón de Jesucristo es grandísimo, y su inmensidad testifica su divinidad.

Antes de Jesucristo, no se vió en el mundo un corazón suficientemente grande para rebasar el triple círculo de la amistad, de la familia y de la patria y abarcar el género humano todo entero. Se tenía un pequeño número de amigos, una familia única, una sola patria, y a esto se reducía todo; no se iba más lejos. Más aparece Jesucristo, y saliendo de las estrechas regiones de la intimidad, de la domesticidad, del patriotismo, abre su corazón a todos los hombres, y lo dilata a la medida de todos los lugares y de todos los siglos. Su familia es todo el género humano; su patria, el mundo entero; sus amigos, los ricos y los pobres, los grandes y los pequeños, los sabios y los ignorantes, los griegos y los bárbaros, los judíos y los gentiles; en una palabra, todas las almas. Evidentemente, el corazón de Jesucristo tiene un carácter de infinitud que supera las proporciones de la naturaleza humana.

Antes de Jesucristo, ¿es que se amaba *a los niños?* Preguntádselo a Esparta, a Atenas, a Roma. Eran vendidos, eran expuestos, eran prostituídos, eran muertos sin piedad. Tal era la costumbre, tal era la ley, y los filósofos consagraban con su autoridad semejantes

abominaciones. "Se castiga con la muerte a los criminales—dice Séneca—con el mismo derecho con que se extermina un perro rabioso, con que se mata a los toros feroces, con que se extrangula a los monstruos, con que se ahoga a los niños que nacen débiles y mal conformados. Esto es propio del buen sentido. "He ahí la civilización de los pueblos más elogiados y más sabios." Hacer morir a los niños—decía Lactancio a los paganos—es vuestro crimen más frecuente, pero también el más impío de todos." Mas aparece Jesucristo, llama a los niños, los toma en sus brazos, los colma de su amor y les da esa bendición que reposa, hace ya diecinueve siglos, en la cuna de los recién nacidos. "A ellos pertenece el reino de los cielos."

¿Es que antes de Jesucristo se amaba *a los pecadores?* ¿Los pecadores? Ni siquiera se conocía la palabra. Era preciso ser el Hijo de Dios y el Santo de los santos para pensar en las almas caídas, para purificarlas, para rehabilitarlas. Jesucristo amó a los pecadores y declaró este amor con acentos de sencillez y vivacidad que nada iguala. Los publicanos despreciados, la samaritana adúltera, la Magdalena deshonrada, todos los enfermos y leprosos del orden moral son objeto de su caritativa solicitud y de sus tiernos cuidados. Jamás se había visto cosa igual; todos quedan asombrados de ello, casi se le imputa como un crimen. Aquello era prodigioso y enteramente inesperado. Aquello era divino, y jamás cosa semejante hubiera vuelto a verse, si la misericordiosa ternura del corazón de Jesús no hubiera pasado al corazón de sus discípulos. Sólo hay una religión que rehabilite a los pecadores; la religión de Jesucristo.

Antes de Jesucristo, ¿es que se amaba *a los enfermos, a los pobres, a los pequeños, a los afligidos, a los abandonados?* En manera alguna. ¿Quién pensaba en ellos? El moralista más célebre de la antigüedad, Séneca, en su tratado sobre la *Clemencia,* dice con todas sus letras: "La misericordia es un vicio del corazón. Las personas honradas la evitarán con cuidado. El verdadero sabio no tiene piedad." Y Cicerón añade: "Nadie es compasivo, a menos que sea un estúpido o un aturdido." Los mismos nombres de humanidad y caridad, esos nombres tan sublimes en las lenguas cristianas, eran desconocidos en el paganismo. Os desafío a que encontréis en los viejos siglos paganos una palabra de compasión, una institución de caridad para los obreros, para los enfermos, para los ancianos, para los humildes, para las clases laboriosas y doloridas. Mas aparece Jesucristo, y todo lo cambia. Abre su corazón a los indigentes, a los enfermos, a todos los que padecen; los ama, los realza, los consuela, les prodiga los cuidados más afectuosos; acoge todas las utilidades, todas las miserias, todos los dolores, todas las desesperaciones.

Quizás nunca, señores ha sido la causa del Evangelio menos popular que hoy en día con relación a esos pequeños, a esos débiles, con tanta solicitud acogidos por el Evangelio, y de los cuales eligió Jesús algunos para convertirlos en maestros espirituales del género humano. A fuerza de calumnias al cristianismo, se ha acabado por desfigurarlo, y siniestros embusteros han inoculado en el alma de los pueblos la desconfianza y el odio contra Jesucristo y su divina religión. Tan irritante injusticia no nos desalienta. No cesaremos de repetir que Jesucristo es el libertador y amigo de las clases laboriosas y pacientes, y que, cuando el amor de Dios, brotando del corazón de Jesucristo, resplandeció en el mundo, empezó a ejercitarse en los niños,

en los pobres, en los humildes, en los plebeyos, completamente olvidados y despreciados. Por este signo se reconoció que Dios visitaba al hombre. El corazón suficientemente grande para abrazar a todos los hombres, era el corazón de Dios. Cuando el sol saliente inunda el horizonte y hace estremecerse la tierra entumecida, las cimas soberanas de los Alpes lo saludan resplandeciendo bajo sus rayos de fuego; pero a sus pies, la más pequeña flor entreabre su corola para recibir, ella también, su calor y claridad. Del propio modo, Jesucristo, sol divino de las almas, al iluminar al mundo, se inclina sobre cada una de sus criaturas, y difunde sobre ellas la luz de su amor. Nada es pequeño para aquel ante el cual nada es grande, y en el corazón de Jesucristo hay puesto para el pastor y para el rey, para el pueblo y para el genio, para el niño que nace y para el viejo que muere, para el justo que se eleva y para el pecador que cae. En el corazón de Jesucristo, hay puesto para vosotros, señores, por lo cual os invito a llevarle, con el homenaje de nuestra fe, la carga de vuestro arrepentimiento, de vuestras necesidades, de vuestros cansancios, de vuestros deseos.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEXTA

La fisonomía de Jesucristo

SEÑORES:

Hemos estudiado sucesivamente la palabra, los actos, el alma de Jesucristo; echemos hoy una mirada a su fisonomía. Y primeramente,

¿En qué consiste la belleza de la fisonomía humana? La belleza de la fisonomía humana no depende ni de lo recto del talle, ni de la proporción de los miembros, ni de la forma del rostro, ni de la regularidad de los rasgos, ni del color de la piel. Estas ventajas tienen poco valor; la naturaleza se las niega a la mayoría de las personas, y la edad se las arrebata a todos los hombres. El talle se encorva, los miembros se dislocan, el rostro se aja, los rasgos se alargan, el rostro cambia y se decolora. No es esta una belleza sincera, porque puede engañar sobre la belleza del alma, ni envidiable, porque dura poco. La belleza de la fisonomía humana, señores, es una belleza enteramente intelec-

tual y moral, es la transpiración del alma a través del polvo del cuerpo, es el alma saliendo, por decirlo así, de su retiro, subiendo al rostro, apareciendo en los ojos, palpitando en los labios, reflejándose en el cuerpo y marcando con signo sagrado la frente del hombre inteligente y justo. Bossuet se yergue en su púlpito fustigando con su elocuencia todas las vanas grandezas de la corte de Luis XIV, y agitando sobre su auditorio los oráculos de la eternidad. Es hermoso. ¿Qué son los resplandores del sol comparados con la mirada de un hombre de genio? El general Sonís, herido en las llanuras de Loigny, pasa toda la noche sobre la nieve, con la mirada elevada al cielo y el corazón fijo en Dios. Es hermoso, y la sangre que corre de su cuerpo aplastado hace resplandecer más y más la belleza de su alma y de su fisonomía.

Avanza un hombre en medio del mundo, escoltado por la religión y la virtud. Es hermoso, porque en su mirada de dieciséis años veo aparecer un alma pura, elevada, humilde, llena de ese esplendor virginal que hace pensar en los ángeles. Encuentro por la noche uno de esos ancianos venerables, con sus cabellos blancos como corona de honor, reflejándose en su frente la paz, la serenidad, la dulce expresión, los nobles recuerdos con las largas esperanzas. ¡Qué hermoso es ese anciano! Y como dice la Biblia: "La belleza del rostro en la edad avanzada es como la lámpara que brilla sobre el candelero santo."

Es domingo, ábrense las puertas del templo. Vemos llegar e inclinarse, bajo la mirada de Dios, nobles aldeanos, que han pasado toda la semana cultivando la tierra. Son quizás ignorantes y groseros, arrugados, ennegrecidos y agotados por el trabajo. ¿Qué importa? Cristianos y virtuosos, son hermosos, y de buen grado

besaría yo sus cabellos blancos y sus callosas manos, porque me veo en presencia de la perfección y de la belleza moral que da la virtud. Y lo que digo del aldeano, lo digo del obrero de la ciudad que, habiendo trabajado seis días, viene a descansar el séptimo en la oración, en la luz, en el incienso, en la divina atmósfera del lugar santo. Todo semblante humano es hermoso, aun desgraciado por la naturaleza o estragado por el trabajo, la enfermedad o los años, siempre que refleje un alma hermosa. La fisonomía humana es la transpiración del alma a través del polvo del cuerpo. A la luz de estas consideraciones, contemplemos ahora a Jesucristo.

I. La fisonomía de Jesucristo resplandece con hermosura incomparable.

Esto debe ser. En Jesucristo, todas las facultades son elevadas a soberana altura y se desarrollan a la vez en magnífica armonía: la inteligencia, la voluntad, el corazón son como tres cuerdas de una lira divina que vibran de concierto y producen maravillosa fusión de luz, de amor y de energía, admirable equilibrio de todas las virtudes. La prudencia reglamentando el ardor, la ternura moderando la fuerza, la decisión realzando la modestia, la bondad suavizando la penitencia, la pureza embelleciendo el amor; en una palabra, completándose todas las cualidades intelectuales y morales, fundiéndose todos los contrastes, mezclándose todos los hechizos, habitando la plenitud de la divinidad en la exquisita envoltura de la naturaleza humana; he ahí Jesucristo. Imaginad todas estas riquezas repercutiendo en el rostro de un hombre, y se os aparecerá la fisonomía de Jesucristo radiante de belleza incompa-

rable y acabada. El sol del firmamento inunda de oro, de escarlata y de púrpura las nubes transparentes tras las cuales se oculta a nuestros ojos; así también, el sol de virtud, de pureza, de amor y santidad inunda con su luz y tiñe con su fuego el velo de carne bajo el cual se oculta.

Y si el hombre de genio, el hombre de vigor, el hombre virtuoso corrigen en su fisonomía las imperfecciones de la naturaleza imprimiendo en ella sus nobles pensamientos, sus gloriosos designios, sus santas costumbres, ¿sería posible que el más grande de los espíritus, la más recta y potente de las voluntades, el más profundo, más tierno y generoso de los corazones, la más virtuosa y rica de las almas, en unión personal con la divinidad, no dieran a la fisonomía de Jesucristo la impresión de la suprema perfección?

Esta transformación de la divinidad a través de la humanidad del Salvador, explica su poder. Una sola de sus miradas conquistaba un apóstol y transformaba un hombre; una palabra caída de sus labios arrobaba por siempre jamás las almas. Lo dice el Evangelio, y no se concibiría que no fuera así.

¿Quién es Jesucristo sino *el más hermoso de los hijos de los hombres?*

Del mismo modo que debéis apartar de su alma, luminosísima y purísima, las tinieblas de la ignorancia, la inclinación al mal y la dificultad para el bien, así debéis apartar de su cuerpo esas languideces marchitas, esos vicios de constitución, esas deformidades y fealdades que transmiten a su posterioridad las generaciones malsanas, en las que el exceso del trabajo o del placer empobreció las fuentes de la vida. Hubo pecadores entre sus antepasados, pero su sangre contaminada recogida en un vaso inmaculado y ya purificada por la gracia, se transformó al soplo del Espíritu Santo e inundó de vida nueva el germen sagrado del cual dijo el Angel: "Se le llamará santo: *Sanctum vocabitur!*"

Imaginad la más perfecta armonía que se haya oído nunca, el organismo a la vez más delicado y más fuerte, más sensible y más inalterable, y adaptadlo al servicio del alma más noble y grande; haced del más hermoso de los cuerpos el instrumento y reflector de la más hermosa de las almas, y tendréis una idea de la fisonomía de Jesucristo.

En el trabajo del taller como en el éxtasis del Tabor, en el ayuno del desierto como en la oración de Getsemaní, en el suplicio del Calvario como en el triunfo de los Ramos, es Jesucristo el más hermoso de los hijos de los hombres. Su cuerpo es perfecto en sus proporciones, su aspecto gracioso, su mirada llena de luz, su frente impregnada de dulce majestad. Es el nuevo Adán en la belleza de la justicia original; es el modelo de la belleza futura de que el hombre será revestido en la resurrección gloriosa. Así, pues, ¿qué es lo que ocurrió? Vosotros lo sabéis, señores: la figura de Jesucristo ha apasionado a todas las grandes almas.

II. La fisonomía de Jesucristo goza de un prestigio inmortal.

Todas las *artes* han intentado reproducirla, y todas han fracasado en esta tentativa. Fijar a Jesucristo en la tela o incrustrarlo en el mármol; expresar en su *frente* su bella y amplia inteligencia, en sus *ojos* la penetración del profeta, la autoridad del maestro, la

ternura del amigo; en sus *labios* la firmeza de un natural inquebrantable en sus designios, la bondad de un alma firme y dulce, la generosidad de un corazón pródigo en revelaciones, confidencias, auxilios, consejos, alientos, consuelos y perdones; en sus *rasgos,* en su actitud, en la expresión general de su persona, la plenitud de las virtudes y dones divinos, la fuerza del taumaturgo, la caritativa compasión del Salvador, el poder del rey y la debilidad del hombre perseguido, los dolores resignados de la víctima y la serena majestad del sacerdote, el vencido del amor y el vencedor de la muerte, el Hombre-Dios, en fin: esto es imposible al arte humano.

La palabra misma, el más flexible y universal de los instrumentos de que dispone el arte, no puede elevarse a la altura de esta inexpresable belleza, y gloria es de Jesucristo apasionar a los artistas y a los oradores y desesperar su genio, de apasionar a Leonardo de Vinci y a Rafael, a Bousset y a Pascal, y cansar el pincel y la pluma en su mano impotente y vencida. Pero ¿qué? ¿Es preciso ser artista para experimentar el prestigio de la fisonomía de Jesucristo? No, señores.

La fisonomía de Jesucristo subyuga *todas las almas.* Cierto día—dice Lacordaire,—al volver una calle, en un sendero solitario, detiénese uno, escucha, y una voz nos dice en la conciencia: ¡He ahí Jesucristo! Momento celeste en el cual, después de tantas y tantas bellezas como ha gustado sin que llegaran a satisfacerla, descubre el alma con mirada fija la belleza que no engaña." En efecto, señores, la belleza de Jesucristo, ¿quién no la siente? Embelesa a *todas las edades,* al niño, a la joven, a la madre, al anciano; se cierne sobre la cuna del recién nacido y sobre el lecho del moribundo, ilumina las vidas que comienzan y las vidas que se apagan. Habla a *todas las condiciones,* haciendo estremecer al alma más humilde como a la más sublime, al pobre en su cabaña como al rey en su trono, al negro en las selvas como al sabio en las academias. Subyuga a todas las razas, igualmente simpática a los griegos, a los romanos, a los judíos, al bárbaro del siglo IV y al civilizado del siglo XIX, y esto aunque sus ideas, sus hábitos, sus costumbres, su lenguaje no se parezcan en nada. Congrega en torno suyo al hombre negro del Africa, al hombre rojo del Canadá, al hombre pálido de la India y del Ganges; y suprimiendo todas las distinciones de color, de forma, de semblante o de prejuicios, se crea discípulos y admiradores en todos los mundos y en todas las civilizaciones. ¿Cómo referir, señores, los amores, los sacrificios, las virtudes que hace diecinueve siglos han brotado del corazón del hombre bajo la dulce influencia de la fisonomía de Jesucristo? Por El murieron los mártires; los apóstoles lo predicaron, los doctores lo defendieron, las vírgenes se refugiaron en el desierto para contemplarlo con más facilidad. Llorando a sus pies se purifican los pecadores; mirándole se transfiguran las almas. Cuanto más le aman, más le copian, y cuanto más bellas son, más santas son. Jesucristo ha suscitado en el alma todos los amores y todos los sacrificios; ha hecho suyas todas las inocencias, todos los arrepentimientos, todas las virtudes. Si no es Dios, no comprendo nada del mundo moral. Jesucristo es Dios. Lo prueba su fisonomía, que resplandece con belleza incomparable y goza de un prestigio inmortal.

Conclusión.—Sí, señores, el prestigio de Jesucristo es inmortal. El movimiento del mundo y de la civilización lleva actores nuevos a la escena, pero Jesucristo

será siempre el personaje central, al que ninguna fuerza suprime, ni figura alguna puede eclipsar. La filosofía de Platón tuvo algo bueno, pero no basta. La ciencia de Newton fué admirable, pero ha sido superada. La geología de Cuvier produjo una revolución; pero ya pasó. Hipócrates fué superado, Arquímedes fué superado, Copérnico fué superado, Galileo fué superado. Lavoisier fué superado. Mongolfier fué superado. Jesucristo no será jamás superado. Yo bien sé que hay en este siglo voces no menos huecas que so noras que profetizan el fin próximo de Jesucristo. No os asustéis, señores. Este fin de siglo, con sus pequeñas cosas y sus pequeños hombres, no arrastra el movimiento del mundo. Aun cuando todos se declararan ateos, desde el niño que acaba de nacer, hasta el viejo que se extingue, no habría que creer en la muerte de la religión. Jesucristo no vino a la tierra para capitular ante los ojos que no quisieran verlo, ni para huir ante las pasiones que le combaten. Vino al mundo, y en él permanecerá, para iluminar las inteligencias rectas, para sostener las voluntades vacilantes, para curar los corazones doloridos, para aromatizar las familias, para transfigurar las sociedades, y habrá cristianos en el mundo mientras haya en él el amor del Bien, de la Verdad y de la Belleza, mientras haya hombres que instruir, desgracias que consolar, almas que convertir. El prestigio de Jesucristo es inmortal, y cuando mañana dejéis el puesto a otros para uniros a las generaciones que os precedieron, la divina fisonomía de Jesucristo, de pie ante las puertas del siglo XX, iluminará vuestras tumbas y la cuna de vuestros hijos. El porvenir es de Jesucristo.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEPTIMA

La muerte de Jesucristo prueba su divinidad

SEÑORES:

Para medir en su justo valor la grandeza de un hombre, no basta saber cómo vivió; hay que averiguar también cómo murió. Bien sabéis cómo murió Jesucristo. Diríase que todas las pasiones diéronse cita al pie de su suplicio. La traición, la odiosa traición, abre la marcha; después viene la debilidad de los unos, la perfidia de los otros, la cobardía de todos; un Judas que vende a su Maestro por treinta dineros, un Pilatos que le condena sabiendo que es inocente y lavándose las manos; un Herodes que se mofa de El; sacerdotes que le insultan; finalmente, una muchedumbre imbécil y cruel que grita: "¡Crucificadle, crucificadle!", sin saber por qué.

Señores, ¿qué os parece? Traer a este mundo una doctrina sublime, una vida idealmente pura, un corazón incomparable, manos llenas de beneficios, y sucumbir

bajo la conjuración de todas las cobardías y de todos los crímenes! ¿No hay para creer que es este un naufragio y que la gloria de Jesucristo se entierra toda entera con su muerte? No, señores; cuando se comprime el agua, brota con más violencia; cuando se comprime el fuego, flamea con más ardor; cuando se prueba un alma grande, se la hace más bella todavía. La muerte, la odiosa muerte, no sirvió más que para hacer resplandecer la adorable belleza del Crucificado; corona la grandeza de Jesucristo y prueba superabundantemente su divinidad. Estudiemos un momento ese drama sublime con sus preludios y desenlace.

I. Los preludios.

Juan Jacobo Rousseau, en un momento de lucidez y de sinceridad, dejó escapar esta famosa confesión: "Si la muerte de Sócrates es la de un sabio, la muerte de Jesucristo es la de un Dios." Bastaría, para convencernos de ello, estudiar sus *preludios.*"

Cuando se estrena un drama, nada hay en él improvisado. Mucho tiempo antes llevábalo el artista en su cabeza, esbozábalo en el papel, lo estudiaba en sus menores peripecias. Así, la muerte de Jesucristo es un poema lentamente elaborado por el espíritu de Dios, y ya acabado, antes que Aquel que debía ser el héroe hiciese su aparición en este mundo. Durante los largos siglos que precedieron a Jesucristo, cantaron los Profetas todas las particularidades de su Pasión. Vieron los pueblos conspirando contra él, amotinados los sacerdotes, en fuga los apóstoles. Vieron al que estaba sentado a su mesa, y comía su pan, levantarse y hacerle traición dándole un beso. Viéronle abofeteado, injuriado, escupido, fustigado. Vieron atravesados sus pies y sus ma-

nos, su rostro cubierto de salivazos, su cuerpo hecho una llaga desde los pies a la cabeza. Contaron todos sus huesos. Vieron los soldados sorteando su vestidura, y Daniel, con precisión matemática, fijó la fecha de su muerte. Ninguno de los motivos, ninguno de los detalles, ninguno de los resultados de ese drama sangriento fué ignorado de los siglos que le precedieron, de tal suerte que todo judío piadoso e instruído en las sagradas letras podía seguir el vía crucis antes que la cruz elevada sobre la tierra ante la faz de las naciones sostuviese en sus benditas ramas el fruto de nuestra salvación. Sé muy bien, señores, que la impiedad contemporánea adopta actitudes de desprecio en relación con los oráculos que vienen a reunirse como haz luminoso sobre la cabeza humillada de Jesús y a revelarnos su divinidad; pero sé también que, de cinco veces cuatro, niega la impiedad contemporánea lo que la molesta, e insulta lo que no conoce. Laharpe convertido decía a los incrédulos de su tiempo: "Examinad como yo, y creeréis como yo." Casi siempre los incrédulos no quieren examinar, y su falta de fe proviene de su falta de buena fe. Tanto peor para ellos. En cuanto a vosotros, señores, que sois sinceros, os invito a comprobar por vosotros mismos, si tenéis tiempo para ello, el maravilloso acuerdo entre los oráculos y los acontecimientos, entre la profecía y el Evangelio; y viendo todo esto, viendo cómo la pasión de Jesucristo se dibuja exactamente en los lejanos siglos que la preceden, saludaréis con un acto de fe, con un grito de admiración y de reconocimiento la intervención de Dios preludiando, por medio de los Profetas, la misión de su Hijo.

Jesucristo, muriendo, cumple los oráculos; pero, notadlo bien, no soporta como un vulgar personaje su inexorable y trivial imperio; *es el amo.* La muerte, se-

ñores, es una sorpresa y una fatalidad. Sabemos, sin la menor duda, que hemos de morir, pero el accidente que dividirá nuestra naturaleza, el día, la hora, el instante que nos hará pasar de la vida a la muerte, está envuelto para nosotros en velo impenetrable. ¿Cuándo, cómo morimos nosotros? Imposible penetrar ese temible secreto que es como una pesadilla para nuestro destino. Verdad es que Napoleón exclamó un día en medio de la metralla: "La bala que ha de tocarme no se ha fundido todavía." Pero hay mucha distancia de esas previsiones obscuras, de esos vagos presentimientos a la certeza de la profecía. Ahora bien, mucho tiempo antes del acontecimiento que ha de sumergir su vida, habla de ella como de la cosa más natural del mundo, sin fausto ni ostentación, con mucha calma, una quietud, una seguridad y una dicha, que nada tienen de humanas. Y no solamente predice con certeza divina la muerte más incierta, sino que elige libremente la muerte más ignominiosa y cruel. Sí, Jesucristo es libre en su muerte. Las *fuerzas humanas* nada pueden contra El. En el momento en que va a ser cogido por los soldados de la sinagoga, les sale al paso y les dice: "¿A quién buscáis?"—"A Jesús Nazareno."—"¡Yo soy!" Y al oir estas palabras caen todos como heridos por el rayo. Evidentemente, es este un señor que habla, y su papel de víctima hace resplandecer su bondad sin menoscabo de su poder. *Las fuerzas náturales* nada pueden tampoco contra El; las ha domado más de una vez, y, después de haber hecho entrar de nuevo la vida en el cuerpo de Lázaro, muerto hacía ya cuatro días, bien podía retenerla en el suyo. "Nadie me quita la vida—dice;—me la quito yo mismo. Tengo poder para darla y poder para recobrarla." ¿Qué pensáis de esto? ¿Es ese el lenguaje y actitud de un hombre, por grande

que lo supongáis? No, Jesucristo afronta la muerte con la paciencia y poder de un Dios.

II. El drama es digno de los preludios.

Sigámosle. Jesucristo hace resplandecer la divinidad en sus actos, en sus palabras y en su silencio.

Siembra los prodigios en el camino de su dolorosa pasión. Con una palabra echa por tierra a los soldados que iban a prenderle, y con una palabra libra a los apóstoles; cura milagrosamente al servidor del sumo pontífice, herido por uno de sus discípulos, y toca el corazón del criminal que blasfemó de El, y le hace pedir perdón. Dueño de la vida y de la muerte, detiene la una y prolonga la otra tanto tiempo como le place. Un sudor de sangre, la flagelación y la coronación de espinas, la carga de la cruz y las tres horas de angustia en el instrumento del suplicio, entrañaban diez veces más dolores de los precisos para acabar con la vida más robusta. Jesucristo resiste, vive todavía allí donde los otros caen a tierra y expiran, y la superabundancia de sus dolores hace resplandecer su fuerza sobrehumana y su poder divino.

Finalmente, contra todas las leyes de la naturaleza, con su último suspiro eclipsa el sol, hace temblar la tierra, hiende las rocas, abre las tumbas y envía los muertos a espantar la ciudad santa. Estos fenómenos milagrosos están consignados en los archivos del Imperio romano. Ciento sesenta años después, invoca Tertuliano ese precioso documento, y el mártir Luciano decía a los emperadores: "Sí, creo en la divinidad de Jesucristo, y vosotros deberíais creer también según vuestros propios anales. Abridlos, y en ellos veréis que, en tiempo de Pilato, cuando Jesucristo padecía, en ple-

no mediodía, las tinieblas ocuparon el puesto de la luz."

Luego, recordad algunas célebres frases mezcladas con estos prodigios como para hacerlos resaltar. Jesucristo habla poco durante su pasión; pero ¡qué palabras las suyas! Jamás se borrarán de la memoria del género humano. Dice al *infame* que lo traiciona: "Amigo, ¿a qué has venido? ¿Con un beso traicionas al Hijo del hombre?" *A los soldados* que le prenden: "Si a mí me buscáis, no toquéis a mis discípulos." ¡Qué autoridad de parte de un vencido! ¡Qué ternura para con los cobardes amigos que le abandonan! *Al pueblo* que le sigue por la calle de amargura: "No lloréis por mí, sino por vosotros, porque días malos llegarán para vosotros." ¡Qué compasión con aquella ingrata muchedumbre que no respondió a sus beneficios más que con gritos de muerte! *Al criado* que le abofetea y le dice brutalmente: "¿Así has de responder al Pontífice?": "Si he hablado mal, demuéstramelo; pero si he hablado bien, ¿por qué me hieres?" ¡Qué suavidad en el reproche! ¡Qué apelación tan mesurada al derecho y a la justicia! ¡Qué majestuosa posesión de sí mismo! *A Pilato* que le pregunta por su reino: "Mi reino no es de este mundo; mis súbditos hubieran combatido por mí; yo he venido al mundo para ser testimonio de la verdad." ¡Cuánta elevación de espíritu! ¡Qué ausencia de toda preocupación vulgar en el momento en que la muerte se decide!

Pero ya he dicho que Jesucristo habla poco en su pasión. La palabra fué durante su vida una arma poderosa de la que muchas veces se sirvió para quebrantar la opinión y confundir a sus enemigos. ¿Podía, en la hora de su muerte, servirse aún de ella para atraerse las pasiones populares? ¿Qué hombre, en parecidas circunstancias, hubiera resistido a la tentación de hablar? Jesucristo es más que un hombre, más que un héroe,

más que un santo. Se calla porque quiere, y su silencio no menos que su palabra y sus milagros, prueba su prudencia, su poder, la serenidad de un Dios que afronta la muerte sin ostentación, pero sin bajeza, sin abatimiento, pero sin orgullo. Esta actitud es única en la historia; y nosotros, amigos de Jesucristo, debemos repetir esta frase arrancada a uno de sus enemigos: "Si la muerte de Sócrates es la de un sabio, la muerte de Jesucristo es la de un Dios." Esto es verdad mirando tan sólo el drama y sus preludios; es más verdad todavía si contemplamos

III. El desenlace.

Estamos en el Calvario. ¡Visión divina!

Jesucristo se dirige al ladrón que le ruega: "En verdad te digo que hoy serás conmigo en el paraíso." ¡Qué soberanía en la promesa, cuando todo parecía desesperado! El último culpable se convierte en el primero de los elegidos.

"¡Sed tengo!" El poder de su celo se exhala en un grito de inquietud por la salvación de las almas.

A su madre y a su discípulo amado: "Mujer, he ahí tu hijo. Hijo, he ahí tu madre." ¡Qué serena y poderosa previsión en lo más fuerte del dolor!

Sobre la cabeza de los verdugos que le injurian: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." ¡Qué infinita misericordia! ¡Oh Jesús mío amadísimo, el perdón que cae de tus labios moribundos supera todos los prodigios de vuestra vida! Bendecir a los que te matan, es el efecto de un amor sin límites que jamás podrá contener un corazón humano.

Finalmente, exclama: "*Consummatum est!*" Los que no quieren ver en estas últimas palabras más que un

adiós vulgar a la vida, carecen de la inteligencia de la historia y del sentido de lo sublime. Desde lo alto de la cruz, los ojos de Jesucristo contemplan lo pasado, lo presente y lo por venir. Con una sola mirada, ve todo lo que se ha dicho, y comprueba el cumplimiento de las profecías en los acontecimientos que las verifican. Ve cumplido su sacrificio en lo presente, y ve la reconciliación operada por siempre jamás; así, pues, interpretando los primeros profetas del mundo antiguo hasta los últimos santos del nuevo, enlaza en su persona el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad.

Todo está consumado. Expira; su alma se va, no en un soplo apenas oído, sino en un grito poderoso, semejante al grito de una muchedumbre, grito que espanta a los guardias de su patíbulo. Esta libertad conservada hasta el último momento, este grito lanzado con tanta fuerza, esas profecías cumplidas con tanta exactitud, esa orden dada desde lo alto de la cruz a la muerte que le acecha durante tres horas, todo revela a Aquel que dijo: "Tengo el poder de dar la vida, y el poder de recobrarla."

Ante un espectáculo tan grande, tan inesperado, tan divino, exclama el Centurión: "¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!" Sí, Jesucristo es Dios. Su muerte prueba su divinidad.

Conclusión.—Estamos en 1848. El cañón de la guerra civil espanta a París. En un barrio algo apartado de la capital, algunas personas asisten a una agonía. El que esperaba la muerte llevaba un nombre ilustre: era Chateaubriand. En otras circunstancias, toda Francia hubiera seguido las últimas pulsaciones de su corazón, corazón que, sin duda, tuvo debilidades, pero que noblemente combatió por la fe, por la patria, por el honor.

Mas entonces, la sociedad, como un navío barrido por la tempestad, estaba a punto de zozobrar, y aquel duelo se perdía en la inmensidad de todos los duelos. Por eso el silencio rodeaba su lecho, sólo interrumpido de cuando en cuando por el ruido del motín que rugía en el barrio de San Antonio. De repente, en el momento en que el sacerdote va a comenzar la oración de los agonizantes, oyéronse gritos salvajes; el moribundo, como despertando sobresaltado, se incorpora, y, tomando el crucifijo, y cubriéndolo con una mirada agonizante, exclama: "¡Jesucristo! ¡He aquí mi Rey, he aquí mi Dios! ¡Oh Jesús mío! ¡Oh rey Rey mío, sólo vos podéis salvar el mundo! ¡Nadie os destronará jamás!" Tales fueron sus últimas palabras, como el testamento de su genio y de su fe. ¡Id a proclamar la misma fe!

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOCTAVA

La muerte de Jesucristo nos rescata

SEÑORES:

La muerte de Jesucristo prueba su divinidad. No es esto todo. La muerte de Jesucristo es la gran fiesta del rescate del género humano; ella nos salva. La muerte de Jesucristo es nuestra Redención; procuraremos medir su eficacia y resonancia, estudiando su mecanismo y universalidad.

I. El mecanismo de la Redención puede resumirse en tres palabras: substitución, reparación, rehabilitación.

1.º La muerte de Jesucristo es una *substitución.* Vais a verlo. Cierto día, cruzaba el océano un intrépido viajero; de repente se desencadena furiosa la tempestad, retumba el trueno; sacudido el navío ora saltaba sobre las olas espumosas, ora se hundía en el fondo del abismo. Todo iba a zozobrar, cuando Albur-

querque, en aquella crisis suprema, tuvo una inspiración sublime: tomó un niño, al que su madre apretaba con desesperación contra su seno, y elevándolo entre el cielo, el fuego y las olas irritadas, exclamó: "¡Gran Dios, por este inocente, perdonad al culpable!" Al punto se calmó la tempestad, y se salvó el navío. He ahí una substitución, y he aquí otra, más bella y expresiva todavía. La peste hace estragos en Milán. Carlos Borromeo, después de luchar en vano contra la plaga, después de cuidar los enfermos con peligro de su vida, después de entusiasmar con su ejemplo los servidores de los pobres, viendo que nada servía, que la muerte multiplicaba sus víctimas, desciende, descalzo y con una cuerda al cuello, a la plaza pública de Milán, y dirigiendo sus miradas al cielo, exclama: "¡Señor, tomadme a mí, y perdonad a mi pueblo!" Y la plaga cesó. Engrandeced la escena y la persona. En vez de una ciudad, de un navío, de un pueblo, poned el género humano; y en vez de Carlos Borromeo, poned a Jesucristo agonizando en la cruz, y tendréis un primer esbozo de la Redención. Jesucristo inmolado representa, no una familia, no una sociedad de almas; no una nación, sino la gran familia humana pecadora. Es el *portacargas* del género humano: *dolores nostros portavit.* Pilato no creía hablar tan bien cuando exclamó mostrando a Jesucristo: "¡He ahí el hombre! *Ecce homo!*" Era, en efecto, el hombre universal, el hombre-género humano, el hombre substituído a los pecadores de todos los tiempos y de todos los lugares He ahí el hombre con su duplicidad, su hipocresía; puede, pues, recibir el beso de Judas. He ahí el hombre con sus rebeliones, su amor desenfrenado por la independencia, su odio por el yugo del deber, agarrotadle, pues, y arrastradle por las calles de Jerusalén. He ahí el hombre que,

desde lo alto de su orgullo, se arroga el derecho de juzgarlo todo, de criticarlo todo, y hace subir hasta el cielo la temeridad de sus censuras; paseadle, pues, de tribunal en tribunal, hacedle sufrir la humillación de los interrogatorios más absurdos y la sentencia más inicua. He ahí el hombre con su horror a las afrentas más merecidas, con su corazón ardiendo en el fuego de la venganza por el menor desprecio; aplicadle, pues, el más injusto de los bofetones con la más infame de las manos. He ahí el hombre con la elevada opinión que tiene de sus luces, de su sabiduría, con el amor excesivo de honor y de alabanzas, lisonjeándose de saberlo todo, de no ignorar nada; ponedle, pues, una venda en sus ojos, abofeteadle, y preguntadle quién le ha herido. Revestidlo luego con las insignias de la locura y que Herodes y su corte unan sus desprecios a los aullidos del populacho. He ahí el hombre extremadamente celoso del primer puesto, e incubando en su mente mil proyectos de grandeza; en el trono o en una guardilla, preciso es que mande y vea sus semejantes a sus pies; buscad en vuestras prisiones al criminal más infame, y elévelo el sufragio público por encima de Jesucristo. Ponedle en su cabeza una corona de espinas, y en sus manos una caña, cubrid sus hombros con un andrajo de escarlata, y luego, golpeándole en la cabeza, escupiéndole en la cara, doblad la rodilla y saludadle llamándole rey. He ahí el hombre con su cuerpo manchado, desde los pies a la cabeza, de infamias sin número, la mayor parte secretas; exponed, pues, su cuerpo en uno de vuestros patios, atadle a una columna, y no cese de desgarrar su carne el látigo hasta que podamos contar todos sus huesos. Preparad una cruz, clavadle de pies y manos, dadle de beber hiel con vinagre, y antes de morir de la muerte más cruel y más

infame, entre dos bandidos, vea como sus verdugos se reparten sus vestidos y cómo todo un pueblo insulta sus dolores.

Tal es, señores, la primera palabra que os explica el mecanismo de la Redención: Jesucristo substituye al género humano prevaricador; toma sobre El las iniquidades de lo pasado, de lo presente y de lo por venir; cúbrese de ellas como de un vestido de ignominia, y acepta su castigo.

2.º La muerte de Jesucristo es una *reparación*. La justicia que ve el mal y no lo castiga no es justicia. La misma paternidad no puede perdonar siempre, sino que debe castigar si quiere conservar la paternidad. Si hay tantas familias desorganizadas, es porque los padres no saben castigar; y si tantas madres, sobre todo cuando han perdido al padre de sus hijos, se muestran incapaces de educar, es que sus manos demasiado tiernas no saben empuñar la espada de la paternidad. Ahora bien, Dios, que es la justicia infinita, exigía del hombre pecador una expiación proporcionada a la falta, una expiación equivalente al ultraje, una expiación proporcionada a la excelencia de su ser. Apareció Jesucristo; se humilla, padece, muere en los bordes de la infamia, y porque es Dios al propio tiempo que hombre, todos sus actos, todos sus dolores, los últimos latidos de su corazón traspasado, están llenos de infinitud, y responden superabundantemente a las exigencias de la justicia divina. En cambio de la gloria que el pecado le ha arrebatado, Dios recibe los homenajes de Jesucristo, y en ellos la recobra toda entera. El ultraje del género humano se mide por la dignidad de un Dios inmolado. Infinitud, de un lado, infinitud, de otro, la balanza está en el fiel. La muerte de Jesucristo es

una substitución misericordiosa y una reparación adecuada.

Como antes hubo en el paraíso terrenal un árbol misterioso, a cuyo pie se perdieron los destinos humanos, hay en adelante en el centro del mundo un árbol más augusto todavía, en torno del cual se juegan y se ganan los destinos del hombre. Adán se acercó al árbol de la prueba, llevando dentro de sí toda su raza, en la grandeza trágica de una responsabilidad universal; Jesucristo subió al árbol de la Redención universal. Una solidaridad humana nos perdió; una solidaridad divina nos salva.

3.° La muerte de Jesucristo es una *rehabilitación.* Dios maldijo al hombre; Jesucristo con su sangre nos obtiene perdón y misericordia. El cielo se nos había cerrado para siempre; Jesucristo con su sangre nos restituye todos nuestros derechos a la herencia eterna. Donde el pecado abundó, sobreabunda la gracia. Menos nos quitó Adán, que nos da Jesucristo; menos nos encorvó sobre la tierra que Jesucristo nos eleva hacia el cielo. Cuando no vemos más que un trozo del cuadro, el trozo de la caída, nos sentimos tentados de maldecir a Adán y blasfemar de Dios, que permitió que todo el género humano pereciese en uno solo. Pero cuando se contempla el conjunto, la caída y la redención, esta raza humana saliendo del corazón de Dios, colmada de todos los dones, luego encerrada en Adán, y caída por su culpa en una prueba tan fácil, pero al punto levantada y rehabilitada en Jesucristo, y colmada por la Redención de más bienes que le hubiera proporcionado el estado de inocencia, las lágrimas suben a los ojos, adoramos a Dios, cuyo amor no podía ser vencido por ninguna especie de ingratitud, exclamamos cantando

con la Iglesia: "¡Falta dichosa que nos has valido tal Redentor!" No vino entre quimeras ni nieblas, señores. Jamás realidad más grande palpitó en mis labios. Hace diecinueve siglos que, en plena luz, en un árbol sangriento, murió Jesucristo. ¿Por quién, señores? ¿Fué aquella una muerte vulgar, cuyo eco no iba a traspasar la capital de Judea? Señores, comprobad conmigo

II. La universalidad de la Redención.

Jesucristo murió:

1.° *Por todos los hombres.* Sus brazos extendidos sobre la cruz abrazan al mundo entero. La Redención es tan amplia como el género humano. Sin duda que hay miserables que se pierden, pero es por culpa suya. Jesucristo los salva siempre que le es posible. ¿Lo oís, señores? Jesucristo murió por todos vosotros. Tendréis que responder un día de su sangre vertida, de su sangre cuya voz lastimera oigo a las puertas de vuestras almas. Quisiera entrar, pero vuestra libertad le detiene. Dejadle rescatar. No os expongáis a los tremendos reproches que os dirigirá Jesucristo Redentor cuando en el día del juicio os muestre la cruz sangrienta. Jesucristo murió:

2.° *Por todos los siglos.* Por todos los siglos que le precedieron. Los siglos del antiguo mundo son conquistas de la Redención; no fueron salvados más que por la virtud anticipada del sacrificio del Calvario. Perdido por el árbol de la ciencia, el género humano se tornaba hacia el árbol de la cruz, y todas las víctimas inmoladas en la antigüedad, no eran más que las profecías lejanas y las imágenes groseras y palpitantes

de la gran víctima que debía un día subir a la cruz y reconciliar, finalmente, el cielo con la tierra.

En efecto, Jesucristo muere, y he aquí que los altares se derrumban, y desaparecen las víctimas y los sacerdotes, y todos los sacrificios cesan alrededor de su patíbulo triunfante; no porque el hombre no tenga ya necesidad de redención, sino porque, sabiendo dónde hallarla, se agrupa al pie de la cruz para encontrar en ella, con el perdón de sus faltas, la regeneración y la vida. Señores, no es posible negar este hecho; ha entrado victoriosamente en la historia. Antes nadie sabía dónde encontrar una víctima capaz de apaciguar la cólera divina; ya no se busca. Se multiplicaban los sacrificios; desaparecen en todas partes y en pocos años A partir de la cruz, la sangre cesa de correr. Plinio escribe al emperador Trajano que ya no se encuentra a nadie para comprar las víctimas destinadas al sacrificio. La historia, confirmando el Evangelio, proclama que, con Jesucristo, los designios de Dios quedan cumplidos y que la redención del mundo está consumada.

Jesucristo murió por todos los siglos, y mientras haya almas que salvar y seres racionales que perfeccionar, lo serán por los méritos de Jesucristo inmolado. ¿Durante cuantos siglos correrá todavía la sangre redentora? No lo sé. ¿Será preciso esperar el fin próximo de los tiempos? No, yo no puedo creer que Dios, que se complace en edificar, haya dado a su edificio espiritual un pórtico inmenso de cuarenta, sesenta siglos, y quizás más, para una construcción de mezquinas proporciones. Espero el cumplimiento de las espléndidas profecías que prometen al Salvador del mundo un reino universal, pacífico, indiscutible. No lo olvidéis, señores. Jesucristo es el Redentor universal, y ninguna criatura humana puede llegar, fuera de El, a su término. ¿Cuál es el término de la criatura humana, libre, racional? ¿Un hoyo eterno en una tierra vulgar? ¡Ea, hombres, estimaos en algo más! Creed que habéis sido hechos para la inmortalidad, y pensad que únicamente la sangre de Jesucristo puede abriros las puertas de la inmortalidad bienaventurada. *Non est in alio aliquo salus!*

Conclusión.—Pero todavía es preciso querer que se apliquen los méritos de la sangre del Redentor. Dios, que nos ha creado sin nosotros, no nos salvará sin nosotros. Tenemos un mediador. Desgraciado del que lo desprecie o lo desdeñe, del que se arroje al mundo, ligero, descuidado, lanzando a la cruz una mirada distraída, y diciendo: "Hay mucho de bueno en esta religión, pero impone verdades demasiado elevadas, deberes demasiado pesados. Suba quien pueda esas pendientes tan abruptas. En cuanto a mí, prefiero seguir el fácil camino que serpentea en el valle." Señores, no se juega con la sangre ni con el amor, sobre todo con la sangre y el amor de un Dios. O bien os bendice, o bien os maldice. O bien, aceptado, os abre el cielo y os introduce en su gloria, o bien, rechazado, abre el infierno y os aplasta con el peso de su justicia. Dejaos salvar, señores; Jesucristo murió por nosotros; vivamos para El.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMONONA

La muerte de Jesucristo nos instruye

SEÑORES:

La muerte de Jesucristo reconcilia el cielo con la tierra; es la gran fiesta del rescate del género humano. Penetremos más adentro en ese drama augusto. El Calvario es como un nuevo Sinaí; en él se nos ofrecen focos de luz.

I. La muerte de Jesucristo nos enseña a conocer a Dios y a conocernos a nosotros mismos.

¿Quién es Dios? La infinita justicia y el amor infinito. Dios había sido ofendido, y reclamaba una reparación equivalente a la ofensa. Para satisfacerla, bastaba, en rigor, una oración, una palabra, un suspiro, una lágrima, una mirada de Jesucristo; pero nuestros espíritus groseros no hubiesen visto, en signos tan pequeños, las infinitas profundidades de la justicia divi-

na. Jesucristo se tiende sobre el árbol de la cruz; es allí aplastado, triturado por el dolor; pierde allí toda su sangre, y expira en medio de tormentos inenarrables. Testigos nosotros de ese drama que nos ilumina y nos transtorna, exclamamos con voz conmovida: "¡Ah, qué grande es esa justicia divina, que necesita una víctima tan noble, tanta vergüenza y tormentos tan crueles!" Mas al propio tiempo, ¡cómo la muerte de Jesucristo nos muestra y nos ilumina ese fondo de Dios que es *el amor!* Cuando llega el enemigo y lanza su grito de guerra; cuando sus batallones triunfantes han aplastado ya las tropas fieles a las cuales se había confiado la defensa de las fronteras; cuando afirma su pie insolente en el suelo de la patria como si siempre jamás la hubiera conquistado..., correr a su encuentro, y tomar heroicamente la dirección de la batalla; romper las legiones enemigas; dispersarlas, ponerlas en fuga al precio de mil heridas; finalmente, salvar un pueblo de la muerte y volver a él vestido de la púrpura de la propia sangre, coronado del laurel de la victoria, y más dueño que nunca de todos los corazones gracias al prestigio de su valor y de su abnegación, es la gloria más hermosa que un rey puede ambicionar. Señores, he ahí la historia del rey del género humano Nuestro Señor Jesucristo. Se inmola por el amor; y cuando contemplo su carne ensangrentada, cuando le veo volver triunfante del combate de la muerte, coronado de gloria y de honor por su pasión y para mi salvación, exclamo con voz conmovida: "Así es como Dios ama al mundo: *Sic Deus dilexit mundum!*" He ahí Dios, señores, en el esplendor sublime de sus más bellos atributos. Sobre el Calvario, la infinita misericordia precede a la justicia infinita; encuéntranse allí, se tien-

den la mano, y se abrazan sobre el corazón expirante de Jesucristo Redentor.

Acércate, alma mía, acércate a ese hogar brillante, mira y comprende lo que eres. Comprende la dignidad de tu naturaleza. Señores, los que nos acusan de empequeñecer el alma humana y de cortarle las alas, son ignorantes orgullosos o siniestros impostores. Calumnian la religión cristiana, o no conocen nada de ella. Mirad la cruz; ella os revela lo que sois y lo que valéis. Sois los rescatados de Jesucristo, y valéis la sangre de un Dios. Pongo ante vosotros una balanza; en uno de sus platillos coloco el alma de un niño, el alma del último aldeano perdido en un surco, el alma de la hija del pueblo que embetuna vuestros zapatos y barre vuestra casa, y en el otro platillo coloco todas las riquezas del globo, todos los esplendores del mundo sideral, todas las bellezas más deslumbradoras de la naturaleza física; señores, el alma humana vale más y pesa más; ha sido rescatada por la sangre de Jesucristo: *Empti estis pretio magno*. Con la sangre del Redentor, de un lado, y, del otro, vuestra alma, se restablece el equilibrio y la balanza es perfecta. A la irradiación de la cruz, comprendéis ¡oh hombres! vuestra dignidad; veis realizados vuestros sueños de grandeza, y las apoteosis por virtud de las cuales vuestra imaginación se esforzaba antes en acercarse a los héroes de la divinidad, son ahora en realidad herencia del más humilde de los mortales. ¡Ah, cuán fácil es apreciar al hombre cuando se ve envuelto en esta luz!

II. La muerte de Jesucristo nos enseña a amar a nuestros semejantes.

Se habla mucho de la fraternidad de los hombres en

este siglo que la practica tan poco, y, en efecto, la fraternidad es grande y noble cosa. Pero ¿de dónde procede? ¿De dónde desciende ese hermoso río que debería recorrer y refrescar toda la tierra? Desciende del Calvario. En el mundo antiguo, la palabra fraternidad no existía, mucho menos la realidad. Pero Jesucristo nace en un establo, trabaja en un taller, muere en una cruz, y la víspera de abrazarse a ella, dice: "¡Todos sois hermanos!" Y en los brazos de esta cruz divina enseñó con suprema elocuencia que todos somos hijos de Dios, nacidos del mismo amor y rescatados por el mismo sacrificio. "Cristo murió por todos los hombres,"—escribe San Pablo—y continúa: "En adelante ya no hay ni griegos, ni bárbaros, ni judíos, ni gentiles, ni esclavos, ni hombres libres, sino que Cristo es todo en todos, y todos no somos más que uno en El." Esto ya es un hecho. La fraternidad ha entrado en el mundo; desciende del corazón traspasado del divino Redentor, y corre a bañar, a ablandar y transfigurar el corazón de todos sus discípulos.

Pedro, antes judío estrecho y limitado, siente súbitamente una ternura inmensa por los paganos que antes le infundían horror. *Pablo* que, entre los judíos, sentíase dominado por todo el orgullo de los fariseos, y, entre los demás hombres, por toda la dignidad de un romano, dueño del mundo, no puede ya contener el nuevo sentimiento que se desborda de su pluma y de sus labios: "¡Hermanos mios—exclama,—el amor de vuestras almas me consume; no solamente quisiera comunicaros el Evangelio de nuestro Señor, sino mi alma y mi vida, porque me sois muy queridos!" Los esclavos son amados. Los niños son amados. Los desheredados de la tierra, los desgraciados de la naturaleza los abandonados del mundo, son amados. Las matro-

nas romanas, que Tácito nos pinta tan muelles, tan sensuales, descienden de su orgullo para prosternarse a los pies del pobre. Las jóvenes romanas, tan altivas, tan delicadas, ponen sus labios sobre las llagas. Llegará también ese César, ese Vitelio, ese Nerón, ese voluptuoso, ese glotón; verémosle de rodillas ante el pobre y se llamará Constantino, Carlomagno, San Luis. Veremos los apasionados por el hombre, los contaremos por millares, y aun en nuestro siglo asistiremos a la floración siempre renaciente de sus obras y de sus sacrificios, que no acabarán más que el día en que el dolor acabe en el mundo. ¿De dónde proceden? Nacen al pie de la cruz. Sí, el amor del género humano brota del corazón de Jesucristo inmolado.

Por eso precisamente ¡ah! no toquemos a Jesucristo, no toquemos la cruz. Es la substancia, la fuente, el hogar, la raíz de la paternidad. Hubo un día, en nuestra historia, en que, después de expulsar a Jesucristo del mundo de los espíritus, quisieran arrojarle de todas partes. Rompieron sus cruces, cerraron sus templos, violaron sus tabernáculos, prostituyeron a la impudicicia las adoraciones que rehusaban al verdadero Dios; y en el mismo instante, por fatal consecuencia, se organizó la muerte en cada aldea, clases enteras fueron entregadas al exterminio, quedó ahogada en sangre la fraternidad.. Y esto porque la cruz colocada en la cima del campanario, si cae, arrastra con ella el templo. y sus estampidos, circulando por todas partes, magullan el mundo social sacudido. ¿En qué se convertiría la tierra si desapareciese de ella Jesucristo? El nos enseña a amar a nuestros hermanos. Unas palabras más:

III. La muerte de Jesucristo nos enseña a vivir bien.

Ya durante su vida, diónos Jesucristo ejemplos incomparables de humildad y sacrificio. Pero, queriendo superarse en la muerte, como los grandes maestros de la palabra, que guardan para el fin de sus discursos los acentos supremos, los golpes de efecto, a fin de que el auditorio se vaya perturbado, aterrorizado, reserva Jesucristo para la última hora, para la peroración de su vida, ¿qué? Un patíbulo, es decir,

Una lección suprema de humildad y paciencia. Orgullosos y sensuales, no queremos humillarnos, no queremos padecer. Contemplad a Jesucristo en la agonía: 1.º Se llama profeta, se le vendan los ojos, y, a bofetadas, se le invita a profetizar. Se llama rey, y se le pone en la cabeza una corona de espinas y un cetro de caña en la mano. Se llama hombre, y magullado, desfigurado, no tiene semblante humano. Se llama Hijo de Dios, y el populacho le insulta en su agonía, porque llama a Dios en su ayuda y Dios no le responde. Muere así, solo, desnudo, despreciado, escupido, en un patíbulo; he ahí su muerte. "¡Oh orgullo—exclama Bossuet,—ven a humillarte aquí al pie de la cruz!"

Luego, 2.º es preciso que nos enseñe a padecer. Saber padecer, es saber vivir. ¡Oh Cristo Jesús, hubierais podido llegar hasta nosotros con la soberana autoridad de un maestro, explicarnos el misterio del dolor, hacernos apreciar su dura necesidad, y reanimar nuestro valor con magníficas promesas. Pero vuestra carne impasible e inmortal, ¿no se hubiera ofrecido como una amarga irrisión de nuestros padecimientos y de nuestra mortalidad, y no hubiéramos respondido a vuestros tiernos estímulos con este grito de impaciencia: ¡Ah,

no sabéis lo que es el dolor? Tomando nuestras enfermedades, muriendo en una cruz, de la muerte más dura y más infame, nos cerráis la boca, porque tenéis sobre nosotros la autoridad de una sangrienta experiencia. No nos queda ya más que seguir vuestro ejemplo y marchar sobre vuestras huellas. Leí que, en cierta ocasión, un gran monarca y su ministro, prisioneros de guerra, fueron tendidos por un vencedor cruel sobre carbones candentes. El ministro lanzaba horribles gritos. "Y yo—le decía el monarca—¿estoy en un lecho de rosas?" Señores, ¡qué hermosa es la religión cristiana! Le sale al paso al dolor, no con bellas palabras, sino con una cruz desnuda, y un Dios sobre ella, y dice: Mira. Esto es todo. De los infortunados hace seres dichosos; embalsama el dolor, lo hace soportable y a veces delicioso al colocarlo bajo la suave radiación de la crüz. He ahí la obra de Jesucristo. ¿No la queréis? Haced algo mejor, si podéis; os desafío a que lo hagáis.

¡Ah, cuán necesario es todavía al mundo que esta lección de humildad y de paciencia descienda de las cumbres del Calvario! No tenemos ya necesidad del hombre revestido de púrpura; fácilmente encontramos el hombre sentado en la voluptuosidad; recorre las calles el hombre entregado al orgullo y al placer. Pero lo que nos falta, lo que es raro, lo que no puede hallarse, aquello cuyo modelo debería estar constantemente a nuestra vista, es el hombre de la humillación voluntaria y del dolor santamente aceptado. Necesitamos este hombre para curar nuestro orgullo y nuestra sensualidad, para salubrificarnos y regenerarnos. La cruz, ¡oh qué adorable lección! ¡oh qué dique tan indestructible y necesario! En vano el pecado original ruge al verla; en vano, en las horas de turbación, se

precipita sobre ella y la destroza. Tan pronto como es destrozada, deja de ser habitable el mundo. Bien pronto los pueblos, alocados de terror, buscan los restos entre el polvo, y, de rodillas ante el patíbulo de Jesucristo, proclaman que allí está toda la religión, toda la fraternidad, toda la moral.

Conclusión.—Sí, señores, allí, al pie de la cruz, se humilla el orgullo, se extingue el egoísmo, perdona el odio, se mortifica la voluptuosidad, se calma el remordimiento, el arrepentimiento se llena de esperanza, se inspira el sacrificio, se deciden las grandes inmolaciones, y el dolor, el desaliento, la desesperación, aprenden las lecciones de una invencible paciencia y de una resignación heróica. Allí se aprende a vivir bien. El gran cardenal *Wiseman* iba a morir; se le preguntó: "¿Cómo os encontráis?" Y él, tomando el crucifijo en sus manos, y cubriéndole con su última mirada, respondió: "Me encuentro como un colegial que va a empezar las vacaciones y volar a la casa de su padre." He ahí, señores, como se sabe morir cuando se ha sido formado en la escuela de Dios crucificado. La muerte de Jesucristo ahuyenta los vanos terrores que nos agitan en el umbral de la tumba, y la cruz, símbolo de confianza, de misericordia y de perdón, nos abre las puertas y nos introduce en el reino de la gloriosa inmortalidad.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMA

La resurrección y ascensión de Jesucristo

Señores:

Acabamos hoy la historia del Redentor. Hémosle visto morir. La muerte es el fin del hombre, ¿no es verdad? Por grandes, por sabios, por poderosos que seáis, señores, una vez muertos, la tierra se cierra sobre vosotros, las lágrimas de vuestros semejantes son impotentes para llevar un signo de vida a vuestros miembros secos, y sus alabanzas no pueden despertar un eco en el silencio de vuestra tumba.

¿Es esto lo que ocurre con Jesucristo? No, señores. Los profetas habían dicho que Jesucristo no conocería la corrupción, y que su sepulcro sería glorioso. El mismo Jesucristo, hablando de su propio cuerpo, exclamó: "Destruid este templo y lo reedificaré en tres días. Como Jonás permaneció tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así el Hijo del hombre permanecerá tres días y tres noches en el seno de la tierra. Los

judíos entregarán el Hijo del hombre a los gentiles, y le crucificarán, pero El resucitará al tercer día. Cuando resucite, me presentaré a vosotros en Galilea."

Pues bien, ¿se cumplió esta profecía? Sí, señores.

En primer lugar, *la muerte de Jesucristo es cierta.* Un centurión la comprueba oficialmente. Y para más seguridad, se le atraviesa el corazón. Su tumba está en manos de sus enemigos, rodeada de guardias, sellada con los sellos del Estado. He ahí precauciones bien tomadas; si Jesucristo resucita, no será por falta de vigilancia. Para comprobar su muerte, el imperio romano levanta dos barreras: la legalidad y la fuerza, sellos y soldados que lo guarden. Me parece ver a los viejos judíos, de rostro gesticulador, de ojo vivo, de aire falso, volverse y murmurar para sí, con satánica sonrisa: "Ahora podemos dormir tranquilos. Sí, dormid tranquilos, hábiles políticos, dormid vuestro sueño; no sabéis lo que acabáis de sellar. Tanto equivaldría poner un sello sobre el velo de la noche, para impedirle que rompa el día. Lo mismo sería colocar guardias a las puertas del Oriente para impedir que el sol reanude su carrera a paso de gigante por la inmensidad de los cielos. El mismo resultado se obtendría poniendo barreras a la fuente para impedir que brote el río y siga su curso.

En efecto, así que apunta el tercer día, Jesucristo, sin auxilio ni intervención de fuerza alguna, sin romper los sellos, ni quitar la piedra, sino solamente por la sutilidad de su cuerpo glorioso, sale de la tumba con la integridad perfecta de su carne. Une su alma a su cuerpo. Vive. La tierra tiembla, los guardas huyen, abre el sepulcro un ángel, aparta la piedra y se sienta encima de ella, entre una sábana vacía y un sudario desplegado, testigos ayer de la sepultura del Hi-

jo del hombre, testigos hoy de la resurrección del Hijo de Dios.

La resurrección de Jesucristo es cierta.

La prueba:

1.° *Los testigos de esta resurrección.* ¿Qué queréis, diría yo a los incrédulos, a los espíritus difíciles y sombríos, qué queréis para creer en la resurrección de Jesucristo? ¿Apariciones? Once se cuentan, y el Evangelio dice que no se cuentan todas.

¿En horas diferentes? En el Cenáculo al anochecer, en el mar de Tiberíades por la mañana, en el monte de los Olivos al mediodía.

¿Con qué intervalos? Esas apariciones duran cuarenta días.

¿En lugares descubiertos y variados? Vemos a Jesús en el sepulcro, en Jerusalén, en el camino de Emaús, en el Tabor, en el monte de los Olivos.

¿Testigos de diversas condiciones, edad, diferentes en espíritu e interés? Las santas mujeres, los apóstoles, los discípulos, Pedro, Santiago, Magdalena, cada uno de ellos en particular, los diez apóstoles reunidos, Tomás reunido con ellos, los quinientos primeros cristianos, dos veces convocados, dos veces convencidos.

¿Testigos *incrédulos*? No creen sin haber visto, y viendo, no creen gran cosa. Después de haber visto se obstinan en no creer aún, de suerte que, hasta la Ascensión, la incredulidad tuvo entre ellos partidarios que tenían ojos y no querían ver, oídos y no querían escuchar, inteligencia, y no querían juzgar. Aquellos hombres, en cuya palabra iba a creer el universo entero, fueron primeramente los más difíciles de convencer,

y puesto que, al fin, se rindieron a la evidencia, hagámosles ahora el honor de aceptar su testimonio. Nuestra fe saca su fuerza de su incredulidad. No, responde aquí el racionalismo sabio, los apóstoles no vieron a su Maestro resucitar; creyeron verlo.

Son *alucinados*. La alucinación; he ahí la gran palabra de moda. Con ella se responde a todo, se pulveriza el Evengelio, se aniquila cuanto estorba.

Una virgen valerosa, dirigida por la voz de lo alto, libra a su patria de la opresión extranjera: ¡alucinación! Un niño cándido y puro conversa con el cielo: ¡alucinación! Un santo, una santa, arrobados en la tierra contemplan los misterios divinos, leen en las almas, predicen lo por venir: ¡alucinación! Por todas partes la alucinación. Es esto una verdadera manía. Bastará que observéis, señores, que los apóstoles testigos de la resurrección de Jesucristo, son los menos alucinados de este mundo.

1.° No son naturalezas enfermizas, imaginaciones vivas y naturalmente sobreexcitadas; gentes de trabajo al aire libre, gozan de buena salud, y sus robustos pies salvaron pronto grandes distancias para llevar la buena nueva a las extremidades de la tierra. 2.° De tal modo temen la alucinación, que se niegan, ya desde el principio, a aceptar el testimonio de las santas mujeres, y les exigen, para creer, palabras, actos, pruebas sensibles. No creen más que cuando han visto con sus propios ojos y tocado con sus propias manos a Jesucristo resucitado. 3.° La alucinación sólo dura un momento, muere con los alucinados, y al día siguiente, el buen sentido público, un momento extraviado, recobra sus derechos y disipa la ilusión de la víspera. Pues bien, los Apóstoles mueren, pero, y esto es lo asombroso,

su fe, dócilmente aceptada, se convierte en el punto de partida, en la raíz de un mundo nuevo.

La resurrección de Jesucristo es cierta. Lo prueba ahora.

2.º *Todo el mundo cristiano*. Señores, apreciad bien mi pensamiento. Hay ciertos hechos que son absolutamente indudables, porque se identifican con la sociedad que les debe su nacimiento. Por ejemplo; ¿por que la batalla de Accio es un hecho indudable? Porque a la batalla de Accio se refiere la fundación de un nuevo orden de cosas, el imperio romano, cuya existencia supone este hecho primordial. ¿Por qué es cierto que hace cien años tuvo lugar en nuestra patria una gran conmoción? Porque a la revolución francesa se refiere un nuevo estado social cuya existencia supone este punto de partida. Pues bien, del mismo modo, la resurrección de Jesucristo es el fundamento de la sociedad cristiana. Jesucristo resucitó. Todo parte de este hecho, todo se apoya en este hecho, todo se agrupa en torno de este hecho: nuestra fe, nuestras esperanzas, nuestras instituciones, nuestro culto, nuestra historia, nuestros testimonios, de suerte que, si Jesucristo no hubiera resucitado, la existencia del mundo cristiano sería absolutamente inexplicable; sería un efecto sin causa, y nos veríamos obligados a admitir que nuestros diecinueve siglos de cristianismo, con todas sus glorias intelectuales y morales, están fundadas en una impostura o en una alucinación.

Admita quien quiera estas conclusiones insensatas. Por mi parte, las rechazo con toda la fuerza de mi razón unida a mi fe. No, señores, no ante un hombre muerto se unieron en común acuerdo el asiático afeminado, el griego puntilloso, el romano soberbio, el galo altanero, el escita grosero, el árabe vagabundo; tan sólo un Dios resucitado puede inspirar semejante fe. No para complacer a un hombre muerto se poblaron *las soledades* de anacoretas, de mártires las prisiones, de sacerdotes los templos, de vírgenes los hospitales; tan sólo un Dios resucitado puede inspirar semejante amor y semejantes sacrificios. No para vengar los insultos a un hombre muerto organizaron las Cruzadas Godofredo, Baldunio, Felipe Augusto, San Luis, ni nuestros padres humillaron a la media luna en Lepanto, Navarino y Argel; tan sólo un Dios resucitado puede inspirar, de edad en edad, el valor, el heroísmo, las empresas memorables. No nacieron de los despojos de un hombre muerto la abolición de la esclavitud, la rehabilitación de la mujer, la idea y la expansión de la fraternidad, el heroísmo de la caridad cristiana, y todas las grandes virtudes que, hace ya diecinueve siglos, embalsaman nuestros anales; no brotaron de los despojos de un hombre muerto nuestras grandes catedrales, con la renovación de las inteligencias y de los corazones en la luz de la Verdad, del Bien y de la Belleza; tan sólo un Dios resucitado pudo regenerar las ciencias, las leyes y las costumbres. ¿Qué salió de la muerte de Sócrates y Platón? Nada. ¿Y de la muerte de Cicerón y Demóstenes? Nada. ¿Y del féretro de Licurgo, de Numa, de Solón. de César? Nada. ¿Y de la tumba de Alejandro, de Aníbal, de Fabio, de Escipión, de Augusto? Nada.

Todos esos sabios no eran más que hombres, y a la inspiración de su recuerdo, el género humano no se ha elevado ni una línea. Murieron, no resucitaron, y aunque removiéramos todas sus cenizas, no nos darían una ley, ni una virtud, ni una idea. Señores, hace die-

cinueve siglos que el género humano está de pie, vive, marcha, no desciende, no muere.

Explicadme todo esto. Sólo hay una explicación posible, racional, necesaria: Jesucristo resucitó. De lo contrario, el mundo cristiano sería un efecto sin causa, peor todavía, el más gradioso, más universal, más perseverante de los efectos, tendrían por causa una impostura o una alucinación. Esto sería monstruoso, insensato y profundamente ridículo.

Cien veces se ha citado a Galileo en los momentos en que, embarazado por las dificultades de la lingüística y de los textos sagrados, golpeaba el suelo con el pie y respondía a media voz a sus jueces con el orgullo de la verdad desconocida: "¡Eso no obstante, se mueve!" Pues bien, mientras que los incrédulos clasifican sus argumentos, aguzan sus frases, dan rienda suelta a sus burlas, y se imaginan haber preparado a la religión mortales disgustos y aniquiladoras objeciones, el cristianismo, segurísimo por adelantado de que la última palabra de toda discusión seria será pronunciada por él, sonrie contemplando los tristes esfuerzos de ellos y les responde sin cólera y sin reproche: "Eso no obstante, vivís de mi vida, camináis sobre mis pasos, sois hijos de la Resurrección. Porque Jesucristo resucitó, y el hombre nuevo ha sálido de su tumba. ¿Blasfemáis de Jesucristo? ¡Insensatos, procedéis de El! ¡Ingratos, le debéis todo lo que de mejor hay en vosotros!"

Permaneced, señores, unidos a Jesucristo. Continuad creyendo en El, amándole, sirviéndole, adorándole, y levantando con brazo intrépido la bandera de su divinidad, hallaréis en sus pliegues el honor, la civilización, la gloria, la libertad verdadera, la vida, la salvación, la eternidad.

Conclusión.—Sí, señores, la eternidad. Porque Jesucristo no solamente es rey de la tierra; lo es también del cielo. Está sentado allá arriba a la diestra del Padre todopoderoso, y nos prepara un puesto, intercediendo por nosotros, difundiendo sus dones sobre todos nosotros, esperando el día en que descienda, revestido de gran poder y majestad, a juzgar a los vivos y a los muertos. Señores, Jesucristo será vuestro juez. Levantaos, pues, en medio de los hombres, y decidles: Jesucristo es Dios; Jesucristo se levantará un día ante los hombres, y os dirá: "Fuísteis mis testigos; sed mis elegidos."

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOPRIMERA

Jesucristo fundador

SEÑORES:

Después de revelar su divinidad durante su vida, era preciso que, después de su muerte, la manifestase también. ¿Ocurrió esto así? Ciertamente.

Para los hombres, la muerte es un fin. Para Jesucristo, fué un principio, el punto de partida de una vida histórica verdaderamente real, inmensa, indestructible. ¡Ah, señores, qué espectáculo tan espléndido quisiera exponer a vuestros ojos! ¡Ah, si pudiera ver en torno mío todos los hombres que dudan de la religión! Traedmelos, señores, y, no obstante mi flaqueza, el poder de la verdad, pasando por mis labios forzará su adhesión y les arrancará un acto de fe. Traedme hombres rectos, y os aseguro que no tardarán en arrodillarse con nosotros en la oración, y levantarse convertidos y ganados a Jesucristo.

La divinidad de Jesucristo, ya tan visible en su per-

sona y en su vida, resplandece después de su muerte con vivísimos destellos. Vais a verlo. ¡Jesucristo fundador! ¿Qué fundó? ¿Cómo fundó? Tal será el asunto de esta conferencia.

I. ¿Què fundó Jesucristo?

¿Qué quería hacer y qué hizo? Comparemos sus propósitos con los acontecimientos, sus palabras y su voluntad con la realidad que los siguió?

¿Qué es lo que quiso fundar Jesucristo? ¿*Una escuela*? No. Los fundadores de escuelas reúnen alrededor de ellos unos cuantos discípulos, infunden la ciencia en algunas inteligencias escogidas, y el vulgo, los pequeños, los ignorantes, no acercan sus labios a esa copa privilegiada de las divinidades del Olimpo. Jesucristo, dejando muy atrás a Sócrates, a Aristóteles, a Platón, quiso fundar algo mejor que una escuela. ¿Qué fundó? ¿Un *imperio*? No. Los fundadores de imperios se sirven del sable, no se dirigen más que a un pueblo, no viven más que un día, y esos grandes devastadores de regiones con frecuencia no dejan tras de sí más que ruinas coaguladas en sangre y lágrimas. Jesucristo, dejando muy atrás a Alejandro, a César, a Napoleón, quiso fundar algo mejor que un imperio. ¿Qué fundó, pues? ¿Una *secta*? No. Los fundadores de sectas se apoyan en la fuerza y en las pasiones, y su poder es limitado por la extensión y la duración. La obra de Mahoma, la más fuerte de las fundaciones humanas, no ha logrado rebasar la raza árabe y dominar sobre ninguna de las grandes razas que pueblan el universo; cuenta apenas doce siglos de existencia, y si todavía permanece en pie, es tan sólo porque disputan sobre quién acabará con ella. El islamismo no es ya más que

un cadáver sobre el cual se darán cita mañana las potencias europeas. Jesucristo, dejando muy atrás a Numa, a Brama, a Buda, a Mahoma, quiso fundar algo mejor que una secta. ¿Qué fundó, pues? Escuchadme bien. Esto es único, es divino. Jesucristo quiso fundar *la república de las conciencias y el reino de las almas* ¿Entendéis el sentido de mis palabras? Véome obligado a servirme de las únicas expresiones que me proporciona el diccionario, y así, cuando hablo de república y de reino, quiero sencillamente decir que Jesucristo, aspirando a gobernar todas las conciencias, y a tenerlas constantemente sometidas al imperio indiscutido de su palabra, quiso fundar una sociedad espiritual grande como el espacio, grande como los siglos, grande como el mismo género humano. Lejos estamos ya ¿no es verdad? de los fundadores de escuelas, de los fundadores de imperios, de los fundadores de sectas. "Para mí—dice Jesucristo,—para mí todas las almas, todos los lugares, todos los tiempos... Para mí el mundo." ¿*Lo consiguió*? ¿Fundó la sociedad universal de las almas de que estamos hablando? ¿En dónde está en lo pasado? ¿En dónde está en lo presente? O bien, ¿se le ha convencido de impotencia y de mentira? Veámoslo.

¿Es que Jesucristo no ha encontrado el límite de los territorios, de las nacionalidades, de las razas? Luís XIV dijo a su nieto Felipe de Anjou: "Hijo mío, ya no hay Pirineos." Pero siempre hubo Pirineos. En cambio, para Jesucristo no hay Pirineos, y el sol no se pone en su imperio. Va de polo a polo, se despliega en todas las zonas y en todas las latitudes. Marcha de tribu en tribu, de pueblo en pueblo. Salido de la raza más reconcentrada y menos expansiva del mundo antiguo, la raza judía, conquista primeramente las razas griega y latina, y una vez reducidas estas razas famosas,

con sus dos ramas extendidas sobre Roma y Bizancio, penetra con paso firme entre las bárbaras. Victorioso de las razas bárbaras, de las razas del Norte y del Mediodía, de las razas de Oriente y del Occidente, acomete a las razas salvajes, y hoy le vemos recorrer el centro de Africa, las islas de Oceanía, las profundidades del Asia, atravesar los mares, salvar las montañas, reclutar almas, y encerrarlas, no obstante la diversidad de intereses y de idiomas, en el triple lazo de la sangre, de la fe y del amor.

Mas al propio tiempo que vence al espacio, desafía Jesucristo la duración; y así, mientras que toda fundación humana pierde terreno y se reduce en la medida en que se aparta de su origen, la gran sociedad fundada por Jesucristo se ensancha con los siglos y se desarrolla con la duración, semejante a un río majestuoso que, brotando de humilde fuente, crece a medida que avanza, semejante a un árbol gigantesco que, hundiendo sus raíces en las entrañas de la tierra, eleva su cima hasta las nubes.

¡Cuántas tempestades, señores, han pasado por la obra de Jesucristo. ¿Será preciso recordarlas? Doce emperadores la despoblaron con treinta edictos, y millares de verdugos, trabajando durante tres siglos, cosecharon más de doce millones de mártires. La herejía siguió a la persecución. Y tras la pluma de los sectarios, el hacha de los bárbaros. Creíase todo perdido. Pero las horas desesperadas son las horas de Dios. A pesar de las oleadas de las hordas errantes que cubrían el suelo de Europa, a pesar de las tinieblas de la ignorancia que se extendían, con la corrupción de las costumbres, sobre el mundo entero, la fundación de Jesucristo permanece en pie. Si Mahoma la amenaza, Pepino y Carlomagno la defienden. Si los emperadores

de Alemania la esclavizan, Gregorio VII la liberta y las Cruzadas la hacen resplandecer y triunfar. En vano Lutero, Calvino, Enrique VIII desencadenaron sobre la Europa cristiana todos los orgullos y todos los apetitos conjurados; Jesucristo suscita sabios y santos que hacen frente a la tormenta, y cuando, más tarde, la impiedad delirante echa por tierra de un solo golpe la patria y la religión, ¿qué visteis también, hombres tan poco atentos a las lecciones de la Providencia? Visteis renacer los templos, reaparecer las cruces, levantar el sacerdote el púlpito y el altar, y reconquistar Jesucristo su puesto en las modernas sociedades, pero un puesto tan importante, tan decisivo, tan evidentemente necesario, que aquellos mismos que no quieren reconstituir con El, vense condenados a no poder hacer nada sin El. Los desafío a que intenten resolver los grandes problemas que atormentan a las actuales generaciones.

Señores, la fundación de Jesucristo está en pie, más sólida hoy, y más viva, que nunca. Quizás me preguntéis en dónde está. *Está en todas partes.* Formáis parte de ella; es el honor más grade de que podáis envaneceros, y desgraciados los que trataran de desgarrar la bandera de vuestra fe; los rechazaríais con la voz, con la mano, con el pie. Vuestras familias forman parte de ella, y desgraciados los criminales públicos u ocultos que trataran de arrojar a Jesucristo de vuestros hogares; los rechazaríais con varas. Francia forma parte de ella, y Europa también. Salvad las montañas, surcad las aguas que separan los grandes continentes; visitad los archipiélagos de todos los mares, mirad, contemplad, y veréis en todas partes una cruz, y en torno de ella, oiréis las voces de grandes muchedumbres, o de pequeños rebaños, confesando una misma fe, bebiendo de las mismas fuentes de la vida, obedeciendo a un mismo dueño, y repitiendo unánimemente el mismo grito: ¡somos cristianos!

¿Me preguntáis en dónde se encuentra esa fundación de Cristo? *Id a Roma.* Un anciano se sienta en las orillas desde las cuales enviaba en otro tiempo Roma sus procuradores y procónsules a llevar órdenes al universo. ¿Quién es ese anciano? Es un padre, es un rey, es el pontífice supremo, es el representante de Cristo, es el mismo Cristo prolongando su voluntad, su pensamiento, su acción, su personalidad bajo una figura humana. ¿Me preguntáis todavía en dónde se encuentra la fundación de Cristo? Mirad hacia dónde *se dirigen los golpes.* A creer a la impiedad, no seríamos más que una secta impotente destinada a desaparecer muy pronto y sin esfuerzo. Pero, dispuesta a contradecirse, llama en su auxilio a la violencia y a la astucia para vencer vuestra obstinada vitalidad. En el fondo, señores, la idea cristiana es la potencia más elevada de este mundo. La vitalidad de Jesucristo se mide por el vigor de los golpes que soporta, y la impiedad demuestra con su furor que la fundación de Cristo no es estacionaria, no está envejecida, sino, por lo contrario, bien organizada y viva; es ascendente y progresiva; siempre atacada, pero siempre inmortal, siempre invencible. Jesucristo quiso fundar la sociedad universal de las almas alrededor de su divina persona, y esto se hizo por los siglos de los siglos.

Pocas palabras más.

II. ¿Cómo fundó Jesucristo?

¿Recurrió a la ciencia? No.

Señores, ¿cuál es su cátedra, su anfiteatro? Una ro-

ca en la montaña, una barca en el lago, el brocal del pozo de Jacob. ¿Cuál es su auditorio predilecto? El pueblo, los pobres. ¿Cuál es la forma de su enseñanza? La más sencilla, la más accesible a todos, algunos ejemplos, comparaciones sin rebuscamientos y sin arte, sin esplendor ni aparato. ¿Cuáles son los ministros que envía por el mundo? Personas insignificantes, obscuros galileos, bateleros. Veamos. ¿Aparece aquí la ciencia humana? ¿Es ese el método de Aristóteles y de Platón, de Descartes y de Leibniz? ¿Es así como procede el genio cuando trata de hacer aceptar sus ideas a sus contemporáneos y a los futuros siglos? Evidentemente que no. Esto no obstante, eso es lo que triunfó del espacio y del tiempo, sobre eso reposa, inquebrantable, universal, la fundación de Cristo. ¿Pidió Jesucristo auxilio *a la riqueza,* siempre tan fuerte sobre el corazón del hombre, al imperio del oro, tan grande aun hoy en día, que hace inclinar en las manos de los potentados ambiciosos y de las muchedumbres estúpidas la balanza en que se pesan los destinos de las naciones? Sabéis muy bien que Jesucristo fué pobre, y que escogió para ejecutar su obra hombres débiles según el mundo, hombres que eran la debilidad personificada frente a todos los poderes, hombres que eran la nada: *elegit ea quœ non sunt*! La sola elección de semejantes instrumentos es ya un milagro, pero el éxito, es el prodigio multiplicado por el prodigio. ¿Recurrió Jesucristo *a la fuerza*? Los fundadores de imperios lanzan ante ellos sus ejércitos; marchan precedidos del rayo de la guerra y de la antorcha del incendio. ¿Es así como avanza Jesucristo en medio del mundo? No. Es un rey pacífico. Ese conquistador de almas muere por sus verdugos; he aquí la consigna que da a sus soldados al lanzarlos a la conquista de las naciones: "Os envío como

ovejas en medio de lobos." ¿Es así como hablan y obran los conquistadores del mundo? A pesar de ello, esa debilidad, esa nada desarmada fué mucho más allá que la espada de Rómulo, que la francisca de Atila, que la cimitarra de Mahoma. Jesucristo desdeña la fuerza, se burla de ella, la despide. La fuerza es algo duro, violento, imperioso, que doblega los cuerpos, pero no las almas. Jesucristo quiere las almas, y las tendrá. ¿Cómo? ¿Hará un llamamiento a las pasiones humanas? No. Condena el fanatismo nacional de la raza judía, abate las pretensiones ambiciosas de sus discípulos, aporta al mundo una doctrina crucificadora para la naturaleza.

Lo que hizo acreditar las fábulas absurdas de las religiones paganas, es que hallaban eco fácil en el corazón humano, cuyas inclinaciones lisonjeaban, a la vez que acariciaban sus vicios y pasiones. Y cuando, pocos siglos después de Jesucristo, quiso Mahoma fundar una religión, fué a escarbar en los bajos fondos del paganismo, para sacar de ellos el divorcio y la poligamia, y después de reducir los pueblos con el cebo de los placeres, comprendió que no tendría suficiente influencia sobre ellos, si no poblaba igualmente su paraíso con vicios inmortales. ¿Es ese el método de Jesucristo? Bien sabéis que no. Jesucristo es desapiadado con las pasiones. Se yergue en medio del mundo, y, desnudo, despojado, coronado de espinas, divinizando en su persona la humildad y el dolor, exclama: "El que no se niegue a sí mismo, y no tome su cruz para seguirme, no es digno de mí."

Tal es la moral que ha postrado al universo a los pies de Jesucristo; he ahí lo que ha hecho de El el dueño de la tierra y el rey de las almas.

Conclusión.—Pues bien, hombres inteligentes que me escucháis, respondedme: ¿quién es ese personaje que, sin recurrir a la fuerza, ni a la riqueza, ni a la ciencia, ni a ninguno de los medios humanos, antes, por lo contrario, desdeñándolos todos, chocando con todos, triunfó del espacio y del tiempo, fundó aquí bajo el mundo cristiano, el reino de las conciencias, la sociedad universal de las almas? ¿Quién es ese fundador extraño único, excepcional? Señores, el que hizo lo que los hombres no pueden hacer, no es un hombre, es un Dios. Cantad la divinidad de Jesucristo; es un acto de fe y de razón.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEGUNDA

Las pretensiones de Jesucristo

1.° Jesucristo pidió la fe y la obtuvo

Señores:

La divinidad de Jesucristo, ya visible durante su vida, centellea después de su muerte. Dejó en la tierra una sociedad espiritual, grande como el espacio, grande como los siglos, grande como el género humano mismo. Conocéis las palabras que pronunció Napoleón en su orgullo celoso del poder de Pío VII: "Toma las almas y sólo me deja los cuerpos." He ahí la historia de Jesucristo. Subió al patíbulo. y allí, por el victorioso atractivo de sus dolores, de su belleza moral, del prestigio único de su persona, soñó con la conquista de las almas y en elevarlas hasta El. Primeramente pidióles la fe, y la obtuvo. Apreciemos el alcance de esta pretensión y su asombroso éxito.

I. ¿Sabéis lo difícil que es conquistar la fe de nuestros semejantes?

La inteligencia humana es altiva; queriéndolo ella, no se inclina ni ante el genio, ni ante la fuerza. Puede decirse a un hombre: "¡Cree o muere!" Pero este hombre, en el momento mismo en que se le corta la cabeza, puede también reirse de los tiranos y castigarlos, al morir, con inmortal protesta. Apoderarse del pensamiento humano, fijarlo, dominarlo, forzarlo, en cierto modo, a abdicar de sí mismo y a ceder su puesto a un pensamiento rival, ¿quién lo ha podido? Muchos lo intentaron y creyeron por un momento haberlo conseguido. *Aristótelas y Platón* vieron congregarse al pie de su cátedra entusiasta juventud. Demóstenes conmovió el ágora. Cicerón hizo estremecerse al foro. Pero llegó la muerte y cerró aquellos labios que apasionaban a las muchedumbres. Id hoy a Roma y a Atenas; el foro está mudo, el ágora está desierta, y en los lugares en que se asentaron la Academia y el Liceo, se pasean algunos turcos embrutecidos que ignoran los nombres de Platón y Aristóteles. Hijas de un pensamiento efímero, las teorías del hombre mueren con él, o, por lo menos, le sobreviven poco. Excepto algunos pensadores que se interesan hoy por las teorías de los filósofos antiguos, ¿quién daría su vida por defenderlas? Duermen en los estantes de nuestras bibliotecas y se exhuman como una curiosidad histórica, no ordenan el pensamiento ni dan la vida. En resumen, ningún hombre antiguo o moderno se atrevería a pretender la universalidad constante de influencia doctrinal, ni atraer hacia sí un movimiento general del espíritu humano. Mirebeau se durmió, hace ya cien años, en su memoria retumbante; ¿cuántos hombres hay hoy en día que ordenan su pensamiento por el suyo? Hace veinticinco años que murió Berryer; ¿cuántos hombres hay hoy en día, no diré en el mundo, no diré en Europa, sino tan sólo en Francia, que evoquen su extinguida palabra para amoldar a ella su manera de ver y obrar? No, señores, no; no es fácil conquistar la fe de nuestros semejantes.

Pero cierto día, hace ya diecinueve siglos, levantóse un hombre en medio de Judea, y, aportando al mundo verdades incomprensibles y una moral austera, dijo, no ya a su país tan sólo, sino al mundo entero, no ya a sus contemporáneos solamente, sino a todos los hombres: "¡Creed!" Dijo: "Yo soy la verdad, yo soy la luz del mundo. El que me sigue no camina en tinieblas." Dijo: "Creed en Dios, y creed igualmente en mí. El que crea, será salvo. El que no crea será condenado." Dijo: "Creed, no solamente en mi palabra, sino también en mi persona, que yo os propongo como el fondo de mis doctrina y como el objeto primario y esencial de vuestra adhesión." Y, dejando tras de sí discípulos, añadió: "Id y predicadme hasta el fin del mundo; mostradme a toda criatura y hacedme irradiar como la luz sobre todos los horizontes de lo por venir." He ahí, señores, las pretensiones de Jesucristo. Quiere conquistar la fe del universo y apoderarse soberanamente del pensamiento humano.

II. Para saber si triunfó, no hay más que consultar la historia, la historia de ayer y la historia de hoy.

¿Tomó Jesucristo posesión de las inteligencias? Sí, a pesar del judaísmo y del paganismo, Jesucristo asentó en el mundo el dominio de la fe. En lugar de los dioses que el mundo adoraba hacía ya tantos siglos, predican

los apóstoles un Dios hecho hombre, nacido en un establo, criado en el taller de un carpintero, muerto en un patíbulo entre dos malhechores. A las brillantes y licenciosas ficciones de la mitología pagana, sustituyen una doctrina llena de misterios, una moral que repugna a las pasiones.

Y después de tres siglos de carnicería, la cruz sube al Capitolio, y Constantino, de rodillas ante ella, acompañado del imperio romano, recita un acto de fe. Después, cuando la espada de los bárbaros viene a renovar la faz del mundo, Jesucristo subyuga a estos nuevos pueblos con la luz de la fe, y, bajando la cabeza ante los misterios del Evangelio, aquellos altivos hijos del Norte deponen su orgullo ante la humildad de la cruz. Y muy pronto se ofrece un espectáculo jamás visto en la tierra: todas las naciones, tan divididas por el origen, por el interés, por el genio, olvidan sus discordias y rivalidades, para acercarse y confundirse en la misma creencia alrededor del trono de Jesús. Y, arrebatada por el soplo de la fe, la Europa cristiana en peso corre a rechazar al islamismo hacia las llanuras de Asia.

Creed en mí, habrá dicho Jesucristo. Y nuestros padres, señores, se aferraron a la palabra y a la persona de Jesucristo con una tenacidad que nada ha podido quebrantar, ni la corrupción de las costumbres, ni el escándalo de los grandes, ni la caída de las dinastías, ni la ruina de los imperios, ni la voz discordante de las herejías; y esta fe inmortal e invencible se tradujo en la vida de las sociedades, en sus instituciones, en sus leyes, como se refleja en los monumentos del arte y en las obras maestras del genio. ¿Qué hacían vuestros padres en la Edad Media cuando levantaban sus hermosas catedrales? Hacían un acto de fe. Tomaban una

humilde piedra, la arrojaban a la cumbre de sus altivas basílicas, a trescientos pies del suelo, y decían: "¡Quédate ahí, y canta las glorias y divinidad de Jesucristo!"

Sí, me diréis, los pueblos novicios aceptaron la doctrina de Jesucristo; pero ¿y los pueblos civilizados, los siglos sabios, los *espíritus fuertes?* Pues bien, sí, señores, a eso voy, y me atrevo a afirmar que todo lo que ha habido de más grande, de más noble, de más poderoso en el mundo, dió su fe a Jesucristo. El genio se inclinó ante su palabra, la ciencia aclamó sus misterios, el mundo civilizado vivió de su doctrina. La fe en Jesucristo y en sus misterios, ¿no fué la fe del Dante y del Tasso, de Corneille y de Racine, de Shakespeare y de Milton? ¿No fué la fe de Agustín, de Tomás de Aquino, de Bossuet, de Fenelón, de Descartes, de Malebranche? ¿No fué la fe de Galileo y de Euler, de Pascal y de Bacon, de Leibniz y de Newton? Arrojad una mirada al mapa del mundo, partid la gran familia humana en dos zonas, la zona de los pueblos civilizados y la zona de los pueblos que no lo son. La civilización sigue paso a paso a Jesucristo; nace con El, desciende desde que se aparta de El, muere cuando El desaparece, y resucita cuando vuelve a El. El *Oriente* estaba civilizado desde el tiempo en que la doctrina de Jesucristo partía de su seno para irradiar sobre el mundo. Ausente Jesucristo, el Oriente no es ya más que un campo de árabes y de tártaros, cuyos caballos no levantan a su paso más que el polvo de las ruinas. El *Africa* estaba civilizada desde el tiempo en que el cetro de Jesucristo reinaba sobre esta tierra famosa y dirigía por las vías de la verdad el genio varonil de los tertulianos y ciprianos. El Africa recobrará la vida y el honor en el sudor y la sangre de los mensajeros de Jesucristo enviados por el cardenal Lavigerie, a sembrar el Evange-

lio. El Evangelio, señores, es la semilla de la civilización, y todo pueblo que no la acepte está condenado a la barbarie. Juzgad del poder intelectual de Jesucristo por la luz que da a los que creen en El, y por las sombras a que condena a los que le rechazan.

¿Habrá que demostrar este aserto *con ejemplos contemporáneos?* En verdad que no es difícil. Comprobad sin cesar en este siglo las dudas y angustias de las inteligencias separadas de la fe. ¿A qué han llegado los filósifos modernos, esos charlatanes separados de Jesucristo, sino a la duda más absoluta y universal? En vano les pido soluciones, un cuerpo de doctrina, un símbolo para fijar mi creencia, ordenar mi vida y orientar mi destino. Nada ven, nada entienden. Ni siquiera cuentan con algo en que fundar la nada, en la cual esperan después de esta vida; y esta miserable herencia ni siquiera la tienen asegurada. ¡Ah, espíritus temerarios que queréis prescindir de Jesucristo, tapaos la cabeza y caed en la duda, en esa caverna sin aire y sin luz, en cuyo fondo muere asfixiada la inteligencia. El homenaje que rehusáis ofrecer a Jesucristo con vuestra fe, ofrecédselo con vuestros *padecimientos*.

Nuestro siglo ha oído, señores, gritos dolorosos arrancados a sus víctimas por la duda. Al final de audaces aventuras, de las cuales su razón no sacó más que grandes incertidumbres, lamentaron las tranquilas creencias de su infancia. Lanzaron una mirada llena de lágrimas a las viejas iglesias donde la fe les había dado las luces que les negaba la razón, y murieron con una herida en el corazón, algunos pidiendo perdón a Jesucristo, y el menos crédulo de los hijos de este siglo sin fe, Alfredo de Musset, llorando de rabia y desesperación ante la verdad extinguida, exclamaba: "¡Y a pesar de todo, es eterna, y los que prescindieron de ella aquí bajo, lo

ignoran todo!" Sí, señores, Jesucristo es la luz del mundo; pidió la fe, y la obtuvo, y los espíritus rebeldes a su palabra prueban elocuentemente la grandeza de su triunfo con el espesor de sus tinieblas y el ruido de sus sollozos.

Conclusión.—Aceptad, pues, señores, la palabra de Jesucristo; seguid los pasos de tantos ilustres genios como han sometido su inteligencia ante ella, los pasos de tantas nobles almas como hallaron en ella luz, fortaleza y consuelo.

Conocéis las palabras del anciano obispo de Esmirna al presentarse al emperador cargado de méritos y de años. Como se le pidiese que renunciase a Jesucristo, dejó caer *Policarpo* de sus labios estas bellas palabras: "Hace ochenta años que sirvo a Jesucristo; siempre me hizo bien; ¿cómo queréis que le abandone?"

Señores, he ahí diecinueve siglos que los hombres más inteligentes, más puros, más abnegados, aprenden de Jesucristo a no inclinarse bajo la carga del error y de las pasiones.

He ahí diecinueve siglos que el género humano recibe de Jesucristo la creencia que asegura la paz para el tiempo y la dicha para la eternidad. ¿Separaros de ese dueño adorable? No, eso no es posible. A El solo pertenece la adhesión de nuestros espíritus y el amor de nuestros corazones; a El solo el cántico de nuestros labios. *¡Credo!*

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOTERCIA

Las pretensiones de Jesucristo *(Continuación)*

2.° JESUCRISTO PIDIÓ EL AMOR Y LO OBTUVO

SEÑORES:

Las pretensiones de Jesucristo son extrañas. Pidió la fe, y la obtuvo. Esto ya era mucho. A pesar de ello, exigió más. Cuando se han forzado las barreras del espíritu, quedan por forzar las avenidas del corazón, y, ciertamente, esto no es fácil.

Señores, *¡cuánto trabajo nos cuesta ganar el corazón de nuestros semejantes!* Excepto el padre, la madre, los hermanos, uno o dos amigos, ¿quién nos ama con sinceridad? Pero sobre todo, ¿quién nos ama profundamente? Decidme, hombres sentados al pie de este púlpito, ¿es que seréis amados dentro de cien años, dentro de cincuenta años? Hoy sois amados, lo creo, a causa del prestigio viviente de vuestra presencia y de vuestras cualidades. Seducís los corazones con la belleza de vuestros rasgos, con el fuego de vuestras miradas, con la dulzura embelesadora de vuestra sonrisa, con la gracia de vuestra fisonomía, con la armonía de vuestra palabra, con el brillo de vuestro espíritu, con la bondad de vuestro corazón, con la benevolencia de vuestras relaciones, con la solicitud de vuestros servicios, con la generosidad de vuestros beneficios. En una palabra, tenéis todos los hechizos, y merecéis con más justicia que Tito que os llamen *delicias del género humano;* pero *mañana,* cuando la pálida muerte haya marchitado vuestra faz, y desfigurado los ricos colores de la vida, y extinguido la llama de vuestros ojos, y helado vuestros labios, e impuesto silencio a vuestra armoniosa boca, y arrebatado vuestra alma, y roto vuestros lazos y cegado la fuente de vuestros dones; y pasado mañana, cuando los siniestros obreros de la tumba hayan devorado vuestra carne, y pulverizado vuestros huesos, y los que lloraron un instante vengan a reposar a su vez en el mismo polvo, y el viajero indiferente huelle con el mismo pie al padre, al hijo y al abuelo; y más tarde aún, cuando no quede de vosotros más que un nombre casi vacío, un recuerdo casi extinguido, unas cenizas casi imponderables, ¿en qué se convertirá el amor? En nada. Una vez desaparecidos, perdemos muy pronto nuestro sitio en la memoria y en el corazón de nuestros semejantes, y el fatal destino de nuestros afectos no es otro que el de languidecer cuando el objeto no está presente, y evaporarse cuando la ausencia se prolonga sin esperanza de volver. "¡Ah!—exclamaba Bossuet sobre un ataúd.—Si algunas generaciones... ¿qué digo? si algunos años después de vuestra muerte volvierais, hombres olvidados, a este mundo, os apresuraríais a volver a la tumba para no ver empañado vuestro nombre y borrada vuestra memoria."

Pero, me diréis, los grandes hombres, los personajes históricos, son una excepción de la ley común; han sido amados, y lo son todavía. Veamos. Cuando el hombre de este siglo que supo excitar más entusiasmo y más grande amor, se fué, a la roca que sabéis, a coronar sus victorias con la aureola de la desgracia, ¿quién le siguió para consolar su gloria de las humillaciones del destierro? Solamente se encontraron tres cautivos voluntarios para formar en aquel gran infortunio el cortejo del amor. Y os pregunto: ¿quién es el que ama hoy en día a tantos héroes famosos cuya vida pertenece a los pasados siglos? ¿Hay en parte alguna un corazón que lata por Alejandro o por César, que se desviva, que se sacrifique por ellos? Podrá ser que se haga en torno de ellos más o menos ruido; ¿pero qué es esto? Algunos elogios estériles en los cuales no toma parte el corazón. En resumen, señores, incapaz de determinar y atraer hacia él un movimiento general de los espíritus, el hombre cualquiera que sea, rey o pastor, genio o iletrado, es igualmente incapaz de atraer hacia sí un movimiento general de los corazones. Por otra parte, nadie soñó jamás en ello. Hay hombres que ambicionaron torrentes de luz, torrentes de gloria, torrentes de felicidad; pero hombres que hayan reclamado de sus semejantes un amor inmortal, un amor único, no conozco ninguno. Me equivoco, señores; *conozco uno, uno solo, Jesucristo.*

I. Jesucristo fué amado en lo pasado.

Pidió el amor de todos los pueblos, de todos los siglos, de todas las almas, y no un amor vulgar y superficial, sino un amor profundo, generoso, heroico hasta el sacrificio de todos los bienes, hasta la efusión de

sangre. Dijo: "Hay alguien a quien debáis amar más que a vuestro padre y a vuestra madre, más que a vuestro hijo y que a vuestra hija, más que a vuestro esposo y a vuestra esposa; soy yo. Y si alguien ama a su padre y a su madre, a sus hijos y a sus hijas, a su esposo y a su esposa más que a mí, no es digno de mí, no puede ser mi discípulo." He ahí la ambición de Jesucristo. Se levanta en medio del género humano, y, llamando a la puerta de todos los hogares, penetrando en los repliegues más impenetrables de los corazones, dice: "¡Para mí el primer puesto!" Y, cosa extraña, Jesucristo anuncia que este amor universal, predominante y humanamente imposible, *lo obtendrá después de su muerte*. No fué amado en vida, y cuenta con ser amado después de la muerte. Durante su vida poseía todos los hechizos: el poder, la sabiduría, la bondad. Sembraba a su paso la luz, los prodigios, los beneficios. Esto no obstante, ¿quién se sacrificó por El? ¿Quién le acompañó al Calvario? Subió solo a él. Y, habiendo sido abandonado en vida, insultado hasta su último suspiro, proclama que el amor germinará en su tumba; anuncia que, suspendido de la cruz, entre el cielo y la tierra, verásele extender hacia los hombres sus dos brazos inanimados, atraer hacia sí un movimiento general de los corazones, y cosechar en lo por venir los más grandes amores de la tierra. "Cuando haya muerto, cuando se me habrá clavado en mi patíbulo, todo lo atraeré hacia mí." ¿Es esto verdad? Sí, señores,; esto es extracño ante la razón, pero ante la historia es un hecho que resplandece como el sol. No hay aquí discusión posible.

La historia nos dice que Jesucristo fué amado. Jesucristo fué amado en todos los pueblos y en todos los siglos: entre los judíos, a pesar de sus prejuicios nacio-

nales; entre los bárbaros, a pesar de la rudeza de sus corazones de hierro; fué amado en la Edad Media, en el Renacimiento y durante la revolución, a pesar de Focio, a pesar de Mahoma, a pesar de Lutero y de Enrique VIII, a pesar de Voltaire y de Rousseau. En ciertas horas hemos visto naciones enteras sublevadas por sus mismos entusiasmos, y correr a los muros de Viena, a las olas de Lepanto, a las playas de Oriente, a combatir contra los enemigos de su nombre, o a libertar su propio sepulcro; y cuando el cisma y la herejía lanzaron la manzana de la discordia entre los pueblos cristianos, el amor de Jesucristo sobrevivió al naufragio de la unidad religiosa. Sin duda que muchos puntos nos alejan de los que llamamos nuestros hermanos separados; pero, por lo menos, hay algo que nos une y nos acerca; hay un terreno único en el cual todos pueden encontrarse y darse la mano: el amor de Jesucristo.

Por el amor de Jesucristo, recorrieron los *Apóstoles* la tierra, desafiando las fatigas, afrontando los peligros, despreciando los suplicios y la muerte. Por el amor de Jesucristo, millones de mártires, legiones de vírgenes, de jóvenes, de ancianos hicieron el sacrificio de su vida en medio de los tormentos, bajo la espada de los Césares, a través de la llama de las hogueras. Por el amor de Jesucristo, huyeron a los desiertos los anacoretas y las penitentes, y se impusieron voluntarias mortificaciones, que confunden nuestra molicie y espantan nuestra cobardía. Por el amor de Jesucristo los grandes se hicieron pequeños, los ricos se hicieron pobres, los dueños se hicieron servidores, los sabios descendieron de sus cátedras para enseñar a los ignorantes, los reyes bajaron de su trono para ponerse a los pies de los pobres, las hijas de reyes se despojaron

de sus alhajas para cuidar a los enfermos, y vemos a Carlomán lavar las escudillas en Montecasino, a Carlos V barrer los dormitorios de Yuste, a San Luis besar los pies de los pobres después de Masoure, Taillebourg y Saintes, a Isabel de Hungría besar las llagas de los leprosos. Vemos milagros de paciencia, milagros de sacrificio, milagros de santidad, cuya aparición ningún amor humano sería capaz de preparar, ni explicar el prodigio.

II. Jesucristo es actualmente amado.

Sí, Jesucristo fué amado *en lo pasado. Pero hoy* ¿cuál es el puesto que ocupa en los corazones? El soplo de la incredulidad ha barrido este siglo, y en mis oídos resuenan voces irónicas que cantan:

> Los clavos del Gólgota apenas te sostienen,
> En tu divina tumba se ha ocultado el sol.
> Murió tu gloria ¡oh Cristo! y en nuestras cruces de ébano
> Tu cadáver celeste en polvo se tornó.

¿Es esto verdad, señores? No, es una atroz mentira. Después de Voltaire y de Rousseau, al día siguiente de le Regencia y de la Revolución, hoy como ayer, Jesucristo es amado, y su amor reina en las almas escogidas del mundo entero. Todas las edades corren hacia El, a pesar de los esfuerzos diabólicos que quisieran expulsarle del mundo. Vemos a los pequeñines cruzar sus manos inocentes, entregarle sus corazones, aspirar a su santa visita. Vemos a los jóvenes domar, por complacerle, el ímpetu de los sentidos, y ofrecerle su carne inmolada y sus pasiones vencidas. Vemos jovencitas que conservan en medio del mundo toda la virginidad de su amor, y embalsaman vuestros hogares con los aro-

mas que brotan de su corazón. Vemos al hombre maduro descansar a sus pies de las labores del pensamiento, de las fatigas de una vida agitada, y empezar otra vez cada mañana, por agradarle, el austero combate del deber y del sacrificio. Vemos ancianos que oprimen su imagen contra sus labios moribundos, y decir al divino Amigo tanto tiempo olvidado, y traicionado con frecuencia: "¡Señor, quiero refugiarme en tu amoroso seno!" Todas las *condiciones,* como todas las edades, se refugian en El. La mujer amada le pide ser amada con pureza para ser amada siempre, y la mujer traicionada busca en su divino corazón las compensaciones misteriosas de un amor delicado y fiel. La madre le confía sus queridos hijos, para que los conserve puros conservándolos piadosos. El pecador acude a llorar a sus pies para obtener perdón y misericordia. El afligido le pide un apoyo y un consuelo. Cuando el pobre sucumbe bajo el peso del trabajo y el calor, se acuerda del divino carpintero, y este recuerdo, atravesando sus penas, hace renacer la sonrisa en sus labios y la serenidad en su frente. Cuando el rico se exalta en su orgullo, o se concentra en el goce, se acuerda de ese hijo de reyes, que no vino a ser servido, sino a servir, que no tuvo donde reposar su cabeza, y el amor de Jesucristo, triunfando de su dureza, le hace ver hijos y hermanos en donde no veía más que víctimas y esclavos. Jesucristo es amado. Las *mejores almas* corren hacia El. En la hora actual, ¿qué es lo que mueve a vuestros amigos, a vuestros hermanos, a soportarlo todo, a abandonarlo todo, para ir a plantar la cruz en las orillas del Senegal, en el centro de Africa, en las riberas de la Cochinchina? El amor de Jesucristo. ¿Qué es lo que nos da apóstoles, vírgenes, hermanas de la caridad, hermanitas de los pobres y pontífices que protegen tan valerosamente

nuestras almas? El amor de Jesucristo. "Jesucristo—dice Renán—es mil veces más amado hoy que lo fué durante su vida." Esto es verdad, señores. Hace ya diecinueve siglos que Jesucristo desapareció de entre los hombres, sin que el amor de los hombres por Jesucristo haya perdido nada de su fuerza y energía. En vez de debilitarlo, sólo ha logrado el tiempo aumentarlo y consolidarlo.

Conclusión.—Todos los genios cayeron del pedestal; todas las celebridades se desvanecieron bajo la mano fría y helada de la posteridad; todos los grandes hombres, si bien continúan atrayendo las miradas, cesaron de hacer latir los corazones. Unicamente Jesucristo lo pidió, y lo obtuvo. ¿De qué proviene esto? Os lo pregunto a vosotros, que quizás habéis olvidado a todos vuestros muertos, a vosotros, que no podéis sustraeros a la influencia póstuma de ese divino ajusticiado. Dos hombres van a responderos. En primer lugar, el cautivo de Santa Elena: "Jesucristo—dice—quiso el amor del hombre, es decir, lo que es más difícil de obtener, y lo logró al punto. De aquí deduzco su divinidad."

Y antes que él, escribió Pascal en uno de esos trozos de papel que son como las reliquias de su genio, estas palabras que valen por todo un discurso: "*¡Jesucristo quiso ser amado, y lo fué; es Dios!*" Sí, divino Salvador mío, vos sois nuestro Señor y nuestro Dios. A vos os pertenece nuestra fe y nuestro amor. Sea para vos, más vibrante que nunca, este cántico de nuestros labios: *Credo!*

Así sea.

CONFERENCIA CUADRIGESIMOCUARTA

Las pretensiones de Jesucristo *(Conclusión)*

3.º JESUCRISTO PIDIÓ LA ADORACIÓN Y LA OBTUVO

SEÑORES:

Ser creído, ya es mucho; ser amado, es más todavía; ser adorado, es el colmo del poder, porque la adoración es un elemento reservado únicamente a Dios. ¿Llegó a tanto Jesucristo? Sí. Pidió la fe, y la obtuvo; pidió el amor, y lo obtuvo. Finalmente, elevándose más, escalando las cimas majestuosas en que se asienta la esencia divina, identificándose con el mismo Dios, pidió la adoración, y la obtuvo. Vamos a estudiar esta última pretensión, y a medir sus lógicas consecuencias.

1.º Cierto día, hace ya diecinueve siglos, apareció un hombre sobre la tierra. Un establo fué el lugar de su nacimiento; su cuna un pesebre; su madre una pobre obrera; su raza la más despreciada de todas. A la

obscuridad de su nacimiento, une la de una gran parte de su vida. Es un artesano. Finalmente, corona esta vida tan común y ordinaria con la muerte más ignominiosa que se vió jamás. A los treinta y tres años expiró sobre una cruz, en la cumbre de una montaña, entre dos malhechores, en presencia de una multitud amotinada, que se mofaba de El e insultaba su muerte.

Y, cosa extraña y única en la historia, aquel hombre pide la adoración diciendo: "Soy el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Soy el principio que os habla. Yo y mi Padre somos una sola y misma cosa." Y lo dijo a sus discípulos, a sus enemigos, al pueblo judío, al universo entero, a todos los siglos futuros. Afirmó su divina esencia, y muere antes que renunciar a su afirmación, y muere por sostenerla. Por otra parte, seguidle en todas las evoluciones de su lenguaje y de sus actos: habla como Dios, manda como Dios, perdona como Dios, juzga como Dios, ejerce todos los poderes de la divinidad y reclama todos los homenajes de ella. Para iluminar, santificar y salvar a los hombres, no hay más que un medio, y consiste en proponerse al mundo como objeto de fe y de adoración. El, sólo El, ha de ser amado, conocido y adorado. He ahí la ley, he ahí la clave de la salvación, he ahí el cielo abierto y la eternidad conquistada.

2.º Pues bien, señores, ¿qué sucedió? Bien lo sabéis. A los pocos años, a los pocos siglos, aquel hombre, aquel hijo de Belén, aquel artesano de Judea, aquel crucificado del Calvario, fué adorado como Dios omnipotente e infinito. El templo de Jerusalén se derrumba, los ídolos ruedan por el polvo, y sobre las ruinas del judaísmo y del paganismo resuena el grito de la nueva familia humana: "*Adoramuste, Christe!* ¡Oh Christo,

te adoramos!" Y en el día de hoy, diecinueve siglos han pasado sin que esta adoración se haya debilitado en lo más mínimo. De un polo a otro polo, reyes y pueblos, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios e ignorantes, henos aquí prosternados ante Jesucristo, adorando su poder, implorando su luz, esperando su perdón. Se le adora en las orillas del Sena, como en las del Ganges, en Moscú, como en París, bajo el cielo de América, como en las playas de Oceanía. Se le adora en las capillas improvisadas del centro de la China, como en nuestras iglesias nuevamente construídas, o en nuestras viejas basílicas religiosamente conservadas en el centro de Europa; y, ayer mismo, recibía yo una carta admirable de un animoso misionero, que ocupó en otro tiempo este mismo púlpito, y se fué, hace ya diez años a cuatro mil leguas de distancia, en la que me dice: "Mientras que V. busca dos millones para acabar su iglesia, yo busco dos mil francos para construirme una pequeña residencia y una capilla." Ya lo veis, señores, los altares, de Jesucristo brotan en todos los puntos del globo, y si hay un hecho adverado, un hecho cierto, un hecho incontestable, es que el mundo civilizado se postra a los pies de un hombre que nació en un establo, que vivió en un taller, que murió en una cruz. Jesucristo pidió la adoración, y el mundo adora a Jesucristo. El número, la inteligencia, la virtud se postran de rodillas ante sus altares.

Ahora, señores, escuchad. Hago un llamamiento a vuestra facultad lógica, a vuestro buen sentido natural, a vuestra recta razón, y os digo:

3.º Si Jesucristo no es más que un hombre, *toda certeza cae por tierra.* Vais a verlo. Jesucristo se presenta rodeado del más espléndido cortejo que jamás

haya acompañado a la verdad. Se llama Dios, y he ahí que los *pueblos* de la aurora al ocaso, del norte al mediodía, se unen a sus pies en la misma fe y en la misma adoración.

Se llama Dios, y he ahí que los *siglos* se transmiten, del uno al otro y sin que pueda hacérseles callar, el testimonio, el eco fiel del grito que lanzaron los Apóstoles, que vieron oyeron y tocaron a Jesucristo.

Se llama Dios, y he ahí que el *genio,* el trabajo, la ciencia que hablaron en los libros, interrogaron los monumentos, discutieron las objeciones, se presentan ante El con la frente en el polvo y el cántico de alabanzas en los labios.

Se llama Dios, y he ahí que la *santidad* nos envía en el curso de los siglos su aroma inalterable. ¿De dónde proceden todos esos justos que germinaron en nuestra tierra y embalsamaron nuestra historia? Proceden de Jesucristo; sus creencias engendraron sus virtudes, y sus virtudes cantan la gloria de Jesucristo, que es el generador de ellas.

Se llama Dios, y he ahí que la *abnegación* y el heroísmo brotan a su paso. ¿De dónde proceden todos esos hombres desgarrados y ensangrentados que ofrecen su vida en sacrificio voluntario? El mundo no quería creer ni en su palabra ni en sus virtudes. Pues bien hicieron hablar a su sangre, tinta roja, brotada de las venas más puras del género humano, para trazar sobre la corteza del globo esta suprema afirmación: "¡Jesucristo es Dios!"

En resumen, señores, no hay ni en el orden metafísico, ni en el orden físico, ni en el orden moral, una verdad que se presente al espíritu humano con un encadenamiento de pruebas tan imponentes como la divinidad de Jesucristo. ¿Creéis en la existencia de César,

de Alejandro, de Sócrates? Pero los hechos de Sócrates, de cuya existencia nadie duda, están menos comprobados que los de Jesucristo. Creéis en la propiedad, en la transmisión del fruto de vuestro trabajo, y con razón creéis en ello; pero el hecho de la propiedad, base del mundo social, no descansa sobre pruebas más verdaderas, numerosas e inquebrantables que la divinidad de Jesucristo. Si la existencia del Hombre-Dios no está probada, nada está probado; habría que dudar de todo, desesperar de todo, negarlo todo. Todas las certezas serían conmovibles. Y, de hecho, la negación de la divinidad de Jesucristo produciría semejante resultado, conduciría a la duda universal. Cuando se conmueve el trono de Jesucristo, se quebrantan los principios más sólidamente asentados, y se empieza en las alturas más sublimes una ruina que, al caer de tan alto, produce muchas otras. ¿Negáis a Jesucristo y queréis expulsarlo del mundo? Tened cuidado, pues abrís una vía desastrosa, sentáis el preludio de la causa de las negaciones y decadencias más profundas.

Pero no es esto todo, señores. Si Jesucristo no es más que un hombre, toda certeza cae por tierra.

Pero he aquí todavía otro aspecto de este asunto.

4.° Si Jesucristo no es más que un hombre, *la historia es inexplicable*. La transformación del mundo por Jesucristo, la derrota del mundo pagano por el cristianismo, sólo tiene sentida explicación gracias a la divinidad de Jesucristo.

Hombres inteligentes y rectos que me escucháis, os pregunto y os conjuro a que me contestéis.

Si Jesucristo no es Dios,

Explicadme por qué se ha creído en El durante su vida y después de su muerte.

Explicadme por qué se ha creído con la intensidad y el heroísmo que sabéis, es decir, hasta la pasión, hasta la locura, hasta el sacrificio de todo, y aun de la vida.

Explicadme por qué se ha regenerado el mundo merced a esta creencia.

Explicadme por qué esa mentira o ese sueño echó abajo el paganismo, mató la religión de los sentidos, purificó el aire infectado del mundo antiguo y produjo los más grandes bienes naturales y las más altas virtudes, y engendró la Europa cristiana.

Explicadme por qué, tras diecinueve siglos, ese sueño o esa mentira calma todavia las pasiones, inspira el heroísmo, seca las lágrimas, cura los más inconsolables dolores, transfigura las muertes más desoladas.

Si Jesucristo no es Dios, el cristianismo es la más alta impiedad, la más colosal idolatría que jamás se hay visto bajo el sol; por tanto, os conjuro a que me digáis y me expliquéis por qué de la más alta impiedad han brotado todos los heroísmos del mundo cristiano, por qué la más colosal idolatría pudo engendrar diecinueve siglos de fe, de sacrificio, de abnegación, de honor, de generosidad, de progreso, de civilización, de dignidad, de perfección moral. Si Jesucristo no es Dios, la historia es inexplicable y monstruosa, un efecto sin causa, el parto de los montes, peor que esto aún, un efecto espléndido producido por un principio absolutamente malo, un fruto sabroso madurando en un árbol venenoso, un río de aguas frescas y fertilizadoras brotando de una fuente emponzoñada. Es la virtud diciendo al error: "¡Eres mi padre!"; y a la mentira: "¡Eres mi madre!" Si alguien es capaz de creer en semejante imposibilidad mejor que en la divinidad de Jesucristo, ruego por él, y no trataré de convencerlo.

Jesucristo es Dios. Para evitar esta conclusión, preciso es ir a llamar más allá del mismo Jesucristo; preciso es conmover todas las certezas del espíritu humano y convertir la historia en enigma indescifrable; preciso es llegar hasta el trono mismo de Dios. En efecto,

5.º Si Jesucristo no es más que un hombre, la Providencia queda comprometida: "Si mi religión es falsa—decía La Bruyère,—sería el lazo mejor dispuesto que pueda imaginarse; sería imposible no caer en él." Si Jesucristo no es más que un hombre, Dios nos engañó al permitir la más triunfante de las seducciones. Vió un simple mortal arrogarse la divinidad. Vió el mundo desvanecido, fascinado, caer a los pies de un falso Dios. Vió el mundo, en vez de corromperse en esa idolatría, regenerarse. Vió al mundo en la imposibilidad de distinguir la verdad del error. Vió todo eso, lo permitió; no intervino, no tendió la mano al hombre, que es hijo suyo. ¡Esto es horrible! Semejante conducta por parte de Dios equivaldría a su no existencia. De suerte que, lógicamente, decir que Jesucristo no es más que un hombre, es decir que Dios ha hecho lo posible para engañarnos, y que la Providencia no es más que una irrisión. De suerte que la mano que arroja a Jesucristo de su pedestal, quiéralo o no, arroja a Dios del suyo. Vuestra razón retrocede asustada ante semejantes extremos. Inclínese, pues, ante la fe, en el amor y en la adoración, ante los altares de Jesucristo, su Señor y su Dios.

¿Es esto bastante? No, señores. "*Credidi propter quod locutus sum*! Creéis, luego es preciso hablar." Tenéis convicciones; es preciso propagarlas. Tenéis la luz; es preciso difundirla en torno vuestro... ¿No queréis hacerlo? Tened cuidado. ¿Rehusáis formar parte

de la gran cruzada de la verdad y el bien, de la concentración necesaria de todas las personas honradas alrededor del trono de Jesucristo? Seréis englobados, y con vosotros cuantos amáis, en la gran propaganda de las tinieblas y de la iniquidad, que se presenta como una gran tormenta al final de este siglo.

¿Es que no oís, a través de los ruidos de este mundo, los llamamientos al placer y a la negación que os hacen estremecer? "¡Sígueme!"—dice al joven puro y piadoso el hombre amigo del placer o el ambicioso sin escrúpulo, que pasa ante él, orgulloso de su fortuna y de los homenajes de que le rodean; y le sigue enteramente deslumbrado por la fascinación de la opulencia y del bienestar; y vende al error y al vicio un alma ayer todavía noble y generosa. "¡Sígueme!"—dice a la joven obrera la mujer corrompida, que pasa ante ella completamente alhajada de su júbilo ruidoso y de su lujo de un día; y la infortunada la sigue, y vende a la iniquidad su alma consagrada quizás a Dios por las lágrimas de una madre, su alma por la cual tantas silenciosas oraciones habían subido al cielo. "¡Sígueme!"—dice la nueva generación a la generación incrédula armada de su palabra y de su pluma— Sígueme, porque para mí son todos los homenajes de la multitud, para mí el prestigio, la influencia, la fortuna, el bienestar." Desgraciadamente ¡cuántos la siguen! Señores, las audacias de la impiedad os dictan vuestras obligaciones. Estrechad vuestras filas en torno de Jesucristo, y que el clamor de vuestra fe conduzca a los altares del verdadero Dios a todos cuantos lo olvidaron, y reclamen, para volver a El, el apoyo de vuestra mano fraternal.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOQUINTA

Los enemigos de Jesucristo

SEÑORES:

Hace un año que os hablo de Jesucristo, y os he mostrado, resplandeciendo en su frente y en su historia, el signo de la divinidad. Quiero acabar hoy esta segunda serie de conferencias tratando un asunto de palpitante actualidad: *los enemigos de Jesucristo*.

Dijo Jesucristo: "Seré odiado hasta el fin del mundo." Y dirigiéndose a sus discípulos, añadió: "Vosotros también seréis odiados por mi causa. Sí, hasta el fin del mundo suscitará mi doctrina gritos de rabia, y mi cruz será objeto tal de odio que habrá hombres que no podrán contemplarla sin que su corazón salte de indignación y de cólera."

En efecto, hace ya diecinueve siglos que encuentra Jesucristo enemigos en el mundo, enemigos que se encarnizan contra su persona, contra su doctrina, contra sus sacramentos, y explotan contra El las menores debilidades de sus ministros, y esperan el menor momento de oscilación social para infligirle a El, a su cruz y a su religión una nueva ignominia y un nuevo baldón. He ahí el hecho; su evidencia nos dispensa de toda prueba. Pues bien, sí, Jesucristo tiene enemigos.

I. ¿Qué prueba esto ante todas cosas?

Esto prueba que Jesucristo existe, que está vivo, y bien vivo. Nadie se encarniza contra los muertos; se dejan tranquilos. *Nerón, Tiberio, Domiciano,* esos monstruos de la naturaleza humana, sólo un instante conocieron el odio. Cuando Nerón vivía, y pesaba con todo el peso de su infamia sobre el mundo, era odiado, y con justicia, y comprendo el pesar de Tácito de no haber dispuesto de un buril bastante fuerte para marcarlo enteramente con hierro al rojo. Pero hoy que Nerón está muy lejos, y sus vicios duermen despreciados e impotentes en sus huesos, ¿quién le odia? ¿Quién odia a Tiberio? ¿Quién odia a Domiciano? El odio sería demasiado ahora. Murieron, y ya es bastante desprecio para su memoria deshonrada. Arrio, Nestorio, los herejes y los sofistas de los siglos pasados fueron detestados mientras vivieron. Eran entonces poderosos y constituían obstáculos; pero hoy que ya están vencidos, hoy que no son más que polvo muerto, inanimado, y que sus errores no seducirían a un niño, el olvido ha descendido sobre su tumba, y el odio se ha evaporado en torno de su extinguido recuerdo. *Voltaire* hizo mucho mal; pervirtió la nobleza del siglo XVIII, y hace sesenta años que la burguesía en peso se abrevaba con el veneno de sus doctrinas. Pero hoy, ¿cuántos burgueses leen sus obras? Un número insignificante. Voltaire está vencido; hemos visto reflorecer todo cuanto él quiso sa-

quear; hemos visto renacer y reaparecer con mayor esplendor todavía todo cuanto él se imaginaba destruir por siempre jamás. Y a medida que disminuye en la estimación de los espíritus conformes, y se hunde en el polvo de las bibliotecas, el odio se evapora, y sólo la indiferencia y el desprecio quedan en torno de su memoria impotente, despreciada, herida de muerte. Señores, sólo Jesucristo tiene el privilegio, el honor, la especialidad de un odio inextinguible. ¿Qué prueba esto? Esto prueba, en primer lugar, que existe, que está vivo y bien vivo. Repitámoslo, nadie se encarniza contra los muertos, se dejan bien tranquilos en su sepulcro, devorados por los gusanos, y su memoria envuelta en el olvido. Sólo contra Jesucristo no se debilita jamás el odio, renace sin cesar de siglo en siglo, siempre más grande y jamás satisfecho. Oigo voces confusas que dicen: "Jesucristo agoniza." Señores, os afirmo que los que esto dicen no creen jota de ello. Si Jesucristo está a punto de morir, ¿por qué señalarlo con el dedo diciendo: He ahí el enemigo? ¿Por qué conducir a la batalla contra El todas las potencias humanas coligadas? Si Jesucristo está a punto de morir, déjenlo morir en paz, sin insultar su agonía. Pero no, saben muy bien que Jesucristo está vivo, que su vida es imperecedera, que su cruz, hoy quebrantada, se erguirá mañana triunfante sobre sus tumbas. Sí, ciertamente, Jesucristo tiene enemigos, pero no se conspira contra los poderes débiles, y el odio con que se le persigue, y la violencia de los golpes que se le asestan, es la demostración palpable de su supervivencia y de su invencible imperio. Señores, vamos hasta el fondo de esta palpitante actualidad, y del odio renaciente que muerde hoy en día los talones de Jesucristo, hagamos brotar y deduzcamos ló-

gicamente una nueva prueba de su divinidad. Jesucristo tiene enemigos.

II. ¿A qué se debe esto?

Señores, escuchadme con atención .Al mostraros los villanos aspectos de la naturaleza humana, haré resplandecer las glorias de nuestro divino Salvador. Tiene enemigos.

1.° Porque hay en los hombres, y sobre todo en este siglo *profundas ignorancias* y potentes principios que obscurecen su imagen y desfiguran su religión. El error, señores, es peor que el mal, porque lo hace cometer. Enemigos de mi Jesús, no le conocéis; por eso no le amáis. Porque, en último resultado, ¿qué es lo que odiáis en El? ¿Acaso su *fisonomía*? Pero confesáis que es incomparable. ¿Su doctrina, su Evangelio? ¿Pero qué libro puede comparársele? ¿Qué es, pues, lo que odiáis. Lo que odio, decís, es la *impostura,* es la mentira; hace diecinueve siglos que una impostura deslumbradora se ha erguido en el mundo, y hace diecinueve siglos que el mundo reposa en una vil mentira que ha logrado arraigarse; he ahí lo que odio. ¡Ah! sin duda, si tuvieseis la certeza de que Jesucristo es un impostor, os comprendería y os aplaudiría, pero, en nombre del buen sentido, os desafío, y desafío a todo hombre serio, a que abrigue la convicción de que Jesucristo es un impostor, y esto por mil razones, pero sobre todo por las dos siguientes: 1.ª El mundo se ha regenerado merced a su creencia en Jesucristo, y nadie me hará jamás tragar el absurdo de que el mundo haya podido regenerarse con una impostura; 2.ª Hay en el mundo millares de hombres instruídos que han estudia-

do la divinidad de Jesucristo y están convencidos de ella. Estudióla Bossuet, y Pascal, y Leibniz, y Newton, y tantos hombres ilustres de este siglo y de las edades precedentes, y a pesar de todo, doblaron las rodillas ante Jesucristo; creyeron en su divinidad; hicieron a esta creencia sacrificios notables en su vida, y nadie me hará jamás tragar este segundo absurdo, esto es, que todos esos hombres eminentes por su ciencia y su virtud se engañasen y adorasen un vil impostor. Decía Tertuliano a los emperadores de su tiempo: La religión cristiana sólo pide una cosa, que no se la condene sin conocerla: *ne ignorata damnetur!* y yo dirijo la misma súplica a los incrédulos de mi siglo. Enemigos de Cristo, ¿le conocéis? Si le conocéis y sois sinceros, caeréis a sus pies en la fe, en el amor y en la adoración. Si no le conocéis, os prohibo condenarle y recuso por adelantado vuestro juicio.

Señores, alguien me citaba estos días pasados, una frase admirable que se dirigía a sí mismo un hombre muy inteligente: Estaba en los años ardientes de la juventud, en que las mejores almas son visitadas por la duda, al propio tiempo que se ven sacudidas por las pasiones, y se dijo: "Sólo cesaré de creer cuando me haya demostrado a mí mismo que mi religión es falsa." Se puso a estudiar, pero en vez de perder la fe, la vió crecer y fortalecerse en su alma, y hoy es en esta ciudad uno de los cristianos más sólidos y notables. Jesucristo, señores, no teme la luz; la pide. También consiste su gloria en ser odiado por los que, conociéndole, no quieren obedecerle. Tiene enemigos ¿Por qué? ¿A qué se debe esto?

2.º Porque hay en los hombres, y sobre todo en este siglo, *pasiones impetuosas,* que se niegan a soportarle. Señores, descendamos a nuestro propio corazón, al subsuelo de nuestra alma. Allí es donde encuentra Jesucristo sus más mortales enemigos. Jesucristo, con su doctrina, con su vida, con su religión, nos predica la humildad, la pureza, la abnegación, el sacrificio. Pero hay en nosotros una voz que nos dice: "Sé tu propio dueño, goza, vive para ti, ve por todos los caminos a los honores, a la fortuna, al bienestar." Y Jesucristo responde: No, te lo prohibo. Yo soy Dios, y te ordeno que me creas y me obedezcas. Soy tu Dios crucificado, y te ordeno que inmoles tus inclinaciones y modeles tu vida en la mía." Ya veis la lucha que se entabla entre Jesucristo y las pasiones del hombre. Es espantosa. Odiamos lo que nos molesta, lo que nos comprime, lo que nos ofrece obstáculos, lo que nos aplasta. ¿Y nos asombramos de que Jesucristo tenga enemigos? Por sus misterios tiene contra El todos los malos instintos del corazón. Cuando pienso en la severidad con que Jesucristo condena todos los vicios, el orgullo, la voluptuosidad, la codicia, ¿sabéis lo que me asombra? No que haya incrédulos, sino que haya tan pocos. Porque Jesucristo, y en esto consiste su gloria exquisita, incomparable, única, Jesucristo todo lo tiene contra El, todo, excepto la verdad y la virtud. Pero hay además otra cosa. Prestadme atención. Vivo en el corazón de la sociedad contemporánea. Jesucristo tiene enemigos.

3.º Porque hay en los hombres, y sobre todo en este siglo, *ingratitudes irritantes* que son recuerdo importuno. Fácilmente me comprenderéis. Cuando el odio se desliza entre dos almas que están hechas la una para la otra, por ejemplo, entre dos hermanas, entre dos esposos, es horrible, y, cosa extraña, aquel en quien hierve la indignación más profunda no es el que ha sido

traicionado, el que ha sido abandonado, no; el que odia es el infame, el que odia es el infiel, el que odia es el que ha olvidado todos los juramentos. Y cuanto más bella es la víctima, cuanto más pura es, cuanto más irreprochable, con más intensidad la odia. Y si a esta belleza se añade el peso de los beneficios, la detesta más todavía, porque se siente aplastado por dos veces, por la magnitud de una pureza que desprecia y por la magnitud de un amor que ha desconocido. He ahí, señores, lo que ocurre con mucha frecuencia entre el hombre y Jesucristo. Jesucristo no es un extraño; se le amó antes, y se le ha olvidado después, no por un acto de razón sino por una debilidad del natural o del corazón. Jesucristo vuelve, y se le rechaza. Vuelve todavía, y vuelve a ser rechazado. y porque se le amó antes, se acaba por detestarlo más y más; cuando el amor se agria, se torna en odio y la ingratitud se convierte en furor irreconciliable. No hace ingratos el que quiere, señores; pero Jesucristo tiene este honor. Es muy difícil con relación a El ser indiferentes y neutrales, y los mismos que tanto blasonan de neutralidad e indiferencia, tienen mucho trabajo para no declararle la guerra; los ingratos fácilmente se convierten en enemigos, y los hay que no pueden soportar ni el nombre de Cristo, ni su doctrina, ni sus ministros, ni su Iglesia, y, como dijo Racine hablando de un traidor,

> Este templo le importuna, y su impiedad
> Quisiera aniquilar al Dios que abandonó

Los hay que no pueden soportar la imagen del crucifijo; ¿por qué? ¿Es que el crucifijo es un emblema político? ¡Vaya, pues! Con sus brazos en cruz, el crucifijo bendice y protege todos los sistemas de gobierno honrados. Pero es que el crucifljo es Dios inmolándose por el hombre, y cuando el corazón del hombre no es suficientemente grande, y noble, para responder por la adoración y el amor, a lo que Dios ha hecho por él, ocurre con frecuencia que le odia, y se venga de su apostasía declarándole la guerra, de suerte que, si yo pregunto al impío: ¿Jesucristo es Dios?, su conducta me responde: "Bien lo veis, puesto que yo reniego de El, y arranco la cruz allí donde quiero suprimir a Dios." Jesucristo tiene enemigos; esto es una nueva prueba de su divinidad.

Conclusión.—"Si se nos hubiera concedido—dice Montalémbert—vivir en tiempo de Jesucristo, y verle siquiera un momento, hubiéramos elegido aquel en el cual caminaba coronado de espinas y desfallecido de fatiga hacia el Calvario. Así también, damos gracias a Dios por haber colocado el corto momento de nuestra vida mortal en una época en que su santa religión ha caído en desgracia. Reuniremos con amor los restos de su cruz para jurarle un culto eterno. Hanla arrancado de nuestros templos, pero la colocamos en el santuario de nuestros corazones, y allí no la olvidaremos nunca. De la tierra en donde la han destruído, la llevaremos al cielo, y allí leeremos todavía en torno de ella: *"In hoc signo vinces!"*

No creo, señores, que sea posible exponer más hermosos sentimientos en más hermoso lenguaje. Os dejo entregados a tan nobles acentos. Quieren arrojar del mundo a Jesucristo; no lo arrojarán de vuestros corazones ni de vuestras moradas. Procuradle en vuestras convicciones y en vuestras familias un asilo inviolable, y toda vuestra vida sea un cántico a su divinidad, una respuesta a su amor, un llamamiento a su misericordia y un preludio a su paraíso.

Así sea.

TABLA ALFABÉTICA

DE NOMBRES PROPIOS

TABLA DE MATERIAS

Págs.

CONFERENCIA SEPTIMA

La prueba

CONFERENCIA OCTAVA

El tentador

CONFERENCIA NOVENA

La caída

CONFERENCIA DECIMA

El castigo

CONFERENCIA UNDECIMA

CONFERENCIA DUODECIMA

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

El pecado original en la infancia y la juventud

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

El pecado original en la sociedad

CONFERENCIA DECIMOQUINTA

Exención del pecado original en María

CONFERENCIA DECIMOSEXTA

El primer anuncio del Redentor

Págs.

CONFERENCIA DECIMOSEPTIMA

CONFERENCIA DECIMOCTAVA

CONFERENCIA DECIMONONA

CONFERENCIA VIGESIMA

Los paganos esperando al Redentor

CONFERENCIA VIGESIMOPRIMERA

Preparación del mundo para la venida del Redentor

1.º SUCESION DE LOS CUATRO IMPERIOS Y ENCAMINAMIENTO A LA UNIDAD MATERIAL

CONFERENCIA VIGESIMOSEGUNDA

Preparación del mundo a la venida del Redentor

CONFERENCIA VIGESIMOTERCERA

CONFERENCIA VIGESIMOCUARTA

CONFERENCIA VIGESIMOQUINTA

CONFERENCIA VIGESIMOSEXTA

El nacimiento de Jesucristo

CONFERENCIA VIGESIMOSEPTIMA

La vida oculta de Jesucristo

CONFERENCIA VIGESIMOCTAVA

La palabra de Jesucristo

EXTRACTO DE NUESTRO CATALOGO

CATECISMO ROMANO ANOTADO, Manual clásico de formación religiosa, necesario al clero y a los fieles e indispensable, como catecismo de perseverancia, a las parroquias, familias cristianas y colegios. Traducción y notas del R. P. Alfonso M.ª Gubianas, monje de Montserrat.—*Edición de bolsillo.*

Características de nuestra edición. — *El Catecismo Romano comentado* que ofrecemos a cuantos se interesan por el conocimiento y divulgación de las verdades del catolicismo, tiene una finalidad bien concreta: la de presentar en un reducido volumen, no sólo todo el texto del más clásico, completo y autorizado de los catecismos, *sino las fuentes del mismo.* Estas las constituyen la Sagrada Escritura, las definiciones de los Sumos Pontífices y de los Concilios y las enseñanzas de los Santos Padres. Por lo mismo, en nuestra edición del *Catecismo Romano,* no hemos omitido ningún lugar de la Sagrada Escritura, ninguna definición de los Sumos Pontífices y Concilios, ninguna enseñanza de los Santos Padres que sea una nueva confirmación de la verdad propuesta por la Iglesia en su Catecismo clásico. El Comentario del Catecismo constituye un riquísimo marco que da al texto un nuevo esplendor y contribuye a que su doctrina reciba la más autorizada confirmación de toda la tradición eclesiástica. Además, habiendo introducido el *Código del Derecho canónico* diversas modificaciones en la parte disciplinar del *Catecismo Romano,* hemos cuidado de anotar dichas modificaciones, a fin de acomodarlo a las actuales leyes canónicas. El *Catecismo Romano comentado,* para completar de manera digna su finalidad, inserta dos importantísimas exposiciones del Doctor Angélico: la primera sobre el Símbolo, y la otra relativa a la Oración Dominical. Finalmente, cuatro copiosos índices: *escripturístico, litúrgico, homilético* y *de materias,* facilitan el uso del nunca bastantemente recomendable *Catecismo Romano.*

A quienes va dirigido: I. *A todos los eclesiásticos.* — En él hallarán, según las palabras del inmortal León XIII, *un precioso resumen de toda la Teología dogmática y moral.*

II. *A los Catequistas.* — Muchos libros se han escrito para auxiliar a los catequistas seglares, pero sin temor afirmamos que éste debería ser para ellos su primera obra de consulta y formación, dado que no existe otra ni tan extensa, ni de tanta autoridad, ni tan metódica, ni tan recomendada por la misma Iglesia.

III. *A los Oradores Sagrados.* — En él hallarán expresada con toda claridad la doctrina católica: todo cuanto contiene, puede ser predicado al pueblo más sencillo, al auditorio más inteligente. No tendrán necesidad de leer muchas páginas para hallar doctrinas con que enseñar las verdades de la fe. Pocas, muy pocas serán suficientes para suministrarles materia abundantísima. Este es un libro todo aprovechable, todo es oro macizo, todo fruto sazonado, nada se halla en él inútil, nada superfluo.

IV. *A los educadores católicos.* — Si todo cristiano debería saber dar razón de su fe, de sus deberes religiosos, de sus relaciones con Dios y de los medios de santificación y regeneración, a nadie como a los educadores incumbe esto tan encarecidamente. No pueden limitarse ciertamente a la mera exposición de la doctrina cristiana; deben razonarla y demostrarla. Deben preperar a sus alumnos para que sepan defender su fe. Para este fin, ninguna obra tan propia como el *catecismo Romano.* "*Quien lo posea a fondo,* ha dicho León XIII, *tendrá siempre a su disposición los recursos con cuya ayuda podrá refutar victoriosamente las objeciones de los incrédulos.*"

Un tomo en 12.º de 1.150 páginas impreso en papel biblia

En simil cuero ... ... Ptas. 12.— A plazos ... ... Ptas. 13.75

AÑO ECLESIASTICO (EL) Y LAS FIESTAS DE LOS SANTOS, por el DR. K. A. ENRIQUE KELLNER, profesor de Teología católica en la Universidad de Bona. Traducción de la 2.ª edición alemana, por el Dr. Modesto H. Villaescusa.

Lo más interesante en materia de fiestas eclesiásticas tratábase, de ordinario, en las obras de liturgia como una parte accesoria del todo. Pero en los últimos tiempos se ha discutido preferentemente estas cuestiones en forma de artículos y en obras enciclopédicas.

El autor ha creído que no se debe demorar más la publicación de las informaciones recogidas, y declara que, al escribir el presente libro, ha tenido muy presentes los *estudiantes de teología* y el clero *más joven.*

Facilitar la exposición de estas materias *en la predicación y en el catecismo,* le ha parecido un propósito conforme al espíritu de nuestra época.

He aquí un resumen sintético de esta hermosa obra:

De las fiestas eclesiásticas en general. — El ciclo pascual. — El ciclo de fiestas de Navidad. — Otras particularidades del año eclesiástico. — Las fiestas de los Santos. — Clases de fuentes y modos de utilizarse. — Resumen cronológico.

Un tomo en 8.º de 502 páginas

En rústica	Ptas. 6,—	A plazos	Ptas. 7,—
En tela y dorados ...	" 8,—	Id. id	" 9,25

APOLOGIA DE CRISTIANISMO, por el DR. PABLO SCHANZ, profesor de Teología en la Universidad de Tubinga. Traducción de la 3.ª edición alemana, por el Dr. Modesto H. Villaescusa.

El tema *armonía entre la ciencia y la fe* ha producido un catálogo de obras maravillosas por el caudal de ciencia religiosa y profana que contienen; pero la inmensa mayoría de ellas estudian un aspecto especial del asunto, porque se dirigen a repeler un ataque determinado.

Sólo una ha abarcado el problema en toda su extensión y amplitud, en toda su majestuosa elevación, en toda su asombrosa variedad. Sólo el Dr. Pablo Schanz se ha atrevido a poner mano en la gigante empresa de ofrecer resueltos a la inteligencia y al corazón del hombre todos y cada uno de los grandes arcanos de la Divinidad, del Universo, del Hombre, de Jesucristo, de la Iglesia. Y todo ello a la luz del saber moderno, moviéndose con soberana independencia, lo mismo en el campo de la Teología, que en el de la Ciencia, así en el palenque de la Metafísica como en el de la Historia y el Arte, como lo prueba su brillantísima carrera. He aquí el plan de tan celebrada obra:

Vol. I: Apología y Apologética. — Historia de la Apologética. — Religión e Historia. — La religión y el hombre. — Tradicionalismo y ontologismo. — Principio y fin. — La vida. — Plantas y animales. — *Vol.* II: El bruto y el hombre. — Objeto y fin. — Virtud y recompensa. — Existencia y esencia de Dios. — El alma. — El monismo. — La Creación. — Historia de la Creación. — El sistema del mundo. — Unidad del género humano. — Antigüedad del género humano. — El diluvio.

Vol. I: La historia de las religiones y el Cristianismo. — Religión de los indos. — Religión de los iranios. — Religión griega. — Religión romana. — Religión germánica. — Religión china. — Religión egipcia. — Religión de los semitas. — El pueblo de Israel. — El judaísmo talmúdico. — El Islam. — Los pueblos en estado de naturaleza. — *Vol. II*: Origen del Cristianismo. — La revelación. — La profecía. — El milagro. — Razón y revelación. — La credibilidad de la Sagrada Escritura. — Evangelio y evangelios. — La vida de Jesús. — Persona y naturaleza de Jesús. — Doctrina y obra de Cristo Dios y Hombre.

Vol. I: La revelación cristiana y el desarrollo de la doctrina eclesiástica. — El reino de Dios. — La Iglesia en la Escritura Sagrada. — Notas de la verdadera Iglesia. — La Iglesia Apostólica. — La Iglesia única que da la salvación. — La santidad de la Iglesia. — *Vol. II*: Escritura y Tradición. — El Primado de San Pedro. — El Primado del Papa. — La infabilidad del Papa. — El Cristianismo y la revelación.

Seis tomos en 4.º con 3.084 páginas

En rústica	Ptas. 42,—	A plazos	Ptas. 48,—
En tela, planchas en color y doradas	" 63,—	Id. id....	" 72,50

MISAL COTIDIANO, por el RDO. P. ALFONSO M.ª GUBIANAS, monje de Montserrat. Devocionario que contiene el TEXTO ÍNTEGRO en castellano de todas las MISAS DEL AÑO con sus explicaciones y noticias históricas, diversas preces litúrgicas y varias devociones piadosas.

Con mucha razón se ha calificado de *Verdadero libro de misa* el nuevo libro del P. Gubianas, a quien, según *El monte Carmelo* de Burgos, le *cabe la gloria de haber sido el primero en introducir en los países de la lengua castellana el uso del devocionario litúrgico, con el cual es posible seguir al sacerdote, rezando sus mismas oraciones.*

El *Misal Cotidiano de los fieles* está impreso a dos columnas, en papel biblia intransparente y finísimo, y contiene: Preparación y acción de gracias para la Santa Misa. — Ordinario de la Misa, en latín y castellano — Todas las misas completas del año. — Conmemoraciones que se hacen en la misa y multitud de oraciones, que se dicen durante su celebración. — Misas propias de las diócesis de España. — Oraciones para la Confesión. — Prácticas de piedad más importantes de la vida cristiana.

Pero lo que lo caracteriza y da valor a nuestro *Misal Cotidiano* y que no contiene ningún otro libro similar, son las *explicaciones litúrgicas* que preceden a cada misa, tan claras y luminosas, que las inteligencias más sencillas pueden comprender el significado litúrgico de cada festividad.

Forma un lindo tomo de 1442 páginas, *pero gracias a los prodigios tipográficos* de la "Editorial Litúrgica Española", según afirmación de "Revista Calasancia", de Madrid, *resulta un tomo de fácil manejo que puede llevarse en el bolsillo.*

Nuestro *Misal Cotidiano,* será el libro preferido de las almas cristianas enamoradas del sublime Sacrificio del Calvario, insubstituíble para las Comunidades Religiosas e indicadísimo para aquellos Colegios y Pensionados cuyos alumnos asistan diariamente a la Misa.

Un tomo en 16.º de 1442 páginas

En tela flexible, puntas redondas y cortes rojos, pulidos	Ptas. 12,—	A plazos	Ptas. 13,75
En badana, cortes dorados, puntas redondas y estuche... ...	" 17,—	Id. id....	" 19,50

